

23

15023

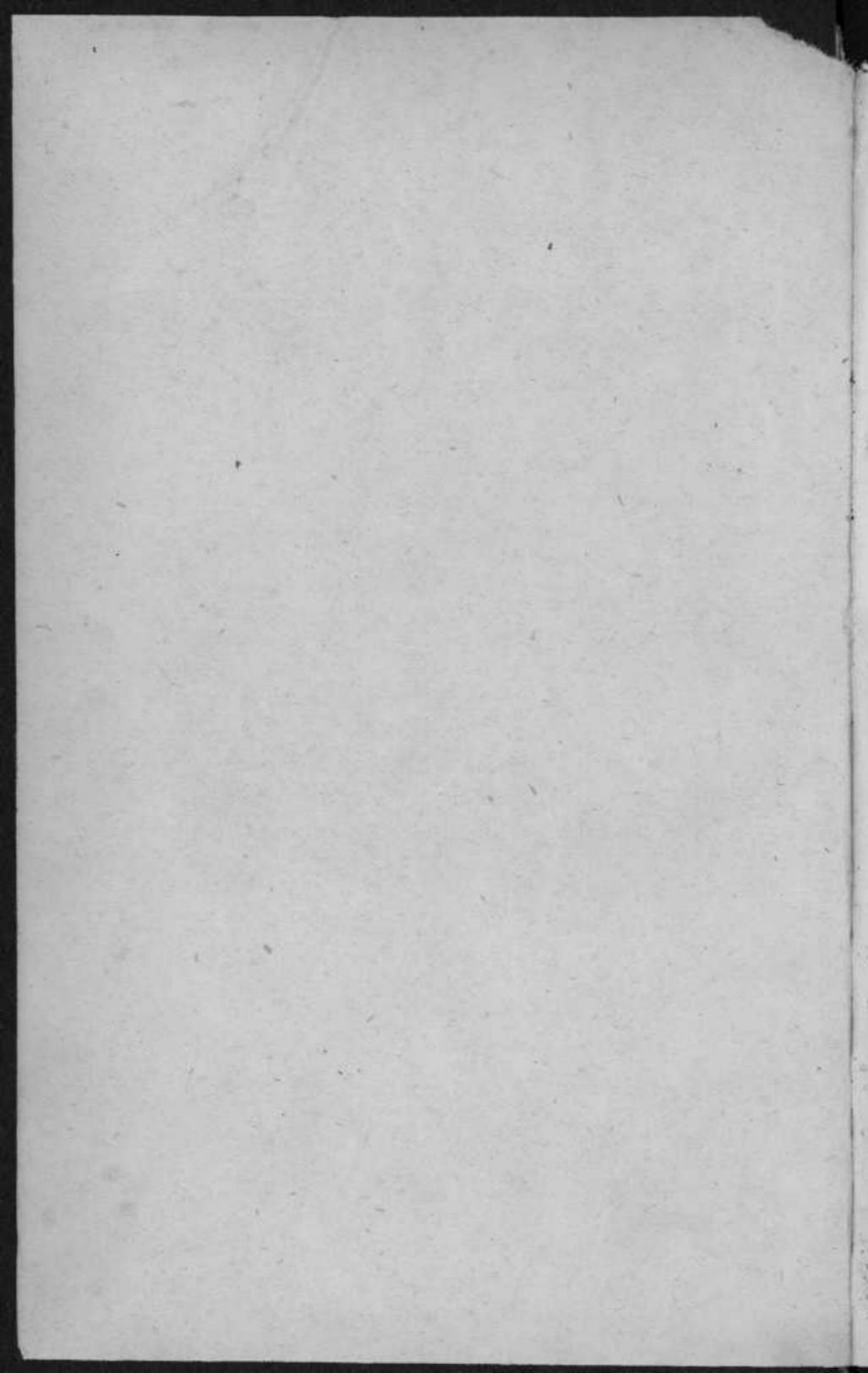
~~15165~~

29

295

72
—
374

EL VENDEDOR DEL PORDRE



EL VISITADOR DEL POBRE.

EL VISITADOR DEL POBRE.

JL

EL
VISITADOR DEL POBRE,

POR

MR. DE GÉRANDO,
miembro del Instituto de Francia.

OBRA Á LA QUE ADJUDICÓ LA ACADEMIA FRAN-
CESA EL PREMIO FUNDADO POR M. DE MONTYON
PARA **la obra mas útil á las**
costumbres.

——
TRADUCIDA DE LA CUARTA EDICION.

Valladolid

casa-comision : centro de suscripciones :

LIBRERIA DE H. DE RODRIGUEZ.

Orates, 51.

EL

VISITADOR DEL POBRE

por

DR. JOSE GONZALEZ

miembro del Instituto de Francia.

QUE A LA VEZ ABARCA LA HISTORIA DE
LOS DEBIDOS VISITADOS POR EL VISITADOR
PARA LA OBRERA Y PARA LA OBRERA
CONTEMPORANEA.

IMPRESION DE LA OBRERA Y VISITADOR

VALLADOLID:

IMPRESA DE D. M. ARAUCO.

1832.

Et si distribuero in cibos
pauperum omnes facultates
meas:: Charitatem autem non
habuero, nihil mihi prodest.

S. PABLO.

Lamentándose el Autor de esta obra de que se hayan escrito tan pocas sobre beneficencia, "no acusamos, dice, de esta esterilidad á los autores solos: los libros abundan siempre que encuentran lectores: esta esterilidad acusa tambien la indiferencia y la frivolidad del público." Si esta reflexion fuese cierta mal concepto se deberia formar del público español al ver el afán con que los traductores compiten en poner á su alcance todos los malos libros que salen á luz en las demas naciones y particularmente en

Francia. Creo, sin embargo, que mas sensato y menos corrompido que los maestros que se han empeñado en extravíarle, rechaza todavia, guiado por sus buenos instintos y tradiciones, las perniciosas doctrinas y las funestas teorías con que en mil formas distintas se ha querido turbar su sosiego, arrebatarle su felicidad, ó los únicos consuelos que puede tener en su desgracia.

Quando leí por primera vez el *Visitador del pobre*, traté de averiguar si esta obra se habia traducido á nuestra lengua, y supe con sentimiento que nadie se habia ocupado en ello, mientras que tantos se ocupaban en traducir libros perniciosos ó insustanciales. Comencé á traducirla con la sola idea de estudiarla mejor, sin resolucion ni esperanza de concluirla, y aguardando que alguno entre tanto la publicase; pero ha pasado bastante

tiempo sin que esto suceda y me he resuelto á entregar al público la traduccion que para mí solo habia hecho.

Aunque el objeto principal del *Visitador del pobre* sea dar reglas de caridad privada, contiene sin embargo máximas y principios de administracion para uno de sus ramos mas interesantes, que es la beneficencia pública. Siempre es un mal que las leyes se funden en un principio de desconfianza, llevando la suspicacia hasta el extremo de suponer á los hombres mucho peores de lo que generalmente son: de aqui esa intervencion ó fiscalizacion excesiva que todo lo paraliza y enerva, que tiende á convertir en máquinas á los agentes de la administracion, comprimiendo su fuerza, su entendimiento y hasta su voluntad y su celo.

Esta manía de reglamentar, si en todos los ramos es perjudicial llevada

al extremo, en el de beneficencia pública lo es en tanto grado, que contraría diametralmente su objeto, destruyendo su base, que no puede ser otra que la caridad. La historia de la legislación de Inglaterra sobre los pobres, debe servir de ejemplo y escarmiento á los que intenten fomentar y estender la beneficencia reglamentándola imprudentemente, sofocando por consecuencia y extinguiendo la caridad, que, como todas las virtudes necesita de una libertad completa, sin la cual no hay mérito en las buenas acciones, como no habría responsabilidad por las malas.

No me corresponde á mí hacer el elogio de esta obra: cuando me decidí á publicarla en nuestra lengua es porque la considero buena y útil á las costumbres. Es la mejor esplicacion de la sentencia del Apóstol que va puesta al frente: es la espla-

nacion de otra sentencia de un profundo escritor que vale mas para la felicidad pública que todas las doctrinas humanitarias con que se ha pretendido emancipar, dicen, á la sociedad oprimida y degradada.—“*Enseñad al rico la caridad, y al pobre la paciencia, el trabajo, la sobriedad y la religion: todo lo demas es fraude y mentira.*”

nacion de otra sentencia de un pro-
fundo escritor que vale mas para la
felicidad pública que todas las doc-
trinas humanitarias con que se ha
pretendido emancipar, dicen, a la
sociedad oprimida y degradada.—
El estado de la caridad, y al pobre
la paciencia, el trabajo, la sobriedad
y la religión: todo lo demás es fraude
y mentira.

ADVERTENCIA DEL AUTOR

SOBRE LA CUARTA EDICION.

La Academia de Lyon propuso, hace seis años, el punto siguiente para la adjudicacion del premio.
= *Indicar los medios de reconocer la verdadera indigencia, y de que la limosna sea tan útil á los que la dan como á los que la reciben.* =

El *Visitador del pobre* se compuso para responder á esta excitacion; pero el autor no tuvo tiempo entonces mas que para bosquejar apresuradamente algunos cuadros sobre este interesante objeto. La acogida benévola que aun asi mereció su trabajo le impuso el deber de procurar hacerle mas digno de los hombres honrados, haciéndole mas útil. Ha recibido con gratitud muchas observaciones de personas consumadas en el egercicio del gran arte de la caridad, y ha procurado satisfacerlas. Para esto ha tenido que reunir todas las indicaciones relativas á las varias especies de asistencia que pueden servir de alivio á los desgraciados, y poner los socorros en la mas perfecta relacion con las necesidades: ha procurado seguir al pobre en todas las situaciones,

y examinar todos los remedios que pueden aplicarse á los males que le oprimen.

En su primitiva forma el *Visitador del pobre* solo se habia escrito para la ciudad de Lyon, y no estaba destinado á imprimirse: una circunstancia imprevista dió motivo á su publicacion. Hoy, puesto que se ha creido que podia tener una utilidad general, el autor debia extenderse á miras y proyectos realizables en todas partes, y ha creido que la mejor manera de conseguirlo seria presentar con algunos detalles el sistema de socorros públicos, tal como ahora existe en la Capital de Francia, y mas especialmente el régimen de socorros domiciliarios, como se estableció por la ordenanza Real de 2 de Julio de 1816.

Una especie de excepticismo sistemático quiere prevalecer de algun tiempo á esta parte sobre los primeros principios que, sin contradiccion hasta entonces, habian presidido siempre á la creacion y direccion de los establecimientos de beneficencia. La escuela de Malthus ha comenzado á poner en duda la utilidad de este género de establecimientos, viéndose arrastrada por las consecuencias del célebre principio de poblacion á indicar otras causas de pobreza y otros remedios que los que estaban generalmente reconocidos.

Aunque la base fundamental de este sistema ha sido victoriosamente combatida por excelentes talentos, el sistema mismo continúa haciendo esfuerzos

para extenderse y acreditarse: cuenta con partidarios muy distinguidos en Inglaterra y trata de adquirirlos en Francia. Se ha puesto ya en cuestion si la caridad tal como se ha egercitado hasta hoy es ó no contraria á su propio objeto: si procurando socorrer la desgracia, no aumenta acaso indefinidamente el número de los que la sufren. Alguna vez se oye relegar con desden al número de los sueños filantrópicos el régimen de socorros que se habia tenido sin contradiccion por el mas prudente y saludable. Esta cuestion es de una gravedad inmensa, porque si tales dudas especulativas se extendiesen á la práctica, á nada menos conducirian que á que se cerrasen todos los asilos abiertos á la indigencia. Entre tanto pueden entibiar el celo y llenar á todos de incertidumbre y de dudas. El autor ha creido que debia aprovechar la ocasion que se le presentaba para prevenir semejante peligro, quanto estaba en su mano, para rechazar con todas sus fuerzas una teoría tan errónea y funesta. La ocasion se presentaba por sí misma; porque para disipar las dudas y rectificar las ideas sobre este importante objeto, no se necesita mas que separar y distinguir con cuidado lo que en los establecimientos públicos y en la distribucion de socorros llega á ser, por una aplicacion ciega y abusiva, un verdadero estímulo á la indigencia facticia, de lo que debe ser el remedio indispensable de necesidades demasiado positivas. El medio, pues, de hacer esta distincion consiste precisamente en un

conocimiento exacto y profundo de la verdadera situacion del pobre y por consiguiente en la institucion que es objeto del presente escrito.

En él se ha procurado demostrar que es necesario establecer una estrecha relacion, una perfecta armonía entre la beneficencia pública y la caridad privada: que el oficio del *Visitador del pobre* es el instrumento mas útil de la primera y el mejor medio para el egercicio de la segunda: que al lado de la caridad imperfecta y ociosa que se limita á dar, hay otra caridad mas verdadera, una caridad activa y vigilante que contribuye mas que con dones, con cuidados, consejos y estímulos: que esta caridad activa está al alcance de todos los que tomen algun interés en la suerte de los desgraciados; y por último, que esta caridad activa encuentra en sí misma su mas noble recompensa, contribuyendo poderosamente á la perfeccion moral de los mismos que se hacen ministros suyos.

Se reunen, pues, en este escrito todas las consideraciones que pueden mover á la administracion pública á invocar la asistencia del *Visitador del pobre*, y á los simples particulares á que hagan consistir en la visita del pobre la condicion esencial de la buena inversion de sus limosnas.

Se trata al mismo tiempo de dar á esta caridad activa la direccion mas útil: se la sigue en sus funciones cerca de la indigencia: se la coloca al frente de los varios establecimientos públicos: se pide su

cooperacion para hacer que estos establecimientos llenen su verdadero destino ; y se la pone en relacion con las asociaciones voluntarias de bien público.

Tal es la vida del *Visitador del pobre*, como puede convenir á los hombres de mundo. Se han descrito sus estudios, sus trabajos ; se han recogido sus observaciones y el fruto de su experiencia. El plan de la obra se ha encontrado asi trazado por sí mismo : se ha desarrollado naturalmente en las nuevas investigaciones que el autor ha tenido que hacer, investigaciones que sin variar el objeto, ni el cuadro, han llegado á formar por sus detalles una obra casi enteramente nueva.

cooperación para hacer que tales establecimientos
lleguen su verdadero destino; y se la pone en rela-
ción con las asociaciones voluntarias de bien público.
Tal es la vida del Platón del poder, como
puede convenir a los hombres de mundo. Se han
descrito sus estudios, sus trabajos; se han recogido
sus observaciones y el fruto de su experiencia. El
plan de la obra se ha encontrado así trazado por sí
mismo: se ha desarrollado naturalmente en las nue-
vas investigaciones que el autor ha tenido que hacer,
investigaciones que sin variar el objeto, ni el cuadro,
han llegado a formar por sus detalles una obra casi
enteramente nueva.

CAPITULO I.

Objeto y carácter de la Caridad.

En las varias y desiguales condiciones de la vida humana no vé el hombre superficial mas que una especie de juego favorable á los unos, y contrario á los otros: el semifilósofo un desórden que acusa á la Providencia. El verdadero sábio se eleva á mas altas y justas consideraciones, y vé en esta misma desigualdad uno de los designios de la Providencia en la direccion del mundo moral sobre el teatro de preparacion y de prueba para un mundo mejor, donde la virtud es llamada á dirigir nuestra educacion. Tres clases ó condiciones puede decirse que forman el estado social: la de los que tienen mas de lo que necesitan: la de los que tienen lo puramente necesario: y la de los que no tienen bastante para sus primeras necesidades. La segunda de estas condiciones tiene en cierto modo su carrera propia, que es el trabajo, y el trabajo tiene tambien su moralidad: las otras dos se acercan por una especie de alianza que pertenece á una moralidad mas elevada. De aquí los dos grandes principios de

accion que ponen en movimiento la sociedad entera.

(Los esfuerzos del trabajo, las transacciones, los cámbios, sostienen la energía de carácter, la actividad de ánimo, las fuerzas físicas: hacen progresar á las ciencias y á las artes, difunden las luces, unen á los hombres por medio del trato y del comercio, conservan la dignidad individual por el sentimiento de su independencia, evitan la ociosidad y preservan de los vicios. Pero si fuese único este principio, el cálculo y los intereses materiales prevalecerian exclusivamente en la sociedad humana, y el órden del mundo no seria mas que un industrioso egoismo. Por otra parte el fruto de un trabajo hábil ó afortunado produce la riqueza y el descanso, mientras que la impotencia de trabajar, causada por accidentes inevitables, tiene por resultado una miseria que carece de propios recursos.

La prosperidad y la miseria se acercan á su vez por un sublime atractivo, el de la santa humanidad. El desgraciado siente la necesidad que tiene de auxilio: se acerca á su semejante, no para hacer un cámbio, disputando sobre lo tuyo y lo mio, sino para implorar y recibir un beneficio voluntario. Se dirige al corazon de un amigo, de un hermano que Dios le ha dado: recibe; y precisamente porque recibe un don, porque el socorro ha sido voluntario se eleva á ese sentimiento de gratitud, que en sus puras y dulces emociones tiene tambien su dignidad. El rico se encuentra felizmente

arrancado de los brazos de un sueño letárgico que iba á ser para él un sueño de muerte: la piedad del cielo viene á descubrirle en su fortuna un tesoro desconocido, el único tesoro para un ser inmortal. Ya prueba el deleite sublime de la generosidad: cuanto mas le goza quiere gozarle mas: para disfrutarle mejor se oculta hasta de la gratitud misma: el velo brillante y engañoso que le ocultaba la dolorosa condicion de nuestra fragil existencia se ha entreabierto, sino se ha rasgado enteramente; y la simpatía que le hace padecer con otro y en otro, le hace tambien provechosa la leccion de la desgracia. El mismo ¿no sentirá algun dia los tormentos del dolor, penas mas crueles tal vez que la pobreza? Desde el seno mismo de la opulencia ¿no invocará acaso la compasion en alguna hora terrible? Asi se restablece la armonía, y se restablece como debe restablecerse en el mundo moral, por una buena accion. Asi en el órden fisico el cielo por medio del rocío vuelve á la tierra el agua que le habia quitado. (El rico y el pobre como dos conciudadanos que se encuentran en un pais lejano se reconocen y se abrazan. Es el mismo principio que llama la edad madura á la proteccion de la infancia, y coloca la infancia bajo la proteccion de la edad madura: el mismo que ha preparado entre los dos sexos todo el hechizo de esos lazos por los que el uno reclama el apoyo de la fuerza y el otro los encantos de la ternura. Hasta en el heroísmo militar se encuentra el mismo principio: sacrificar la vida

por su país es consagrarse enteramente á él. La felicidad de dar y recibir es el secreto y la vida del mundo moral.)

Cuando entre las dos condiciones extremas suponemos una condicion media que posee extrictamente lo necesario, ya se comprende que en realidad estas distinciones no pueden tener una exactitud rigurosa. No hay ninguna condicion absoluta: todos, hasta el mas rico pueden recibir: todos, hasta el mas pobre pueden dar; y asi debia suceder para que todos, aunque en diferentes proporciones, tengan parte en este comercio de beneficios, como que es un medio de perfeccion. Hemos querido decir solamente que este noble comercio de beneficios y de gratitud se percibe de una manera mas sensible entre las condiciones extremas. Hay principalmente tres relaciones esenciales entre los hombres: dar, recibir, cambiar: la última supone igualdad, independencia reciproca entre los que contraen: las otras dos suponen desigualdad: necesidad de una parte y supérfluo de otra. La justicia rige las últimas relaciones, la generosidad las primeras: En aquellas aprenden los hombres á respetarse: en estas aprenden á amarse.

La armonía quedaria destruida si el trabajo y el comercio estuviesen esclusivamente encargados de satisfacer nuestras necesidades sobre la tierra, si la abundancia y la indigencia se encontrasen frente una de otra privadas de mútuas relaciones. La compasion ha bajado del cielo para establecer entre ellas una union su-

blime y el lazo se ha estrechado. Su movimiento es libre, voluntario: debia serlo para que fuese moral; y en esto se manifiesta la la Providencia. Para que el dar fuese un mérito era precisa la facultad de reusar; y lo era tambien que se encontrasen corazones duros al lado de almas generosas. La imágen mas pura de la divinidad sobre la tierra, la bondad, hace que de un aparente desórden resulte la armonía mas interesante y admirable. ¿Y de qué modo se sostiene esta armonía así en el órden social como en el interior de nuestra alma sino por medio de la virtud?

El infortunio es una grande, trabajosa y pasagera educacion: la riqueza es una grande responsabilidad! Aparece la virtud llevada por la compasion: la educacion encuentra un guia, y la responsabilidad se convierte en un mérito.

Y no se diga que no es esto mas que una vana teoría, una especulacion mística: apelo á cuantos en el curso de nuestras largas tormentas han sufrido los golpes de la adversidad. ¿Quién no há conocido la pobreza y el sufrimiento? ¿y quién en tal situacion no ha encontrado un asilo, un apoyo tal vez donde menos le esperaba? Buenas gentes, que apenas tenian lo necesario para sí nos han socorrido alguna vez: hemos recibido hospitalidad en la humilde cabaña, hemos visto enternecerse los corazones de aquellos mismos á quienes desdeñaba en otro tiempo nuestra frívola vanidad, porque pertenecian á una condicion mas humilde: entonces hemos comprendido (y ¡des-

graciado el que no lo comprenda!) hemos comprendido el lazo sagrado que se forma entre la generosidad y el infortunio: hemos experimentado el consuelo celestial que derrama sobre un corazon affligido una mirada tierna y compasiva. A nuestra vez hemos llorado tambien augustos infortunios: á nuestra vez hemos podido socorrer, salvar á un desgraciado, ó participar de sus desgracias; y en esta grande y terrible escuela hemos debido hacernos mejores; y lo seremos sin duda, si no hemos rechazado tan altas instrucciones con la ligereza mas culpable.

En vano el elocuente autor del Emilio nos opone el cuadro de esos pueblos que, sin conocer nuestras artes ni nuestro lujo, encuentran en la sencillez de sus costumbres el principio de la igualdad social. Es menester ver esos pueblos, no en descripciones poéticas, sino en la historia y en las relaciones verdicas de los viageros. Precisamente porque su civilizacion es mas imperfecta, su moralidad está menos desarrollada, y menos viva y menos purificada su sensibilidad. La armonía social descansa allí en otro principio mas sencillo, pero no tan elevado: hay menos sufrimientos, porque habria menos socorros. Las condiciones son uniformes, porque no bastarian las inspiraciones de la simpatía para reunir los extremos. Pero á medida que la economía social adelanta, la uniformidad desaparece, la igualdad se rompe: las luces se aumentan y se difunden, los sentimientos morales se elevan: ábrese los

abismos de la miseria y aparece la caridad para cerrarlos. ¡Tú! á quien el exámen especulativo de los males de tu semejante hace que acuses á la Providencia, déjate enternecer, acércate á consolarle, sosten á ese desgraciado. Que se encuentre tu mirada con la suya.... ¡y está justificada la Providencia! La acusabas de tu propia falta: habia confiado en tí para el cumplimiento de sus designios, y tú defraudabas esta confianza!...

La alianza entre iguales, primer estado de la sociedad, tiene su moralidad sin duda, aunque estrecha y limitada: el equilibrio de los intereses descansa allí sobre la garantía de los derechos. La alianza entre el fuerte y el débil expresa una moralidad mas perfecta, porque es enteramente desinteresada. La primera es digna, activa: la segunda sublime, tierna: la primera satisface el estado presente del hombre: la segunda revela su porvenir. Dar es amar: recibir es aprender á amar: en las almas delicadas es amar ya, y amar mucho.

Está, pues, manifiesta la intencion de la Providencia: ha querido que la mas amable virtud, y la mas noble, presidiese á esta segunda alianza: que el infortunio se pusiera bajo la tutela, bajo el patronato de la prosperidad. Ha querido que la sociedad se constituyese moralmente como la familia: que en una y otra el débil perteneciese al fuerte por título de adopción, con la única diferencia de que la paternidad en la primera es libre y voluntaria. La pobreza es á la riqueza lo que la infancia á

la edad madura. Ricos! conoced la dignidad de que estais investidos! pero comprendedla bien; no es un patronato vago, indefinido al que sois llamados. No todos los hijos tienen indistinta y confusamente á todos por padres: teneis que egercer un patronato personal, directo, inmediato: cada hijo aguarda á su padre. Ricos, otra vez! penetrads de vuestra verdadera dignidad! no son vuestras liberalidades solas las que se os piden: vais á egercer una tutela libre y de vuestra eleccion, pero real y activa. No bastan vuestros dones: se invoca vuestra persona: es una magistratura cariñosa la que se os confiere! no lo habeis comprendido!... Ah! seguidme: venid conmigo á la plaza pública: ved ese cadalso!... el miserable que sube á él es vuestro hermano, y hubiera podido ser un hombre de bien! era pobre: vuestra indolente liberalidad recayó acaso sobre él, pero nadie cuidó de su instruccion ni de sus costumbres: nadie le excitó á trabajar, y él concibió un medio mas fácil que el trabajo para enriquecerse sin esfuerzo. El dinero mismo que acaso le arrojasteis le corrompió: tal vez lo emplearia en comprar un puñal: era vicioso y se hizo delincuente: hirió al que queria robar; y os hiriera á vos mismo si os hubieseis presentado!... Ah! hay una indigencia del alma y de la razon mas fatal mil veces que el hambre. No es solo limosna lo que la miseria solicita: es un consuelo, es una guia, es un apoyo! ¿qué harán con algunas monedas un ciego, un paralítico, si se los deja

solos, abandonados? pues la mayor parte de los desgraciados son ciegos tambien. La caridad menos digna de este nombre es la que no dá mas que dinero.

Digámoslo de una vez: el objeto de la Providencia, la vocacion del hombre rico, el complemento de la armonía del mundo moral no es la *limosna*, es la *caridad*. La limosna no es mas que uno de sus instrumentos; pero no es el único, no es siempre el mas eficaz: hasta contraría á veces y destruye los efectos de la caridad cuando no es dirigido por ella. La caridad es enteramente individual. La liberalidad en general, dones arrojados con desden por librarse de la importunidad, inscritos y publicados para alimentar el orgullo con la ostentacion de una falsa virtud, no son el lazo secreto y sagrado que debe unir al hermano con el hermano. La limosna no es muchas veces mas que un medio de sustraerse á la compasion, efecto del terror débil y egoista que suele escitar la presencia de la desgracia; y bien puede decirse que semejante limosna es un insulto á la desgracia misma. Solo la caridad es capaz de producir bienes positivos: su solicitud es ilustrada, previsorá, como es tierna y afectuosa: examina antes de obrar, vigila, mira al porvenir, inquiere las causas, abraza todas las circunstancias, une con el don los cuidados, los consuelos, los consejos, hasta las reprensiones paternales. ¡Inspiracion admirable que revela y proporciona aun á los menos afortunados los medios de asociarse tambien á las obras

de la beneficencia, y aceptar la profesion mas noble, mas dificil, mas útil que les permite enriquecerse con buenas acciones!

Las leyes civiles, que no son mas que la expresion, la aplicacion práctica de las leyes morales, en sus disposiciones necesarias y rigurosas, han exigido que la minoría tuviese asegurada su tutela, que la tutela fuese obligatoria. Remontémonos á la misma ley moral, contemplémosla en su principio, abracémosla en su extension! el infortunio es una minoría ¿quién le nombrará su tutor? la caridad.

Y este gran designio de la Providencia, está inspiracion virtuosa, por la cual se manifiesta en el seno de la sociedad humana, al mismo tiempo que nos enseña no solamente á hacer el bien, sino, lo que no es menos importante, la manera de hacerle; enseña tambien á la administracion los verdaderos medios de socorrer la miseria pública. El arte de crear, de organizar esta tutela voluntaria, individual, inmediata, que la prosperidad debe egercer sobre la miseria, es la esencia de una buena administracion de socorros públicos, asi como el ejercicio de esta tutela es el resorte mas eficaz en la aplicacion de los socorros privados. Asi es como todo se sostiene y se enlaza: el mundo social no es mas que un reflejo del mundo moral. Compadezcamos á los que no ven la administracion mas que en los números! su genio habita en esfera mas alta. Solo comprenderán su objeto y su fuerza, se penetrarán de su espíritu, y harán cosas útiles y

grandes aquellos cuyas profundas meditaciones hayan sido iluminadas por la antorcha de la moral sobre los destinos de la humanidad. Si el poder y la riqueza vienen de Dios es con la condicion de servirle de ministros en la tierra.

Una rápida explanacion de estas consideraciones fundamentales es el objeto de la presente memoria. Colocados en este punto veremos nacer de la tutela individual, voluntaria é inmediata los medios de reconocer y discernir la verdadera indigencia, los de socorrerla y los de hacer la limosna útil para el mismo que la dá. Este principio es eminentemente fecundo: las aplicaciones se desarrollarán por sí mismas. Y al demostrar cómo puede instituirse esta tutela no proponemos una quimera, invocamos la experiencia, la tomamos por guia; y el plan que presentamos no es mas que un resúmen fiel de las instrucciones que hemos recibido, de esa misma experiencia. Las debemos á personas que han consagrado su vida entera al egercicio de la caridad: sus propias observaciones son las que vamos á recopilar: su testimonio es el que vamos á estender, sin que tengamos en ello mas parte que la dicha de ser sus intérpretes. Dichosos con haber logrado ser admitidos en su escuela, lo seremos mucho mas si conseguimos procurarles imitadores.

CAPITULO II.

Caracteres distintivos de la verdadera y de la falsa indigencia.

El error que confunde la indigencia falsa con la verdadera, error, preciso es confesarlo, casi universal, no tiene por único resultado hacer que se extravíe, que se pierda enteramente una porcion del tesoro religioso que habia creado la beneficencia. Esta pérdida es tan considerable que las sumas de limosnas mal empleadas, completaría sin duda los socorros precisos para todas las verdaderas necesidades, si entrasen en los fondos destinados á socorrerlas. Esta confusion produce efectos mucho mas funestos: hace vacilar por la duda que introduce en el alma de los que son llamados á socorrerla: la duda muchas veces es un pretexto para la indiferencia: el error reconocido entibia y desalienta. La excusa ordinaria del que no quiere dar es el temor de dar mal, excusa las mas veces demasiado legítima por desgracia; así es que el infortunio desde el seno de su obscuridad, cuando sus gemidos invocan un apoyo, cuando tal vez se los arranca el exceso mismo del sufrimiento, cuando su orgullo prueba un tormento nuevo exponiéndose á humillaciones, y arrostrando nuestras preocupaciones crueles, se halla herido por una sospecha vaga, universal, desdeñosa, que se inter-

pone entre sus necesidades y la compasion; se halla envuelto en una nube espesa que oculta ese carácter sagrado, cuyos rasgos nos inspirarian respeto, y puede temer un mal mucho mayor todavia que el que sufre, la injusticia y el desprecio.

Y estos socorros distraidos de su verdadero objeto no solo dejan de ser un alimento sino que se convierten en un veneno. Por de pronto crean una indigencia nueva y facticia: el individuo sobre quien recaen contrayendo hábitos de ociosidad, y perdiendo las ocasiones de trabajo sufrirá todos los efectos de una indigencia positiva en cuanto haya consumido los socorros. Se acostumbra á contar con una asistencia extraña y no con sus propios recursos: una funesta emulacion se comunica, y no parece sino que se ofrece un premio á la ociosidad. La sociedad sufre el perjuicio de perder un trabajo que necesitaba y con el que debia contar. El que ha recibido el don fatal sufre un perjuicio mucho mayor todavia; porque el trabajo hubiera conservado su salud, le hubiera enseñado á tener prevision, le hubiera sugerido reflexiones saludables, le hubiera elevado á sus propios ojos conciliándole la estimacion de los otros, hubiera cumplido en fin su destino sobre la tierra. Hele ahí ya separado por vuestro pretendido beneficio de una vida útil y honrada; Hele ahí degradado por la ociosidad, envilecido con una mentira ¡qué digo! culpable ya de un robo, porque ese socorro le ha robado á su hermano necesitado, al verdadero

pobre, y no tardareis en encontrarle consumiéndose en disipaciones los beneficios de la imprevisión! Creéis haberle hecho un bien y le habeis cegado el origen de su subsistencia futura, le habeis quitado su verdadero y único patrimonio, le habeis arrebatado su probidad!

=Mas ¿cómo distinguirlos? la indigencia falsa y la verdadera ¿no se presentan bajo un mismo aspecto? ¿no tienen la misma fisonomía? y aun la primera ¿no es hasta mas apremiante en sus exigencias? =

Sí, indudablemente; y esta misma insistencia es muchas veces un indicio que cuando menos debe preveniros. Pero ¿por qué permanecéis á tanta distancia del que implora vuestra compasión? ¿por qué no os acercáis vos mismo? ¡se os solicita! ¿y por qué habeis aguardado á eso? ¿por qué no os habeis adelantado? ¿por qué no buscáis al que no se atreve á imploraros? No es en vuestra casa, es en la suya donde es preciso ir á ver el infortunio: á verle cara á cara, á ver, no su simulacro sino su realidad. Esta triste realidad se disfrazaba, se ocultaba tal vez á vuestros ojos en un lugar ignorado, mientras que por otra parte os engaña un vano fantasma. Es este un estudio que exige la mas atenta meditacion. Vuestra mano está abierta, pero importa poco: son vuestros ojos los que es menester abrir: se os engaña porque habeis querido.

Tened en cuenta la edad, el sexo: examinad el estado de salud, el de fuerzas...

— Es un anciano, es un niño de poca edad: estos no me engañarán!

— Pero ¿acaso su familia no puede alimentarlos? ¿no habrá especulado vergonzosamente sobre ese envilecimiento á que ella misma condena las canas del uno y la inocencia del otro? Ah! guardaos de haceros cómplice sin advertirlo de esa conspiracion que rompe los lazos de la naturaleza!

— Es una madre rodeada de hijos de tierna edad...

— Pero ¿la pertenecen por ventura? ¿no los ha pedido, no los ha robado tal vez á su verdadera madre?..

— ¡Es un enfermo!

— ¿Es cierta y positiva su enfermedad?

— Entonces ¿qué se ha de creer?..

No es ciertamente en vuestra antesala ni en la calle donde podreis ver ni conocer nada. Venid conmigo, subamos juntos á ese ignorado aposento... ¡qué espectáculo! se pasman á vuestra presencia, se avergüenzan, querrian ocultaros el cuadro que teneis á la vista! Una viuda en el lecho del dolor, niños muy pequeños próximos á quedar huérfanos, un poco de paja!... todo se ha vendido: no hay muebles, ni ropas, ni vestidos! ¿con qué se alimentarán estas criaturas? ¿qué medicinas tendrán para la enferma? y lo que aun es mas ¿quién los consolará? esta casa está contigua á la vuestra: nunca han llamado á vuestra puerta: todo lo ignorabais: ¿á quién acusareis de vuestra ignorancia sino á vos mismo?...

Tratemos ya de determinar los caracteres esenciales de la verdadera indigencia y para ello examinemos sus causas.

Tres son las que pueden producir la indigencia real.

La imposibilidad de trabajar.

La insuficiencia del producto del trabajo.

La falta de trabajo.

Primera. La imposibilidad de trabajar es momentánea ó permanente: momentánea en el enfermo, en el herido, en la muger parida; permanente en el anciano, en el incurable.

Es tambien absoluta ó parcial. Absoluta para el enfermo en cama, el paralítico, el decrepito: parcial para todos los demas, hasta para el ciego.

Ahora bien: de nada os podeis asegurar sin verlo por vos mismo: verlo cerca de su pobre lecho y no en un solo dia, sino en varios, á distintas horas, y aun no basta! preguntareis á los vecinos, traereis un Médico; y observad ante todo que la miseria sin recursos es la que por esto mismo está imposibilitada hasta de presentarse. Habreis enviado el remedio indicado para el enfermo; pues venid á administrársele por vuestras propias manos. Entrad, buscadle, registrad esos rincones: el remedio ha desaparecido, y en su lugar encontrais los preparativos de una comida ¡era una farsa bien representada! ¿cuál será la confusion del fingido enfermo? ¿y cual vuestra indignacion? ¡vuestra indignacion!... era preciso saber observar: una mirada, un gesto hubieran des-

cubierto el secreto que se os ocultaba. Era preciso averiguar además cuanto tiempo llevaban estas gentes en aquella casa: en donde habitaban antes: por qué mudaron de domicilio: qué reputación dejaron en el anterior: cuándo y cómo se contrajo aquella enfermedad: es preciso en fin saber mil cosas, conocer casi su vida entera. Y es menester investigarlo, no por los impulsos de una curiosidad importuna, sino por los de una solicitud benévola: obtener estos pormenores, no de un interrogatorio humillante, sino de la expansión de la confianza. Existe un pudor inocente y respetable al que solo la ternura del reconocimiento es capaz de arrancar sus dolorosos secretos.

Segunda. La insuficiencia del trabajo tiene lugar en aquellos á quienes la edad ó las enfermedades, dejándoles aun medios de entregarse á alguna ocupación, no les permite el completo ejercicio de sus fuerzas.

Tiene lugar también con frecuencia en las mugeres cuando están aisladas: cuando no han aprendido alguna de esas artes en que pueden desarrollarse las facultades que las son propias. Reducidas entonces á un simple trabajo mecánico, su debilidad, sus frecuentes enfermedades, la organización misma de la sociedad que no les permite bajo este aspecto sino una ocupación subalterna, mixta y poco productiva, las expone á que apenas ganen lo estrictamente necesario. Verdad es también que la esfera de sus necesidades es mucho más reducida.

Esta segunda causa tiene así mismo lugar

en las familias numerosas cuando hay niños de tierna edad. En las clases trabajadoras el precio del jornal se arregla naturalmente por la suma necesaria para la subsistencia de la generalidad de los trabajadores, y es por lo mismo insuficiente en los casos de excepcion. El obrero mas asiduo y mejor acomodado se encuentra lleno de embarazos y ahogos cuando llega á tener tres ó cuatro niños pequeños que es preciso alimentar y vestir: la madre tiene tambien menos tiempo libre para dedicarse á ocupaciones productivas. Esta no es indudablemente mas que una indigencia parcial, pero no por eso es menos digna de interés ni menos respetable.

Tiene lugar sobre todo esta causa cuando la madre viuda ó abandonada es el único apoyo de esta familia; y aqui es principalmente donde obran de lleno las consideraciones relativas á este sexo que tiene por sí derechos especiales á nuestra proteccion.

Otro motivo mas excitará nuestra solicitud en su favor. La miseria puede conducir á la muger á una desgracia mucho mayor que la pobreza: puede exponerla á la seduccion; y en un solo instante de extravío ocasionado por los estímulos de la necesidad ¡qué desgracias no pueden originarse! ¡Madres! que en la prosperidad de que gozais os teneis por benéficas y piadosas porque dais limosna en la puerta de la Iglesia ¿por qué no habeis socorrido á tiempo á esa jóven sin padres cuando todavia era honrada? tal vez habriais salvado

de la corrupcion á vuestro propio hijo deteniéndole al borde del abismo que algun dia le ha de arrastrar al vicio.

Apresuraos á socorrer á esa otra desventurada cuya virtud está luchando con el hambre. Pero redoblad aqui vuestras precauciones y vuestro cuidado: no vayais á recompensar sin querer al vil seductor con quien acaso reparte vuestros dones!

Esa madre con tantos hijos sabed tambien si es digna del título que lleva: averiguad como ha vivido antes para aseguraros mejor de como vive hoy. ¡No sea que la ayudeis á dar malos egemplos á esas criaturas inocentes!

Un matrimonio tiene siete ú ocho hijos y solo vive con el trabajo de sus manos. ¿Qué oficio tienen el marido y la muger? porque los hay mas ó menos productivos. ¿Cómo viven? ¿cuál es la edad de sus hijos? ¿no hay alguno que pueda comenzar á asistirlos? Los socorros que han recibido los padres ¿han sido para bien de la familia toda? creyendo hacerlos depositarios de vuestros beneficios ¿no correis el riesgo de ver estos mismos beneficios consumidos por ellos en disipaciones, sin que alcance nada á los hijos que habeis querido socorrer?

Estudiad pues el interior de esta familia: si los padres no os dicen la verdad los hijos mismos los desmentirán sin saberlo: en su fisonomía, en su lenguaje conoceréis cuales son las lecciones y los egemplos que estan acostumbrados á recibir.

Tercera. Los progresos de la civilizacion y el desarrollo de las artes, al mismo tiempo que multiplican y varían hasta el infinito los medios del trabajo, ocasionan á ciertos individuos suspensiones forzosas, ya por la novedad introducida en sus aplicaciones y en sus formas, ya por la dependencia que establece entre el principal y el operario que no trabaja por cuenta propia. Pero esta cesacion de trabajo ¿es forzosa, es positiva? el operario ¿no lo ha dejado tal vez voluntariamente y por procurarse una vida mas cómoda? ¿no habrá sido despedido por mala conducta? esto no podemos descubrirlo sino acudiendo al mismo que le empleaba. Mas á este ¿le creeremos por su palabra? ¿no puede tambien haber tenido sus faltas? ¿no hay maestros duros é injustos? No nos prevengamos pues y continuemos investigando. Sepamos donde ha trabajado sucesivamente este operario: si ha permanecido mucho tiempo en un mismo taller. Si este taller estaba dirigido por un hombre de bien tenemos ya una presuncion favorable. Pero ¿qué oficio tenia, cual puede egercer aun? El arte á que se dedicaba ¿está efectivamente en decadencia, y no puede colocarse en otro taller de la misma clase? La decadencia de este género de industria ¿es accidental y transitoria, ó amenaza ser duradera? El oficio que tenia ¿es por ventura de esos oficios demasiado numerosos por desgracia, que exigen y forman una habilidad exclusiva que suele imposibilitar para otras, debilitando en su principio las fuer-

zas físicas? El trabajador ó sus padres ¿no han hecho acaso una mala eleccion? robusto pero torpe ¿no ha emprendido un arte difícil? Diestro pero débil ¿no se le ha sugetado á rudas fatigas? No le condenemos ligeramente antes de haberlo examinado todo. Mas si nos remontamos á su origen, si nos encontramos con un hombre sin actividad, si observamos su aspecto, todo su exterior, si le ofrecemos nuevos medios de ser útil, si le seguimos en la carrera que le hemos abierto, si nos hacemos dar cuenta exacta de su conducta, entonces podremos, ó ser severos con seguridad, ó lisonjearnos de no haber sido injustos.

No basta tampoco haber probado la realidad de la indigencia ni haber medido exactamente su verdadero grado. Tal indigencia, que hoy es efectiva, ha provenido de una causa facticia. El desgraciado sufre en efecto, pero sufre por su culpa: esto es lo mas comun, y tambien lo que mas importa estudiar; porque la caridad no debe limitarse al presente, sino mirar al porvenir. Ese pobre socorrido en una crisis transitoria recaerá tal vez mañana en los mismos hábitos funestos que le habian conducido á ella. Acaso vuestros imprudentes socorros, inspirándole seguridad, le harán perder el fruto de la saludable leccion que debió recibir de la desgracia; mientras que una caridad mas cuerda, remediando el mal del momento, hubiera prevenido su repeticion.

Tres causas que pueden obrar aisladamente ó combinarse entre sí producen esta indigen-

cia facticia en su origen, efectiva en su resultado momentáneo, pero que se puede llamar falsa indigencia cuando se consideran todas sus circunstancias. Estas causas son, la imprevisión, la disipación y la pereza.

La imprevisión es la mas disculpable de las tres, y tambien la mas facil y mas natural. Es para nosotros un deber riguroso distinguir los que son indigentes por esta causa para preservarnos siquiera de una severidad excesivamente dura que agravaria la suerte del desgraciado, y cuyo principio podria entibiar nuestro celo. La imprevisión está unida algunas veces con la honradez, con el trabajo, con la actividad misma; y muchas no es mas que la consecuencia de una actividad demasiado confiada, ó mal dirigida. Esta imprevisión tiene sus señales propias que la denuncian, y son cierta ligereza en las acciones, cierto desórden exterior. Examinad pues la habitacion é informaos de las condiciones á que está reducido: reparad sus muebles, sus ropas, su ajuar: observad si hay en ello arreglo: si en lo poco que tiene y consume sabe elegir, combinar, ahorrar y conservar. Averiguad las pérdidas que ha experimentado, y facilmente lo sabreis todo, porque os confesará hasta las imprudencias que haya cometido, con tal que no le intimideis. Estas confianzas llevarán en sí el carácter del candor: se acusará á sí mismo al implorar vuestro socorro, y vereis su esperanza pronta á revivir al menor estímulo.

La pereza es tambien imprevisoras, pero

la imprevisión aquí no es mas que un efecto. El mal no está solamente en el espíritu: está en el fondo del alma, y no es solo falta de reflexión, sino de voluntad. Bien se deja ver cuan profundo es el principio del mal, y que tal vez no hay ninguno de curación mas difícil. Un culpable puede enmendarse por el arrepentimiento; pero ¿quién es capaz de arrancar á un sér embotado de ese estupor funesto que paraliza todas sus facultades? seria casi resucitar un muerto! Sepamos sin embargo si esta indolencia es natural, ó si solo es efecto de desaliento: si es la triste condición de una especie de idiotismo, ó si procede de debilidad moral. La pereza se reconoce por síntomas casi infalibles, por el decaimiento, por la actitud, por el andar mismo y por el desaliño de los vestidos y de cuanto tiene el pobre para su uso; porque aun en la mas absoluta miseria cabe todavía cierta especie de decencia, de aseo. El desaliento se anuncia por una tristeza sombría y melancólica. La pereza natural y de temperamento pedirá sin rubor, alargará la mano: el desaliento será silencioso y reservado. El idiotismo se manifestará por la indolencia en medio de la necesidad, por la indiferencia al verse socorrido: la degradación moral se descubre por la negligencia en cumplir otros deberes, de que no dispensa la pobreza que podrian servirla de apoyo, y por un abatimiento servil. Distingamos cuidadosamente todas estas especies: reunamos, comparemos todos los hechos: volvamos hasta la infancia, la juven-

tud del individuo, y sepamos si ha sido siempre lo mismo, ó cuándo y cómo ha comenzado su fatal letargo!

Tenemos otro desgraciado á quien el desórden ha sumido en la miseria, y á quien la miseria no ha separado del desórden. No creais sin embargo que al invitaros á penetrar este terrible misterio pretendamos retraer vuestra mano caritativa, ni detener el beneficio en su origen. Oh! no: Celestial Providencia! tú no desesperas del vicio, y tampoco desesperaremos nosotros! Le consideraremos sí como otra enfermedad mucho mas grave, que viene á unirse á la indigencia, que la ha producido, pero que tambien tiene sus remedios é invoca una solicitud mas ardiente. ¡Qué dicha, qué gloria si al mismo tiempo que socorremos al desgraciado logramos convertirle á la virtud!... Sin embargo entre todos los descubrimientos este es sin duda el mas difícil: casi siempre está oculto este desórden, y muchas veces cubierto con un velo de hipocresía. No perdonemos medio para enterarnos. Observemos si hay alguna afectación en el lenguaje de la honradez, en sus prácticas religiosas: si tales demostraciones y apariencias no se desmienten de una manera inesperada: si alguna vez se turba en nuestra presencia: que impresion le hacen nuestras reflexiones. Expiemos la mentira: sorprendamos las acciones que nos oculta: sepamos cuales son las relaciones y el carácter de las personas con quienes trata: dediquémonos en fin á seguir todos los pasos de esta

vida sospechosa. Vayamos mas lejos: el vicio está reconocido ; pero asociado á la indigencia ¿habrá sido efecto ó causa? la habrá realmente precedido? La indigencia es muchas veces un funesto consejero: confunde las ideas, echa una nube sobre la razon, y un gérmen de desesperacion sobre el alma. El hierro se endurece con el temple, pero tambien algunas veces se rompe y estalla.

Tales son las diferencias y caracteres que corresponden á las distintas condiciones: no los hay universales ni absolutos: no hay acaso mas que un talisman para descubrir la verdad. Observad si el pobre es capaz de algun trabajo, ó de alguna parte de trabajo, si cuando se le proporciona le acepta con gusto y le ejecuta con aficion. El indigente ¿hace algo por sí mismo para ayudarse y secundaros en cuanto puede, segun los recursos físicos y morales que le quedan? ¿Se limita á recibir solo el complemento que falta á su insuficiencia? en este caso debeis presumir que la indigencia es verdadera. Pero dudadlo mucho si por el contrario desprecia el trabajo que le ofreceis, y se abandona al verse sostenido.

Hay otro indicio á que tambien se puede recurrir con utilidad. El indigente ¿insiste por obtener la limosna en dinero, ó la acepta de buen grado en especie? En este último caso ¿qué especie de limosna acepta con mas gusto? Alguna vez observareis que, á lo que ellos dicen, estaban próximos á morir de hambre, y desdeñaban la sopa económica, ó la aceptaban

de mala gana, y aun solian venderla. Mas para averiguar todo esto es indispensable acercarse, ver, hablar: es indispensable sobre todo continuar las observaciones con método, con perseverancia: es la primera condicion y la mas esencial. No hay arte ninguno para adivinar sin exámen.

Conviene tambien acercarse al propietario ó administrador de la casa que habita la familia indigente, y tomar informes de ellos, que bajo muchos aspectos estan en posicion de darlos con bastante exactitud. Dirán si se paga con regularidad el arrendamiento, si la familia es pacífica, de costumbres arregladas, si dá algun motivo de queja. Es preciso tambien saber cuanto tiempo hace que vive en la casa: los pobres se ven obligados á mudar de habitacion con frecuencia. Si esta familia hace poco que está en la que ocupa, la garantía es de menos valor: conviene buscar otras y tomar informes de su anterior domicilio. Debe preguntarse tambien á los vecinos, pero su testimonio ha de recibirse con mucha prevencion. Unas veces la emulacion, las animosidades los moverán á acusar ligeramente al desgraciado, por cuyas circunstancias se los pregunta; y otras al contrario la compasion, ó una deferencia natural los dispone á disfrazar los vicios y exagerar las necesidades. ¿Cómo en efecto hacerse delator de una familia desgraciada? ¿cómo no estimular el interés de las personas que parecen dispuestas á socorrerla?

Un observador experimentado puede leer

mucho en las facciones, en la fisonomía de una persona que aspira á conocer, y ordinariamente esta expresion es mas marcada, mas sincera en las que pertenecen á las clases inferiores de la sociedad, cuyas pasiones son mas fuertes, al paso que están menos egercitadas en arreglar su exterior. Es menester sin embargo proceder con mucha reserva en las inducciones que pueden nacer de estas apariencias. Nos inclinamos demasiado á dejarnos prevenir por las impresiones que producen; y la pretension tan comun de juzgar del carácter de una persona por su fisonomía, expone á muchas y graves injusticias. La desgracia prolongada, los padecimientos físicos producen alguna vez en la fisonomía cierta alteracion que puede ser mal interpretada, mientras que por el contrario el hábito de la hipocresía suele dar cierto aire de dulzura y de resignacion que nos engañan. Sorprendiendo al indigente en circunstancias diversas, tratando con él, observando el cambio que se verifica en sus facciones segun el language que se le dirige es como se pueden deducir de estas apariencias consecuencias mas seguras.

Hay mas fundamento para presumir ventajosamente del carácter del pobre si se sonroja al recibir un beneficio, que si le recibe llorando: las lágrimas son mas fáciles de fingir. Las señales que prueban cierta delicadeza, y un resto de dignidad son un favorable augurio para la conservacion de la honradez, mientras que el atrevimiento es muy mal síntoma. El

que pide y recibe sin ningun embarazo está cuando menos familiarizado con la humillacion; y es de temer que se hayan debilitado en él los sentimientos morales, que su alma haya perdido la energia necesaria para luchar con la adversidad y oponerle los recursos que todo el que sufre debe saber buscar siempre en sí mismo.

Tantas precauciones serán acaso vituperadas por alguna alma delicada y sensible.—“Qué, se nos dirá ¿quereis todavia ofender con vuestra desconfianza á ese desgraciado tan digno de compasion, solo porque se vé obligado á humillarse hasta solicitar vuestra limosna? ¿dudareis aun á la vista de esas lágrimas que derrama? ¿podreis resistir á esa voz suplicante que os dirige?”— Parecemos duros bien á nuestro pesar; pero hagamos una prueba bien sencilla. Pedid á ese desgraciado las señas de su casa y anunciadle que le ireis á ver á ella. Acaso desaparece sin contestaros: acaso os dá algunas señas, y cuando vais á preguntar os encontrais con que es un desconocido, con que nadie os dá noticia de él en aquel domicilio... esto sucede todos los dias.

¿Se quiere ver hasta qué punto puede multiplicarse el número de fingidos pobres, hasta donde podemos ser arrastrados por una indiscreta facilidad en prodigar á los que no tienen derechos positivos los socorros destinados al verdadero infortunio? Compárese el estado de los pobres admitidos á participar de los socorros públicos en la Capital antes que la orde-

nanza real de 2 de Julio de 1816 estableciera el nuevo sistema de socorros domiciliarios, con el que resulta de los censos formados desde que en virtud de este sistema son auxiliadas las Juntas de caridad por las Señoras y Comisarios encargados de la visita de los pobres. En la primera época el número de familias admitidas ascendia en Paris á 52,524, y el de individuos socorridos á 102,806; mientras que, segun el censo de 1822, el número de familias admitidas no pasa de 27,762 y el de individuos socorridos de 54,371; y la poblacion de la Capital se ha aumentado en ese periodo cerca de una cuarta parte. El nuevo sistema de socorros, exigiendo que se exprese en el billete mismo de admision la causa de la indigencia, ha puesto al pobre en la precision de buscar y determinar esta causa, y ha hecho que la fingida indigencia salga de esa vaguedad que ofrece un velo tan facil á la avaricia y á la indolencia.

Si se quiere un ejemplo tomaremos de mil uno que acabamos de presenciar. Entre los pobres admitidos por la Junta de caridad, á la que tenemos la honra de pertenecer, y confiados especialmente á nuestro cuidado, se hallaba la anciana Buy, de edad de 70 años, que vivia en la calle nueva del Sena, número 25. Hacia muchos años que recibia el pan y los demas socorros: visitada con frecuencia presentaba siempre las exterioridades de la mas extrema miseria. Cayó enferma y no recibió mas socorros que los que la llevaron las Her-

manas de la Caridad : expiró por fin sobre paja sin tener ni una cama, ni una sábana. ¡Qué sorpresa! Despues de su muerte se descubrieron en su cuarto cuidadosamente ocultos doce pares de sábanas nuevas de buena calidad, y un tesoro en especies que habia acumulado ¡y estuvo sin embargo privada de todo, hasta el último momento! Si: nos hemos visto completamente engañados, nosotros, que nos atrevemos á indicar á los demas el medio de no serlo: y no ha sido esta la única vez. Lo confesamos: acaso nuestra confesion sea mas eficaz que nuestros consejos.

Queda definida la primera funcion del Visitador del pobre: la segunda no será mas que una continuacion de esta. Vamos á penetrar mas adelante.

CAPITULO III.

De la clasificacion de los pobres.

Un buen sistema de distribucion de socorros supone tres condiciones.

- 1.^a Que los socorros sean *proporcionados en cantidad* á la extension de las necesidades.
- 2.^a Que sean *análogos en su especie* á la naturaleza de estas mismas necesidades.
- 3.^a Que *duren aquellos* todo el tiempo que estas y *se gradúen* por su variacion.

Estas tres condiciones suponen que ha sido exactamente comprobada la situacion de los

pobres así como la extensión y naturaleza de sus necesidades y los cambios que experimentan.

Esta comprobación es el objeto de lo que llamamos *clasificación de los pobres*, y la base de todo el edificio que está llamada á levantar una caridad ilustrada.

El gran arte de la caridad consiste en poner los socorros en relación con las necesidades de la pobreza. Después de haberse asegurado de la realidad de la indigencia, es preciso determinar escrupulosamente su extensión y sus límites. Sin estas circunstancias se dá á la ventura; y mientras se proporciona un socorro inútil, se niega tal vez el que era indispensable. Por lo demás los mismos cuidados, las mismas averiguaciones servirán para este nuevo exámen: al Visitador del pobre corresponde desempeñar este trabajo, y esta será su segunda función, que exige investigaciones mucho más circunstanciadas y escrupulosas.

Recordemos las tres condiciones que constituyen la relación de los socorros con las necesidades, y detengámonos un instante sobre cada una de ellas.

1.º La indigencia enteramente falsa y simulada es mucho más rara de lo que comunmente se cree y tiende á disminuirse cada día más. El atractivo natural de la actividad, cierta franqueza en las costumbres, cierta altivez, ó amor propio si se quiere, que no son ajenos á ninguna clase, son otros tantos preservativos contra esta vergonzosa ficción. Pero nada es tan frecuente como la indigencia exagerada,

es decir, una mezcla de verdad y mentira que no debe estrañarse. El que sufre se exagera facilmente á sí mismo su propia miseria, y la exagera á los demas para excitar su compasion. Cuando el sentimiento imperioso del infortunio ha llegado á triunfar de la repugnancia natural que tienen todos á pedir y recibir es facil ya no avergonzarse de pedir mas de lo necesario.

Sin embargo, dar á la indigencia mas que lo que reclama su necesidad es casi lo mismo que dar á la falsa indigencia: los inconvenientes, aunque en grado menor, son de la misma clase.

Esta máxima parecerá tal vez demasiado dura, y está dictada sin embargo por el interés bien entendido de la pobreza misma. Sin duda es penoso excrudiñar asi los límites del sufrimiento y medir tan excrupulosamente el beneficio. Pero el médico ¿no se niega tambien á los deseos de su enfermo, no le impone privaciones? Hacer el bien por complacer á su propio corazon no es mas que una beneficencia á medias. Gozad el placer de dar: nada mas justo; pero ese placer no es el objeto, y no debe ser la medida ni la regla de vuestros dones: no es mas que su recompensa.

Procure pues el Visitador del pobre fomar una idea clara y precisa de la situacion del indigente, tomando para ello por tipo un estado de indigencia que supondremos absoluto, distinguiendo la situacion del individuo aislado y la de una familia mas ó menos numerosa.

El estado de indigencia absoluta respecto á un individuo aislado, es el que nos ofrecería, suponiéndole privado por enfermedades, de los medios de egecutar ningun trabajo, sin ningun recurso, y abandonado de sus parientes. Fijemos por un número cualquiera la suma necesaria para proveer al desgraciado del alimento diario, habitacion, conservacion y renovacion de sus ropas, de sus vestidos, de su cama, un poco de fuego para el invierno y las medicinas que pueda necesitar. Esta cantidad no será absolutamente la misma para una muger que para un hombre, ni tampoco para un huérfano de poca edad. La debilidad y la inexperiencia producen en este último respecto á la impotencia de trabajar el mismo efecto que las enfermedades en los otros.

Establecido este punto de partida falta deducir los varios recursos que puede procurarse el indigente. Un viejo aunque decrepito, puede emplearse en algo; ser guarda por egemplo. Un ciego conserva tambien fuerzas que puede utilizar de varias maneras: las enfermedades que dejan el uso de algunos miembros siempre permiten alguna pequeña ocupacion. El pobre puede tener un pariente, un amigo, un protector que le preste alguna asistencia. Hechas estas deducciones habremos fijado casi exactamente sus necesidades. Pero aun es preciso saber si hay quien le ofrezca el poco trabajo á que puede dedicarse porque solo en este caso habremos de deducir su producto de la primera suma. No siendo asi la falta de trabajo será un

elemento nuevo, aunque pasagero, que entrará en el triste aumento de sus miserias para componer la suma total.

Determinada asi la situacion de un solo individuo procederemos lo mismo respecto á una familia, aplicando una medida semejante á cada uno de los que la componen. Pero hay que tener presente que una familia reunida gasta menos que la totalidad de lo que gastaria en particular cada uno de sus individuos. La habitacion, el fuego son casi lo mismo para muchos que para dos, que para uno solo: la asistencia mutua proporciona tambien alguna economía.

Se ha supuesto siempre que los hijos menores de doce años pesan enteramente sobre los padres: sin embargo, de menos de doce años pueden ya prestar algun pequeño servicio y ganar alguna cosa, al paso que mayores de esa edad entran en un aprendizaje que exige sacrificios mas ó menos cuantiosos y prolongados. Las tres clases de instruccion, la que enseña á la infancia á leer y escribir, la que la inicia en la Religion y la moral y la que la forma para el trabajo deben considerarse como sus necesidades mas esenciales: toda ocupacion lucrativa que fuese obstáculo para ellas, en vez de ganancia seria una gran pérdida.

2.º Determinada ya la extension de la necesidad ¿daremos en dinero la suma que corresponde? ¡Dios nos libre! ¿Quién nos asegura que recibéndola el pobre no la destinará á otro objeto, no la dará una inversion, no solo

mal entendida, sino tal vez funesta? ¿quién nos responde de que no consumirá en un día lo que recibe para toda la semana, y que aun empleándolo en sus necesidades reales sabrá hacer la elección mas económica y mejor entendida? Si él fuera capaz de estas precauciones tal vez no sería pobre! ¡es tan fácil desconcertar la economía de una vida limitada á lo estrictamente necesario!.. por hacer una comida un poco mejor se priva de los medios de vestirse ó de calentarse en el invierno. Nosotros mismos sacrificamos muchas veces el porvenir á los goces del momento ¡y queremos que sea mas previsor el pobre que cree tan poco en el porvenir!

Los socorros en especie son además un testimonio sensible de nuestra activa y tierna solicitud. Nuestros dones excitarían su reconocimiento, pero se enternecerá con nuestra solicitud y nuestros cuidados, viendo en ellos mas que beneficencia una especie de afecto paternal. Si el pobre es un verdadero pobre, la vista de nuestro dinero le hará avergonzarse; pero dirá con gusto = esta es la cama que debo á su bondad = y lo recordará todas las noches, elevando su corazón al que viste los campos de flores. Para todo esto será preciso además que lleguemos á ser confidentes suyos, confianza tan dichosa para él como para nosotros. Naturalmente se verá inclinado á referírnoslo, á contárnoslo todo, y nos escusará de hacerle preguntas que podrían tener cierto aire de desconfianza, y que nos hubieran sido igualmente penosas. Así estaremos en posición ver si ha

:

conservado y sostenido lo poco que posee, si ha usado oportunamente de todo, sin que esto sea una inquisicion suspicaz, sino el privilegio de una adopcion sincera. Asi aprenderemos tambien á distinguir y reconocer por nosotros mismos el género, la calidad, los precios, la duracion de los efectos que consume el pobre y que son mejores para su uso: podremos fundar su pequeño presupuesto sobre bases seguras, formar un juicio exacto sobre sus verdaderas necesidades, aprender á observar mejor á otros indigentes para apreciar lo que necesitan, y garantirnros en fin de cálculos aventurados que nos expondrian á dar con exceso, ó á negar lo indispensable.

Asi se establecerá una segunda enumeracion que designe en especie cada objeto necesario, su género y cantidad. En primer lugar la habitacion, luego la cama, ropas, vestidos, calzado, telas, trage para los niños, medios de calentarse: esto es comun á todos. Hay despues dos especies diferentes de consumos diarios segun que el indigente esté sano ó enfermo: una, si está enfermo, comprende las medicinas, la asistencia, caldo, vino en ciertos casos: otra, si está sano, los alimentos convenientes á la edad, al sexo, al género de vida y de trabajo.

Pero, como ya hemos dicho, lo que mas necesita el pobre es trabajo, completo si goza de todas sus fuerzas y facultades, ó la parte de que sea capaz, si es anciano ó enfermo. De aqui nace una nueva série de observaciones. ¿A qué oficio se habia dedicado hasta entonces?

¿por qué no encuentra ya recursos en él? ¿será posible volvérselos? ¿cuáles serán los medios? en su defecto ¿no hay alguna otra ocupacion en que pueda emplearse? ¿cuál será esta? ¿cómo procurársela? en todo caso ¿qué producto nos podriamos prometer para él? ¿puede trabajar fuera de su casa ó solamente en su domicilio?

3.º Hechas las anteriores averiguaciones conocemos ya exactamente el estado del pobre, pero solo en el momento presente. Ahora se cambia todo: el enfermo se restablece, el que estaba sano cae enfermo: la porcion de trabajo de que aun podia aprovecharse el indigente falta: el niño crece y tiene nuevas necesidades, ó al contrario puede ya ayudar á sus padres: la familia se aumenta con un recién nacido, ó pierde uno de sus individuos: el rigor de la estacion viene á desconcertar nuestros cálculos ¡quién sabe! se descubre un pariente rico. Si continuamos prestando ciega y maquinalmente los socorros de la misma manera y en un mismo grado ¿qué sucederá? que dejando de ser necesarios quitan al que los recibe de usar los recursos que tiene en sí, le excitan á engañarnos y le cierran el camino que iba á restituirle á la actividad é independendencia, ó que al contrario siendo insuficientes y no guardando proporcion con las necesidades, nos hacemos crueles sin advertirlo, dejamos imperfecta nuestra obra y defraudada la confianza que en nosotros se tenia: en uno y en otro caso queda sin llenar nuestro objeto.

Este doble cuadro no será solamente el cua-

dro de un día, el cuadro pasagero de una situación variable, sino que habrán de tomarse en cuenta los cambios que producen el tiempo y las circunstancias.

Para continuar formando así la historia de las pequeñas revoluciones que sufre la existencia de un desgraciado se necesita gran paciencia sin duda y mucha perseverancia. Acaso es esto lo más raro y difícil en el ejercicio de las obligaciones impuestas al *Visitador del pobre*; pero es condición indispensable para que continúe siendo útil la asistencia. Por eso tiene tan graves inconvenientes el que los pobres varíen de domicilio con tanta frecuencia: apenas se llega á conocer una familia cuando desaparece. Haberis tratado con prevision de tomar disposiciones para su porvenir y ya no podeis observar sus efectos. Esta familia encontrará tal vez otro bienhechor, pero no tendrá noticia de vuestros esfuerzos ni de vuestros designios.

¿Ha terminado por fin el Visitador del pobre su larga y penosa tarea? ¿Ha tomado ya todas las noticias posibles? está muy adelantado sin duda; pero no ha observado más que las exterioridades: tiene que penetrar todavía en más íntimos secretos. = ¿Cuáles? =

Sentado á la cabecera de un enfermo procuraba yo sostenerle y animarle en sus sufrimientos: un suspiro arrancado de su pecho excita en mí nuevas dudas y ansiedades: le pregunto, le insto y guarda silencio: le hablo un lenguaje afectuoso y se enternece: le aprieto la mano y llora. ¡ Ah! su salud está en efecto

alterada, pero son los pesares los que la han destruido. Por mucho tiempo devoró en silencio las penas que oprimian su corazon, una quiebra le habia arrebatado el fruto de su economía: un amigo habia burlado su confianza: oprimido con deudas ajenas lo ha vendido todo por salvar su honor y cubrir sus obligaciones, hasta el taller mismo en que trabajaba dia y noche para la subsistencia de su familia. ¡Familia querida! él la ocultaba estos terribles secretos; y mientras sus tiernos hijos jugaban en sus rodillas gemia él con la idea de verlos morir de hambre! Se privaba de todo y no se alimentaba mas que con sus lágrimas por dar á estos desgraciados el último pedazo de pan que le quedaba. Al fin ha sucumbido; pero ha sucumbido mas bien bajo el peso de la tristeza que de la miseria. = “Ah! ¿por qué no me lo habeis dicho antes? ese taller yo os le recobraré. No: no sois vos el único abandonado sobre la tierra, ni se os han cerrado todos los corazones! habeis descubierto un amigo falso: ya encontrareis otros que no lo sean.” = Apenas le hablo asi un rayo de gozo y de esperanza rompe la nube y le vuelve á la vida.

Otro desgraciado á quien deseo socorrer parece que me teme y huye de mi. En medio de su infortunio presente diríase que tiembla ante la idea de una desgracia desconocida. ¿Qué tiene? = Quiere expatriarse. = ¿Por qué? = Acaso se vé perseguido por un hombre poderoso, expuesto al ódio ó la venganza de un enemigo: tal vez un pleito que no puede seguir

acaba de arruinarle, cuando el justo triunfo de sus derechos le hubiera vuelto una honrosa fortuna. Descubro su peligro: me pinta todas las fuerzas de sus opresores, todas las animosidades de que es víctima. = "Aquí estoy yo, le digo: si vuestra causa es justa, yo la tomo á mi cargo, yo os buscaré apoyo. Lejos de arredrarme los obstáculos me tendré por mas dichoso en vencerlos." = Este hombre recobra la esperanza y se salva.

Otro manifiesta en sus modales y en su lenguaje una educacion esmerada, pero nunca me ha hablado de su familia: he tratado yo de hacerlo algunas veces, y he conocido que le era penosa esta conversacion. ¿Qué descubro en fin á fuerza de investigaciones? un pariente próximo, un sobrino, un hermano tal vez son ricos, y le desconocen desde el dia de sus desgracias. Se avergüenzan de los lazos que los unen con este desdichado ¡se avergüenzan! cuando de lo único de que debian avergonzarse es de semejante indiferencia! ¿qué digo? ese anciano paralítico, esa muger enferma tienen un hijo, una hija que posee una tienda, viste con elegancia, disfruta de las diversiones ¡y desconoce hasta tal punto los deberes que nos imponen las leyes y los mas sagrados derechos de la naturaleza! ¿es posible? ¡Ay! demasiado cierto por desgracia! Se ven muchos ejemplos de esos desdichados á quienes la cruel indiferencia y el egoismo de sus familias abandonan á la pública compasion! Yo me presento á esos parientes desnaturalizados: tal vez logro enter-

necerlos y que se arrepientan y reparen su falta con aquel á quien hacia mas desgraciado su abandono que las privaciones que sufría. Si nada consigo, si sus corazones son inflexibles, me pongo de acuerdo con el ministerio público: el temor de la Autoridad, de los tribunales los obligarán, ya que no á mostrarse afectuosos, á prestarles á lo menos los recursos materiales para su subsistencia.

¡ Almas generosas! no creais haber llenado la honrosa carrera que teneis abierta en el mundo con haber hecho inventario de las necesidades exteriores, y de los recursos para satisfacerlas, con haber dado asilo, vestidos y alimentos. Es un ministerio el vuestro mucho mas grande todavia y mas dificil. ¡ Penetrad en el secreto de ese corazon afligido! Devolviéndole la paz interior hareis mucho mas que quitándole el hambre: restituyéndole la energía moral la dareis valor para dedicarse á un trabajo util, para soportar mejor los sufrimientos y las necesidades. Ilustrando la razon y restableciendo el orden en un ánimo que la turbacion habia confundido, le preparareis á tener arreglo y economía. Vuestros consuelos, vuestros consejos serán mas eficaces que todos vuestros dones, y enseñarán á valerse de ellos con fruto. Las miserias del alma ¿ no son tambien miserias? ¿ y solo con ellas ha de ser indiferente la caridad? Acaso sus revelaciones os sean mucho mas amargas: acaso el desventurado no es víctima sino de sus propias faltas! Todavía en este caso estais obligado á curarle de los vicios

que le pierden, á lo menos á intentar su curacion: tendreis una luz nueva y necesaria para guiaros.

He aqui cuanto es preciso estudiar, descubrir, observar. Acaso lo es tambien guardar reserva sobre el resultado de vuestros descubrimientos, y vuestra discreccion será una parte mas de vuestra beneficencia.

Si el indigente se presenta, si él mismo solicita el socorro, el Visitador del pobre, teniendo presente cuanto se ha dicho, podrá librarse de incurrir en errores, formar cálculos bastante exactos, estar en posicion de apreciar lo que debe conceder á las instancias del que implora la beneficencia pública ó la caridad privada. Pero que ¿la desgracia se presenta siempre á nuestra vista? ¿no es mas respetable aun la que se oculta? Ah indudablemente.

Una inquietud me asalta. En la misma casa en que vivo habita una familia encerrada en un estrecho aposento: no se la vé entrar ni salir, y apenas se sospecha su existencia. Un dia encuentro uno de los niños que la componen: solloza, me alarman sus palabras cortadas: trato de acariciarle y me rechaza y huye: penetro en el aposento y lo sé todo. Es un empleado á quien las vicisitudes de los tiempos han privado de un destino subalterno que desempeñaba. En vano ha tratado de buscar por todos los medios una nueva ocupacion: tiene demasiada edad para ponerse de aprendiz en un taller. Ha consumido cuanto poseia: con la esperanza de ser repuesto habia provisto á

la subsistencia de su familia, tomando prestado, y es preciso pagar. El acreedor se presenta: está allí: se le muestra un aposento vacío y se irrita... Oh! que no lo hubiese sabido antes! ayer tuve ocasion de procurar una ocupacion á este hombre honrado... = En otra parte es una muger absolutamente sola: su trage es decente, pero su vida es misteriosa: hay dignidad y tristeza en su fisonomía. ¿Qué hace, de dónde viene? procuro informarme. Es una viuda: su marido desempeñaba con tanta probidad como exactitud un modesto empleo, con cuyo sueldo vivian los dos: esperaba un ascenso, la muerte le arrebató antes de conseguirle y no ha dejado nada. Hoy la desventurada, absorta en el dolor de su pérdida, apenas ha echado de ver que no tendrá medios para sobrevivirle. Será preciso que un socorro disimulado llegue, sin que lo perciba, á remediar su miseria, respetando su delicadeza.

En los cuadros que hemos presentado omitimos una distincion esencial: la de la indigencia que pide y la indigencia que se oculta. Omitimos tambien una circunstancia que debe aumentar nuestro interés y nuestro respeto, y es ese pudor de dignidad que conservan las almas nobles bajo el peso mismo de la desgracia.

En la distribucion de socorros olvidamos tambien un género especial á ciertas situaciones: el apoyo que se presta á un individuo recomendándole y dando por él ciertos pasos.

Esto nos conduce á la última s erie de consideraciones, que ser an para el Visitador del pobre de particular importancia.

Para apreciar bien la verdadera situacion de una familia indigente no basta examinar sus necesidades actuales: conviene enterarse tambien de su condicion anterior. Las privaciones son mucho mas sensibles para el que ha vivido en una situacion desahogada: ciertas comodidades llegan casi á ser necesarias por el largo hábito de gozarlas; estas necesidades se multiplican y se hacen mas imperiosas en la vejez. Las penas morales, que vienen á unirse con los sufrimientos físicos, se aumentan tambien en razon de la diferencia de la situacion anterior, comparada con la presente. Hemos tenido ocasion de ver entre los indigentes inscritos en el registro de una Junta de Caridad viudas de oficiales condecorados, de notarios, de comerciantes, hijas de antiguos magistrados, de literatos, de abogados, de artistas, de oficiales retirados que salian del hospital.   Quién puede creerse   cubierto de los golpes de la adversidad? La educacion que han recibido estas personas, la posicion que han ocupado en la sociedad las hace naturalmente mas susceptibles, las dispone   ser mas exigentes y reclama tambien mas consideraciones y miramientos. En tales circunstancias convendrá modificar la eleccion y la extension de los socorros. Algunas veces convendrá abandonar la regla, tan sábia y tan útil en general, de darlos en especie: será preciso manifestar   los

desgraciados, víctimas de tales reveses, una justa confianza dejándoles á ellos mismos el cuidado de emplear el dinero que aceptan con repugnancia. Es menester repetirlo: en esta como en muchas otras materias no hay reglas absolutas: todo es relativo. Las fórmulas generales pueden servir de términos de comparación, pero no son una pauta á que deban arreglarse ciega y forzosamente todos los casos particulares. Cuanto mas se aproxime el Visitador del pobre á los que se ha encargado de socorrer mas advertirá estas diferencias. Los objetos no se parecen ni se confunden sino al que los vé de prisa ó de lejos.

CAPITULO IV.

De los que deben egerecer las funciones de Visitadores de pobres.

Este ministerio difícil, delicado, penoso muchas veces, cuyas funciones se han descrito en los capítulos anteriores ¿á quién deberá confiarse? ¿á quién se investirá con el bello patronato, con la interesante dignidad de *Visitador del pobre*?

= A todos los que consienta en aceptar este cargo, cualesquiera que sean su edad, su condición y su sexo, siempre que tengan bastante virtud para conocer su importancia, y bastante juicio y experiencia para llenarle con discrección.

— ¡Qué! se dirá sin duda ¿no tenemos administradores especialmente encargados de la distribución de socorros públicos? ¿no están ahí nuestros respetables Párrocos, nuestras angélicas Hermanas de la Caridad, á quienes pertenecen de derecho estas funciones, que están acostumbrados á desempeñar, y que ahora pretendéis confiar á profanos? ¿Creéis formalmente que no es una verdadera novela la que presentais, imaginando llamar á simples particulares á desempeñar una mision de esta especie? ¿Dónde encontraréis personas que puedan y quieran encargarse de ella? ¿Os dirigireis á las gentes del mundo ocupadas en sus propios negocios?—

Sí, volvemos á repetir: las encontraremos en gran número, las encontraremos hasta entre esas mismas gentes del mundo, hasta entre esos hombres preocupados con lo que llaman negocios, si su corazon no es inaccesible á los sentimientos de la caridad. Su educacion se formará, si aun no han adquirido experiencia; y no tememos continuar, esperando probar las dos proposiciones siguientes:

Todo el que se presta á socorrer la indigencia debe constituirse en *Visitador del pobre* á lo menos por su propia cuenta.

La cooperacion de personas particulares en la visita de los pobres es eminentemente útil á los que por oficio están encargados de la distribución de socorros.

La primera proposicion creemos que está probada hasta la evidencia por las consideraciones hechas en los capítulos anteriores. No

hay mas que un medio de dispensarnos de visitar al pobre que queremos socorrer, y es entregar la limosna que se le destina, no á él mismo, sino á los encargados de este ramo de administracion, ó á alguna otra persona mas diligente é ilustrada que se preste á ello. Por que dar ciegamente y sin mas informes al que pide, ya se presente á nuestra puerta, ya le encontremos al paso, eso no es propiamente dar, es arrojar á la ventura, es exponerse á producir el mal en lugar del bien. Si alguna vez tenemos la dicha de que estos pretendidos dones recaigan sobre verdaderos necesitados y no se conviertan en su daño, nuestra buena accion no dejará por eso de quedar imperfecta, y de ser poco meritoria, ya por que no teniendo ninguna noticia fundada de las necesidades de aquel á quien se dirige, no podemos simpatizar con sus males, ya por que nos escusamos la aplicacion, el trabajo, el tiempo, un triunfo sobre nuestra repugnancia, es decir lo único que hubiera sido para nosotros un sacrificio mas positivo que el de algun dinero, que tal vez no nos cuesta ninguna privacion sensible.

Si echamos ese dinero en un cepillo ó lo confiamos á manos mas egercitadas y mas activas, obtendremos sin duda una garantía de su buena inversion; pero aun entonces ¡cuánto no faltará á esta caridad aparente! Habremos evitado la presencia del desgraciado, las comunicaciones directas con él, y nuestra caridad será mas indolente aun que lo habia sido hasta

entonces. Hay además un gran número de socorros que no se pueden dar por mano de otro. Tales son ciertos objetos de que podemos privarnos fácilmente, que tiráramos como inútiles, si no tuviéramos noticia de un indigente para quien pueden ser un tesoro. Tales son sobre todo los consejos, los consuelos, los estímulos, los buenos oficios: una sola palabra puede duplicar á veces el precio de la asistencia material para el que la recibe. En fin nos privamos á nosotros mismos de muchas lecciones saludables que habríamos recibido en el ejercicio de esta caridad investigadora, y nos privamos también por consiguiente de los medios que hubiéramos descubierto para ser más útiles á otros desgraciados.

¡ Vosotros, pues, los que no sois insensibles á los ruegos de la desgracia, que deseáis satisfacer la deuda que teneis con ella no temáis completar vuestra buena acción! Vuestra presencia será un testimonio de benevolencia mucho más expresivo que vuestra limosna: conoceréis también hasta qué punto era ya necesaria. ¿ No teneis visitas de atención y etiqueta? Pues dedicad también alguna al celestial sentimiento de la caridad, y os prometemos una digna recompensa!

La segunda proposición que hemos sentado nace en cierto modo de la precedente. Si los que dan á los pobres se tomasen al mismo tiempo el trabajo de visitarlos, los encargados de repartir los socorros públicos obtendrían de ellos noticias para completar, rectificar ó

suplir las que deben tomar ellos mismos. Y entre los que administran este ramo ¿cuántos son los que tienen bastante tiempo para verlo todo, y bastante confianza en sí mismos para estar seguros de haberlo visto siempre bien? ¿quién no se felicitaría por consiguiente de tener semejantes auxiliares? ¡Qué por el contrario acepten su alianza! habrá ya una economía de tiempo y de trabajo: cada uno se ocupará probablemente, y con preferencia, de los indigentes de su vecindad, y la vigilancia será mas facil, mas inmediata y mas continua.

Pero adelantemos mas, y no temamos decir la verdad toda tal como nos la ofrece diariamente la experiencia, en una materia en que la verdad es tan importante, pues que sus aplicaciones afectan á intereses tan sagrados.

Sin duda para ver bien se necesita haber ejercitado la vista; pero tambien algunas veces descubren los que llegan de nuevo lo que se ocultaba á los ojos mas expertos.

En la práctica de la beneficencia, como en la de todas las cosas, el hábito engendra frecuentemente la rutina, y hace nacer ciertas preocupaciones que podrian llamarse preocupaciones del oficio, si se permitiese esta expresion en semejante orden de cosas.

Las personas que hacen una investigacion de oficio y son conocidas por tales rara vez descubren todas las circunstancias de los hechos. Fácilmente se las disfraza lo que hay interés en ocultar. Ademas ¿no se ven precisados á valerse, para obtener informes, de estraños,

de terceras personas mas ó menos interesadas y hasta sospechosas? El que visita para socorrer por sí mismo está por el contrario en una situacion favorable para instruirse sin esfuerzo: sabe á quien se ha de dirigir, se le responde: su intervencion es mas natural: sus preguntas causan menos embarazo y llega á saber naturalmente mil pequeños detalles. No intentarán engañarle, porque no ven en él al agente de la Autoridad: se le dirá mas porque impone menos. En fin, si la presencia de un particular no inspira á primera vista tanto respeto como un ministro consagrado á las funciones de la caridad pública, tambien por otra parte intimida menos á ese pudor del infortunio, que desea encubrirse bajo el velo del secreto. Estas comunicaciones officiosas, mucho mejor que las investigaciones oficiales, obtendrán la confianza de aquellos desgraciados que esquivan las miradas y temen hasta la misma compasion. Una persona privada será con tanta mas facilidad admitida en los intereses de la familia, cuanto que se la supone mejor dispuesta á comprenderlos. (1)

La solicitud del administrador necesariamente se divide: tiene que socorrer á la vez una multitud de pobres que temen ser socorridos por categoría. El hombre desea un interés privado, individual: busca un protector

(1) Tales son las observaciones que se han hecho generalmente en Inglaterra sobre el servicio de los inspectores de parroquia encargados de distribuir el producto de la contribucion de pobres. Se puede ver lo que á este propósito dice Maltus en su *Ensayo sobre la poblacion*.

para sí mismo. Siente mas atractivo, mas abandono hácia él que no estando rodeado de una numerosa clientela, concentra sus cuidados sobre la familia que va á consolar: no se cuenta solo con un socorro, sino con un protector. Tales son las impresiones del pobre: cree sentir la proteccion mas cerca de sí y ser él su objeto personal y directo.

Hay ademas otro obstáculo que se opone á que los dignos individuos encargados por nombramiento de la distribucion de socorros públicos lleguen á conocer bien todo lo que esta aplicacion exige. Acaso se admiren los que ven y juzgan de lejos; pero me comprenderán cuantos conozcan el corazon humano, sus impresiones y debilidades. ¡ Ah! la desgracia cuando es real, cuando es profunda ¡ es tan susceptible! Hay un no se qué unido á la presencia del que viene á visitaros por obligacion: creéis verle con un precepto, con una regla, con una fórmula. Os franqueais mas con el que suponeis guiado á vuestra casa por un movimiento propio y espontáneo. Os presentais ante el primero como ante un especie de magistrado: os disponeis para recibirle, os preparais para responderle. No sucede lo mismo con el segundo: os dejais sorprender, apareceis ante él tales como sois. Supongamos si se quiere, en este último menos perfeccion y virtud: por esto mismo la flaqueza humana temiendo menos su presencia se aproximará mas facilmente, confesará con menos repugnancia esas debilidades que son tambien una parte de la desgracia al mismo tiempo que

:

una de sus causas... Precisamente es esto lo que se necesitaba saber.

Un consejo, en el que nunca se insistirá demasiado, para las personas que hacen habitualmente algunos sacrificios en favor de los pobres es el de concentrar sus dones sobre un pequeño número de desgraciados, y continuar sobre todo con los que se ha comenzado á asistir. Asi completarán, desarrollarán el bien, cuyo primer gérmen han depositado ya: probarán el efecto que han producido sus primeros cuidados: rectificarán, modificarán acaso la naturaleza de la asistencia: se ilustrarán por la experiencia: verán establecerse entre ellos y el pobre relaciones sumamente útiles; y no serán ya simples visitas, será una especie de adopcion, una verdadera tutela.

Y si las personas generosas no son ya simples Visitadores, si no tutores de una nueva especie ¡cuán util y precioso va á ser su carácter para la administracion!

Este nuevo tutor tiene mil medios habituales de informarse y vigilar: el pobre tambien puede á cualquier hora acercarse á él. Entra sin inquietud; viene á referirle lo que ha hecho, y á pedirle consejo sobre lo que ha de hacer. Algunas veces la necesidad es urgente, no hay momentos que perder; y el pobre recurre á aquel cuya bondad tiene ya probada. Otras veces sobreviene una esperanza, y se apresura á confiarla al que tenia tanta parte en sus intereses.

Este tutor que instituímos, por lo mismo

que está en la vida del mundo y de los negocios, tiene mil medios indirectos de ser útil por las relaciones que proporciona esta vida. Conoce á un fabricante que empleará al obrero que carece de trabajo: procurará alguna ocupacion á la muger: obtendrá un plazo del acreedor, ó del propietario. No teniendo mas que esta familia á su cuidado, se empleará todo para ella; y asi se formarán mil estrechos lazos entre la bondad y la desgracia.

Y no es esto solo. El que daba sin ver al indigente que recibia, sin ser visto de él, y por mano de una administracion intermedia, puesto en comunicacion directa con el desgraciado, complaciéndose en haber dado, se verá pronto y naturalmente movido á dar de nuevo y á dar mas. En la crisis de una enfermedad, en necesidades urgentes proporcionará él mismo y sin dilacion lo que reclama la necesidad. Sus amigos y parientes á quienes pintará el aflictivo cuadro que le ha ofrecido una familia honrada y menesterosa, se enternecerán tambien, querrán asociarse á su buena obra, y se aumentará el número de los bienhechores. Los hijos de la casa, escuchando y repitiendo esta relacion, querrán tambien tomar parte: harán ahorros aun á costa de sus diversiones, acecharán el momento de ir á ver la familia desgraciada, y ofrecerán gozosos su pequeño tributo. Muchas cosas sin valor que se despreciaban en la casa como inútiles y de desecho, ó que se prodigaban sin reflexion, adquirirán un precio inesperado, porque con cierto cuidado, ó

con alguna reparacion podrán servir para el uso de la pobre familia. Los desechos del rico son con mucha frecuencia el lujo del pobre. Con desechos se hará este un vestido regular : los trapos serán útiles para el enfermo, para el herido, para la muger parida. Asi se preven- drá y evitará el desperdicio de tantos objetos inútiles para las personas acomodadas : asi se abrirán mil cauces que llevarán sus aguas al canal de la beneficencia : asi se creará un nuevo tesoro con esta aglomeracion insensible, sin que resulte una privacion para nadie, ni una carga para la administracion. Mas para obtener esto es preciso el interés directo, el interés de persona á persona, y por consiguiente el contacto inmediato. Un particular no irá á enviar una porcion de su comida á la Junta de caridad ; pero la hará llevar con gusto á esa pobre muger que acaba de parir en la casa inmediata. Hay sin duda una caridad ilustrada, que elevándose á miras generales se conmueve con la sola idea de los sufrimientos de la humanidad: yo la honro y la admiro, aunque se satisfaga concuiriendo al socorro de estos sufrimientos con una contribucion pecuniaria pagada en forma de suscripcion, renovada periódicamente, y sobre cuyo destino descansa en el celo de los que estan encargados de egecutarla. Pero cuento mucho mas con el efecto que produce la vista de la desgracia para enternecer el cora- zon de la mayor parte de los hombres y ense- ñarles la bella ciencia de la caridad.

Esta sola consideracion bastaría para jus-

tificar cuanto hemos dicho hasta aquí. Casi nos atrevemos á asegurar que el aumento de socorros obtenidos naturalmente por este patronato individual ascendería á tanto, que sin esfuerzo llegarían á guardar proporcion los socorros con las necesidades. Qué ¿no es nada para el desgraciado considerarse objeto de un afecto, de una benevolencia que le es personal, conocer á su bienhechor, repetir su nombre, pedir al Cielo por él y poder amarle y bendecirle? La emocion del reconocimiento consuela al que sufre, le mejora, le purifica, le conduce á la virtud. Hasta se usa mejor del beneficio al que dá un nuevo precio á este sentimiento. Y estos consuelos, esta correccion, son ademas otro de los bienes que la miseria espera de nosotros, y no el menos esencial: es provechoso hasta para el bienestar físico: la salud renace con la tranquilidad: se sufre con mas paciencia, se trabaja con mas ardor.

Habéis echado algunas monedas en un cepillo por que quereis permanecer desconocido. Vuestra accion es generosa, y me guardaré bien de disminuir su mérito: el velo mismo con que os cubris la ensalza á mis ojos. Pero me traslado á donde el pobre á quien llega vuestro beneficio por una tercera mano. Poco ilustrado, poco egercitado en elevarse hasta las causas, la imágen de la Providencia Divina se le presenta en la asistencia que recibe bajo una forma demasiado fugitiva, muy poco sensible: recibirá tal vez con frialdad este don del des-

conocido. Hacedle un sacrificio mas, el de vuestra modestia: no temais presentaros, que pueda bañar con sus lágrimas la mano de su bienhechor: se hará mas virtuoso, recobrará sus afecciones. ¡Ay! Tal vez las habia perdido, y en su ruina ¿no era acaso esta la mayor de las pérdidas?

¡Oh, qué institucion tan útil y tan bella si pudiera conseguirse que cada familia pobre tuviese á su lado una familia acomodada, á cuya proteccion se confiase, y que fuera para ella una providencia sensible!

Acaso se nos objetará: = lo que pedis al Visitador del pobre exige mucho tiempo ¿quiénes son los que tendrán lugar para entregarse á tantos y tan continuos cuidados?

¡Mucho tiempo! ¿Hemos calculado el que disipamos en mil cosas inútiles, hasta el que nos consume el tedio? Pero no: son visitas casi siempre rápidas, instantáneas: no tienen hora fija ni obligada: se hacen con cualquiera ocasion, se las dedica los momentos perdidos. Y por otra parte, cuanto mas lleguen á multiplicarse los que acepten este benéfico ministerio, menos tiempo se exigirá de cada uno: su multiplicacion será precisamente lo que le hará mas fácil.

= ¿Quién es el que se niega cuando se presentan haciendo la cuestacion? ¿Quién no dá algunas veces de paso al pobre que encuentra en un camino? Pero si hay que subir á una pobre habitacion, inquirir mil detalles, eso es ya distinto: un fondo de bondad que basta

para estas primeras concesiones no alcanza á inspirar tal solicitud.

¡Bien! Precisamente esa beneficencia débil, que por que dá limosna, cree cumplir la ley divina de la caridad, es la que queremos atraer al espíritu de esta ley: queremos que brote ese gérmen de bondad. Hay hombres que socorren al pobre, á lo menos tienen esa intencion: nosotros querriámos mas: querriámos que le amasen. Si obtenemos de ellos la primera visita, la segunda será mas fácil, hallarán menos repugnancia: poco á poco se acostumbrarán, se aficionarán, se ilustrarán al propio tiempo, y la educacion que faltaba se completará por sí misma.

CAPITULO V.

Del modo de hacer la limosna útil al que la dá.

Un buen rey de la Cochinchina habia hecho pintar en el artesonado de una sala de su palacio todas las miserias humanas que él podia prevenir ó aliviar, y en esta sala era donde habitualmente moraba. ¡Que no se adornáran con las mismas pinturas los salones de nuestros ricos! Hay, sin embargo, otra cosa mejor que la pintura, y es la misma realidad.

Poca confianza inspira esa sensibilidad por la desgracia que se alimenta con la lectura de escenas inventadas, ó con la vista de cuadros imaginarios: hay gran distancia de los sueños

de la fantasía á la caridad del corazón. Habrá quien llore leyendo en una novela el desastre de una familia, y la generosidad de su libertador, y pasará sin derramar una lágrima por la puerta de un miserable, y contemplará tal vez con mas repugnancia que enternecimiento un espectáculo que no tiene nada de lisonjero.

Sin embargo ¿qué libro equivale á un espectáculo semejante? ¿En qué escuela podríamos recibir mejores instrucciones? ¿De donde podemos sacar fuerzas mas abundantes, facultades mas inesperadas?

Tiemblo al tocar este punto. ¡Tan grande es y tan profundo! Algunos hechos hablarán mejor.

Armando es un hombre de bien: á nadie engaña, á nadie hace mal. Maneja muy bien sus negocios, se entrega á ellos y ocupan su vida. Por lo demas vive como todo el mundo: se desayuna, come, duerme, lee su diario, cultiva sus relaciones de sociedad: sus dias pasan en este círculo uniforme: su horizonte no se estiende mas. No sospecha él mismo la vulgaridad de su existencia: no conoce que está helada la temperatura de la atmósfera en que respira. Cumple sus deberes exteriores: oye misa sin falta todos los dias de fiesta, por que es preciso ser exacto; pero no es capaz de comprender los secretos de la vida moral, los altos destinos de nuestra naturaleza, la sublime vocacion del hombre: no ve mas que un espectáculo ideal en las máximas de los sábios

sobre esta materia: casi se sonrie de las ilusiones de los que se elevan á tales ideas, y por lo que á él hace no quiere perder el tiempo en filosofar. Un dia me empeño con Armando en que me acompañe á una visita á casa de un desgraciado: no puede: tiene una cita: su plan del dia no puede alterarse; y ademas ¿no lo haré yo mejor que él? me pide que me encargue de llevar su limosna por contribuir á lo menos á mi objeto: lo *dareis*, me dice, *por mi intencion*. Le arrastro sin embargo conmigo, aun que manifiesta repugnancia. Entramos en conversacion con esta familia: tiene tambien sus negocios: Armando se los hace explicar: yo desaparezco sin que él lo advierta, y le dejo solo en medio de este círculo afligido. Da un consejo útil: se encarga por complacencia de dar un paso necesario: ha descubierto misterios de los desgraciados que le eran desconocidos: ha logrado su confianza, ha tenido la dicha de prestar un servicio. Estos pobres son ya admitidos en su casa. Le vuelvo á ver algunos dias despues, y me disculpo de haberle separado de sus negocios... Pero ya no es el mismo: ha variado la expresion de su fisonomía: me estrecha la mano: está mas afectuoso que acostumbraba yo á encontrarle. Sus conversaciones toman otro giro, me hace varias preguntas sobre los objetos de mi solicitud; y empieza á concebir que no hemos sido criados ni venidos al mundo únicamente para establecernos, vivir cómodamente y en paz con los vecinos. Encuentro un libro sobre su mesa: ha

descubierto que existe una region superior, cuyas influencias pueden ennoblecer y animar la existencia monótona de los intereses terrenos... ¿Qué es lo que ha pasado por este hombre? Ya lo sabeis.

La señora de V... es una muger amable y dulce: su casa está llena de atractivo para los que la visitan: la jovialidad y la gracia dan á su trato un encanto inagotable: es buena y siempre la he encontrado dispuesta á dar para los pobres. Pero las conversaciones sérias la fastidian: cualquier esfuerzo la seria penoso: quiere que cada cosa marche por sí misma: hasta la intimidad seria para ella una fatiga: sus hijos estan en un colegio, su marido en la oficina: para llenar las horas del dia tiene sus sociedades, su tocador, una vigilancia superficial sobre su casa; le agrada la pompa de las ceremonias religiosas, y gusta poco de lecturas sérias. En una palabra, su vida está perfectamente arreglada para formar un sueño pacífico y dulce hasta la hora de despertar. He querido tambien obtener de esta señora que me acompañase una vez. = Oh Dios! nada mas imposible: no solamente está muy alta la boardilla á donde seria preciso subir, sino que la hediondez, la suciedad la inspiran una repugnancia invencible: los modales groseros la son antipáticos. Un dia sin embargo, por sorpresa ó por complacencia consigo lo que juzgaba imposible. Al siguiente ya la encuentro junto á la cama del enfermo que habia visitado conmigo: habia vuelto allí sin saberlo yo. Pero no es esto solo:

la distribución de sus horas ha cambiado : su marido la encuentra mas tierna : la educación de sus hijos la inspira una solicitud mas activa : sus amigos descubren en su trato una sensibilidad que no sospechaban siquiera : su piedad se ha hecho mas recogida sin dejar de ser indulgente... ¿Qué es lo que ha pasado por ella? Ya lo sabeis!.. ¡Ah! que tutor he encontrado para una pobre familia! Mas de una vez la habia yo visitado, preguntado al portero, á los vecinos, al propietario, y tomado mis notas. Pues bien : hé aqui á la Señora V... establecida ya en cierta manera en la casa : lo que yo ignoraba lo ha sabido en un instante : lo que yo queria procurar ella lo ha provisto : será tal vez preciso que yo tenga que advertirla y enseñarla á ser mas económica en sus beneficios.

Alberto es jóven todavía : es ligero, amigo de las diversiones : le asusta menos la disipacion que el fastidio : tenia talento natural, pero no ha podido sujetarse á cultivarle por el estudio. Durante es disipador y pródigo por ostentacion y por vanidad. El primero ademas tiene buenas cualidades, es un buen amigo : el segundo vive honradamente y no cometerá una accion indigna ; mas el tiempo del uno y la fortuna del otro se evaporan sin producir nada útil. ¿Iremos á buscar entre ellos Visitadores del pobre? Ensayémoslo.

La Señora de P.... es una muger de mucho ingenio y se dice que tiene una extrema sensibilidad. Lee mucho : su mesa está llena, sobre todo de novelas, se asusta con la rela-

cion del menor accidente: hay que prepararla para anunciarla la caída de un caballo: no puede mirar á un retejador sobre un tejado: no se puede hablar de la virtud de una manera mas sublime: nadie es mas elocuente cuando se exalta por los intereses de la humanidad: sus amigos y sus amigas la admiran. Sin embargo, nunca da nada: hasta se dice que no paga sus deudas y que trata mal á los que la sirven: su casa está en desorden, y tampoco se hacen elogios de su carácter. Parece que no sabe derramar la felicidad en derredor ni gozarla ella misma ¿Intentarémos tambien confiarla un patronato? Véamoslo.

Yo lo he visto yá. Alberto me ha seguido sin reflexion: Dorante no podia vacilar en hacer una cosa conveniente y digna: la Señora de P.... ha encontrado algo de extraordinario en esta aventura: entreveía en ella el argumento de una relacion dramática. Algun tiempo despues, Alberto ha entrado en sí mismo: su buen corazon ha ilustrado su entendimiento: la vanidad de Dorante se ha convertido en un orgullo bien entendido: la Señora de P.... se ha hecho sencilla, natural: la felicidad renace en torno de ella, y al mismo tiempo queda oculta su activa generosidad.... Alberto cae enfermo: Dorante sufre un reves de fortuna: la Señora de P.... llora la muerte de un hijo, y los tres resisten estas pruebas con valor. ¿Qué ha sucedido?

Helo aquí: el primer movimiento al entrar en el asilo del infortunio ha sido un movimiento

de sorpresa y casi de horror para el que ignoraba estas grandes pruebas enviadas al hombre por la Providencia. Ha descubierto un aspecto nuevo de la vida humana, que sospechaba de una manera vaga, pero que no se atrevía á definir. Mas la voz de la criatura de Dios se ha hecho escuchar: la mirada del viejo desfallecido se ha encontrado con la mirada del hombre de mundo: las lágrimas de una viuda han corrido: sus tiernos hijos se ocultaban llorosos ¿qué corazón no se enternecería? El hombre de mundo ha tendido la vista en torno de sí, y no ha descubierto mas que la desnudez y las señales de la desesperacion: ha preguntado y ha sabido terribles pormenores. Una facultad, una potencia adormecida hasta entonces, se ha despertado en el fondo de su alma: ha cesado su distraccion: ha vuelto pensativo, ha meditado involuntariamente: se ha interrogado asi mismo, y su pensamiento ha salvado los estrechos límites de lo presente, de las cosas materiales. Bien pronto el socorro que ha llevado, las bendiciones que ha recibido le han hecho percibir un órden de goces desconocido. La confianza que se le manifestaba: esas manos levantadas hácia él anunciándole lo que se esperaba de su apoyo le han impuesto un empeño sagrado. Pronto ha conocido cuan facil era con mas órden y economía, con emplear mejor el tiempo producir el mas bello fruto que haya sobre la tierra, la felicidad de otro. Su alma se ha abierto á un nuevo órden de afectos: ha entrado en la vida moral, la única

verdadera : el asilo de la desgracia se ha convertido para él en una escuela : una accion buena le ha conducido á las demas virtudes.

¡ Humanidad , santa humanidad ! Tú triunfas y triunfarás siempre que tu voz no sea interceptada por nuestros hábitos viciosos ! Tú triunfarás si entre el que sufre y el que debe compadecer no se interpone la barrera levantada por el lujo y por el orgullo ! ¡ Salvad esa barrera funesta ! Volved uno á otro esos dos hermanos colocados á tan gran distancia ! Ved como en la naturaleza , la humilde fuente se alimenta con el agua que sobra á ese piélago inmenso : como el pajarillo coloca su nido bajo las hojas de la encina : dejad pues al infortunio abrigarse debajo de la felicidad ! ¿ Qué digo ? ¡ la felicidad !.. Dejad á esa fragil felicidad que se cree gozar en la tierra que se abrigue bajo las bendiciones del infortunio !

¡ Humanidad , santa humanidad ! Tú triunfas y contigo una interesante y noble porcion de afecciones generosas ! Colocada en los confines del Cielo y de la tierra nos muestras aqui el bien que hay que hacer y alli su recompensa ! Tu voz enseña la religion , cuya mensagera es la piedad ! Tu voz enseña la sabiduría : compadeciendo las miserias de otro es como á veces descubrimos las muestras que no sospechábamos siquiera ! Hay una indigencia mucho mas funesta que la de las necesidades exteriores : la indigencia del alma. Pues bien : cerca del pobre , en las santas emociones de la simpatía es donde encuentra sus remedios : alli es

donde el hombre recobra todas sus facultades... No mas, porque me estenderia demasiado si hubiera de decir todo lo que se ofrece á mi pensamiento, todo lo que llena mi corazon!

Pero no: una palabra mas. Penetremos mas adentro en las enfermedades morales de la humanidad.

¿Por qué se refugia á un retiro, por qué huye del trato del mundo ese hombre de bien que podria ser aun tan útil á sus semejantes? ¿Qué indiferencia es esa que manifiesta hácia todas las cosas humanas el mismo á quien conocimos dotado de una alma tan ardiente, de un celo casi entusiasta por los intereses de la sociedad, por el bien público? Ha pasado mucho tiempo por el: ha conocido muy de cerca la sociedad: ha sufrido crueles desengaños: ha sido burlado: ha descubierto los odiosos secretos de la hipocresía, de la perfidia: se han calumniado sus intenciones. ¡El bien! no cree ya en la posibilidad de hacerle! Postrado su corazon ha renunciado á las dulces esperanzas que llenaban de encanto sus juveniles años: no vé mas que quiméricas ilusiones. — No, no: el extraviado por ilusiones funestas sois vos ¡aun os quedan medios fáciles de reanimar, de utilizar vuestra vida! Venid conmigo: penetremos en ese aposento pobre y oscuro: es una infeliz viuda: tres hijos pequeños la acompañan: no tiene salud. Escuchemos la relacion de las desgracias que la han oprimido: ya siente un alivio con solo ver que la atendemos, con

hallar corazones que se prestan á escucharla. ¿Podremos abandonarla? No: volveremos. Será preciso ocuparnos de sus intereses, guiar su inexperiencia, ayudarla á proporcionar una buena educación á sus hijos, y cuidar nosotros mismos algun dia de que aprendan un oficio. Esta vez á lo menos no sereis engañado: no serán los pesares vuestra recompensa. Los hombres no os habian conocido; pues estos pobres sabrán comprenderos.

¿Quién es ese jóven cuyo semblante parece turbado, abatido, al mismo tiempo que poco vulgar? Un peso importuno parece que le agobia: busca distraccion, y no la encuentra. Sus ojos expresan desfallecimiento, pesares sobre los cuales procura aturdirse. ¡Desventurado! amaba la virtud: ha tenido la desgracia de cometer una falta: tanto mas siente su humillacion cuanto su presuncion era mayor: casi desespera de sí mismo. ¡Ay! pronto quizá dudas terribles se suscitarán en su alma, y él las acogerá por escusarse á sus propios ojos. Un abismo se abre bajo sus plantas, las fuerzas le abandonan... ¿á dónde huyes desventurado? ¡Ven, ven conmigo, presta el apoyo de tu brazo á ese trémulo anciano: ayudémosle á volver á su triste morada. En ella entra sin haber logrado quitar el hambre, y apenas encuentra un poco de paja en que descansar! ¡Te enterneces: ya lee en tus ojos la esperanza de verse sostenido en los pocos dias que le separan del sepulcro! y esta esperanza reanima sus

fuerzas. La confianza que en tí ha puesto no la defraudarás: ya has respondido en secreto. Tu corazón está formado para la virtud: aun puedes rehabilitarte á tus propios ojos: consume esa buena obra y recobrarás tu porvenir, un porvenir digno de tu ambición primera: las bendiciones de un anciano te devolverán tu propia estimación.

Atormentado un día por contrariedades é intrigas, vejado por injusticias, me hallaba en la situación mas penosa. Salgo á respirar aire libre: un niño me encuentra, me reconoce y se me acerca. = "Venid, si quereis, me dice, á ver á mi pobre madre: está enferma." = Me dejo conducir... Oh! esas puerilidades, esos pequeños reveses de la vida que tanto suelen afectarnos ¿qué son comparados con los verdaderos infortunios?

Hacia ya tiempo que mi salud estaba alterada: en un estado habitual de languidez me hallaba triste, impaciente: vivos y agudos dolores me atacaban por intervalos condenándome á numerosas privaciones. Oh ¡cuán difícil es el ejercicio de la paciencia! cuantas veces llegué á decir ¿cuándo acabará esta prueba? ¿Tendré bastante valor para soportarla hasta el fin?.. Me encuentro con el encargo de dar un informe sobre la elección que debe hacerse entre varios indigentes que aspiran á una plaza vacante y disponible en el hospicio: tengo que averiguar la situación de cada uno, reconocer sus derechos, y en seguida compararlos.

Oh cielo! ¿Y me atrevo á quejarme, yo, que estoy asistido con tanto esmero? ¡qué cuadro se ofrece á mi vista. ¿Qué son mis miserias comparadas á las que con tanto ardor hacen ambicionar un asilo en el hospital, y aun esta ambicion no puede satisfacerse?.. He aprendido á sufrir.

He tenido un revés de la fortuna: mi situacion ha variado enteramente: es preciso reformar todo el método de mi vida. ¿Tendré valor para resignarme á tanto sacrificio?.. Entro en casa de un padre de familias enfermo: el trabajo de sus manos no puede ya sostener á su muger y á sus hijos, están sitiados por el hambre y por el frio... He aprendido á sopor-tar las privaciones: he descubierto que aun estoy en la abundancia... ¿No puedo aun partir con ellos algo de lo que me queda? Ah! si: todavía soy rico.

Oh! esta vez el desgraciado á quien visito es menos desventurado que yo. Cualquiera que sea el peso de las adversidades que le oprimen, está rodeado al menos de los objetos de su cariño: su fiel esposa está á su lado: sus hijos le sonrien: le queda un verdadero amigo... Ay! el Cielo me ha sometido á pruebas que le son desconocidas! mi alma ha sido quebrantada por el dolor: el luto es mi herencia, la muerte mi única esperanza: ella me reunirá á los objetos por quienes vivia! soló sobre la tierra ¿qué será de mi?... Mas visitando al que solo ha perdido sus bienes materiales, descubro que

puedo consolar la desgracia de otro. ¡Qué rayo de luz! Paréceme recibir un mensaje que me envían desde el cielo los mismos á quienes lloro sobre la tierra. Ellos me enseñan que puedo aun honrarlos haciendo bien, y conservar un comercio sagrado por medio de buenas acciones.... Yo tendré valor para sobrevivirlos y cumplir mi destino sobre la tierra!

CAPITULO VI.

De las virtudes del pobre.

El espectáculo de las miserias humanas considerado de cerca, considerado atenta y reflexivamente es una de las fuentes mas fecundas en instrucciones morales que puede haber para nosotros sobre la tierra. Pero aun será mas elevada la instruccion si en el seno de estas mismas miserias encontramos triunfante la virtud. Aqui solo es donde aprenderemos á conocer toda la sublimidad de su heroismo, toda la extension de su poder.

¿Qué virtudes son esas que creemos poseer nosotros que vivimos en la prosperidad y en el seno de una sociedad escogida, dotados con todos los beneficios de la educacion, rodeados de una consideracion que nos vemos obligados á sostener como un elemento necesario de nuestra existencia en el mundo? ¿merecen efectivamente el nombre de virtudes? ¿Donde está su mérito? ¿Qué esfuerzos son los que exigen? ¿Osaríamos alabarnos de que observamos la justicia y á nadie privamos de lo suyo? ¿es de admirar que no incurramos en acciones viles y defectuosas que nos atraerian el menosprecio de todos? ¿Nos llamaremos benéficos, cuando todo lo que damos no nos cuesta una sola privacion sensible? ¿Creeremos tener bondad por-

que no tenemos malevolencia, cuando todos los que nos rodean se afanan por servirnos y complacernos?... Y esta sombra de virtud que ostentamos está sostenida con aplausos, recompensada con elogios y nos es útil hasta para nuestros adelantos en el mundo! Avergoncémonos mas bien de la estimacion que se nos concede en presencia de esas virtudes ignoradas que oculta el manto del infortunio!

Alli en efecto todo se convierte en un mérito real y penosamente adquirido. Agobiado á un tiempo por las desgracias de la fortuna y por los desdenes del rico, desterrado en cierto modo de la sociedad y del banquete de la vida, relegado como á un desierto en medio de la poblacion por el abandono en que le dejan, el pobre está viendo que todo conspira contra él: todo se le muestra hostil, todo se le emponzoña; y hasta los afectos mas legítimos de la naturaleza se convierten en un tormento para su corazon. A pesar de eso no le dominan la acritud, ni la amargura: no se irrita contra los sucesos, no acusa á los hombres, no murmura de la Providencia. Al contrario, se somete, acepta la terrible suerte que le ha cabido en la tierra, se resigna. ¡Resignacion admirable en su pacífico silencio de que tal vez no seriamos capaces si nos viésemos en la misma situacion! Supone ciertamente un valor mas difícil y mas raro que ese valor que brilla; un valor perseverante, igual, de todos los dias, de todos los instantes. Porque cada dia, cada instante se

renuevan las necesidades, se sienten las privaciones, el porvenir no presenta ninguna esperanza y hay que temer las mas crueles extremidades. No hay acaso en la tierra una virtud mas necesaria, mas penosa en la práctica, mas gloriosa en su oscuridad que la paciencia. El asilo del pobre: hé aqui la escuela en que es preciso ir á estudiarla, hé aqui el santuario á donde debemos ir á contemplarla en cuanto tiene de mas sublime. Si, es muy dulce para mí tener esta ocasion de satisfacer una necesidad imperiosa de mi corazon, de pagar, me atrevo á decir, una especie de deuda, de poder rendir homenaje á estas tiernas virtudes que el mundo no sospecha siquiera. ¡Que no me fuera posible patentizarlas á los que lean este escrito y hacerles experimentar, en presencia de este espectáculo, la profunda emocion que me inspiran!... Yo he visto á una jóven distinguida, á quien los reveses de su familia habian sumido en la indigencia, que despues de verse reducida para subsistir al trabajo de sus manos se vió atormentada de un cáncer en una edad poco avanzada todavia: la enfermedad la privaba de su único recurso: sufría los mas crueles dolores, carecia de todo, no tenia ni vendas para curar su llaga, ni aun cama para poder descansar en su martirio: veía de dia en dia aumentarse su mal, declinar sus fuerzas: no tenia otra perspectiva que la tumba abierta para recibirla.... Pues bien! ni una queja salía de su boca: su mirada era dulce

y serena: su calma no se alteró un solo momento hasta la hora de su muerte (1). Yo he visto una madre con seis hijos tendida día y noche sobre paja, en un desván, mortalmente atacada de una úlcera que la devoraba, sin poder dar pan á las pobres criaturas que lloraban en torno suyo, y teniendo en su propio esposo, que hubiera debido ser su consuelo y su ayuda, un nuevo motivo de agudas penas, soportando á un mismo tiempo todos los sufrimientos que pueden afligir al cuerpo y al alma, y soportándolos con una dulzura inalterable, hasta perdonando al indigno esposo que agravaba sus males en vez de aliviarlos y consumía en el desórden y la embriaguez los medios mismos destinados á socorrerla!... Yo he visto viudas septuogenarias, achacosas, desamparadas, habitando un aposento tan bajo y estrecho que apenas se podía penetrar en él, sin tener mas aire ni mas luz que la que recibía de una escalera, y esperando allí tranquilamente el inmenso favor de entrar en un hospital. ¡Que esta es para un gran número la suprema y única ambicion, el fin de todos sus votos; y cuántos ¡ay! aspiran en vano, y ni esto llegan á obtener!... Yo he visto miserias increíbles uniéndose el tormento de los dolores físicos á las necesidades mas urgentes, á las mas penosas privaciones... Y estos mártires de la paciencia sin ayuda, sin consuelos, sin esperanzas, sin

(1) La jóven Blais que murió el 10 de Marzo de 1825, calle Garenciere.

testigos, se sometian á la voluntad divina! ¿Dónde están las coronas dignas de tal triunfo? ¿Qué ternura se une á nuestro respeto cuando consideramos que los seres que despliegan tanto valor son seres débiles, mugeres, ancianos estenuados ya por largos padecimientos!

El efecto mas ordinario de los sufrimientos y de las privaciones es resfriar el corazon y disponerle al egoismo: con demasiada frecuencia se ven tristes ejemplos de ello entre personas que han recibido una educacion esmerada. ¡Cuánto no son de agradecer á los indigentes las afecciones que aun saben conservar! Si en vez de exasperarse por las injusticias de la fortuna, en vez de ocuparse exclusivamente en el sentimiento de sus propias necesidades, saben todavía amar, vivir para los otros y en los otros. ¡Cuán poderosa no debe ser en ellos esta facultad de amar, que asi sobrevive á tanta miseria! Cuán bella es! Dignaos penetrar en el interior de algunas familias indigentes, y allí encontrareis los mas tiernos ejemplos de amor conyugal, de todos los afectos de familia: vereis madres privándose de todo por sostener á sus hijos, viudas que habiendo perdido á sus esposos no pueden hallar consuelo. No hace mucho que hemos sido testigos de una lucha afectuosa entre una madre anciana y su hija, madre tambien ésta de una dilatada familia: la abuela tenia la solicitud de entrar en un hospicio é insistía por obtener esta gracia para no pesar en sus últimos dias y con enfermedades que

preveía ya, sobre una familia demasiado agobiada con sus propias necesidades: la hija solicitaba con empeño que se negase esta gracia á su madre, deseando cuidarla ella misma precisamente cuando mas necesitaba sus cuidados, y considerando como un placer los sacrificios que se imponía por llenar este piadoso deber. Un antiguo militar queda imposibilitado de resultas de sus heridas: su muger y sus hijos habian sido recogidos por un simple obrero hermano de esta muger que los mantenía partiendo con ellos el fruto de su trabajo: este apreciable artesano fué muerto: no les quedaban á estos pobres sino algunos escudos, y los consagran á procurar una sepultura distinguida para los restos mortales de un bienhechor, sobre la cual irán á rogar por él y orar en memoria suya (1). ¿Quién lo creyera? En el colmo de la miseria un pobre encuentra todavía medios de dar y se complace dando. ¿Y qué dá? Su tiempo, ese mismo tiempo que muchas veces cometemos la falta de hacerle perder sin necesidad al socorrerle: dá su tiempo, sus cuidados á otros indigentes, sacrificándoles en ello una parte del trabajo de que pende su subsistencia. Algunas veces parte hasta los socorros que ha recibido. Este ofrece su brazo á

(1) Este artesano que apenas llegaba á 25 años, y cuya corta vida ha sido admirable, fué muerto últimamente en París de un sablazo por un soldado ébrio, al tratar de sacar de una pendencia á un amigo suyo, á quien vió amenazado. Se llamaba *Monjoidin*, habia nacido en la pequeña aldea de San Cir, cerca de Mostasir; su cuñado se llama *Leprince* y vive en París, calle de Guizalde.

un lisiado: aquel vela al lado del lecho de un enfermo. Y he aquí otro que, á la edad de 81 años no pudiendo ya moverse, é hilando en su torno con mano trémula sin tener otro recurso, todavía dá hospitalidad en el pequeño aposento que ocupa á algun otro indigente que no tiene cama ni asilo (1). Otra recoge en su propia cama á una amiga consumida por una úlcera maligna, y continúa egerciendo este voluntario sacrificio durante el curso de una larga enfermedad hasta que su pobre compañera desciende á la tumba. Allí una madre de familias llega á ser como una hermana de la caridad para otros desgraciados que habitan en la misma casa, porque conserva sus fuerzas y su salud mientras estas están enfermas: las vela, las ayuda, las cuida, las sirve de demandadera, y por pedir para sus compañeras se olvida de pedir para sí misma (2). ¿Qué precio no tienen los dones, los sacrificios en situaciones semejantes? ¡Caridad celestial! Con qué resplandor brillas cuando de esta manera vienes á crear el poder de ser útil en la ab-

(1) La Señora Lenoir, calle de Guisarde, núm. 9. Podríamos citar muchos otros sin salir de esta pequeña calle. Algunas veces hemos pedido permiso para decir sus nombres: no presentamos aquí un cuadro fantástico, referimos hechos reales de que podríamos ofrecer numerosos ejemplos, y los particularizamos para que los pueda comprobar el que quiera. No tememos ser indiscretos: estos infelices no leerán jamás el escrito en que se cita su nombre. Y ¿no és acaso muy útil también sacar de la obscuridad profunda en que quedaban sepultados ciertos rasgos de una virtud tan sólida? ¿no se citan los nombres de simples soldados, que se han distinguido en el campo de batalla con acciones heroicas?

(2) La Señora James, en la misma calle, núm. 45.

solita carencia de todo, y á desmentir el axioma de que no puede dar el que no tiene! Oh! el Evangelio conocia bien los secretos de la virtud cuando tenía en mas las monedas de la pobre viuda que las liberalidades del rico!

Algunas veces los pobres son acusados de ingratos: guardémonos de esto! Con demasiada frecuencia damos nosotros mismos un motivo ó una excusa á la ingratitud, cuando al don que podia conmover, sustituimos la limosna que humilla: cuando en el socorro concedido el desgraciado vé mas bien una concesion arrancada por la importunidad que el movimiento espontáneo de una verdadera simpatía. Al corazon toca merecer la gratitud del corazon: la generosidad no merece este nombre, sino cuando es una emanacion del amor, y entonces es tambien cuando el reconocimiento recibe su mas noble carácter, pagando una retribucion de ese amor mismo. Si en efecto vé el desgraciado que os ha conmovido, que os ha enternecido su suerte, si su alma ha entrado en comunicacion con la vuestra, oh! cómo sabe entonces con sus afecciones pagaros centuplicado lo poco que habeis hecho por él! ¿Qué accion de gracias igualará á esa mirada del desgraciado que se reanima con una nueva vida á la sola presencia de su bienhechor, se acerca á él lleno de ternura, de confianza, de respeto! A esas súplicas elevadas al Cielo por el pobre cuando teme perder al que le sirve de apoyo sobre la tierra! A esas lágrimas que

derrama un indigente cuando despedido de su habitacion, obligado á irse á vivir á otra parte, se vé separado de la caritativa Señora que le asistía, y que consideraba como una segunda madre (1)! Una pobre muger madre de familia cuyo marido habia sido muerto en el teatro, tuvo hace poco la desgracia de quedar imposibilitada para el resto de sus dias: un carruage habia pasado sobre su cuerpo. Salia del hospital ayudada de sus muletas, y cuando la hablaban de su funesto accidente no respondía mas que celebrando las bondades de una familia que habia venido á socorrerla cuando ocurrió su desgracia y la habia prometido los consuelos y asistencia que necesitaba. Las bendiciones de que llenaba á esta familia derramaban en el rostro de la desgraciada una especie de gozo sereno y dulce, que parecia dichosa de reconocimiento: ¡ cuánto hubiera yo deseado que la familia, objeto de este sentimiento, pudiera estar presente y recibir tan tierna expresion! (2).

Exigimos que el pobre se conmueva por un profundo sentimiento de gratitud, cuando recibe la liberalidad que le ofrecemos acaso con frialdad y con desdén, y no tenemos en cuenta esa probidad intacta á que permanece fiel en medio de las necesidades que le oprimen: no le agradecemos que, testigo de la

(1) De esto hemos visto muchos egemplares.

(2) Esta familia era la del Dr. R. médico de un hospital de Paris.

abundancia en que nadamos, del lujo que nos rodea, no dé entrada en su corazón á la envidia. Sepamos á lo menos reconocer hasta qué punto debe honrarse esa escrupulosa delicadeza de que nos ofrece tan frecuentes ejemplos! Muchas veces el pobre se impone cierta reserva en el pedir por temor de ser indiscreto, ó de disminuir la parte reservada á sus compañeros de infortunio. Entre los convalecientes que salen de los hospitales de París, que por su estancia en ellos anuncian ya bastante la situación desgraciada en que se encuentran, casi la mitad no pide participación en el legado de Montjon, y muchos rehusan este mismo socorro cuando se les ofrece. Una muger de 72 años, enferma durante un invierno, habia agotado sus últimos recursos; habia empeñado en el monte de piedad todos sus efectos, hasta su cama, y no ha revelado el secreto de su miseria, sino cuando vencidos los plazos del alquiler de su cuarto ha reconocido que no podia ya satisfacerlos con su trabajo. Rindamos homenaje á esa altivez que se mantiene en medio de tantas humillaciones, que sabe conservar allí el sentimiento de dignidad de nuestra comun naturaleza, y démosle gracias de que nos recuerde el respeto que la debemos, el respeto especial que se debe á la desgracia cuando tan expuestos estamos á olvidarlo.

No se interpreten mal nuestras consideraciones sobre el objeto que nos ocupa. No pretendemos asentar que la virtud sea mas fre-

cuenta en las condiciones pobres que en las ricas; pero sí que lo es en aquellas mucho más de lo que comúnmente se cree, á la distancia en que se encuentran del teatro de las observaciones. Nos proponemos sobre todo hacer conocer que la virtud en las condiciones pobres es mucho más meritoria, y por lo mismo mucho más verdadera y más digna de admiración. Por una parte como acabamos de ver, su práctica es mucho más difícil, y por otra las mismas circunstancias prestan menos fuerza á los seres colocados en esta situación para sostener la valerosa lucha, cuyo precio es la virtud. En su mayor parte no han recibido sino una educación apenas comenzada: han participado menos que nosotros de aquellos ejercicios capaces de desarrollar los sentimientos morales, de las luces que nos enseñan nuestros deberes y que nos revelan las ventajas que lleva consigo el cumplimiento de estos mismos deberes. En el aislamiento á que se ven condenados los pobres no están sostenidos por ejemplos, ni estimulados por exhortaciones, ni guiados por consejos, ni animados por las expansiones de la amistad. No tienen el recurso que de tantas maneras viene á templar y dulcificar nuestros pesares, la distracción: nada distrae á los oprimidos por la necesidad. Todos los objetos que se ofrecen á su vista tienen un color triste y sombrío, están en armonía terrible con su situación; su aposento mismo se parece á un calabozo; no están, como nosotros, asistidos

por la opinion, expuestos á las miradas del público, compelidos por la presencia misma de los espectadores á conservar un aspecto decoroso, recompensados por el sufragio de los demás hombres. Tienen que sacar únicamente de sí mismos las fuerzas que necesitan: nada pueden esperar de fuera: no tienen mas testigos que su propia conciencia.

No exageremos sin embargo: hay para ellos una ventaja, y es el hábito mismo de las privaciones, hábito que ha templado su alma: que los ha acostumbrado á dominarse á sí mismos. Por otra parte, pertenecen en general á las condiciones laboriosas, que imponen un trabajo asiduo ó penoso: el trabajo es por sí solo una educacion muy saludable para preparar al hombre á la práctica de la virtud: dispone á la observancia del orden, á la perseverancia, á la templanza: es una especie de gimnástica moral; acostumbra á la criatura á marchar dócilmente por las vias que le ha trazado el Criador, y á considerarse instrumento de su voluntad celestial. Pero estas ventajas de que pueden gozar los séres desgraciados, son ya títulos á nuestra estimacion; y al esplicarnos cómo estos séres pueden elevarse á heróicas acciones, no disminuyen su precio á los ojos del sábio. La desgracia por sí misma es una grande escuela tan instructiva como severa: mas no á todos es dado saber aprovecharse de ella, y es ya un gran mérito saber aceptar y hacer fructificar sus lecciones.

El espectáculo de la desgracia soportada con dignidad y resignacion es á su vez una leccion de grande utilidad para el que la presencia. Dice mas que los libros: deja impresiones mas profundas. Esos indigentes que nuestra ligereza habia quizás desdeñado van á ser nuestros maestros: nos cubrirán de una confusion saludable enseñándonos cuán lejos estamos aun de ser tan buenos como habíamos presumido. Tal es una de las mas preciosas recompensas que nos están reservadas, si tenemos el valor de visitar asiduamente la morada del pobre; y en este solo beneficio que recibamos recogeremos centuplicados todos los que háyamos hecho. Nos mejoraremos, adquiriremos nuevas luces, nuevas fuerzas. Y qué! tales egemplos ¿nó excitarán entre nosotros una viva emulacion? ¿nó se nos hará mas fácil la práctica del bien? Los males de que nos quejamos ¿nó se nos harán mas ligeros? Muchas veces una palabra sencilla é ingenua escapada á un martir de la resignacion, será para nosotros el texto de una meditacion profunda. A vista de tan modestas virtudes aprenderemos á libertarnos de esta vanidad, de este orgullo que corrompe con harta frecuencia nuestras mejores acciones: aprenderemos dos cosas bien importantes y dificiles, cuyo estudio, sin embargo, parece que rechazamos siempre, aprenderemos á sufrir y á morir.

CAPITULO VII.

De la reforma moral de los pobres.

Hemos dicho ya cuales son las virtudes del pobre: ¿ocultaremos que se halla tambien expuesto al contagio de los vicios, y que hay algunos de que está mas particularmente amenazado? No: antes procuraremos estudiar estas enfermedades morales, precisamente para tratar de prevenirlas ó remediarlas. Por que tal es una de las misiones confiadas al Visitador del pobre, y acaso la mas esencial.

Asi como la virtud es mucho mas necesaria al desgraciado para hacerle soportable su condicion, para conservarle los medios de sacar partido de los recursos que le quedan, asi tambien el vicio agrava bajo todos aspectos la situacion terrible en que se encuentra y acaba por reducirle á la desesperacion.

Hay muchos reveses causados por los acontecimientos y por los ciegos caprichos de la fortuna: muchos tambien que son la desgraciada consecuencia de la mala conducta; y la misma causa que los ha producido aumenta su extension y los perpetúa.

No considerando ahora las cosas sino bajo el primer punto de vista poner remedio á la enfermedad del alma es ya tambien remediar en parte la miseria. El desgraciado acaba de

disipar locamente los pocos recursos que le quedan: pierde su tiempo, agota sus fuerzas, destruye su salud: su razon se turba y se extravía: él propio abre el abismo que debe tragarse. Los socorros que le diéramos serían perdidos: acaso abusaría de ellos: para socorrerle eficazmente sería preciso antes poderle reformar. ¿Qué sirve vestirle sino impedimos que vuelva á quedar desnudo? En vano le abriremos el camino de la salvacion sino le ponemos en estado de dirigirse por él.

La alteracion del carácter moral al mismo tiempo que multiplica y prolonga los males físicos, hace tambien mas vivo y cruel el sentimiento de ellos; y el hombre ¿no es tanto mas desgraciado, cuanto mas siente su desgracia? Privado de consuelos interiores se irrita contra el destino, se indispone con sus semejantes, se hace importuno á sí mismo, pierde el sentimiento de su propia dignidad, y con ella el valor que le hacía tolerable su miseria. En su ciega agitacion hunde mas y mas el puñal que le hiere: su corazon se cierra á la esperanza y á los sentimientos pacíficos y dulces. El mismo se condena á un verdadero suplicio, forzado á reconocer que merece lo que está sufriendo; y esta terrible verdad, cuyo peso no alivia el arrepentimiento acaba por abrumarle. Es culpable para consigo mismo y sufre un justo castigo en su crimen.

Pero ya oigo decir: = “No merece ser »socorrido aquel cuyas desgracias son resul-

»tado de sus vicios, y que aun persevera en
»su ignominia: no sufre sino lo que ha que-
»rido, lo que merece. Reservemos los bene-
»ficios para los que son dignos de ellos!”—
¿Quién es el moralista inflexible, inexorable,
feroz, de cuya boca ha salido este terrible
fallo? ¡Qué! por lo mismo que la víctima del
vicio es autor de sus propios males ¿no puedo
hacerle un beneficio mas señalado, si consigo
libertarle de los extravios que le han perdido?
¿Renunciaré al ministerio que se me ha con-
fiado porque pueda ser aun mas útil? ¿no
tendré compasion sino de las miserias esterior-
res? ¿He de ser indiferente á las del alma?
Cuanto mas horror nos inspire el vicio y mas
estimacion la virtud, mas celo debemos des-
plegar para extender las conquistas de la vir-
tud sobre el vicio. ¿Qué me respondeis? ¿Ha-
bré hecho una accion menos laudable porque
la sociedad al contar un desgraciado menos,
cuente un hombre honrado mas?

El que se dedica á la interesante funcion de
socorrer al pobre comprenderá que la Provi-
dencia en sus designios le ha llamado á otra
funcion aun mas noble. Le ha presentado oca-
siones favorables para derramar sobre un suelo
abandonado las saludables semillas de la moral:
le confia una especie de apostolado. Multitud
de circunstancias se oponen en el mundo á que
podamos egercer al rededor de nosotros una
predicacion abierta y directa, que por otra
parte obraría muchas veces contra su objeto.

Mas no sucede lo mismo en esto: el ser desgraciado, cerca del cual nos conduce la caridad está tal vez sin amigos: ninguna voz acaso le ha dicho nunca las dulces y saludables palabras que la moral hace servir de medicina para los males interiores: nuestra sola presencia, si le animamos y socorremos, le dispondrá á enternecerse, á concebir, á sentir que existe para la criatura humana un órden de cosas superior á la vida material: el interés mismo que le manifestamos autorizará en nuestra boca los consejos que nos inspire una tierna solicitud por su suerte. El corazon está dispuesto á convertirse á Dios y á la virtud cuando se abre al consuelo y la esperanza. Que el Visitador del pobre no sea pues únicamente un repartidor de limosnas! qué sea para el indigente un guia, un verdadero amigo! qué haga que se ensalce á sus propios ojos este ser repudiado del mundo, humillado por el frívolo desdén de los corazones duros! qué le revele toda la dignidad, todo el valor del privilegio que está oculto bajo las sombrías exterioridades del infortunio!

Es grande, es noble ciertamente á los ojos de la religion, á los ojos de la moral el privilegio reservado á las tribulaciones que oprimen algunas veces al destino humano. El Evangelio nos enseña que los pobres y los desamparados son los preferidos de Dios: revelacion sublime que hubiera bastado por sí sola para hacer bendecir el Evangelio en toda la tierra! La filosofia y la moral nos hacen reconocer en

todos los males de la vida una prueba que nos prepara, que nos ejercita para ser mejores, una educacion dura pero saludable, que tiene por objeto reformarnos, perfeccionarnos, hacernos dueños de nosotros mismos, destruir el egoismo en su principio, y disponernos á simpatizar con nuestros hermanos. Penetrados de esto nos acercaremos al pobre con un sentimiento de respeto: nuestras miradas le harán comprender lo que tal vez ignora; su verdadera situacion en el mundo, el rango que ocupa, y el porvenir que le aguarda. Oh! si supiese el Don de Dios! *Bienaventurados los pobres! Bienaventurados los afligidos!* El admirable misterio contenido en estas palabras es difícil de entender para el desgraciado que aun está cautivo en el estrecho círculo de la vida sensual; pero comienza á revelarse en presencia de la caridad. En la benevolencia con que se ve prevenido por un hombre de bien el desventurado entrevé como un rayo de esa bondad suprema que le adopta, que le busca, que le llama. Al par del socorro material que recibe descubre un tesoro de méritos con el que está en su mano enriquecerse.

Sí, con demasiada frecuencia, nos encontramos en la imposibilidad de disminuir sus penas; le ayudaremos á lo menos á hacerlas provechosas; y si sabe considerarlas bajo este aspecto serán ya para él menos amargas. Aprender á sufrir es mas que ser socorrido. Pero el que sufre no está dispuesto á recibir seme-

jante instruccion, sino de boca del que le socorre: cree mas fácilmente á aquel cuya benevolencia experimenta. Si oye máximas austeras sobre la utilidad del dolor proferidas por personas que no mitigan el suyo, está muy dispuesto á creer que no se le predica resignacion, sino para dispensarse de socorrerle: que se trata de acostumbrarle á su triste suerte, porque no se le deja esperanza ninguna de salir de ella. Solo pueden hablarle de los designios de la Providencia los que son para con él sus órganos sensibles: ayúdadle pues á descubrir los tesoros que le están ofrecidos, á alcanzar la corona que le está reservada! ¿Hay nada mas cruel en el mundo para el que gime que gemir en vano? ¿Hay nada mas bello que encontrar en las mas duras y obscuras miserias un medio de perfeccion, y materia para un triunfo? He aquí la desgracia que puede evitar el Visitador del pobre, el beneficio que puede añadir á los otros.

Pero en los designios de la Providencia la adversidad no es solamente una prueba destinada á mejorarnos por el ejercicio de la paciencia; es tambien una correccion destinada á castigar nuestras faltas, á destruir nuestros vicios, y bajo este doble aspecto es igualmente un medio grande y saludable de educacion moral.

El sufrimiento y las necesidades tienden á hacer entrar al hombre dentro de sí mismo, á sugerirle reflexiones serias y graves. Si obe-

dece á esta útil inspiracion se examinará con severidad, dejará que se eleve en el fondo de su corazon la voz del arrepentimiento: confesará que ha merecido la advertencia que recibe: aceptará este justo castigo de sus faltas: sacudirá las cadenas en que el vicio le tenia cautivo: conocerá que, habiendo dejado que la dignidad moral de nuestra naturaleza dejenere en él por falta de imperio sobre sí mismo, solo recobrando este imperio por un enérgico esfuerzo, es como puede rehabilitarse; comprenderá que la adversidad es precisamente el aguijón que viene á excitarle á que intente esa gran revolucion interior; que la coaccion de una necesidad imperiosa viene á enseñarle á egercer sobre sí mismo y sobre sus apetitos esa dominacion voluntaria en que consiste la reforma que exige la virtud.

Que una bondad ciega y mal entendida por parte de los que socorren la indigencia no haga desconocer estas grandes lecciones enviadas por la Providencia y que se pierda su fruto! Entremos mas bien nosotros mismos en este pensamiento, pero con la reserva y la indulgencia que nos recomiendan el sentimiento de nuestra propia imperfeccion, y la caridad que debemos á nuestros hermanos! Secundemos indirectamente la instruccion austera que debe recibir el pobre: secundémosla tanto mas cuanto mas la necesita, y cuanto es particularmente consecuencia de sus propias faltas!

Por desgracia si hay vicios que engendran

la pobreza, hay vicios tambien que la pobreza engendra: distintos en sus causas, se confunden en sus efectos. El Visitador del pobre debe discernirlos con sagacidad: debe distinguir tambien la recíproca y terrible reaccion que egercen los unos sobre los otros.

La intemperancia y la pereza son los dos vicios que mas ordinariamente producen la miseria: el primero la causa á la vez por dos consecuencias distintas, por la alteracion de la salud y por la disipacion de los recursos: tiene ademas el grave inconveniente de debilitar la razon degradando el carácter. Desgraciadamente en las condiciones inferiores de la sociedad, condenado el hombre á trabajos penosos, privado de los goces del alma, de los que ofrece el comercio de sus semejantes, codicia los placeres sensuales, busca en ellos una distraccion á sus disgustos, se complace en la especie de aturdimiento que le proporcionan, mientras que su imprevision le disimula las consecuencias funestas que deben producirle. ¡Compadézcamosle! Tiene necesidad de emociones: las busca en los excesos: rechazado de la vida intelectual se entrega á la vida animal. ¡Hasta que punto esta triste experiencia debe hacernos conocer el precio de una educacion popular convenientemente dirigida, y condenar las máximas crueles y absurdas de esos orgullosos sofistas que pretendieran sacrificar numerosas clases al embrutecimiento y la ignorancia! La pereza procede muchas veces del tempera-

mento; pero siempre supone hábitos anteriores de incuria, y sobre todo una educacion descuidada. En la adolescencia, en la juventud, en la infancia misma es cuando debe adquirirse el gusto del trabajo. Satisfaciendo entonces la necesidad de accion, que nos es natural, pero que domina sobre todo en la edad primera, quedan recompensados por sí mismos los exfuerzos del trabajo, y el hábito de trabajar se hace á su vez una segunda educacion. Mas si desde la infancia, las facultades físicas y morales se han embotado en la ociosidad, si los muelles placeres de la desidia son los únicos que han hecho sentir su funesto encanto, si han pasado los mejores años de la vida sin egercitar los resortes del alma por una aplicacion regular y asidua, entonces el trabajo no inspirará sino repugnancia y disgusto, habrá menos aptitud para él: la apatía llevará tras si la flogedad, la imprevision y el desórden.

La intemperancia produce frecuentemente la indolencia por la debilidad general que ocasiona en el carácter: la pereza abre el acceso á la disipacion, multiplicando las seducciones para el que está ocioso. Estos dos vicios tienen de comun que suponen ó llevan consigo entrambos una disminucion en la energia de la voluntad, y del imperio que el hombre debe egercer sobre sus propias acciones.

La pobreza á que conducen rápidamente estos dos vicios, es su natural castigo, y parece que debia corregirlos, puesto que reprime

la intemperancia con las privaciones, y despierta el letargo con el estímulo de la necesidad. Sin embargo la eficacia del remedio está muy lejos de ser infalible; la enfermedad se le resiste cuando es inveterada. No hay vicios mas difíciles de curar que aquellos cuyo carácter es destruir en el hombre la energía moral, y hacerle decaer de la dignidad de nuestra naturaleza entregándole á la esclavitud de los sentidos.

Hay un grado de embrutecimiento tal que la miseria misma, aun reduciendo los medios de satisfacer la intemperancia, aumenta el ansia funesta que conduce á este género de excesos: el hombre corrompido y degenerado no solo no se retirará del fango, sino que, acabando de perder todo sentimiento de dignidad, llegará á no avergonzarse. En la fatal embriaguez de la disipacion procurará adormecerse sobre sus propios males, separar su vista del porvenir que le aguarda... ¿Cómo podrá todavía entregarse á sus apetitos? ¿Cómo? Arrancando á su esposa y á sus hijos el pan que les estaba destinado: vendiendo ó empeñando lo poco que le queda: consumiendo hoy los recursos de mañana, y acabando en fin por desnaturalizarse (1).

La desgracia conduce á las almas débiles al desaliento: abandonadas de la fortuna se aban-

(1) Una desgraciada madre de familias acaba de espirar en la mayor miseria rodeada de sus hijos. Al lado de su cadáver se encontró á su marido ébrio: la vista de su muger agonizando no habia podido arrancarle á sus hábitos brutales.

donan tambien á sí mismas : desesperan del porvenir : no cuentan con los acontecimientos , ni con los socorros de otro , ni con sus propias fuerzas : sus ideas se confunden , la voluntad se adormece : el abatimiento que se pinta en el semblante anuncia la postracion interior de las facultades : no se sabe que hacer , no queda fuerza para resoluciones vigorosas : se abandonan los menores cuidados hasta los de órden , de aseo en los vestidos , en la casa , en la educacion de los hijos : la incuria irá en aumento : á la ociosidad de la indolencia sucederá la de una tristeza sombría : el indigente no sabrá ya mas que implorar la compasion agena : héle ahí pronto á aceptar su vergüenza , á abrazar la condicion de mendigo , aunque robusto todavía . Le ofrecereis un recurso en el trabajo , y acaso le rehusará .

Seguramente es empresa difícil la de arrancar al pobre de un yugo tan vergonzoso , cuando de tal suerte ha llegado á oprimirle . Pero jamás es permitido desesperar de la curacion de las enfermedades morales : no hay ninguna , ninguna absolutamente incurable . Bajo muchos aspectos el *Visitador del pobre* parece mas particularmente llamado á cooperar á esta curacion , porque puede resultar en parte de la prudente distribucion de socorros .

El mayor servicio que pueden prestar al indigente los que se interesan en su suerte , es emplear todos los medios para hacerle recobrar valor y energía . No dudamos en asegu-

rar que semejante servicio será mucho mas útil que los mas abundantes socorros. El pobre recobrará la actividad de espíritu y de cuerpo que necesita para echar mano de los recursos que le quedan, para emplearlos bien y crear otros nuevos. Debilitando el sentimiento que tiene de su miseria, será realmente menos desgraciado. Rehabilitándole á sus propios ojos, haciéndole tener alguna confianza en sí mismo, le preservaremos de mil faltas que agravarian su posicion. Mas para obtener una reforma moral tan difícil no hay constancia ni exfuerzo que sobre: será preciso unir una firmeza á veces severa con una inagotable benevolencia.

Sería una inhumanidad mostrarse inexorable con los indigentes que son víctimas de la intemperancia ó de la pereza, hasta el punto de rehusarles toda asistencia, y sería contrario tambien al objeto mismo que debemos proponernos. Pero es lícito, es justo, es útil, imponer condiciones á los socorros que se les conceden, medirlos bajo cierto aspecto por los méritos del que los recibe, exigir que aquel á quien prestamos un apoyo se ayude tambien á sí mismo, á lo menos que no destruya el bien que queremos hacerle. Sin llegar á ser bárbaro el *Visitador del pobre* puede mostrarse severo: se hará mas indulgente á medida que obtenga alguna tentativa de reforma: estimulará, recompensará los exfuerzos: cuidará tambien de combinar el género de socorros de manera que el indigente abuse lo menos po-

sible: dará en especie: dará todos los dias: lo suspenderá tambien no comprometiéndose nunca para el siguiente: vigilará la conducta del enfermo: su sola mirada será ya una advertencia, una reprension ó un estímulo. El pobre que se vea así vigilado de cerca temerá perder su proteccion, y acaso no será insensible á la esperanza de merecerla.

Muchos pobres se asemejan á los niños por su ignorancia, imprevision y ligereza. Lo mismo que ellos tienen necesidad algunas veces de sentir el premio y el castigo, con tal que estos se apliquen con entera justicia. Nada mas á propósito para obligar al esclavo de sus malos hábitos á que entre en sí mismo por medio de saludables reflexiones. Este régimen, aplicado con prudencia, conducirá al pobre á descubrir por fin en la miseria de su condicion, la consecuencia y el castigo de sus desórdenes, á aceptarle y aprovecharse de él: la mejor leccion será la que se dé interiormente á sí mismo.

Para hacer entender algunas verdades saludables á seres degradados, nos vemos desgraciadamente en la precision de hablarles el language de su propio interés, y muchas veces del interés mas grosero: este language le habla sin violencia el que realmente se ocupa de sus intereses con la solicitud mas sincera, y esta circunstancia da crédito á sus discursos. Está revestido de una especie de autoridad sensible é incontestable: la que resulta de la de-

pendencia en que respecto á él se encuentra el indigente que invoca su apoyo.

La sola presencia de un hombre de bien cuando se acerca al que ha caído en los abismos de la corrupcion, debe ejercer ya sobre este desgraciado cierta influencia insensible, pero saludable. Es el rayo de una luz nueva que penetra en el antro mas oscuro: es la emanacion de una admósfera pura que se introduce en un aposento inficionado. ¿Puede presentarse la virtud bajo forma mas propia para hacerse reconocer y respetar de los que habian perdido hasta su memoria, que cuando aparece así precedida por la beneficencia, rodeada de esperanza y dando por instrucciones sus propios egemplos? ¿Qué corazon hay tan depravado que no sienta alguna emocion al contemplar su imágen bajo tal aspecto? Comenzará por bendecirla, ¿y no acabará por escucharla y desear seguirla? ¡Desventurado! despierta de ese sueño de muerte en que tienes sumergida tu alma: levanta la frente y contempla á ese hombre de bien que se te acerca! ¿No conoces á pesar de la inmensa distancia que hay entre vosotros que es tu hermano? Esa noble consanguinidad ¿no te descubre, en medio de tus miserias, la dignidad de esta comun naturaleza, de que tu tambien participas aun que la hayas desconocido? ¿Nó ves que hay para la criatura humana otra existencia mas que la vida vegetativa y brutal? ¿No conoces que lo que hace humi-

llante tu miseria es que añades la degradacion de carácter á la pobreza de las cosas terrestres, y que sería respetable si soportases dignamente esta prueba? Ah! no resistas á la voz secreta que clama dentro de tí mismo, que te solicita para que te libres del naufragio! Vuelve al sentimiento de tu deber, y aun podrán lucir para tí dias mas serenos!

A vista de la intemperancia y de la disipacion es como las privaciones y los sufrimientos corporales pueden producir un efecto saludable: es muy raro que pueda conseguirse la reforma de tales vicios sin el auxilio de semejante castigo, el cual tiene ademas la ventaja de cortar los malos hábitos. Pero tampoco puede esperarse la reforma solo de la eficacia de las privaciones y de los sufrimientos, si no se les une alguna influencia moral que los explique, que los fecunde, y que mientras los sentidos sufren la correccion venga á reanimar en el fondo del alma las voces de la conciencia. La pereza exige tambien un tratamiento duro y austero: es menester que sienta la ley de la necesidad: es útil que un aguijon vivo y penetrante venga súbitamente á arrancarla de su estupor: el sentimiento del deber vendrá luego á unirse para triunfar al cálculo del interés. Digan lo que quieran algunos pretendidos sábios, este interés solo, por evidente, por apremiante que sea, no basta para volver la vida interior á un sér asi paralizado: se necesita la antorcha de la moral para

ilustrarle sobre su propio interés, y el imperio del deber para empeñarle en cuidar de sí mismo.

El desfallecimiento moral exige cuidados y miramientos particulares: exige hasta consideraciones delicadas y atentas: aquí es solo el alma la que se necesita socorrer. Evitemos ante todo humillarla, evitemos aumentar su desesperacion con la excesiva severidad de nuestras censuras! Disipemos desde luego esa cerrada y sombría nube de tristeza que cubre al desgraciado abatido por los golpes de la adversidad: que los objetos mismos que hieran su vista estén cuanto sea posible dispuestos á volverle alguna serenidad y producir dulces impresiones: compadezcamos su debilidad sin adularla: escuchémosle con paciencia cuando se irrita, cuando se abandona á pintar, hasta á exagerar sus males. Enseñándole á confiar en otro, se prepara á recobrar alguna confianza en sí mismo. Será menester luego prestarle algun apoyo exterior para empezar á levantarlo: por grados despues le volveremos la conciencia de sus propias fuerzas, haciéndole ensayarlas: le harémos ver por nuestra indulgencia que aun puede recobrar la estimacion de sí mismo. Si conseguimos rehabilitarlo á sus propios ojos, le habrémos devuelto una voluntad, le habrémos enseñado que puede todabia luchar y vencer. La bondad tiene admirables secretos para penetrar en el fondo de los corazones: tiene un po-

der mágico para resucitar los principios vitales: es la mensajera de la esperanza.

En nuestras conversaciones con estos pobres, el medio mas eficaz de inspirarles verdades útiles, y sugerirles buenas resoluciones, consiste en citarles ejemplos siempre que se tomen de situaciones enteramente análogas á la suya. Por eso se comienza á excitar su atención, y no siendo este paso el menos difícil, luego se interesan en vuestra relacion: os comprenden: conciben la posibilidad de hacer lo que les aconsejais: una especie de emulacion y punto de honor obra sobre ellos: la imitacion ejerce singular imperio sobre los hombres poco ilustrados. No olvideis sobre todo en vuestra relacion ninguna de las circunstancias propias para representar al vivo el lugar, el dia, el nombre, la fisonomía, hasta la morada de los actores. Si podeis valeros de un tercero para hacer esta relacion ó confirmarla, si podeis mostrar los mismos individuos, persuadireis mejor, pero no os contenteis con un ejemplo solo, no querais exigir tampoco cosas extraordinarias: la vista de los héroes espanta comunmente á los débiles.

Por desgracia en estas clases se encuentran con frecuencia individuos extremadamente rudos, á quienes la falta de educacion y los hábitos groseros han reducido al círculo mas estrecho de ideas, ó cuyas facultades intelectuales ha debilitado la miseria. La apatía de carácter es la consecuencia entonces del letargo de la

:

razon. Nada es mas alictivo que semejante espectáculo. ¿Qué paciencia no se necesitará para volver á estos miserables un poco de calor vital? Pero el oficio de Visitador del pobre es un oficio de paciencia.

En dos grandes clases se pueden dividir los pobres viciosos: los que han salvado el umbral de la vergüenza, y los que están aun detenidos por ella. Poco hay que esperar sin duda de los primeros; pero aun cuando nuestros esfuerzos hayan de quedar infructuosos, no dudemos en ensayarlos y perseverar con obstinacion. Acaso lograremos impedir que se corrompan mas: á lo menos serán vigilados, y contenidos por esta vigilancia. En cuanto á los segundos el trato con un hombre de bien es ya para ellos uno de los preservativos mas poderosos contra el peligro de envilecerse: existe ya un gran resorte para determinarle á resoluciones generosas: nada hay desesperado: grandes recompensas se reservan á nuestro celo.

Hay una tercera clase, y comprende el mayor número, que es la de los pobres que fluctúan entre el vicio y la virtud, cuyos pensamientos están exclusivamente ocupados con las necesidades de la vida, que vegetan sin hacerse culpables, pero tambien sin adquirir méritos, que no han entrado, finalmente, en la vida moral. Esta vida moral es la revelacion que estamos encargados de llevarles: es una luz que hay que derramar, una educacion que hay que emprender: pero aqui á lo menos

solo tenemos que luchar contra la distraccion y la ignorancia. Dentro de ese ser que vive, que se mueve, que sufre, está oculto otro ser superior que duerme, el ser capaz de los mas altos sentimientos, de pensamientos inmortales: este es el que se necesita despertar y poner en posesion de sus facultades.

No perdamos de vista al pobre, cuya tutela hemos adoptado, sobre todo cuando se halla en alguna crisis que hace mas penosa todavía su situacion, y cuando su carácter le expone á resoluciones extremas. Vigilémosle sobre todo cuando está amenazado por la tormenta de la desesperacion. Tal vez en las crueles angustias que sufre piensa en suicidarse! El Visitador aparece: descubre sobre su frente algun síntoma de enagenamiento, de ferocidad: no puede por lo pronto hacerse escuchar: se vé rechazado: sin embargo no se desanima: aprovecha cualquier circunstancia oportuna para obrar sobre el ánimo del desgraciado: un entierro por egemplo pasa por delante = "Mira ese »ataud: contiene los despojos mortales de una »jóven rica y hermosa: fué atacada de una »cruel enfermedad: ha sufrido tormentos horribles: su casa toda resonaba con sus gritos »hasta que al fin ha dejado de existir. Mira »detrás del féretro á su esposo desconsolado: »dice, como tú, pero con mas razon, que no »puede sobrevivir á su desgracia. Ah! desengañate! no eres tú el único desgraciado sobre la tierra! los dardos agudos y punzantes

»del dolor penetran en todas partes, hasta
»en la casa de ese cuya aparente felicidad en-
»vidias.” Acaso el *Visitador del pobre* no tenga
que ir á buscar lejos el egemplo de grandes
infortunios ¿quién no tiene desgracias propias
que referir? = “Desventurado! tú apartas la
»vista de tus hijos ¿sabes lo que á mi me
»cuesta pensar en los míos? Pues bien! oye:
»yo también tenía hijos: uno tras otro me han
»sido arrebatados: uno tras otro han espirado
»en mis brazos... Qué me importa esta fortuna
»que me queda? Toda la esperanza, todo el
»consuelo de mi vejez ha desaparecido: no hay
»ya felicidad para mí sobre la tierra: solo sus-
»piro por el sepulcro! Ah! echa una mirada
»sobre esas tiernas criaturas, para las cuales
»hay todavía un porvenir y cesa de acusar al
»cielo: ten valor, que tú estás asistido! Ten
»valor, tú renacerás, y en tu medianía serás
»mas dichoso que yo!”

Sin duda que para llenar esta noble misión es preciso que nosotros mismos no permanezcamos extraños á la práctica del bien: ¿cómo enseñar la virtud sino estamos penetrados de sus lecciones? Y he aquí una nueva ventaja para nosotros en la carrera que hemos abrazado: nos ligarán á nuestros deberes con nuevos lazos: nos haremos mejores, sin percibirlo: no podremos dar consejos á otros sin hacer reflexiones sobre nosotros mismos; y conoceremos además que los consejos mejores son los buenos egemplos. Algunas veces un hombre

de mundo, al llenar las funciones de *Visitador* podrá hablar así = “Tú crees imposible triunfar de tí mismo, ser hombre de bien! escúchame: yo he sido jóven y por largo tiempo me han arrastrado mis pasiones: eran acaso distintas de las tuyas, pero mas violentas aun, me habian esclavizado: he cometido muchas faltas, pero al fin he reflexionado, he oido la voz de la verdad, la voz de mis deberes: he vacilado, he querido y debido tener duros combates, pero he triunfado, y hoy me regocijo. Valor, valor! en tu mano está renacer á la virtud y llegar á ser mejor que yo!” = (1).

(1) El Establecimiento de las Juntas de Beneficencia que tuvo lugar en Paris hace cerca de 30 años ejerció sobre la moralidad de las clases inferiores de la sociedad una influencia tan dichosa como notable, que se hizo sentir bien pronto. Borró gradualmente las huellas profundas que habian dejado muchos años de turbaciones, de desórdenes y de licencia. La solicitud de los Administradores de Caridad atrae cada dia á indigentes que vivian en concubinato á legitimar su union por los lazos civiles y religiosos, y á otros á reconocer sus hijos.

CAPITULO VIII.

De los medios de obtener la confianza del pobre.

Una condicion preliminar é indispensable para trabajar en la reforma moral del pobre, y aun para dirigir con utilidad los socorros que se le destinan, es obtener su confianza. Mas esta condicion no es tan facil.

Hay indigentes que procuran engañarnos. El hábito de la humillacion dispone naturalmente á la mentira: la debilidad busca un auxilio en la astucia. En presencia de aquel, de quien lo espera todo, el desgraciado disimula sus propias faltas, como exagera sus necesidades. Cuanto menos podais comprobar los hechos que alega, mas se lisongeará de sorprenderos. Tiene tanta necesidad de vuestra compasion! Todo le parece lícito para excitarla. Esas falsas pinturas que os hace casi no son á sus propios ojos mas que una especie de artificio oratorio empleado para conmoveros.

Hay otros á quienes por el contrario, la timidez condena á ocultarnos su verdadera situacion, y ¿qué causa, en efecto, acobarda mas ordinariamente que la desgracia? huyen, pues, y se repliegan en sí mismos. No tienen valor para levantar el velo que cubre tantas miserias: la vista de la abundancia y del lujo

que nos rodea, les impone. ¡Los infelices! se avergüenzan de sus miserias, temen hostigar nuestra paciencia: temen que su voz nos importune en medio de nuestros goces. Algunas veces nace esta reserva de un orgullo respetable: no quieren exponerse á nuestros desdenes. Otras, una delicadeza exagerada, aunque admirable, les hace disfrazar sus necesidades todo el tiempo que esperan poder cubrir las sin asistencia estraña.

En general la diferencia de rangos, de condiciones y sobre todo de fortunas, levanta entre los hombres un muro de separacion, que corta las comunicaciones íntimas. La confianza, lo mismo que la amistad, supone cierta igualdad: supone correspondencia, ó á lo menos la posibilidad de ella. Es menester para tener confianza estar seguro de ser comprendido: es preciso, pues, hablar el mismo lenguaje, someterse á las mismas impresiones, colocarse en el mismo punto de vista. ¿Qué hay de comun entre ese indigente que apenas recibió educacion, que ha pasado su vida en el sudor del trabajo, que hoy vive en medio de todas las privaciones, y el dichoso del siglo, cansado de placeres y prevenido hasta en sus menores deseos? Apenas el primero reconoce en el segundo un ser que pertenece á la misma naturaleza. Sin advertirlo quizá, un gérmen secreto de envidia se desarrolla en el fondo del corazon de este desgraciado á la vista del que ha sido colmado de los dones de la for-

tuna; y si no llega hasta indisponerle con él, le impide á lo menos abrirle su corazon. ¿Qué simpatías ha de esperar de quien no siente nada parecido á los tormentos que él sufre? ¿Cómo esperar que preste atencion á por menores para él de extrema importancia, pero que para el otro no tienen valor alguno? Se siente embarazado por la superioridad, que solo el acaso ha concedido á otro hombre sobre él, por la especie de autoridad que esta circunstancia le presta sobre su propio destino, por la dependencia en que se halla, por la vigilancia de que va á ser objeto. No supone que el hombre favorecido de la fortuna esté exento de orgullo y de vanidad, y nada inspira mas aversion que una sospecha de esta clase. Aun reconociendo las virtudes del que le socorre, le mortifica tal vez la imágen de estas mismas virtudes, y la prevision de los exfuerzos que van á intentarse para lograr la reforma de sus costumbres.

Todo concurre á levantar barreras entre el Visitador y el pobre, cuando tanta necesidad tendrian de entenderse.

Para triunfar de estos obstáculos no basta un dia: ni alcanzan tampoco unos mismos medios para superar dificultades de tan distinta naturaleza.

¿Cuales hay para evitar los lazos que nos tiende el uno, obtener la confianza que nos niega el otro, establecer con todos un comercio propio para ilustrarnos sobre sus nece-

sidades, para procurarnos una saludable influencia?

Al mentiroso le reconoceremos en su tono afirmativo, en su afectada seguridad, en la abundancia de sus palabras, en las precauciones que toma para evitar toda comprobacion de los hechos que alega, en lo diligente que está para visitarnos, y en los pretextos que emplea para excusar las visitas imprevistas que quisiéramos hacerle en su casa. Desconfiemos de toda peticion, cuyo objeto se nos anuncia como tan urgente que no deja tiempo á reflexionar ni examinar. Desconfiemos de toda relacion demasiado artificiosa para no haber sido preparada de antemano, y en cierto modo aprendida de memoria. Reunamos todas las circunstancias: sigamos las huellas al que quiere sorprendernos: volvámosle astucia por astucia: hagámosle caer, si es preciso, en algun lazo en que su mentira se descubra claramente para que quede cubierto entonces de una saludable confusion. Penoso es decirlo, pero la experiencia diaria nos obliga á reconocerlo: con mucha frecuencia afectan los pobres gran exactitud en las prácticas de piedad para granjearse el favor de las personas benéficas. Solo penetrando en su interior estudiando las relaciones con su familia, con sus vecinos, examinando como emplea el tiempo, es como se descubren los pasos de la hipocresia. Por mucha que sea la justa importancia que demos á los deberes religiosos, no hagamos de su

observancia una condicion de tal manera preferente á todas las demas que el pobre se crea obligado á comenzar por su apología bajo este aspecto las peticiones que nos haga: no le demos lugar á suponer que el cumplimiento de estos deberes basta á dispensarle de todos los demas.

Si la bondad se muestra demasiado fácil puede convertirse en un estímulo para la mentira que procura seducirla. Debe pues saber contener algunas veces sus propios movimientos no manifestarse enternecida demasiado pronto: alguna vez (y es duro prescribirlo) hasta debe defenderse contra el enternecimiento. Para desenmascarar la mentira se puede fingir un instante ser engañado; mas para corregirla es preciso hacer ver al mentiroso que lejos de tener ninguna ventaja en serlo, no puede esperar nada sino de una veracidad escrupulosa. En nuestras relaciones con aquellos indigentes en quienes la inclinacion á engañar revela un fondo de bajeza, conservémos una dignidad mesurada y serena: inspirémosles si es posible un respeto que reprima el abuso que hacen de la palabra: que nos vean atentos, exactos en comprobar los hechos y siempre justos en nuestras resoluciones para con ellos. La equidad atrae á la verdad: son hermanas.

Pero guardémonos de semejantes precauciones con los que no son merecedores de nuestras sospechas. Cuando encontramos esos verdaderos pobres, que no se atreven á revelar

todos los secretos de sus desgracias, no nos apresuremos á arrancarles confianzas con una curiosidad indiscreta: temamos ofenderlos: respetemos esa especie de pudor con que cubren su miseria: que vean que honramos en ellos tanto su desgracia como la dignidad con que la soportan. No violemos el asilo á que se han refugiado: que vengan ellos mismos á abrirnos: preguntémos poco, esperemos que estén dispuestos á esplicarse. Oh! ¿Quién podría perdonarse el haber humillado, ofendido con una duda injuriosa al ser que padece? Elevémosle al contrario á sus propios ojos con nuestros miramientos y con los testimonios de nuestra estimacion. Es menester cuando llega el caso saber creerle por su palabra: es preciso evitar en la forma misma del socorro, todo lo que puede anunciar desconfianza.

Apenas cabe exceso generalmente en observar ciertos miramientos en nuestras maneras y en nuestro lenguaje con aquellos indigentes cuyo carácter moral no está degradado. Estas consideraciones se deben sin duda á la dignidad de la naturaleza humana, que su miseria no ha sido capaz de alterar: se deben á su paciencia, á su valor. Estos miramientos, elevándolos á sus propios ojos, sostendrán tambien su ánimo: templarán la amargura de sus penas: los acercarán á nosotros: les darán una prueba cierta y delicada de nuestra benevolencia; porque nunca hay completa seguridad en esta benevolencia sino cuando la vemos

unida á lo menos á un principio de estimacion.

Es sin duda imposible destruir enteramente en el ánimo del pobre las impresiones que produce la diferencia de situaciones en que respectivamente nos ha colocado la suerte. Pero podemos desde luego atenuar estas impresiones mismas evitando que resalten á los ojos del indigente las circunstancias que marcan este contraste. No los llamemos á ser testigos de nuestro lujo, de nuestros placeres: bajo este aspecto, como bajo muchos otros, habrá una gran ventaja en ir á su casa, mas bien que en recibirlos en la nuestra, sin impedirles nunca sin embargo la entrada en ella. La facilidad en dejar que se nos acerquen, siempre que tengan necesidad de nosotros, evita las humillaciones mas penosas, las que nacen del temor de ser rechazados, y templa singularmente lo que puede tener de amargo la vista de las superioridades sociales. Pero la visita que hacemos al pobre en su propio domicilio llena mucho mejor este objeto. Allí nos ocupamos entrambos exclusivamente de su situacion: allí nos juzga mejor dispuestos á escucharle: allí vé en la conversacion que promovemos, no una simple condescendencia de nuestra parte, sino el testimonio de una afeccion sincera. ¡Qué nada especialmente, ni en nuestras maneras, ni en nuestras expresiones, le descubra entonces repugnancia ó disgusto de nuestra parte á vista de los harapos de la

miseria! ¡Qué nada anuncie ni la afectacion de una caridad fastuosa, que cuente como un mérito este esfuerzo, ni las pesquisas de una investigacion suspicaz, ni el secreto pesar de una vanidad que creyera rebajarse con semejante trato! En esta visita todo debe conservar por nuestra parte el carácter mas natural y las formas mas sencillas. Oh! ¡cómo entonces se enternecerán estas gentes! cómo os festejarán! Lamentándose de la molestia que os habeis tomado, del triste recibimiento que se ven reducidos á haceros en su miserable casa, estarán sin embargo rebotando de alegría por teneros en ella; porque sois enteramente suyo por algunos instantes!

Cualquiera que sea la distancia de las clases, hagamos resaltar, hagamos prevalecer, cuanto esté en nosotros, los lazos de la gran confraternidad religiosa y moral. Si el indigente nos vé sinceramente convencidos de estas relaciones sagradas, que unen á todos los miembros de la familia humana, los conocerá tambien mejor él mismo para recobrar los medios de entrar en comunicacion con nosotros. Sepamos amarle verdaderamente: he aqui todo el secreto. La desgracia tiene un instinto admirable para discernir y reconocer el afecto que se la consagra. ¡Qué no pueda temer nunca importunarnos con sus gemidos! Escuchémosla, no solo con paciencia sino con una atencion favorable: es uno de los rasgos en que mejor se manifiesta la benevolencia. No

exijamos de ella demasiado: no rehusemos entrar en los menores detalles: una solicitud paternal no desprecia nada. Sepamos perdonar algunas faltas pequeñas y excusables, en medio de tantas circunstancias adversas. ¿Quién se atrevería á descubrirse sin reserva, á decirlo, á confesarlo todo, sino estuviera seguro de la indulgencia del que le escucha? Acerquémonos al desgraciado, hablemos en su lenguaje, penetrémonos de sus hábitos, asociémonos sobre todo á los intereses de su corazón! Una caricia á los hijos hará ensancharse el corazón de una madre: acaso entonces se dejará llevar hasta decirnos los pesares que la contristan: os referirá varias circunstancias de su vida: os mostrará los pormenores de su manera de vivir: os manifestará sus temores, os consultará sus proyectos: se encontrará socorrida al mismo tiempo que ilustrada, y no os temerá ya tanto. ¡Regocijaos de haber conseguido esta dulce victoria! No intentéis saberlo todo á la primera vez, pero no dejéis tampoco que se pase esta disposición feliz: volved pronto á seguir naturalmente el hilo de vuestros coloquios. Ya han producido sus frutos, pues que os habeis colocado en mejor situación para prestar una asistencia provechosa: en adelante estará ya sin embarazo. Oh! qué momento aquel en que un corazón oprimido por tantas penas puede al fin abrirse, abandonarse á otro corazón que le escucha, y le compadece! ¡Qué consuelos para el que sufre!

¡qué recompensas para el que consuela! ¡Qué nuevo poder ha aparecido sobre la tierra para proteger la humanidad contra los golpes del dolor!

Cuando el indigente no se vea ya asustado, rechazado por la imágen de las diferencias que existen entre nuestras situaciones recíprocas, la impresion inevitable que continuará recibiendo, podrá bajo cierto aspecto producir un efecto útil. Servirá para conservarnos cierta autoridad que necesitaremos alguna vez, para dar mas peso á nuestros consejos. Es necesario para el buen órden de la sociedad, que las clases inferiores aprendan á mirar sin amargura las situaciones mas felices, y á respetar las distancias que ha establecido la Providencia entre las diversas condiciones: esto es indispensable hasta para el reposo de los mismos que pertenecen á las condiciones menos favorecidas. Que se nos aproxime pues el indigente, ahora que está ya dispuesto á presenciar sin amargura el espectáculo de la prosperidad en que vivimos, á no experimentar otro sentimiento que el que inspira una proteccion benévola. Por los mismos motivos aconsejamos evitar con cuidado que nuestra condescendencia con el pobre degenerere en familiaridad: perderíamos desde entonces una parte del imperio que en ventaja suya debemos ejercer sobre él. Se apoyará mejor en nosotros reconociendo nuestra superioridad: abusaría probablemente si descendiésemos á su nivel. Los pobres son bajo

muchos aspectos como los niños: tienen su ignorancia, su impresión: se dejan llevar fácilmente: necesitan apoyo, dirección: necesitan mas que un bienhechor, un maestro, cuyo carácter jamás les sea desconocido.

No prodiguemos mucho, sin embargo, nuestras lecciones, ni nos abandonemos sin reserva á los impulsos de nuestro celo. Pocas palabras, dichas oportunamente y con naturalidad germinarán, cuando encuentren disposiciones favorables; mientras que los largos discursos, los sermones, producirán un efecto contrario. El que tiene hambre y sed escucha con poca paciencia disertaciones de moral. Obremos primero y razonemos despues. Por otra parte en las condiciones inferiores de la sociedad las palabras sencillas y concisas hieren mas vivamente los ánimos: son poco capaces de seguir los comentarios y fijar mucho tiempo su atención. Es preciso sobre todo no exponer las sublimes instrucciones de la moral á que produzcan disgusto y cansancio. Midamos pues la extensión de nuestros consejos por la capacidad de los que los reciben: evitemos las formas pedantescas que resfrían y fastidian: hagamos sensibles las verdades que tratamos de inculcar, sin que pierdan nada de la dignidad que las debe conciliar el respeto. Que el desgraciado, hasta en nuestras advertencias mas severas, eche de ver siempre un testimonio del afecto que le profesamos!

Hay pues un arte para arreglar nuestras

relaciones con el pobre. Es una equivocacion suponer que con esta clase de individuos, no hay peligro en dejarse llevar por las impresiones del momento, como lo es tambien creer posible dirigirse respecto á ellos por reglas uniformes y generales. Esta direccion varia segun el grado de educacion que han recibido los indigentes, con quienes estamos en relacion, y segun que sus hábitos son mas ó menos groseros. Varia tambien segun la edad y el sexo. La vejez unida á la miseria, merece singulares consideraciones: los achaques dan tambien títulos particulares á la indulgencia.

Solo cierta experiencia de este género de relaciones puede enseñar la manera de conducirse en medio de circunstancias y disposiciones tan diferentes para obtener la confianza del pobre, ó á lo menos la autoridad moral cuya influencia necesita sentir. Pero tambien el hábito de las comunicaciones con los indigentes puede á veces conducirnos á errores en la manera de ver y de obrar. Hay pobres hasta tal punto desvergonzados y envilecidos, que el desvío y la repugnancia que inspiran recae infaliblemente sobre los que se presentan con las mismas apariencias. El que con frecuencia ha sido engañado por entregarse á la mas dulce de las inclinaciones se hace desconfiado hasta el extremo: algunas veces no es posible precaverse de las tristes impresiones que produce la vista de la ingratitud. La ineficacia de los esfuerzos renovados para arrancar á un desgraciado de

sus funestas pasiones, desalienta tambien y hace desesperar facilmente de todo remedio. Nos desazonan ciertas cosas: nos hacemos rutinarios en otras: fallamos demasiado pronto por inducciones: creemos poder juzgar por un golpe de vista: nos dispensamos de escudriñar con el mismo cuidado confiando excesivamente en nuestra experiencia.

Uno de los peligros de que tenemos mas necesidad de precavernos en nuestras relaciones con los desgraciados, es de la facilidad en dejarnos sorprender por prevenciones favorables ó desfavorables. Con harta frecuencia los que se dedican á la honrosa funcion de socorrer la indigencia conciben ciertas predilecciones y ciertas repugnancias igualmente ciegas. El tono, el aire, las maneras del pobre bastan á veces para excitar estas caprichosas disposiciones, de las que no es posible darse cuenta y hasta cuesta trabajo confesarlas. Estas preferencias se convierten sin embargo en verdaderas y reales injusticias: frecuentemente recompensan la astucia y la intriga; y el desgraciado que se siente afligido con defectos exteriores no es sino mas digno de lástima. Advertidas, sentidas por el pobre estas preferencias, producen en él las mas funestas impresiones: animan á los que nos tienden lazos: rechazan á los que necesitaban hacerse conocer: excitan á veces entre los indigentes tristes animosidades, y quitan á los dones de la caridad el carácter que debia hacerlos reconocer y bendecir su origen.

El visitador del pobre debe prepararse á recibir constantemente una alternativa de penas y de goces. Sufirá con frecuencia tristes desengaños: verá al mismo desgraciado que ha querido socorrer conspirar contra sus generosos designios, convertir en veneno los remedios, desconcertar las mas sábias previsiones, alguna vez hasta pagar los beneficios con malevolencia (1). Le afligirá encontrar almas hasta tal punto degradadas que nada es capaz de arrancarlas á la ignominia: de tal manera insensibles y desnaturalizadas que ningun afecto es capaz de conmoverlas. Es menester resignarse de antemano á estas duras experiencias para no desanimarse luego. Pero en cambio tambien, qué recompensas! Ver en la primavera renacer la naturaleza, abrirse las flores, no es un espectáculo tan dulce como ver á criaturas humanas renacer á un mismo tiempo á la seguridad y á la virtud. Y qué! ¿Tal poder se ha concedido en la tierra? ¿Semejante resurreccion puede ser obra nuestra?

(1) He visto hace poco á dos Administradores de Caridad citados ante los Tribunales por pobres que ellos mismos habian socorrido bajo pretexto de faltas supuestas, y han sido atacados allí con las mas indignas calumnias.

CAPITULO IX.

De la educacion de los hijos de los pobres.

Cuanto mas se estudian las causas de la indigencia, mas se reconoce que la falta de educacion es la que produce mas indigentes, como es tambien la que produce mas criminales. Uno de los mayores servicios que podemos hacer á los pobres, es preservar á lo menos á sus hijos de tan funesta influencia: una buena educacion pondrá á estos hijos en estado de sostener algun dia y consolar á sus ancianos padres. ¿No es propio ademas de nuestra mision extender nuestra solicitud á la familia entera, ayudar á los padres á llenar uno de sus primeros deberes?

Penetrando en esas desgraciadas familias sorprende y aflige ver hasta que punto puede llegar la cruel indiferencia de los hijos para con los autores de sus dias. ¡Ancianos desventurados! Os encuentro solos, abandonados en el lecho del dolor en que os ha postrado la enfermedad! ¿No teneis un hijo, una hija? ¿En dónde están? Vuestras lágrimas me lo dicen. Pero si les hubierais procurado una educacion conveniente ¿os veriais desamparados de esta manera? ¿qué habeis hecho durante su infancia?

Una buena educacion fisica, en las clases inferiores tendria ya la inmensa ventaja de evitar muchas enfermedades, de dar mas fuerzas y aptitud para el trabajo, pero esto es de lo que menos se ocupan, y los hijos viven sin régimen y abandonados al acaso en cuanto no están bajo la ley de la necesidad. Esta necesidad sugetándolos á privaciones y fatigas, tendería por una parte á fortificarlos: mas la negligencia, el mal régimen, el exceso mismo de privaciones y fatigas tienden por otra á debilitar su temperamento.

Los hijos de los pobres respiran, desde la cuna, el aire mas infecto, en las tristes habitaciones que sirven de refugio á sus padres: la mayor parte del tiempo están envueltos en inmundicia: allí sufren frio, humedad, están expuestos á mil accidentes. Si la madre quiere estarse con ellos tiene que renunciar al trabajo que acaso exigia su oficio fuera de la casa: si los deja encargados á una vecina ó abandonados á sí mismos, pueden lastimarse, quemarse (1). Desde que empiezan á poder correr andarán tal vez vagando por las calles. Estos inconvenientes no son todavía los mayores: la primera educacion empieza mucho mas pronto de lo que comunmente se cree. Antes que los niños estén en disposicion de ir á la

(1) El mismo dia en que acababa de escribir estas lineas, encontré cuatro niños muy pequeños, solos en un cuarto en el mayor desorden: el padre y la madre habian salido á trabajar fuera, su obra acostumbrada.

escuela, reciben diariamente una porcion de impresiones contra multitud de hábitos que han de influir mucho en sus disposiciones y en su carácter. Los objetos que se ofrecen á su vista, los discursos que oyen, los egemplos que presencián, sus juegos mismos son ya una especie de educacion: pasma algunas veces ver cuán temprano suele desarrollarse el gérmen de los vicios. Por el contrario el gusto del órden, la atencion, la aplicacion, la obediencia, los sentimientos de respeto y de gratitud pueden comenzar á nacer desde los primeros años.

Estas consideraciones han sugerido á personas benéficas el proyecto de reunir los hijos de los pobres, menores de siete años, en asilos donde estén á cargo de personas de confianza, donde respiren un aire salubre, reciban los cuidados necesarios, se conserven con aseo, se ensayen en útiles egercicios, comiencen gradualmente á bosquejar algun pequeño trabajo, preludiando ya la instruccion que deben recibir despues (1). Nunca se aplaudirá bastante una idea tan ingeniosa y tan útil al mismo

(1) Hace mas de 20 años se formó en Paris un Establecimiento de este género por una Señora, á quien inspiró el génio de la caridad, y cuya vida es un perfecto modelo. En 1812 el Baron de Voght en su bello tratado sobre la organizacion de socorros á domicilio para la Ciudad de Marsella, propuso que allí se formasen asilos de este género, mostró todas sus ventajas, y trazó su organizacion. Inglaterra se apoderó luego de esta idea: allí se han multiplicado los *azylums*, y han llegado rápidamente á un alto grado de perfeccion, inspirando al público el mas vivo interés. Paris vé formarse en este momento una asociacion dirigida por Señoras llenas de celo que esperamos no tarde en proporcionarnos los mismos beneficios.

tiempo. En donde todavía no se ha planteado, podrían á lo menos encontrarse personas, que, mediante un módico salario, recibiesen en depósito los niños, y aunque este medio esté lejos de procurar, bajo todos aspectos, las mismas ventajas que las salas de asilo, se prestaría sin embargo un gran servicio á los padres que no pueden cuidar por sí mismos de sus hijos pequeños, procurándoles medios de confiarlos á personas honradas, cuidadosas, y que habitasen en aposentos mas favorables á la salud. Se encuentran á veces maestros y maestras de escuela que consienten en encargarse de esta vigilancia en salas particulares. La incuria de los padres no solo se prolonga á la época en que los hijos están en edad de ir á la escuela, sino que entonces oponen una resistencia sistemática y calculada: hasta se negarán á aceptar el beneficio de una enseñanza gratuita.

En cualquier otra cosa la privacion se hace sentir; produce la necesidad, el deseo, la demanda. Respecto á instruccion sucede precisamente todo lo contrario; cuanto menos se tiene, menos se procura. Por eso las poblaciones salvages permanecen estacionarias. Al contrario, cuanta mas instruccion se tiene, mas sed hay de instruirse. Si el pobre es ignorante, y tal es la condicion del mayor número, no solamente no tendrá intencion de preparar á su hijo á saber mas que él, sino que con frecuencia repugnará dejarle adquirir esta ven-

taja. Las elocuentes disertaciones de algunos ingenios superficiales no inventan tantos argumentos como la obstinacion de un padre grosero deseoso de tener un hijo que se le parezca.

Al Visitador del pobre corresponde disipar una preocupacion tan ciega, é ilustrar al padre de familias sobre sus intereses y sus deberes. No será obra de un dia, porque se persuade mal al que no quiere convencerse. El Visitador no se desanimará: debe aprovechar todas las ocasiones para poner á la vista del padre ignorante egemplos familiares que le hagan comprender cuán útil sería á sus hijos saber leer, escribir y contar. = “¿Cómo vuestro vecino ha visto á su hijo solicitado por los mejores maestros, obtener condiciones tan ventajosas para su aprendizaje? ¿no lo debe en gran parte á la honrosa certificacion que recibió al salir de la escuela? ¿Cómo ese otro jóven que conoceis ha llegado tan pronto á ser contra maestro? ¿no es por que la instruccion le habia dado mas capacidad y ha sabido hacer estados y formar cuentas? Si aquel otro no hubiera tenido nociones de dibujo lineal y de cálculo ¿se vería empleado de una manera tan lucrativa por el arquitecto ó el empresario que le tiene consigo? Este, cuya profesion se halla paralizada en el momento por una circunstancia general. ¿Se habría creado tan pronto otro recurso, si, gracias á la educacion, no le hubiese tenido en sí mismo?” =

Una cuadrilla de muchachos malvados fué

condenada un dia por el Tribunal de *Assises*: nuestro Visitador era uno de los jurados. ¿Queréis saber dijo á un padre ciego, queréis saber la historia de estos delincuentes? Habian sido educados precisamente como quereis educar á vuestro hijo: habian crecido en la ignorancia: venid conmigo á la prision: de veinte jóvenes condenados, diez y nueve no saben leer ni escribir (1). He ahí el bello porvenir que preparais á vuestro hijo, la recompensa que os preparais á vos mismo. En fin, nuestro Visitador vá conduciendo al padre de familias á reflexiones mas directas.

Hace observar á su protegido que él mismo con alguna instruccion no habria quedado en su taller en un puesto tan subalterno y dependiente: que encontraría con mas facilidad otra especie de trabajo cuando le faltase el ordinario: que en tal ocasion no le habrian engañado con tanta facilidad: que se habria libertado de tal hábito perjudicial, que habria permanecido mas fiel á sus deberes, que no habria gastado su dinero en el juego, ni su salud en la taberna &c. "Evitad pues á vuestro hijo los mismos peligros, procuradle de antemano los recursos de que sentís veros privados ahora. Deseais que sea vuestro apoyo en la vejez! Pero ¿no conoceis que cuanto mas hayais hecho por él, mas sentirá la necesidad

(1) Asi resulta del informe dado el año último por el Marqués Barbe de Marbois en el Consejo general de prisiones.

de pagaros? ¿No veis que instruyéndose conocerá mejor sus deberes?" La consideracion que alcanza se extenderá á toda la familia.

No basta siempre haber persuadido á los padres : muchas veces son los mismos hijos los que se muestran rebeldes : uno es indócil, idiota, indomable: otro es flojo, indolente, disipado. ¿Qué partido sacar de ellos? ¿Cómo obligarlos á ir á la escuela? escaparán en el camino : ¿los habrémos de encadenar para conducirlos? ¿quién se encarga de llevarlos? Nuestro tutor sin embargo no se desconcierta. Un día coge de la mano á los niños y no se desdenna de conducirlos él mismo : los introduce en una sala limpia, bien arreglada : allí encuentran otros niños alegres que parece que se divierten trabajando : los recién llegados quisieran entrar en el juego, pero les dá vergüenza no saber hacerlo tan bien. El tutor les deja entrever que podrian ser igualmente dichosos, se hace de rogar, dá esperanzas y acaba por procurarles este favor. El ejemplo de sus camaradas arrastra á estos pequeños alumnos insensiblemente, cobran gusto al trabajo : se apodera de ellos la emulacion. Esto supone, es verdad, una escuela formada sobre buen modelo, dirigida por un maestro capaz, pero el tutor debe siempre elegir la mejor si hay en que elegir. Y no se conformará con esto, sino que recomendará el nuevo educando á su maestro y prometerá venir algunas veces á informarse de los progresos que haya hecho.

En otra familia pobre hemos descubierto ideas mas sólidas y mas sanas: pero los padres presentan aun sus objeciones. "Los hijos están ya en edad de prestar algun servicio, luego podrán entrar en aprendizaje: es menester pensar en lo puramente necesario, y no abusar de los socorros que se reciben. ¿A qué enviarlos á la escuela sino han de tener tiempo para aprovecharse de ella? Y si se los dejase muchos años se prolongaría el inconveniente." =Sin embargo, si el tutor encuentra medio de procurarles una enseñanza, cuya sencillez lo concilie todo, que no exija sino dos ó tres años para que el niño aprenda á leer, escribir y contar, sea capaz de trazar algun dibujo lineal, de conocer los pesos y medidas, aprendiendo ademas perfectamente el catecismo, ¿no quedan deshechas todas las objeciones? Se encontrará en efecto un establecimiento que llene estas condiciones? No me toca á mí decirlo, pero supongo que queriendo el tutor el bien de sus protegidos, examinará sin prevencion, investigará, observará, y á su discreccion me remito. En todo caso este es el momento de recompensar á los padres su deferencia á nuestros consejos. Si se privan de sus hijos es justo indemnizarlos de este sacrificio, compensando con un pequeño aumento de socorros la asistencia que de ellos recibian. No tardarán, por lo demas, en reconocer que era mal cálculo el suyo.

Queda admitido ya el niño: sigue sus lec-

ciones. ¿Descansaremos enteramente en el cuidado de los padres y madres respecto á su provechamiento? Regla general: en la aplicacion de socorros (y ya se sabe que por socorro no entendemos solamente limosna): en la aplicacion de socorros destinados á los niños, si es preciso, no solo evitar que se rompan los lazos de familia, sino al contrario, tratar de fortificarlos: si por consiguiente se debe cuidar cuanto sea posible de no usurpar los derechos de los padres dejándolos extraños al bien que se hace á sus hijos, una experiencia constante enseña sin embargo que es necesario tambien no confiar ciegamente en los padres: es preciso temer su indiferencia: ¡hasta su egoismo! ¿Cuántos no vemos que interceptan al paso lo que se manda para estas pequeñas criaturas? Doloroso es revelarlo, pero es desgraciadamente cierto. Tal es el funesto efecto de una excesiva miseria: muchas veces embrutece, priva de toda sensibilidad, y cierra el corazon á las primeras afecciones. No hay nada igual á la indiferencia de ciertos pobres respecto á la direccion moral de sus hijos; y si, como es demasiado comun, la pobreza es consecuencia de los desórdenes, y los desórdenes no se han corregido por la miseria, el desventurado hijo ¿no perdería con tales ejemplos, en semejante sociedad, el buen fruto de las instrucciones que le hubiesen dado sus maestros? Sin usurpar, pues, los derechos de los padres, debemos suplir su vigilancia, de-

bemos visitar en la escuela con frecuencia á nuestros pequeños alumnos : cuando vuelvan á la casa paterna debemos acercarnos tambien, examinarlos en presencia de sus padres sobre lo que han aprendido, sobre la conducta que han observado : debemos darles algunos pequeños estímulos, algunas recompensas. ¡ Es tan importante la eleccion de recompensas y castigos aplicados á la infancia ! ¡ Exige tanto discernimiento ! ¡ son tan mal conocidas sus reglas ! ¿ Qué hay que esperar en esto de padres ignorantes y groseros ? Castigarán á sus hijos con brutalidad, los castigarán por capricho, por mal humor. Tenemos que interponernos dulcemente para destruir esta perniciosa influencia. Hablaremos á estos tiernos séres el lenguaje de la razon poniéndole á su alcance ; y lo mismo que á ellos les digamos habla indirectamente con sus padres. Testigos de los adelantos de sus hijos, del interés que inspiran ¿ no tendrán impulsos de imitarlos ? ¿ No comenzarán á renacer en ellos los sentimientos de la naturaleza ? Y ¿ cuántas veces no se han visto hijos virtuosos, que han llegado á serlo por una buena educacion, egercer sobre los autores de sus dias esta influencia saludable, y siguiendo asi los buenos egemplos un curso contrario al que habrian debido seguir, lograr una reforma que se hubiera esperado en vano de las exhortaciones mas elocuentes ?

¡ Pobres niños ! cuando volvais á casa despues de gozar algunas horas de una felicidad

inocente en medio de vuestros camaradas y en la actividad de la ocupacion: cuando entreis dando un testimonio de la satisfaccion de los maestros, si veis llegar entonces al protector de vuestra familia ¡con qué gozo os apresurais á mostrarle la nota que atestigua vuestros progresos ó una muestra de vuestro trabajo! Se sonríe, y esta sonrisa os recompensa. Deseais referirle todo lo que habeis hecho, y os escucha con benevolencia. Algun dia será todavía vuestro apoyo, vuestro guia: se aparecerá para ayudaros á elegir un estado: sus propios hijos continuarán su obra: es para vosotros como una providencia visible, y su benéfica influencia abrazará el curso entero de vuestra vida.

¿Y qué hacer por ese jóven, por esa doncella que han pasado ya la edad en que se puede ir á la escuela, y cuya educacion ha sido enteramente descuidada? Es ya muy tarde, es preciso que trabajen: y no se puede ademas imponerles la vergüenza de que se sienten en los bancos de los niños. Si supieran leer, escribir y contar ¡cuántos recursos no se les podrian procurar para ayudar á sus ancianos padres, para ayudarse á sí mismos! Mas hé aqui un recurso inesperado. Nuestro tutor descubre una escuela de adultos donde se enseña durante las noches de invierno: descubre una escuela en la que, el Domingo, personas de todas edades emplean en reparar el tiempo perdido las horas que les quedan libres despues

de los ejercicios religiosos: introduce sus protegidos en estas reuniones. Allí se descansa del trabajo en que se ha empleado toda la semana, con una ocupacion de nuevo género, que tiene todo el atractivo de la novedad. Se saca provecho de los momentos que acaso se hubieran disipado en la ociosidad, que tal vez se habrian empleado mal: se conservan las buenas costumbres, mientras se adquieren nociones útiles: ganan tambien los modales, y se contraen amistades con apreciables compañeros. Un bien no llega nunca solo (1).

Mas ¿en dónde están esas escuelas de adultos, esas escuelas de los Domingos? Sino las hay, el Visitador del pobre, que, en su práctica diaria, ha echado de ver la necesidad, dá la idea de ellas, y se une á otros hombres de bien para provocar su creacion.

Los cuidados del Visitador para con la familia del pobre no se limitan á esto: hay otras dos especies de servicios en que puede

(1) Hemos visto á obreros pobres que despues de haber pasado algunos meses en la escuela de adultos, han obtenido el destino de sobrestante con un salario doble porque estaban ya en estado de llevar el registro de los trabajos. Apenas hay profesion en que el obrero que sabe leer, escribir y contar, no adelante con mas rapidez. En todas las artes mecánicas los elementos de dibujo le procuran tambien notables ventajas: en fin la instruccion que adquiere con la lectura desarrollando su inteligencia le dá mas capacidad para comprender, conducir y egecutar todas las operaciones de la industria.

El establecimiento de las escuelas de adultos, en Francia, ha sido provocado por un informe del Duque Mathien de Montmorency á la Sociedad para la instruccion elemental. Hay en la Capital muchos establecimientos de este género para hombres y mugeres que dan los mas satisfactorios resultados.

tomar una parte mas directa y que no son menos esenciales.

La primera es relativa a los aprendizages. En esto, como en tantas otras cosas, la pobreza opone obstáculos á los remedios con que se trata de socorrerla. La habilidad para el trabajo, que debe procurar á los hijos su porvenir, y ser acaso un recurso para toda la familia, no se adquiere por sí misma, sino á precio de oro; y los oficios cuyo aprendizaje es menos costoso son tambien los menos lucrativos. Cuántas consideraciones, por otra parte, no hay que tener presentes en la eleccion de un oficio! Consultémos antes de todo la capacidad física y moral del adolescente. Es increíble hasta que punto varían las disposiciones bajo este doble aspecto, y cuanto influye esta variedad en el éxito que obtiene cada individuo en su profesion. Muchas veces el que parece inepto en una carrera, habria sido sobresaliente en otra: uno es diestro, otro es vigoroso: uno es á propósito para trabajos sedentarios, otro para el movimiento y la actividad exterior. Consultémos tambien las inclinaciones, porque se hace mejor lo que se hace con gusto, y con gusto se hace tambien más. Hay oficios mas ó menos insalubres, y sus peligros son mas ó menos sensibles segun los temperamentos. Es menester examinar sin duda cuales son los oficios mas productivos; pero tambien importa examinar al mismo tiempo si estos oficios están sujetos á incon-

venientes, si en algunas circunstancias pueden verse paralizados. Hay en fin profesiones que pueden exponer á peligros de otro género, y que no dejan de tener inconvenientes para las buenas costumbres. Esta reflexion se aplica mas particularmente á las profesiones que se ofrecen para los jóvenes. Teniendo todo esto presente es como debe hacerse la eleccion. Mas el padre, la madre de familia ¿darán á cada una de estas circunstancias la atencion que merece? ¿Estarán además en posicion de comparar, de juzgar bien? ¿No decidirá para ellos la ocasion? He aquí un género de consejos que corresponde dar al Visitador del pobre, en los que al menos será recibido sin desconfianza. Pero despues de la primera eleccion, que es la de oficio, queda otra que hacer, que es la de maestro, y no es menos delicada, ni menos esencial. ¿Qué consecuencias no pueden seguirse para la instruccion del aprendiz y para la moralidad de su carácter? No le coloquais sino donde reciba saludables egemplos. Tomad informes sobre los compañeros con quienes se reuna, y este es un nuevo embarazo para el indigente. ¿Tendrá relaciones bastante extensas, tendrá bastante sagacidad para dirigirse bien en esta determinacion? El Visitador del pobre tendrá nociones de que puede aprovecharse su protegido: tomará ademas informes, y tiene mil medios de obtenerlos seguros. Los buenos maestros son naturalmente muy delicados para

:

admitir aprendices: el Visitador del pobre interviene para obtener á su jóven protegido el favor de que le reciba una familia honrada, un maestro hábil y de que obtenga una favorable acogida. Acaso podrá colocar al aprendiz en casa de un artesano que trabaje habitualmente por sí mismo, y de este modo estará en posicion de tenerle siempre á la vista. Trátase de formalizar el contrato de aprendizaje: aquí el padre de familias, ignorante ó imprevisor puede quedar expuesto á dificultades: la necesidad puede obligarle á que acepte condiciones demasiado duras. Vendremos en su auxilio: le ilustraremos sobre los inconvenientes que pueden resultar un dia de obligaciones mal estipuladas: le procuraremos medios de cubrir una parte mayor ó menor de los gastos que exija la manutencion, la asistencia, la instruccion del aprendiz: así le harémos accesibles ciertas profesiones, en que no hubiera podido entrar, y en otras acortaremos la duracion del trabajo gratuito que debe prestar á su maestro á título de indemnizacion, cuando se termine su enseñanza. Porque hay dos maneras de estipular un contrato de aprendizaje: unas veces el aprendiz recibe gratuitamente de su maestro la instruccion, habitacion, alimentos &c. bajo la condicion de dar á su tiempo algunos años de trabajo sin recibir salario: otras se obliga á pagar al maestro una cantidad anual ó á subvenir á lo menos en una proporcion dada

á los gastos de alimento y asistencia, y entonces en la misma proporcion se acorta el tiempo en que debe trabajar sin retribucion. Seis ó siete años es el término mas largo que se estipula en el primer caso para la época en que el aprendiz comience á ganar alguna cosa: doscientos francos anuales es ordinariamente el maximun de la pension en el segundo caso. Nuestro vigilante tutor hará insertar en el contrato muchas precauciones esenciales: el maestro deberá obligarse á conservar el equipaje, á tratar bien al jóven, á hacerle cumplir todos sus deberes, á que duerma solo, á no enseñarle otro oficio que el que se ha convenido, á no emplearle en otras ocupaciones que le distraigan de él: es preciso tambien reservar á los pobres, al Visitador mismo un derecho de vigilancia habitual, y por consiguiente el de ver al jóven siempre que lo deseen: es menester en fin preveer que puede anularse el contrato, y la facultad para esto debe ser recíproca. Los padres deben quedar autorizados para retirar á su hijo no solo por no cumplirse las condiciones, sino si la salud del hijo se alterase, sino hiciese en el oficio los progresos que debian esperarse, si estuviesen expuestas á algun peligro sus costumbres, si el carácter del maestro tuviere para él palpables inconvenientes. Las condiciones de nulidad deberán concertarse de antemano.

Aquí debemos señalar á la solicitud del Visitador del pobre otro grave peligro.

El desarrollo que la industria ha tomado en ciertas comarcas hace que se busquen los niños aun de muy tierna edad para emplearlos en una manufactura, que no exige ni mucho vigor ni mucha inteligencia; mas la codicia de ciertos fabricantes abusa de las fuerzas de estos pequeños seres: los extenuan á fuerza de fatigas: no les dejan tiempo para ir á la escuela ni para descansar: apenas para comer un bocado apresuradamente, y un rápido sueño. Estas criaturas se debilitan, se extenuan: su carácter y su instrucción no sufren menos que su salud. A pesar de toda la necesidad apremiante de algunos padres, la codicia de otros, la imprevisión de muchos sacrifican estas criaturas á un régimen tan funesto. Este abuso ha llegado á tanto en Inglaterra, que ha exigido una ley expresa para reprimirle: un *bill* adoptado el año último ha fijado el maximun de la tarea que podría imponerse á los niños en las manufacturas. En Francia aunque empiezan ya á quejarse de que algunos talleres ofrezcan tan triste espectáculo, debemos esperar que no se necesite una disposicion legislativa, y que el poder de las costumbres, la autoridad de la opinion basten á detener el mal en su origen. Sin embargo, el tutor que vela por la familia del pobre, debe seguir con la vista al jóven empleado en una manufactura, para que no quede expuesto á ser víctima de un exceso de fatiga.

No debe regularse la capacidad que adquiere un niño por lo que comienza á ganar: ordinariamente está en razon inversa. En algunas partes un niño puede ganar de dos á tres francos diarios juntando huesos para las fábricas de carbon animal: y ¿qué habrá aprendido? No hay especulacion mas falsa en el interés positivo de la familia que la de apresurarse á sacar un producto real del trabajo de estas pequeñas criaturas: en esto como en otras muchas cosas se sacrifica el porvenir al presente.

Los hijos del pobre nos son deudores de haber aprendido á leer y escribir. ¡Qué pesar no tendríamos sino les hubiésemos hecho mas que un presente funesto, si al ir un día á visitar la familia encontrásemos en sus manos libros perniciosos! Puede suceder al menos que el presente sea inútil para ellos: saber leer no es mas que estar en posesion de un instrumento. No hemos, pues, terminado todavía nuestra obra, y he aquí el último servicio que tenemos que prestarle, que coronará todos los otros, y uno de los que el padre indigente podría suplir menos. Debemos procurar á estos niños objetos de lectura convenientes y provechosos para ellos. Tienen muy poco tiempo para leer, y esta es una razon mas para que no lean nada que no sea bueno, y para que los alimentos que se les presenten sean sustanciosos y sólidos. Ocuparán el primer lugar las lecturas morales y religiosas;

mas debemos cuidar de que estas graves lecciones sean templadas algunas veces por formas interesantes y agradables, que las hagan familiares y sensibles, que sean un reposo al propio tiempo que un medio de perfeccion. Debíamos agregar á esto algunos pequeños libros elementales, en que los lectores que pertenecen á las clases trabajadoras hallen algunos cuadros de la creacion, algunas lecciones sencillas y fáciles sobre los principales fenómenos de la naturaleza, sobre la historia de su país, algunos consejos que puedan guiarlos en la direccion de sus pequeños negocios, en las precauciones que reclama la salud, en los socorros y remedios propios para los mas ordinarios accidentes. Semejantes obras aunque deberían ser las mas comunes escasean bastante. El pobre no sabe siquiera que existen; no sabría tampoco discernirlas; y si tales obras son efectivamente raras, consiste mucho en la falta de medios para generalizarlas entre las condiciones inferiores. El Visitador del pobre debe ser como un canal por el que se establezcan útiles comunicaciones entre las clases ilustradas, y las que no lo son por el que se hagan llegar á estas el género y el grado de luces que su situacion reclama. Gracias á su solicitud la educacion del hijo del pobre, aunque limitada, será á lo menos provechosa, y sus frutos se conservarán toda la vida. Y no solo habrá asistido á los indigentes actuales, sino que habrá cortado en su origen las

causas que sucesivamente hubieran multiplicado su número.

¿Quién sabe si entre aquellos, á quienes se ha procurado el beneficio de la educacion, no se encuentre alguno que, dotado de facultades especiales, teniendo ocasion de desarrollarlas y cultivarlas, y puesto en situacion de abrazar la carrera para que le hacen mas apto, se abrirá camino á una fortuna inesperada, se elevará á una posicion honrosa en la sociedad? Egemplares hay de ello, y habria muchos mas, si pudiese seguir cada uno al elegir carrera, sus disposiciones naturales, y recibir todos los auxilios que contribuyen á seguirla bien. Pero no se necesitan estos fenómenos extraordinarios para recompensar al generoso tutor de la familia indigente: basta que cada uno de los miembros de esta familia llegue á cumplir en la modesta esfera que le está señalada el destino á que le llama la Providencia: que se conduzca como hombre de bien, como hombre útil. Esto es todo lo que exige el verdadero interés de la familia, el orden general de la sociedad.

CAPITULO X.

De la eleccion, medida y consecuencias en la distribucion de socorros.

Conocer bien la situacion del pobre, la naturaleza y extension de las necesidades que sufre, sus disposiciones y carácter es haber determinado ya el género de socorros que necesita.

Hay sin embargo algunas consideraciones que exigen meditarse: tal vez conduzcan á demostrar que el Visitador del pobre es bajo ciertos aspectos el conducto mas útil y oportuno para que lleguen á él los socorros que se le destinan.

Existen ciertas reglas fundamentales demasiado conocidas para tener necesidad de explicarlas, pero que nunca se repetirán demasiado, porque la negligencia, la inesperienza, la falta de reflexion, una bondad ciega hacen que con facilidad las olviden ó desconozcan aquellos mismos que tienen en favor del pobre el interés mas benévolo.

Es menester, cuanto sea posible, dar en especie, es decir, dar las cosas necesarias, mas bien que el dinero para comprarlas.

Dar los objetos que corresponden á las necesidades mas urgentes.

Dar aquellos que son menos susceptibles de abuso.

Dar, no por mayor sino paulatinamente y á medida del consumo.

Nunca debe concederse en cantidad ni en calidad sino un socorro inferior al que el pobre mismo hubiera adquirido por medio de su trabajo, de manera que aun siendo socorrido, quede todavía en una condicion menos favorable que si hubiera podido subvenir por sí mismo á sus propias necesidades.

El socorro debe darse oportunamente, en el momento crítico, ni mas pronto ni mas tarde. Nunca debe prolongarse mas que la duracion de la necesidad que le reclama: con ella debe extenderse, restringirse ó modificarse.

Graves errores se han cometido en las especulaciones teóricas sobre el arte importante de la distribucion de socorros, porque los autores de estas especulaciones no habian estado sin duda en posicion de estudiar atentamente por sí mismos la condicion del pobre.

Se ha supuesto que el exceso de poblacion, la falta de trabajo, la escasez de subsistencias eran las causas generales y ordinarias de la pobreza. Sin duda que cuando alguna circunstancia paraliza en un pais uno ó mas ramos de industria que ocupaban muchos brazos, se forma una clase de pobres compuesta de todos los que no pueden ser empleados en este género de trabajo, y no han logrado todavía ocuparse de otra manera. Es cierto que cuando la falta de subsistencias llega á afligir una comarca, la subida de precios expone á los

horrores del hambre á los que no obtienen por su trabajo sino el mas bajo salario. Pero estas son crisis pasajeras, son casos extraordinarios: la pobreza que de ellos resulta es una calamidad transitoria como la causa que la produce.

Mas de que la cesacion del trabajo y la penuria engendren nuevas clases de pobres no debe deducirse que la pobreza, tal como se presenta en el estado ordinario de nuestras sociedades, sea consecuencia de estas dos causas. Procede de otras constantes, habituales y ordinarias cuya accion es inevitable, aun en aquellas sociedades en que hay mas demanda para el trabajo y en que mas abundan las subsistencias.

Los paises de Europa en que mas abundan y en que se vive con menos, el mediodia de Italia, por ejemplo, son precisamente donde hay mayor número de pobres, y aquellos por el contrario, como la Suecia, en que las subsistencias son mas escasas y mas caras son las que tienen menos indigentes. Hasta puede suceder alguna vez que la excesiva abundancia de géneros llegue bajo un aspecto á aumentar el número de pobres, si por el ahogo en que se encuentran el propietario y el colono, no pudiendo vender sus cosechas, se ven forzados á una reduccion en sus gastos que disminuye la demanda del trabajo.

Por haber incurrido en este error fundamental Maltus en su *ensayo sobre la poblacion*

tan nuevo, tan profundo, bajo muchos aspectos, pero tan paradójico algunas veces, se ha visto arrastrado por el rigor mismo de sus deducciones lógicas á consecuencias singulares, criticando el régimen seguido en las sociedades modernas para el socorro de los pobres, consecuencias que chocando en nosotros con los sentimientos de humanidad habrían debido advertirle por esto solo, y hacerle sospechar que habia caído en algun error capital sobre los principios que le habian servido de punto de partida.

Las calamidades extraordinarias que, cayendo sobre un pais ó sobre una ciudad, privan momentáneamente á un gran número de obreros de sus medios acostumbrados de trabajo, ú ocasionan en las subsistencias una escasez y subida de precio por las que las familias que tienen menos recursos se hallan expuestas á los horrores del hambre, estas calamidades, repito, exigen por sí mismas remedios extraordinarios que no se proporcionan sin el concurso de la administracion pública. Gran prudencia y discernimiento se necesita en la eleccion de estos remedios; y la administracion, por un celo mal entendido, podría incurrir en errores que agravásen el mal en vez de remediarle. En uno de los capítulos siguientes tendremos ocasion de indicar como puede ser necesaria la cooperacion de la administracion pública en estas dos hipótesis, y los errores de que debe precaverse. Solo ha-

rémós notar ahora que la cesacion del trabajo para ser una causa general, aunque transitoria de pobreza, debe afectar ciertos ramos de industria que emplean un gran número de obreros, paralizar casi por entero este ramo, lo que supone que la materia de semejante trabajo se refiere ó á un objeto de lujo ó de capricho, cuyo consumo puede ser momentáneamente interrumpido, ó á objetos, que teniendo su salida ordinaria en el mercado extranjero, no pueden exportarse por efecto de una guerra ó por cualquier otra circunstancia. Pero es difícil que esta interrupcion de trabajo afecte sensiblemente á la industria que provee al consumo interior y á los objetos de necesidad que corresponden al consumo mas general. Además cuando se encuentran muchos obreros desocupados, el bajo precio de los jornales sugiere á algunos particulares la idea de un nuevo trabajo que no hubieran emprendido sin esto. Aun cuando el ramo de industria que ha sido paralizado no se reanime, sucede casi siempre que algun otro se desarrolla y le reemplaza. De este modo despues de una penuria y de una estancacion temporal, se presentan nuevos medios de trabajo. En cuanto á las subsistencias está generalmente reconocido que casi nunca hay escasez real y verdadera. Las penurias mayores suponen un déficit apenas igual á la cantidad de subsistencia necesaria para alimentar el pais durante algunos dias del año: supo-

niendo que este déficit sea de diez dias, y es mucho, bastaría que cada habitante redugese una trigésima sexta parte de su consumo diario para restablecer el equilibrio. Y nada mas fácil seguramente sin que se disminuyan las fuerzas ni aun los goces de una manera sensible. Esta reduccion se obtendria sin mas que evitar la pérdida que resulta del despilfarro, cuidando mejor de la conservacion de los géneros y del despacho y preparacion de los alimentos. Mas aun suponiendo que cada individuo redugese diariamente en una trigésima sexta parte la cantidad de alimentos que consume, esta reduccion no se percibiría de una manera sensible: lejos de ser perjudicial á las fuerzas y á la salud, les sería ciertamente útil, aunque fuese cuatro ó seis veces mayor; porque está reconocido que generalmente se come mucho mas de lo que se necesita, y que un régimen mas frugal sería mas saludable. Por otra parte la penuria pocas veces afecta mas que á una especie de subsistencias; ordinariamente al pan: la cantidad total de alimentos no se disminuye en la misma proporcion. Las personas poco acomodadas reducen su consumo en los alimentos mas exquisitos y mas caros, conformándose con los mas groseros. La subida de precio mueve naturalmente á cada uno á hacer esta reduccion insensible, á tomar con mas cuidado medidas de economía. En fin la produccion de alimentos accesorios se excita por el mayor consumo; y

en último resultado quedan siempre muchas mas subsistencias, aun en las mayores penurias, que las que se necesitarian para alimentar toda la poblacion, si fuera posible, por una distribucion equitativa, dar á cada uno su parte justa, é imponerle el régimen conveniente. Las privaciones demasiado reales que oprimen entonces á la multitud provienen de la misma alarma que paraliza la circulacion y deja desprovistos los mercados: del exceso de precauciones, que obliga á que se hagan provisiones excesivas, en fin de la elevacion de precio, que excede á las facultades de las clases menos afortunadas, pero que en parte resulta de estas causas artificiales. Asi se disipa esa fábula concebida con demasiada ligereza, presentada y propagada sobre un pretendido déficit de subsistencias que amenazaba sin cesar, y atormentaba con frecuencia á nuestras sociedades modernas, y que sería la principal causa de la pobreza.

Pero no debemos ocuparnos en este momento mas que del estado habitual de las cosas y de las causas de pobreza que obran ordinariamente.

El observador que estudia de cerca la condicion del pobre reconoce aqui que la falta de trabajo es un caso aislado, fortuito y bastante raro. Casi nunca ocurre en las aldeas, donde la extrema variedad de las ocupaciones rurales deja pocos brazos ociosos. En las ciudades, y sobre todo en las grandes ciudades, muchos

de los trabajos industriales están sujetos á cierta oscilacion que produce para un número de operarios, mas ó menos considerable, algunas interrupciones de trabajo. Esta oscilacion resulta algunas veces de los caprichos de la moda, y otras de la variacion de estaciones, ó de circunstancias, que, ocasionando un consumo irregular é inconstante, producen tambien iguales variaciones en el número de obreros llamados á satisfacerlas. Esta especie de suspension de trabajo la sienten mas especialmente los operarios que trabajan por cuenta de otro, los menos aplicados ó menos hábiles, ó los que trabajando por su propia cuenta no tienen bastante capital para preparar nuevos objetos de fabricacion y conservarlos almacenados el tiempo que dure la falta de salida. La sienten aun mas los que han adoptado un género de trabajo enteramente especial, y que por esta circunstancia estan menos dispuestos á emprender en poco tiempo otra especie de ocupaciones. Finalmente, esta suspension momentánea de trabajo no sume en la miseria absoluta sino á los obreros que no han podido, ó no han sabido, economizar nada mientras estaban útilmente ocupados.

Es muy facil en esto dejarse engañar por las apariencias, alegando siempre los holgazanes que les falta trabajo, cuando son ellos los que se niegan á trabajar, ó á lo menos se conducen de manera que no haya maestros que los ocupen. Es facil engañarse tambien en los pai-

ses en que falsas miras sobre la administracion de socorros públicos, ó instituciones mal dirigidas, estimulan la vagancia, de lo que desgraciadamente hay demasiados egemplos. Mas cuando la distribucion de socorrós públicos se someta á un régimen sábio y bien entendido, vigilante, prudente, severo con la indigencia falsa y generoso con la verdadera, este origen de pobreza quedará notablemente reducido (1).

Hay causas de indigencia permanentes y sin término, y hay otras temporales, mas ó menos durables.

Las primeras comprenden la vegez que se aumenta progresivamente, los achaques incurables, la privacion de uno ó muchos miembros, en fin, la falta de vista. Entre las enfermedades incurables se cuenta algunas veces la enagenacion mental, y siempre la imbecilidad.

Mas algunas de estas causas, por inevitable y extensa que sea su accion, permiten sin embargo algun trabajo, trabajo limitado, es verdad, que casi no puede egecutarse fuera del domicilio; pero que no exige ni mucha fuerza, ni órganos perfectamente sanos.

Entre las causas temporales figuran en primera línea la enfermedad y las heridas. Si el indigente vive solo, las necesidades que resul-

(1) Encargado hace muchos años de una demarcacion que comprende cerca de 300 familias pobres, en Paris, apenas he contado habitualmente en este número mas que una ó dos á quienes la falta de trabajo hubiere obligado á recurrir á los socorros públicos.

tan de esta situacion son absolutas. Son mayores cuando esta desgracia recae sobre el jefe de la familia; y se hacen sentir tambien mas, si ataca á uno ó muchos de sus individuos.

Las mugeres paridas entran en la primera categoría.

Hay ciertas enfermedades que sin serlo precisamente, disminuyen la aptitud de trabajar: el pecho delicado, la vista débil, &c.

Pertenece al segundo lugar entre las causas temporales la infancia en los huérfanos.

Sigue luego la viudez, cuando la viuda queda sobrecargada de hijos de poca edad. El trabajo de una muger apenas basta para sus propias necesidades.

Un matrimonio con hijos de poca edad puede verse momentáneamente en la imposibilidad de sostener toda su familia, si la profesion que egerce es poco lucrativa.

En estas dos últimas hipótesis, el trabajo provee á una parte de las necesidades; los socorros solo tienen por objeto llenar un vacío.

En fin, la última causa es la cesacion de trabajo, que procede de no encontrar el obrero en que ocuparse.

Ya se echa de ver cuanto debe variar el género de asistencia que reclaman condiciones tan diversas.

El primer cuidado de todos debe consistir en hacer de manera que el pobre halle el medio de dedicarse á aquel trabajo de que aun sea susceptible, y que este lo haga volunta-

riamente siempre que lo encuentre: por eso importa mucho no ofrecer nunca, sino un socorro inferior al que hubiera producido el trabajo. Las mas veces se trata, no tanto de procurar directamente ocupacion, como de ofrecer ocasiones, ó facilitar relaciones que conduzcan á obtenerla: al pobre debe excitársele por todos los medios posibles, hasta obligarle, si es preciso, á ingeniarse por sí mismo. Por interés de su dignidad moral es menester quitarle esa seguridad, que le haria volver á su antiguo estado, egercitar su actividad y su energía, y hasta distraerle en caso necesario.

Algunas veces es menester tambien ayudarle mas directamente. Por egemplo: una pobre anciana no puede ya hacer ningun trabajo manual, pero puede aun vender por las calles ó en un puesto fijo. Solicitaremos para ella de la autoridad municipal el permiso necesario: á otra que no puede salir de casa se la provee de un torno: á un viejo, á un un manco se los recomendará para guardas ó sobrestantes. Alguna vez habrá de procurarse el pequeño adelanto de fondos que necesitan estos desgraciados, ya para instrumentos, ya para materiales, ya para los objetos de tráfico en que se egercita su pequeña industria.

Lo que es de desear sobre todo en la porcion de trabajo que se procura á los indigentes, es que pueda destinarse para ellos mismos, como, por egemplo, camisas ó vestidos

distribuidos á los pobres, y hechos por mano de otras pobres. Asi se reunen dos beneficios á la vez. Ademas, como es esencial que el trabajo procurado directamente al pobre sea para él menos productivo que el que habria obtenido por sí mismo, resultará tambien de esta combinacion un medio de economía.

Apurado ya este primer género de asistencia, vienen los socorros propiamente dichos.

Para los enfermos y heridos lo son las visitas del Médico ó Cirujano, las medicinas, la cura, lienzos, caldo, y lumbre. A veces en las enfermedades graves es indispensable un asistente, y entonces se puede emplear tambien otro pobre, y hacer bien á dos de una vez.

Para los sanos pueden comprender los socorros, segun los casos, alimentos, pan, sopa en primer lugar, pañales para los niños, vestidos, calzado, lumbre en invierno, cama, muebles, los utensilios mas indispensables, el pago de algun plazo de la casa ó el desempeño de algunos efectos.

Para los niños, la educacion y el aprendizaje completan las dos especies de socorros que acabamos de indicar.

El grado de confianza que merezca el pobre por su prudencia, su economía, su espíritu de órden, debe influir mucho en la eleccion de la especie de socorros que se le proporcionen en cuanto puede ser libre esta eleccion.

Entre los objetos de primera necesidad, el

pan es el que generalmente se procura por sí mismo el indigente, antes de todo, con los recursos que le quedan; y es también el que con preferencia debe proporcionársele. La razón es, por ser el menos susceptible de abuso, y por que se puede dar también diariamente y según la necesidad. Casi tan precisas como el pan son las sopas económicas en los pueblos en que están en uso, y durante la estación en que se distribuyen. Esta segunda clase de alimentos encuentra, sin embargo, en la práctica algunos inconvenientes que no tiene la primera. Los indigentes venden algunas veces su sopa: si la quieren llevar á casa para partirla con su familia hay que recalentarla: no todos los estómagos se acomodan á ellas, según ordinariamente se preparan: con frecuencia se encuentran pobres que la rehusan. Sería también muy útil distribuir patatas y caldo de huesos, aun que esto no esté muy en uso. Por que el indigente, cualquiera que sea su miseria, no puede vivir con solo pan, y se le presta un doble servicio proporcionándole á precio mas económico los demás alimentos. Así empleará los recursos que le quedan en procurarse los demás objetos que necesita: entretanto habrá vivido: habrá remediado lo mas urgente: el hambre no puede aplazarse.

Aquí se echa de ver otro error fundamental de Malthus. Supone este escritor que el pan y los alimentos que se distribuyen al pobre por

la caridad pública ó privada, aumentando en la misma proporcion el consumo total de subsistencias en el país, y disminuyendo lo que queda para los demas consumidores, hará subir el precio de estos géneros, y aumentará su escasez. Esto es no haber visto la realidad de las cosas: precisamente sucede todo lo contrario. El pobre, á quien se distribuyen pan y legumbres, se los habria procurado él mismo, como hemos dicho, antes que ninguna otra cosa, con lo poco que tuviese; pero se hubiera tenido que privar de otros objetos de menos urgente necesidad; lumbre, ropas, vestidos, muebles etc. tal vez habria vendido ó empeñado sus efectos. A ningun pobre, por pobre que sea, se le vé morir de hambre. ¿Qué hará pues la caridad pública ó privada? Le procurará los mismos alimentos, quedando entonces en disposicion de proveer á las demas necesidades. Mas la caridad pública ó particular, si es ilustrada le proporcionará alimentos mejor dispuestos, mas nutritivos, empleará géneros que se habrian perdido: llamando en su auxilio las luces de las ciencias y de las artes obtendrá alimentos extraidos de sustancias despreciadas hasta entonces, como el caldo de huesos que acabamos de citar. La preparacion en grande disminuye el desperdicio, bajo estos diversos aspectos la distribucion de socorros producirá una economía en la masa general de subsistencias lejos de disminuirla. Con la misma provision de géneros se alimentará mayor nú-

mero de individuos, ó estarán á lo menos mejor alimentados; y la salubridad de los alimentos conservará mejor sus fuerzas. Tranquilizaos pues amigos de la humanidad, á quienes teorías presentadas con tal arte han turbado un instante! No, no es necesario mostrarse inhumano con el pobre para preservar á la sociedad del inmenso peligro que la amenaza! No, no es necesario que el pobre muera de hambre para que el resto de la sociedad viva! El pobre será alimentado, vivirá mejor, los mercados no quedarán desprovistos y habrá pan para todos.

Ocupémonos ante todas cosas de lo que puede conservar la salud del pobre. Despues de los alimentos entran la ropa blanca, el calzado, el vestido. Basta que nuestros indigentes tengan dos camisas, si las reciben de vuestra mano: teniendo mayor número, seria de temer que llegasen á venderlas ó empeñarlas. Debeis darles albarcas, calzado muy económico y al mismo tiempo muy sano, porque preserva de la humedad; y cuidado de que en invierno pueda usar escarpines de lana. Elegid la entrada del invierno para dar los vestidos y cobertores, porque entonces son mas indispensables: porque siendo nuevos abrigan mas, y porque en invierno es cuando el pobre tiene mas necesidades y menos recursos. Si le dais un jergon es probable que no le venda; pero no hay la misma seguridad si se le dan cama y colchones. Cónoced bien al pobre á quien lo

dais: habeis creido habilitarle, y acaso dentro de pocos dias se encuentra tan desnudo como antes. Sería bueno tener camas, sillas y mesas para poder prestarlas alternativamente á los indigentes, cuyas necesidades no son mas que temporales. No les deis nunca leña ni carbon, sino en muy pequeña cantidad, aunque no sea mas que por obligarle á que lo gaste con la mayor economía. Cuando ha llegado á empeñar las ropas es mejor darles con que rescatarlas, que reemplazarlos con nuevas compras. Lo esencial sería evitar estos empeños, si fuera posible.

Cuesta mucho decirlo, y hay que insistir sin embargo en esta recomendacion: es menester mostrarse avaro, muy avaro, casi duro, al conceder estas diversas cosas, aunque mezquinas y miserables, á las instancias del pobre. Desde que ha vencido la vergüenza que le estorbaba pedir, sus instancias no tienen ya límites, sobre todo se vé que su importunidad arranca concesiones á vuestra condescendencia. Quisiéramos hacerle probar el bienestar: pero esto sería comprender mal sus intereses: le es muy útil sentir aun la privacion y la escasez, porque son el aguijon que debe excitarle á ingeniarle á emplear todos los recursos que le quedan. La experiencia enseña ademas que se abusa mas fácilmente de lo que se recibe gratuitamente, que de lo que se gana con el sudor del rostro: no se economiza, no se conserva aquello con tanto cuidado: los deseos se multiplican con la facilidad de satisfacerlos.

Estas reglas tan severas tienen sin embargo sus excepciones: hay pobres tan apreciables que no se necesitan para con ellos estas multiplicadas precauciones, porque no es de temer que abusen de lo que reciben; y los hay de tal manera respetables, que debería procurárseles un verdadero bienestar, si fuera posible. Pero no son semejantes pobres los que nos atormentan con solicitudes indiscretas. Por lo demás los caracteres no se distinguen por diferencias tan marcadas: entre los indigentes que merecen una entera confianza, y los que no merecen ninguna, media una infinidad de grados. No es posible por lo mismo establecer categorías absolutas, y hay que medir las precauciones por los peligros. Así la elección de los socorros no se modificará solamente según la naturaleza de las necesidades, sino también según las disposiciones del pobre, según los hábitos de su vida, según que sea más ó menos arreglado, previsor, económico, cuidadoso y prudente. Mas difícil es determinar bien este género de condiciones que el anterior: este estudio solo puede hacerle el que ha llegado á tener con el pobre relaciones frecuentes y á obtener ó sorprender el secreto de sus virtudes ó de sus vicios.

La experiencia adquirida por el uso que haya hecho el indigente de los socorros obtenidos, será la más segura guía en la elección de los que debeis darle en lo sucesivo. Reconocereis si el género de asistencia que ha

recibido era efectivamente el mas útil para él. Descubrireis si le ha empleado segun vuestras intenciones, y ha tenido en ello el cuidado y la economía necesarios. Repetireis vuestros ensayos; y aprendereis asi á conocer bien el carácter de vuestro protegido, á penetrar mejor en el secreto de sus verdaderas necesidades.

Para poder aplicar este espíritu de consecuencia á la distribucion de socorros, es necesario que el indigente permanezca de un modo fijo y constante bajo la inspeccion y tutela del mismo Visitador: que no cambie de domicilio, y que el Visitador, en lugar de dirigir alternativamente su solicitud sobre varios desgraciados, se dedique á aquel ó aquellos que haya adoptado una vez.

En el curso de esta inspeccion habitual observará si la condicion del pobre se ha agravado, mejorado, ó modificado bajo algun aspecto: cuidará de que no se estienda el socorro ni un solo punto mas allá del que ha cesado de ser indispensable. Por otra parte, un socorro dado precisamente en el momento oportuno prevendrá necesidades, que mas adelante habrian exigido socorros mas extensos. En el momento, por ejemplo, en que una familia vá á empeñar sus efectos, le evitará apelar á este triste recurso, siempre ruinoso para el porvenir.

Mas ¿como tomar todas estas precauciones, observar todas estas reglas, si la mano que dá, y el ojo que estudia no van unidos? Aquella

se guía por las indicaciones que el otro le sugiere, y este se instruye por el efecto de los dones que aquella distribuye. El don no debe además llegar nunca al pobre sino acompañado de consejos, de exhortaciones, de reprensiones muchas veces; y ¿quién es el que puede dirigirle semejante lenguaje, sino el que ha obtenido su confianza, y ha debido aprender á conocerle bien? (1)

(1) Preocupado siempre con la falsa idea que domina en su sistema, Malthus no ve otro remedio á la pobreza que la reducción del número de obreros. (Ensayo sobre el principio de población). Una buena exterminación sería de este modo un verdadero beneficio para la sociedad humana. Pero mientras haya obreros, es decir trabajadores que solo vivan de su trabajo, habrá pobres, porque habrá viejos, enfermos, valedunos, huérfanos, y continuarán obrando siempre las causas ordinarias de la pobreza. Disminuid el número de los obreros, y hareis subir el precio de los objetos elaborados por ellos; habrá menos demanda: el trabajo á su vez será menos buscado, y será menor por consiguiente la producción: se encarecerán los objetos que sirven para el consumo de las clases inferiores, y empeorará la condición del trabajador.

CAPITULO XI.

(CONTINUACION DEL ANTERIOR:)

Del régimen económico del pobre.

El Visitador del pobre ha estudiado ya la situacion del desgraciado que tiene bajo su proteccion: cree haber reconocido las necesidades que hay que satisfacer. Réstanos ahora investigar los medios de satisfacerlas, al menor precio posible; y al hacer esta investigacion descubriremos tambien los medios que tendría el indigente de reducir por sí mismo, en cuanto esté en su mano, el gasto que hace de sus propios recursos, y la estension por consiguiente de los socorros que se vé forzado á solicitar. Tal vez lleguemos á enseñarle economía, espíritu de orden y prevision, á cuidar mejor tambien de su dignidad: esto sería proporcionarle un verdadero tesoro.

Tengamos pues la bondad y la paciencia de entrar en los mas minuciosos detalles para resolver este problema dificil, problema que ofrece por otra parte el mas vivo interés. *¿Cuál es el mayor grado de economía que puede obtenerse en la existencia de un individuo, y cuáles los medios de alcanzarle?*

Ensayemos al efecto la formacion del presupuesto de estas pobres gentes, y discutamos con ellas todos los artículos que le componen.

Continuemos procurando dar reglas que no sean demasiado absolutas en su generalidad: no á todos conviene el mismo régimen de vida, antes debe variar segun la edad, el sexo, la profesion, el temperamento, y á veces tambien segun los hábitos anteriores.

Sobre todo y antes de todo hay que consultar un dato esencial: nuestro protegido ¿está solo, es casado, viudo, ó padre de familias? En este último caso ¿cuántos hijos tiene? ¿cuál es su sexo, su edad? ¿cuántos tiene menores de 12 años, cuántos de 12 á 18?

Aqui nos encontramos otra vez de frente con los partidarios de Malthus; y esta vez no podemos menos de deplorar con ellos que en la clase indigente se multipliquen los matrimonios y obtengan una lamentable fecundidad. Nosotros como ellos emplearemos tambien todos los medios de persuasion que esten en nuestra mano para apartar á los pobres de estas uniones imprudentes ó prematuras. Pero ¿es cierto que los socorros á domicilio distribuidos con prudencia estimulan en efecto este género de matrimonios y su fecundidad? Observad de cerca y con atencion los hechos, ¿son tales como se nos describen? Consultémos la experiencia, estudiemos las costumbres de las clases trabajadoras.

Los sectarios del célebre *sistema de poblacion* sientan por principio que el número de matrimonios y su fecundidad están en razon directa del bienestar: que los matrimonios son

mas numerosos y mas fecundos á medida que son mas altos los jornales, y á medida tambien que son mas abundantes las subsistencias, causas una y otra que obran sin embargo bajo ciertos aspectos en sentido contrario. Sientan este principio como incontestable y no creen tener necesidad de probarle. Algunas observaciones sin embargo bastarán para destruirle. Es cierto que existe hoy en Francia un bienestar mas general que antes de 1799: los salarios son mas altos: á escepcion del año de 1816, las subsistencias han sido abundantes: exceden al consumo desde los últimos años, y con todo está reconocido que en Francia, los matrimonios relativamente á la masa de la poblacion son menos numerosos y menos fecundos que antes de 1789, á pesar de que muchas causas que favorecian el celibato, conservan hoy menos fuerza y estension. Vemos tambien, ademas, que los matrimonios son menos numerosos y menos fecundos precisamente en las condiciones de la Sociedad que gozan de mayor bienestar. Justificaremos esta proposición, demostrada respecto á la Capital por M. Villot y M. el Doctor Willermé uniendo á los resultados que arrojan sus investigaciones una razon de analogía sacada de la poblacion indigente: agregaremos tambien el cuadro comparativo, por distritos de los hijos naturales y legítimos, y de los hijos naturales reconocidos, porque este último dato podrá ayudarnos á penetrar en las verdaderas causas de este fenómeno.

He aquí los resultados que ofrecen:

DISTRITOS	POBLACION INDIGENTE		Relacion del numero de niños indigentes con la poblacion indigente.	Relacion del numero de matrimonios con la poblacion.	Relacion del numero de nacimientos con la poblacion.	HIJOS.		
	numero de familias.	Individuos por cada cien habitantes.				Legitimados por matrimonio.	Naturales con relacion á los hijos legítimos.	Reconocidos por ciento.
1.º	2	4	28 por 100	1 p. 102 h.	1 h. p. 38	2	1 á 6	30
2.º	50	5	26	2	3	33
3.º	68	86	..	108	41	2	..	33
4.º	2	4	28	105	36	2	3	34
5.º	70	5	26	94	33	2	3	31
6.º	97	5	23	113	32	2	7	43
7.º	86	7	24	141	33	2	4	44
8.º	56	6	29	116	34	2	4	49
9.º	85	11	32	105	30	2	5	61
10.º	68	11	32	104	32	2	3	41
11.º	46	5	29	97	36	2	1	45
12.º	83	7	32	115	42	2	4	40
	41	32	29	121	49	2	4	67
Término medio.	3	7	28 por 100	1 p. 108	1 por 34	2	1 á 4	41

Se ve que el distrito mas pobre de Paris, sin comparacion ninguna, es uno de aquellos en que son menos numerosos los matrimonios; pero en que son al mismo tiempo mas fecundos: de suerte que la fecundidad de los matrimonios no sigue como se supone la misma progresion que su número; antes al contrario, su menor número se encuentra en razon directa de su mayor fecundidad. Esta observacion se dirige á desmentir la suposicion de Malthus de que las mismas causas determinan á la vez y en la misma relacion la multiplicacion de los matrimonios y su fecundidad.

Los matrimonios son generalmente mas numerosos, pero menos fecundos, en los distritos mas ricos. El 8.º que despues del 12.º es el mas pobre, ofrece bajo este doble aspecto una anomalía: los matrimonios son á la vez en él muy numerosos y muy fecundos: al contrario, el 6.º y el 11.º que ocupan casi el término medio de la escala relativamente á la riqueza y bienestar, figuran, el primero como el de menos matrimonios, aunque bastante fecundos, y el segundo como el de matrimonios menos fecundos aunque muy numerosos. Si el número de matrimonios no sigue con regularidad la relacion del mayor bienestar, es porque concurren otras muchas causas á influir bajo este aspecto sobre esta relacion.

Se ve que en los distritos mas pobres es menor el número de hijos naturales comparado

con el de los legítimos, y es también mas considerable el número de hijos naturales reconocidos: los distritos 12.º y 8.º ofrecen bajo este aspecto un ejemplo muy notable.

Cualquiera con estos datos se creará autorizado para deducir que los distritos en que hay menos bienestar son al mismo tiempo los de mejores costumbres: que una vida laboriosa es un preservativo contra la disipación y hay aquí una gran causa moral cuya acción influye esencialmente sobre los matrimonios y sus efectos, y que se tiene en poco en el sistema de Malthus. En las familias laboriosas y poco acomodadas, los esposos viven mas próximos, mas unidos; las afecciones de familia, los sentimientos de la naturaleza conservan mas imperio: tienen mas precio los goces domésticos.

De los datos que acabamos de establecer no podemos con todo sacar consecuencias muy exactas: los documentos auténticos en que están fundados no se refieren mas que á París, y á un solo año. No ha sido posible, además, tener presentes en el cálculo de nacimientos los niños abandonados, que conducidos directamente al Hospicio sin una razón de su procedencia, no pueden asignarse á ningún distrito, y su número subió en 1822 á 5,274. Esta suma puede repartirse entre los distritos de una manera muy desigual y en proporciones desconocidas para nosotros: es posible, que solo al 12.º distrito corresponda una parte mas

considerable, si se considera sobre todo que la casa de Expósitos está precisamente situada á la extremidad de este distrito, y mas á mano por consiguiente para recibir los niños.

Consultando el informe presentado sobre hospitales, hospicios y socorros á domicilio de 1804 á 1814 (1) último de que podamos tomar noticias hallamos los datos siguientes.

Relacion de las diferentes clases de pobres con la poblacion total indigente.

Hombres casados... De cada 100 indigentes	16	0
Mugeres casadas.	6	9
Viudos.	1	7
Viudas.	13	5
Celibatos (Hombres).	0	7
— (Mugeres).	3	4
Niños en poder de sus padres.	48	7
Sin designacion.	9	1

Esto demuestra que la miseria recae esencialmente sobre los casados, sobre las viudas, y sobre las familias que tienen muchos hijos de poca edad. Mas no debe deducirse de esto que los indigentes se casen con mas facilidad, ni que sus matrimonios sean mas fecundos; es preciso reconocer solamente, y esto es natural, que las familias cargadas de hijos de

(1) Este bello trabajo es obra de M. Pastorett, que no ha querido poner su nombre. Es un tesoro de hechos instructivos para los hombres que se ocupan del socorro de la humanidad.

poca edad y las viudas, están por su posicion misma mas expuestos á la indigencia.

Estando en contacto por relaciones habituales con la clase inferior y trabajadora de la sociedad, no se la vé dirigida, á lo menos en Francia, relativamente á los matrimonios, por los motivos y consideraciones que les atribuyen los autores del sistema de que hablamos; y la observacion directa y asidua de los hechos desmiente tambien aqui las aserciones de la teoría. En esta clase los obreros, antes de casarse no calculan de antemano que encontrarán un dia los recursos de la caridad pública para su familia, y tal vez para sí mismos, y no se determinan por semejante especie de cálculo. Que sean imprevisores sobre el porvenir, que no midan bien la extension de los medios con que cuenten para criar y alimentar sus hijos, esto por desgracia es demasiado frecuente. Pero lejos de preveer las probabilidades de la miseria, son mas bien inclinados á lisonjearse con ilusiones propias de su edad. Por otra parte su vida trabajadora y los pocos goces que alcanzan les hacen buscar mas vivamente las dulzuras de la union conyugal: su vida sedentaria los inclina tambien á ella: preséntase la ocasion: contraen relaciones y ceden á una inclinacion natural con tanta mayor facilidad quanto mas puras son sus costumbres. Asi pasan las cosas entre nosotros. Lo mismo sucede con la multiplicacion de los hijos: en nada piensan menos

los padres cuando ven el aumento de su familia, que en la perspectiva de los hospicios ú otros establecimientos destinados á recojer los hijos de los miserables: esta perspectiva no tiene para ellos nada de lisonjera ni risueña: al contrario se puede afirmar que, en las condiciones inferiores, la ternura de los padres para con sus hijos es generalmente mas viva: es menester ver con que dolor se separan de ellos. ¿No hemos observado ahora mismo que los distritos mas pobres son, sin comparacion, aquellos en que los padres de hijos naturales se dan mas prisa á reconocerlos? Si en esta clase de la sociedad las uniones son mas fecundas, consiste en que los esposos viven mas estrecha y habitualmente unidos: se persuaden tambien de que sus hijos podrán un dia ayudarles en sus trabajos.

Por lo demas nunca vemos que los indigentes admitidos ya á los socorros, se casen, á excepcion de los ciegos; y esta excepcion se explica bastante por la necesidad imperiosa que tiene el ciego de una guia, de una asistencia continua para sus menores necesidades. Fuera de esto, solo vemos á los indigentes legitimar por el matrimonio un lazo ya formado: *es una especie de union que debe estimularse en el interés de la moral, y á la que el Visitador del pobre no dejará de invitar con sus consejos, sobre todo cuando ya existen hijos.*

Lo repetimos, al presentar aqui los datos positivos, tales como los hemos recogido, no

pretendemos ofrecer mas que el resultado de nuestra propia experiencia, y las observaciones de costumbres propias de la Francia, y particularmente de la Capital. La imprevision, una confianza ciega en el porvenir, una excesiva facilidad en ceder á las inclinaciones, son la verdadera causa que multiplica los matrimonios imprudentes. El remedio debe buscarse en una buena educacion, que haga nacer y fortifique en las clases trabajadoras ideas de orden y hábitos de reflexion. A pesar de todo, los mismos esposos que hayan consultado la prudencia antes de unirse, pueden sufrir reveses por una multitud de circunstancias; y debemos apresurarnos á socorrerlos tanto mas, cuanto menos hayan merecido su desgracia. Aun los mismos que hayan sido imprudentes, al sufrir la pena de su imprudencia, no merecen ser abandonados por nosotros: ni estamos encargados de castigarlos, ni seria tiempo de corregirlos con una repulsa bárbara. Les asistiremos, pues: veamos como puede hacerse mejor.

Al tratar con nuestro indigente de formar el pequeño presupuesto de sus gastos, estableceremos desde luego una distincion entre los que se hacen diariamente de una manera casi igual y constante, y los que solo tienen lugar en ciertas épocas mas ó menos fijas ó determinadas, y por mayores sumas; y á esta distincion va unida una consideracion importante.

Las primeras son las que el pobre cubre

mas facilmente: son por lo mismo las que estan expuestas á estenderse mas allá de lo estrictamente necesario, al mismo tiempo que por poco que se exceda la justa medida, aun de una manera insensible, se llega sin percibirlo á las mas graves consecuencias, por la repeticion prolongada de estas pérdidas diarias. En esta especie de gastos es donde la economía parece mas difícil, al mismo tiempo que es mas necesaria. Por otra parte la mas ligera economía hecha diariamente produce con el tiempo una reserva para otras necesidades, sin que sea penoso el sacrificio.

La segunda especie de gastos es la que causa siempre al pobre mas crueles embarazos, y le pone en una verdadera angustia. Cuando llega el momento de pagar una suma algo considerable, y de una vez, se encuentra ordinariamente sin ahorro disponible que poder aplicar al pago. Cuanto mas distantes unas de otras son estas épocas de pago, mas se aumenta esta terrible dificultad; y se aumenta tambien tanto mas cuanto la época es menos determinada. Porque si un pago debe hacerse necesariamente en dia fijo, se prevee mejor, y se trata mas seguramente de estar en disposicion de satisfacerle. Asi el indigente pagará con mas facilidad el alquiler cada mes, que cada trimestre, que cada año. Es hacerle un mal servicio dejar que se atrase en sus pagos. Generalmente son para él verdaderas crisis las épocas fatales en que debe pagar el alquiler

vencido, renovar el vestido, devolver una suma prestada ó retirar sus efectos del Monte de Piedad para evitar que se vendan. Hasta allí habia arrastrado su existencia, penosamente sin duda, pero en fin habia respirado: el infeliz apartaba de su pensamiento el instante fatal que debia traerle la grande y terrible obligacion: llegado este momento ¿qué hacer?

Es mas facil tambien procurar al pobre los socorros en pequeño que se aplican á las necesidades diarias, que esas sumas bastante crecidas á veces, que son necesarias para sacarle de la crisis en que se encuentra. Tambien se previene mejor el abuso del primer género de socorro.

Otra distincion no menos esencial es la de los gastos que se aplican á la estacion de invierno y á la de verano. La estacion rigurosa trae consigo nuevas necesidades en vestidos, en abrigos, en lumbre, en luz: ordinariamente disminuye los pocos recursos que quedan al indigente, no permitiéndole la misma estension de trabajo: algunas veces interrumpe durante muchos dias las tareas á que estaba acostumbrado á entregarse. Mas durante la buena estacion se ha ido acostumbrando á una continuacion de bienestar relativo: ha contraido ciertos hábitos, llega á la entrada del invierno sin haber pensado en hacer ahorros y van á aumentarse las privaciones.

Si por una especie de ficcion pudiésemos

apoderarnos por entero de la direccion del indigente, asignarle y medirle en todo la naturaleza y estension de sus gastos, deberiamos aplicar, cuanto fuese posible, todos los socorros que recibe á sus necesidades diarias, reducir sus consumos á lo mas extrictamente necesario, formar cada dia, sobre sus pequeños recursos, un ahorro de algunos céntimos, reservarlos para el pago del alquiler, de un vestido, de necesidades imprevistas: hacer esta reserva mayor en el verano. Pues bien, esto que haríamos por él, procuremos obtenerlo de él con nuestros consejos, con nuestros ruegos. Preciso es confesarlo, no lograremos todo el éxito que podriamos prometernos al considerar que no pedimos al pobre sino lo que está en su mas evidente interés. Compadezcamos á ese desgraciado! es muy facil ser severo, mas no lo es tanto ponerse en lugar del que padece. ¿Cómo, oprimido por tantas necesidades urgentes, se negará cada dia á satisfacerlas, teniendo en su mano un pequeño peculio con que poder hacerlo? No dejaremos sin embargo de insistir: emplearemos varios medios indirectos para dar mas fuerza á nuestros consejos, arreglaremos la asistencia y los testimonios de aprecio á la docilidad que hayamos encontrado.

La subida siempre creciente del precio de las casas en la Capital y en la mayor parte de las ciudades, es la desesperacion de los indigentes y de los que se ocupan en socorrerlos. En Paris puede felicitarse el que encuentre hoy por

cien francos anuales un pequeño aposento en un cuarto ó quinto piso, en una casa vieja, y en una calle estrecha y sombría. Una pobre mujer anciana y sola, una pobre viuda con hijos de poca edad, ¿cómo ha de reunir la suma necesaria para pagar semejante alquiler? El trabajo de sus manos apenas les produce quince ó veinte francos cada mes. ¿Tomarán una casa mas barata? Entonces no pueden ocupar mas que aposentos tan bajos, tan estrechos, tan deteriorados y oscuros, que son verdaderamente inhabitables, y su solo aspecto estremece. Es sin embargo muy esencial para el pobre ocupar á lo menos una habitacion sana, sobre todo, cuando las circunstancias en que se encuentra le detienen en la cama ó le obligan á una vida sedentaria. Necesita respirar un poco de aire, un aire libre y puro, y que entre el sol en su aposento. No es para él un inconveniente que su cuarto esté en lo mas alto de la casa, como no tenga enfermedades que le imposibiliten de subir á él: asi será menos húmedo. Los porteros, metidos en una especie de calabozos en la parte mas baja de las casas, están expuestos á frecuentes enfermedades: necesitarian algun desahogo, alguna luz, y eso es lo que les falta. Por desgracia el indigente aumenta él mismo la insalubridad de su habitacion, por la falta de aseo, por el descuido en renovar el aire. Ademas de los obstáculos que encuentra en el precio exorbitante de los arrendamientos, tiene muchas veces otro: mu-

chos propietarios repugnan dejarles habitar sus casas por el temor de no ser puntualmente pagados, y suelen subir el precio del arrendamiento para compensar esta exposicion con una especie de prima de seguridad.

Seria de desear que se construyesen edificios con destino especial á los pobres donde encontrasen habitaciones sanas y baratas. Pero, ¿quién querrá hacer semejante especulacion? ¿Quién calculará el producto de arrendamientos tan inciertos con tales inquilinos? Por lo que hace á nosotros prefeririamos bajo todos aspectos que las habitaciones de los pobres estuviesen diseminadas, y repartidas en lo mas alto de las casas que habitan gentes acomodadas. Cuanto mas diseminados estén mas faciles será atraerse individualmente la atencion y el interés de los particulares que pueden socorrerlos. Estan tambien mas á la vista para recibir sus socorros y consejos. Los que habitan bajo el mismo techo no podrán ignorar su suerte, ni ser indiferentes á ella. Cada dia estamos viendo este contraste entre los indigentes que habitan en esos viejos casuchos, que llaman casas de pobres, y los que han logrado colocarse bajo el mismo techo que las personas acomodadas. Estos últimos nunca se ven enteramente abandonados. Por otra parte, viendo muchos indigentes reunidos, la caridad está expuesta á desanimarse, tiene mas dificultad en particularizar su benevolencia. La diseminacion de los indigentes favoreceria esta adopcion que

los reparte entre los protectores, y que tan ventajosa nos parece.

Un trabajador y un indigente hallan medio en la Capital de colocarse en una posada á razon de seis francos mensuales. Mas, por este precio están amontonados en aposentos donde las camas se tocan, donde no hay ventilacion. Esta colocacion supone ademas que el individuo es soltero, que come en la taberna, que sus ocupaciones le tienen todo el dia fuera de casa. Pero si una familia quiere vivir en una posada, tener un cuarto que haya de habitar durante el dia, el precio será ruinoso: el arrendamiento costará doble que el de un cuarto desamueblado.

El propietario ó el primer inquilino no consienten el arrendamiento sino mientras que la pobre familia tiene suficientemente amueblado el mezquino aposento que quiere ocupar: si vencido el plazo no paga, se apoderan de los muebles y los venden. Hay, pues, una necesidad imperiosa de procurar al indigente estos muebles, de conservarlos si los tiene, y de reemplazárselos si los llega á perder. De otro modo se verá forzado á meterse en una posada, lo que hará todavia mas terrible su situacion, y mas en París, donde por un reglamento particular, sábiamente dictado, los indigentes que viven en posada son excluidos de los socorros públicos (1).

(1) Se teme con razon atraer los pobres de fuera, y son demasiados los que alluyen á la Capital: se teme tambien favorecer la vagancia.

A una muger sola se la puede proveer de los muebles absolutamente necesarios por cincuenta ó sesenta francos: estos muebles consisten en una tarima, un jergon, una manta, dos sillas, algunos pequeños utensilios, comprado todo de lance, pero sólido aun y en buen estado: mas este pequeño capital no es facil siempre realizarle.

Cuando una familia indigente ha sido provista del pequeño ajuar necesario para establecerse, es de temer que su imprevision ó el exceso de sus desgracias hagan desaparecer bien pronto, cuando venza el plazo del alquiler, el beneficio que habia recibido: dejará embargar y vender sus muebles: será menester volver de nuevo al principio. Tratemos, si es preciso, de parecer algunas veces mas duros y mas insensibles de lo que somos! Que no se lisonjee, si le hemos pagado una vez la habitacion, de que periódicamente hemos de renovarle este servicio; y si le hemos procurado muebles, que se los renovaremos cuando quiera. De otro modo, contando con nosotros, consumirá poco á poco los pequeños recursos que hubiera podido acumular para ese plazo, y se abandonará á la incuria, tan ordinaria y tan funesta.

Dormir en paja es una expresion que nos hemos acostumbrado á emplear para designar la extrema miseria: sin embargo, si la paja es la cama mas económica, tambien es muy agradable, y lo que es esencial, muy sana, con

tal que sea fresca y se renueve con frecuencia. Se puede comprar buena tela para jergones á razon de 1 franco aproximadamente, y una manta nueva de lana por 10 ú 11 francos. Es raro que los indigentes tengan sábanas: cuando las tienen es raro tambien que sepan conservarlas, y es sensible que este gasto sea para ellos tan considerable; durante una enfermedad es indispensable procurárselas: acaso se podrá encontrar quien las dé prestadas.

El Conde de Rumford habia propuesto para uso de los indigentes, una cama, cuyo ensayo se hizo con éxito, y en la que el aire contenido en una especie de caja hacía veces de colchon: está en efecto reconocido que el aire llena mejor este objeto bajo muchos aspectos que la pluma, la lana y las crines. Esta cama no costaba mas de doce francos: no exigia que se la renovase: duraba mucho: sin embargo no ha sido adoptada. La única objecion que ha podido oponérsele es la de ser un poco pesada, la de no plegarse, pero podia volverse y hacer que ocupase menos lugar. Estos inconvenientes apenas eran sensibles.

La facilidad de hallar préstamos sobre prendas es una de las mas funestas seducciones para los pobres. Dominados siempre por el sentimiento de las necesidades presentes, confiados en el porvenir ó sin cuidarse de él, creen obtener un recurso en lo mismo que se convierte en su ruina. Comienzan por empeñar solamente algun objeto, que se lisongean de recobrar

muy pronto, y sin el cual en rigor pueden pasar: el segundo, el tercero van luego, y sucesivamente empeñándose de la misma manera: el pobre se queda insensiblemente sin nada, y los intereses y los gastos consumen entre tanto una parte considerable del valor de los efectos depositados: se necesitará para recobrarlos una suma mucho mayor que la que momentáneamente se proporcionaron con ellos: se venderán infaliblemente, se venderán á vil precio y desaparecerá el producto, casi en su totalidad. *Los Montes de piedad* no pueden prestar utilidad alguna, sino en el caso muy raro de que un trabajador repentinamente apurado por una desgracia pasajera, está seguro de recobrar pronto con su actividad los medios de desempeñar sus efectos. Mas, generalmente hablando, esa pretendida asistencia que se ofrece al desgraciado, que se le anuncia, que se le facilita, no es mas que una perfidia cruel que le hace despojarse de lo poco que tiene. ¡Dichoso si resiste á la tentacion de permitirse un capricho, de abandonarse á algun desorden! Lo mas frecuente es que lo sepamos demasiado tarde: llegamos cuando todos sus efectos están ya empeñados, cuando están á punto de venderse: se nos muestran paquetes de *reconocimientos* del monte de piedad. Es un enfermo que espera á estar en la agonía para llamar al médico. ¿Qué podemos ya entonces? ¿Cómo hallar de repente la suma necesaria para recobrar todos los objetos empeñados? Que la solicitud del Visitador del

pobre pueda ser advertida bastante á tiempo para prevenir estas ruinosas operaciones! Que detenga á su protegido antes de entrar en esa pendiente que le conduce al abismo! Un lijero socorro en su origen podrá restablecer el equilibrio, mientras que mas tarde, por una fatal progresion, el mal no tendrá remedio. Con todo, sino descubrimos la situacion del indigente hasta que ha cedido ya á esa peligrosa seduccion, será mejor rescatarle sus efectos, que comprarle otros. Pero es menester guardarse de que la seduccion no reciba á sus ojos un nuevo atractivo, con la esperanza de un socorro que venga á librarle oportunamente de las terribles consecuencias á que le conducia. No es posible mostrarse nunca bastante severo con los indigentes que venden ó empeñan los objetos que se les habian dado. Este hábito es una señal cierta de desorden: nos anuncia que se solicita el socorro para abusar de él.

Lo que se debe procurar á todo precio, procurar incesantemente y de todas maneras, es inspirar y estimular en los indigentes el espíritu de conservacion: espíritu que desgraciadamente les falta casi siempre, y cuya falta los ha conducido las mas de las veces á la miseria, que la tristeza, el abatimiento y la humillacion contribuyen á agravar. No cesemos de pedirles cuenta de la atencion que han puesto en cuidar, sostener y conservar lo poco que poseen: acostumbremoslos, si es posible, á tener hábitos de orden: recompensemos los es-

fuerzos que hagan para arreglar mejor su vida, y no vacilemos en castigar su negligencia. El aseo es, al mismo tiempo que un medio de higiene, una señal que anuncia este espíritu de conservacion y de orden. Dá pena ver hasta que punto le desconoce la mayor parte de los indigentes, y es un síntoma triste de la enfermedad moral que padece. Seamos pues tan solícitos en recomendar la limpieza, como severos en exigirla, y si encontramos bien establecida esta práctica, concedamos alguna confianza al indigente, porque la merece.

Esta consideracion nos guiará en la eleccion de los objetos que deben darse al pobre. Aun pueden distinguirse cualidades de varios grados en aquellos de que hacen uso. Conviene bajo todos aspectos, cuando no han aprendido á conservarlos bien, no darles sino lo mas grosero, no darles de una vez sino lo menos posible.

Se ha egercitado mucho el celo de los filantropos, sobre todo en estos últimos tiempos, en la investigacion de los medios mas ventajosos de vestir y alimentar al pobre. El respetable conde de Rumford aplicó á estas investigaciones todas las luces de la química y de la física: M. Cadet de Van no ha perdonado medio de multiplicar los ensayos, extender los buenos procedimientos, mejorar los menores detalles con una infatigable perseverancia. Mucho debemos tambien á M. Bourriat, miembro y profesor de la escuela de Farmacia de París, que

desempeña hace muchos años las funciones de Administrador de pobres con egemplar abnegación, y que ha hecho sobre este punto útiles investigaciones, cuyos frutos ha recogido con frecuencia la sociedad de estímulos para la industria nacional. Han hecho ver cuan fácil sería proveer mejor á las necesidades del pobre, con menos gastos, por una elección mejor entendida ó por mejor elaboración de los objetos empleados. Sin embargo, ¿cómo es que casi ninguno de los procedimientos que han indicado ha sido admitido en la práctica, ó á lo menos no se ha usado generalmente, y que estas preciosas mejoras han quedado relegadas á los libros? Será que la experiencia haya hecho dudosa su utilidad? De ninguna manera. Mas los pobres no sospechando siquiera su existencia, las ignoran: aun cuando llegaran á conocerlas, la incuria, las preocupaciones, la rutina, los apartarian todavía de usarlas. En las condiciones inferiores de la sociedad es donde la ignorancia hace mas ciego y mas absoluto el imperio de los hábitos. El indigente, pues, no se aprovechará jamás de tan preciosos trabajos, hechos en interés suyo, si le abandonais á sí mismo. El *Visitador* debe ser su providencia: á él le corresponde ilustrar su ignorancia, vencer sus preocupaciones, y para conseguirlo necesitará mas que consejos: necesitará hacer ensayos y persistir en ellos. ¿Añadiremos que el *Visitador del pobre* deberá procurar instruirse en estos pormenores, sin asociarse á las privaciones

del vulgo, sin asociarse tampoco á los frívolos desdenes de las gentes del mundo por estos humildes estudios?

Desearíamos que se formase para el uso del *Visitador del pobre*, un manual que contuviese todas las indicaciones sobre el género de alimentos y provisiones que mas pueden convenir á su situacion. Las dos camisas que el pobre necesita, nuevas, y hechas, valdrán de 3 á 4 francos: las telas para los vestidos deben variar segun las localidades y las estaciones. El vestido de un hombre, de paño ordinario para el invierno, no excederá de 11 á 12 francos: el de una muger, para invierno tambien, compuesto de una saya de bayeta ó muleton, un par de medias de lana, y una camisa de punto, no excederá tampoco de 9 á 10 francos. Naturalmente deben preferirse las telas de mas consistencia; pero cuando el precio de las mas sólidas es tambien mayor, no se debe perder de vista que el pobre puede revender lo que se le dá; y cuando hay motivo para temer que sea capaz de hacerlo, es menester no darle sino las calidades inferiores, aunque sean de menos duracion. Los indigentes tienen costumbre de comprar á los revendedores vestidos usados, por un precio menor, pero generalmente duran poco. El pobre tiene necesidad de estar bien vestido, porque está mas expuesto al rigor de las estaciones, porque la salud es la condicion de todos sus recursos, y porque casi siempre está amenazado

:

de enfermedades. Es para él una verdadera economía abrigarse bien durante la estación rigorosa: así también gasta menos en lumbre.

El combustible es en las ciudades un gasto considerable para el pobre. El carbon de piedra y el cespel le ofrecen mas ventajas donde quiera que puede lograr estos preciosos combustibles. La leña es al contrario, lo que menos le conviene por su excesivo precio. En París suelen emplearse las cortezas de los curtidos y cisco, cuyo precio varía de 40 á 60 céntimos la fanega. Con veinte y cinco adobes de la corteza dicha sostendrá una muger su cocinilla dos ó tres dias: con una fanega de cisco tendrá mas calor durante un periodo tres ó cuatro veces mas largo: ordinariamente mezclan los dos combustibles. También se emplean, particularmente para los enfermos, palos y ramage, cuyo precio viene á ser de dos cuartos. Pero lo que no es menos importante que la eleccion de combustible, y se descuida sin embargo mucho mas, ó mas bien, está enteramente descuidado en la práctica, es la eleccion del aparato para la lumbre. Las chimeneas son el medio de tener menos calor consumiendo mas combustible: lo mismo viene á suceder con los braseros, que tienen ademas graves inconvenientes, y ocasionan bastantes peligros. Muchos aparatos ingeniosos se han concebido y egecutado de veinte años á esta parte que apenas son conocidos, y gran parte de ellos, aunque

de construccion elegante y cómoda , de mucho precio para el indigente. Se citan con elogio los de M. Haul. El que incontestablemente parece ofrecer mayores ventajas es el que ha recomendado M. Bourriat y se encuentra en París en las calles Copeau, nueva de St. Medard y Vaugirard: es una pequeña estufa de barro cocido, cuya forma es la de un cuadrilongo, basta para una marmita, es portátil: puede colocarse donde quiera, el humo sale por un cañon, á que da paso un cuarteron de la ventana, y se puede consumir en él carbon de piedra, turba ó cespced, corteza, cisco y trozos pequeños de leña, poniendo una regilla en el fagon: derrama en toda la habitacion un calor sano y abundante, no expone á incendios, y su precio no excede de 20 á 24 reales, comprendiendo la tapa ó cobertera que reemplaza la olla, cuando ha dejado de hacer falta. Indiquemos todavía al pobre el hornillo, cuyo modelo ha dado tambien M. Bourriat, que no cuesta mas que 25 ó 30 reales, inclusa la marmita, y se hace la sopa para toda la familia con muy poca brasa ó carbon. Es muy útil al indigente en verano, porque la estufa consume entonces mucho mas combustible. Estos aparatos se han empleado con el éxito mas completo: han sido recomendados por las sociedades filantrópicas: ¿cómo es que estén todavía tan poco extendidos?

En las *Esemérides del Ciudadano* para el año de 1769, se encuentra la indicacion de

dos especies de sopa económica que se habían distribuido, una en San Roque y otra en Santa Margarita, en París, y no costaban mas que un sueldo la primera y dos y medio la segunda. Todos conocen la composición de las sopas inventadas por el Conde de Rumford y que han conservado su nombre: por cierto que han resuelto el problema de combinar el alimento mas sustancioso con el precio mas módico. Mas no se prepara en todas partes ni en todas las estaciones. Fuera de que, como ya hemos tenido ocasion de observar, no todos los indigentes se hallan en disposición de aprovecharse de ellas, por diferentes causas. Además de la sopa económica que se emplea en París, hay otras muchas composiciones del mismo género, puestas en uso en Londres y en Hamburgo (1). El Conde de Rumford habia hecho ejecutar por sí mismo en la casa de industria de Munich, una combinacion algo diferente. Estas preparaciones deben variar segun las circunstancias locales. Precioso recurso se ha creado para los pobres enfermos y que tienen necesidad de caldo, con la preparacion de las tortas de gelatina y con la de caldo de huesos: pero aun estan poco extendidas estas preparaciones. M. Appert en el gran establecimiento que ha formado en los *Trescientos*, para la con-

(1) Véase sobre estas diversas preparaciones el escrito publicado el año 8.º por M. Benj. Delessert, y Decandolle, folleto de 40 páginas con grabados.

servacion de las carnes y otros comestibles, confecciona lonjas de gelatina de carne y de legumbres, para uso de los indigentes, muy nutritivas y bastante sabrosas, por seis francos el quilogramo, que representa diez y seis quilogramos de carne en el puchero: es una economia de algo mas de la mitad. Los hermanos Robert de Gros-Caillon preparan caldo de huesos, tambien bajo la forma de gelatina, y una onza equivale en la confeccion del caldo á libra y media de carne de vaca, costando 4 fr. y 80 c. el quilogramo; pero su gusto es insipido: necesita aromatizarse mucho: exige, para asimilarse al caldo ordinario, que en un puchero se mezcle con un poco de carne natural, legumbres, y sobre todo algunos ingredientes propios para darle sabor: puede sin embargo emplearse ventajosamente para los enfermos economizando alguna carne. M. Ternaux *mayor* ha formado con la fécula de patatas una especie de *polenta* seca, preparada para hacer menestra, que se conserva muchos años: tiene poco volumen, se trasporta con facilidad, da un potage tan sano como nutritivo, y no tiene otro mal gusto que ser algo insípido, inconveniente que es facil de remediar. El medio quilogramo de esta *polenta* cuesta actualmente setenta y cinco céntimos, y dá ocho raciones: la misma sustancia se prepara tambien bajo forma de harina, de sémola, de puches, y puede emplearse como fideos ó para hacer papilla: sirve tambien para

sin carne: cuesta la libra 40, 45 ó 50 céntimos (1).

La cebada es uno de los granos que contienen mas partes nutritivas: debe emplearse, limpia y triturada, mas bien que en harina. El arroz es un excelente alimento, pero desgraciadamente es bastante caro. El maíz tiene la misma ventaja, sin tener el mismo inconveniente; pero es muy poco conocido en París y en el norte, donde seria de desear que se generalizase su uso, teniendo cuidado de hacerlo tostar para que no se arda al conservarlo. Entre las legumbres secas deben preferirse las aluvias, porque son mas baratas y tienen menos desperdicio.

Generalmente las patatas son el mas útil alimento para el pobre: recibe los condimentos mas fáciles. Puede decirse que ha variado todo el sistema de subsistencias para el consumo popular desde que se ha generalizado el cultivo de esta planta benéfica. Su único inconveniente seria el de no poderse conservar bastante bien, pero se emplean con éxito para conservarlas medios que en Francia se conocen poco, ó están poco generalizados.

Si es el invierno la estacion que multiplica mas las necesidades del pobre bajo una porcion de aspectos, los meses de Marzo y Abril

(1) Estas sustancias alimenticias se confeccionan en S. Oneu, en las manufacturas de Karr y compañía y se venden en París, calle de Josses-Montmartre.

son con frecuencia para él mucho mas penosos de lo que pudiera imaginarse. Sus recursos están ya agotados, es la época del año en que las legumbres, su principal subsistencia, escasean mas y son mas caras, y sobrevienen á veces temporales que son para él un nuevo invierno.

Como todo género comprado por menor sale siempre mas caro, hay una conocida ventaja en poder formar con ayuda de los establecimientos públicos de beneficencia, grandes provisiones para el abasto de los pobres, y en formarlos en las épocas oportunas. El indigente está ademas poco ejercitado en conocer las calidades. Una administracion bien servida tendrá siempre mejores efectos á precios mas módicos.

Si por una especie de ficcion, supusiéramos por un momento realizada la distribucion de los indigentes en los últimos pisos de las casas que habitan gentes acomodadas ¡cuán simplicadas se hallarian las penosas dificultades que encontramos al tratar de proveer á las diversas necesidades del pobre! Hay en Paris veinte y siete mil casas próximamente, y un número igual de familias pobres. Por una coincidencia rara habria una familia indigente para cada casa. La familia consiste frecuentemente en un solo individuo: á veces contiene hasta seis ó siete, comprendiendo los niños. ¿No bastaria para alimentar, vestir y calzar esta familia, una pequeña parte de lo que se pierde,

de lo que se malgasta, de lo que se arroja como inutil por las familias acomodadas que habitan el resto de la casa? Entre estos habitantes ¿no habria mas de una persona sensible y buena, que no podria tener á la vista el espectáculo del miserable, sin imponerse con gusto alguna pequeña privacion en favor suyo? ¡Cuántos recursos producidos de improviso y sin gastos! Pues esta ficcion se realizaria si todos los que pueden egercer el oficio de *Visitador del pobre* fuesen llamados á desempeñarle.

La mayor parte de las reflexiones que acaban de ocuparnos en estos dos capítulos, no tienen aplicacion mas que á los indigentes de las grandes poblaciones. Los de las rurales se hallan generalmente en situacion mas favorable: tienen menos necesidades, mas facilidad de satisfacerlas, y estan mejor distribuidos. La poblacion indigente no es en los campos sino una trigésima ó cuadragésima parte de la poblacion total, mientras que en las grandes ciudades asciende á una quinta (1), ademas del considerable número de pobres recibidos en los hospitales y hospicios. Poco mas ó menos es de uno sobre veinte en la Capital; pero una porcion de causas tienden á aumentar alli la

(1) En Ginebra, á lo que se asegura, es uno por cada cinco, y aun por cada cuatro. Aseguran tambien que en Burdeos, antes de la restauracion, ascendia el número de pobres á esta última proporcion.

poblacion indigente; aunque no sea mas que la multitud de pobres forasteros que afluyen de todas partes. Un incendio, una inundacion, una epizootia, un pedrisco pueden reducir un pueblo entero á la mas extrema miseria, sin que para tal calamidad quede ningun recurso local.

Para el obrero que vive de su trabajo la salud es el todo, puesto que es la condicion de este trabajo; una simple alteracion, que sin embargo se trate en la esfera, disminuya sin embargo sus fuerzas, un accidente, una indisposicion pasajera, que le obligue á suspender su ocupacion, ocasiona un perjuicio, de causar un perjuicio muy grave, y comparado á un accidente es grave necesidad. ¿Qué sería si la enfermedad es grave, si se le impidiera por algun tiempo de trabajar, si degenera en crónica, si ocasiona un achaque habitual, si ocasiona algun miembro cuyo ejercicio exige su profesion, y si pierde así la aptitud para la profesion de trabajo á que se había dedicado? Por una parte se ciere momentaneamente el origen de sus ingresos; por otra se hacen sentir nuevas necesidades, y no puede ya bastarse á el mismo. Supongamos que la familia que no tiene algunos recursos propios afronta sus efectos, empeñar ó vender sucesivamente sus efectos, sus instrumentos, su taller, acabar por desampararse de todo; se empobrecerá, se afianzará cuando menos por el alquiler de la casa; En

CAPITULO XII.

De las enfermedades del pobre y de su convalecencia.

Para el obrero que vive de su trabajo la salud es el todo, puesto que es la condicion de este trabajo: una simple alteracion, que sin postarle en la cama, disminuya sin embargo sus fuerzas, un accidente, una indisposicion pasagera, que le obliguen á suspender su ocupacion acostumbrada, le causan un perjuicio muy grave, y comienzan á hacerle sentir la necesidad. ¿Qué será si la enfermedad es grave, si le imposibilita por algun tiempo de toda especie de trabajo, si degenera en crónica, si un achaque habitual le afecta algun órgano, algun miembro cuyo egercicio exigia su profesion, y si pierde asi la aptitud para la especie de trabajo á que se habia dedicado? Por una parte se cierra momentáneamente el origen de sus módicos ingresos: por otra se hacen sentir nuevas necesidades, y no puede ya bastarse á sí mismo. Supongámosle padre de familias: su familia habrá de continuar alimentándose: si no tiene algunos pequeños ahorros necesitará empeñar ó vender sucesivamente sus efectos, sus instrumentos, su taller; acabará por desprenderse de todo: se empeñará, se atrasará cuando menos por el alquiler de la casa. Es

una ruina completa. Y no es esto solo: mientras está enfermo pierde su plaza, si estaba ocupado por un maestro, sus parroquianos si trabajaba por su cuenta: sus recursos sucesivos se disminuyen cuando no se extinguen completamente. He aquí el cuadro que presentamos todos los días: he aquí una de las causas más frecuentes de la indigencia, y una de las más dignas por cierto de nuestra justa conmiseración.

Acaso sucumbe: entonces deja una viuda y huérfanos de poca edad: el trabajo de la viuda no puede alcanzar para sostener esta pequeña familia. Acaso queda achacoso para el resto de su vida: entonces aumenta él mismo las cargas de esta familia desgraciada, cuyo apoyo debía ser, cuyo apoyo había sido.

Se salvará tal vez de estas desgracias extremas: pero está amenazado de sufrirlas: esta terrible imagen se ofrece á su pensamiento: espanta á su esposa: nos asusta por él. ¡Cuánto no pueden agravar sus males estas crueles inquietudes! Necesita consuelos, buenas palabras, demostraciones de interés, cuidados minuciosos, cuidados asíduos. ¿Quién se los dará? Sus compañeros, sus amigos, entregados exclusivamente á sus precisas ocupaciones, no tienen tiempo de venir á sentarse al lado de su lecho de dolor.

Si las enfermedades, si los accidentes son tan funestos para el que hasta entonces no había conocido el horror de la necesidad ¿cuánto no abrumarán al indigente, á quien otras cau-

sas han sumido ya en la miseria, ¿ á una viuda por ejemplo, rodeada de hijos pequeños? Estas pobres criaturas no tienen pan: no pueden recibir los cuidados de su madre: yacen abandonados, son ya momentáneamente huérfanos. ¡Qué espectáculo! Todos son víctimas á la vez de necesidades diversas: ninguno puede socorrer á los demas.

Estas no son desgracias que por sí mismas se os presentan, que os salen al paso. No son estos desgraciados los que vienen á sitiar vuestra puerta á solicitar vuestra indiferente limosna. Estos infortunios tan reales, tan amargos, es menester que vayais vos mismo á observarlos, á juzgarlos, tal vez á descubrirlos. No los conoceréis sino penetrando en el asilo de la indigencia, y volviendo á él frecuentemente. Es un privilegio reservado al *Visitador del pobre*. Su mision se ostenta aqui en cuanto tiene de mas útil.

Por desgracia un gran número de oficios exponen á los que los egercen á enfermedades, accidentes ó achaques prematuros: algunos hasta las ocasionan de una manera casi inevitable. Los hay que condenan á respirar habitualmente vapores deletereos; que ponen en peligro de sufrir caidas, de recibir golpes; que obligan á sufrir la intemperie de las estaciones, ó grados de temperatura en poca armonia con las disposiciones de nuestro cuerpo; que fatigan ciertos órganos; que sujetan á hábitos demasiado sedentarios. El trabajo tiene

tambien sus excesos, cuyas consecuencias, no por ser al principio insensibles, dejan de ser mas durables. En fin, el obrero, cuando empieza á alterarse su salud, descuida de ordinario tomar las precauciones convenientes: deja arraigarse, inveterarse el mal: no consiente en interrumpir sus ocupaciones habituales sino cuando llegan á faltarle las fuerzas. Todo conspira á arrebatarle su primero, su mas necesario tesoro. ¡De cuantos cuidados, de cuantas precauciones no se rodea el rico para prevenir males á que está mucho menos expuesto! ¡Ojalá pueda la medicina reunir todas sus luces para detener en sus causas estas funestas enfermedades, que van unidas como otras tantas plagas á las diversas condiciones trabajadoras para indicar por una higiene especial, las prácticas, el régimen, la disposición de los lugares ó de los aparatos mas propios para garantir al obrero de los peligros que le amenazan! Seria ciertamente una de las aplicaciones mas importantes de sus sabias investigaciones; pero tambien es una de aquellas, respecto á las cuales queda mas que hacer (1). En Inglaterra se han formado asociaciones filantrópicas, cuyo objeto principal es promover estas benéficas

(1) Citamos sin embargo, *las enfermedades del pobre*, por Helvetius: *el tratado de las enfermedades de los artesanos*, segun Romarri, por el Dr. Palissier, Paris 1822, los informes anuales del Consejo de Salubridad establecido cerca de la prefectura de Policia. Aquí encontramos de nuevo y bendecimos el nombre del generoso Montyon, cuya previsora solicitud, ha comprendido tambien este importante objeto entre aquellos para que ha formado concursos anuales.

aplicaciones para ciertas profesiones determinadas, estimularlas, recompensarlas, extender su conocimiento. Mas despues de haber trazado al obrero las precauciones que debe tomar, seria preciso conseguir que se prestase á observarlas, y no es esto tan fácil como se piensa: su imprevision, su obstinacion desconcertarán acaso nuestra solicitud (1).

Tambien por desgracia la indigencia es á su vez una causa fecunda de todo género de enfermedades. Una habitacion insalubre, humeda, mal ventilada, un alimento mal sano, vestidos insuficientes, la falta de ropas blancas, y la suciedad demasiado comun en esta situacion, los cuidados, los pesares, el abatimiento, todo concurre á alterar la salud. La educacion física de los niños que pertenecen á las condiciones inferiores, y especialmente de los hijos de los pobres, multiplica para ellos las probabilidades de males y accidentes, y altera desde muy temprano su constitucion. Ya desde la cuna la leche de su madre está frecuentemente viciada ó sin sustancia por el mal régimen y por las penas del corazon (2). La indigencia al mismo

(1) Se han indicado precauciones sencillas para evitar que los obreros que muelen el albayalde respiren el polvo: se han prescrito estas mismas precauciones por reglamento y no se ha podido conseguir que las obedezcan los desgraciados obreros á quienes este descuido condena á enfermedades crueles é inevitables. Ha sido preciso recurrir á una ordenanza real, que prohiva la fabricacion y la venta del albayalde en polvo.

(2) Es indudable que á la mala educacion física que reciben los niños en la Capital es á lo que debe atribuirse un resultado observado por el Ministerio de la Guerra, y es que la poblacion de la Capital es la que dá al reemplazo los individuos mas raquiticos.

tiempo que multiplica las enfermedades y los accidentes, les dá un carácter mas grave, y hace mas funestas sus consecuencias, ya por la falta de medicinas y socorros de toda especie, ya por la insuficiencia de esos cuidados que no son menos necesarios que los remedios, ya por el efecto natural de las disposiciones morales: esta última influencia se deja conocer particularmente en los desgraciados que son conducidos á los hospitales.

La ignorancia, la credulidad, el ejemplo, vienen con frecuencia á agravar todavía, sobre todo en las aldeas, las enfermedades y los accidentes á que estan expuestos los individuos de las condiciones inferiores, haciéndoles adoptar ciegamente remedios empíricos, que son, ó funestos, ó útiles solamente en ciertos casos y bajo ciertas condiciones: llevándolos ante esos embaucadores que tienen un arte maravilloso para dominar la imaginacion del vulgo, y con los cuales nunca serán las leyes demasiado severas, y á quienes la policía tiene la falta de tolerar con demasiada indulgencia.

¡Cuánto no sería de desear al menos que el trabajador y el indigente no añadiesen á tantas causas terribles como amenazan su salud, las que proceden del vicio y del desórden! ¡Cuánto fuera de desear que hábitos virtuosos les hiciesen aprovecharse, siquiera en la posición en que se encuentran, de la única ventaja que puede compensar tantos inconvenientes, la de una vida activa, frugal y bien ordenada!

Así es que cuanto mas se penetra en el destino del hombre, cuanto mas se le sigue en todas las condiciones, mas se reconoce cada dia la necesidad de las buenas costumbres, y su accion tutelar sobre nuestro bienestar y sobre todos nuestros intereses. Y si la funcion mas noble del *Visitador del pobre*, en la mision que le está confiada, consiste en la influencia moral que puede egercer sobre las disposiciones, el caracter y los hábitos del indigente, la asistencia que le preste bajo este aspecto será tambien la mas propia de todas para preservarle de los males que vendrian á agravar su situacion.

Si fuese necesario confirmar con nuevas pruebas la deplorable alianza que existe entre la miseria y la enfermedad, se hallaria una muy notable en el informe presentado últimamente á la Academia Real de Medicina por el Doctor Villermé, sobre los *cuadros del movimiento de la poblacion de París* formados por M. Villot, y relativos á los cinco años de 1817 á 1821 (1). Comparando en este luminoso informe el número de muertos con la poblacion en cada uno de los doce distritos de la Capital, el autor recorre sucesivamente las diversas causas á que ha debido atribuirse mayor influencia sobre la mortalidad: hace ver que ni la vecindad del pobre, ni lo bajo del suelo, ni la estrechez ó sinuosidad de las calles, ni la elevacion

(1) Véase este informe en los archivos generales de medicina 1826.

de las casas, ni la exposicion considerada relativamente á la direccion de los vientos, ni la calidad de las aguas, ni la aglomeracion de gentes obran bastante poderosamente para concurrir de una manera sensible al aumento de mortandad, ó que á lo menos sus efectos están en parte neutralizados por la accion de causas opuestas: mientras que por el contrario se vé que las defunciones crecen en una relacion constante y muy notable con la pobreza, de tal manera que en el distrito mas rico (el segundo) la mortandad no es mas que de uno por cada sesenta y dos habitantes, al paso que en el distrito mas pobre (el duodécimo) es de uno por cada cuarenta y tres; de donde concluye con razon el Dr. Villermé que la miseria es, sino la única, la causa principal de las grandes diferencias que se observan en la mortandad. Estas diferencias llegan, como acaba de verse, hasta la relacion de 2 á 3.

Es verdad que los resultados que el Dr. Villermé ha sacado de las tablas de M. Villot, se explican, en parte, por la circunstancia de que las enfermedades y los accidentes que atacan á los pobres se hacen con mas frecuencia mortales atendida la falta de cuidados y la insuficiencia de socorros, explicacion que por sí es bastante afflictiva; pero esta circunstancia no bastaría para esplicar una diferencia tan notable.

Comprendiendo en estos resultados los fallecimientos probables que han tenido lugar en los Hospitales y los Hospicios, clasificándolos

por el número de individuos que cada distrito envia á estos establecimientos, se halla la misma proporcion: pero se encuentran diferencias mucho mas marcadas. Los distritos mas pobres son los que naturalmente dan mas enfermos á los hospitales, y mas viejos é incurables á los asilos públicos. La administracion de los hospitales civiles de la capital ha hecho formar últimamente este estado con motivo de los legados de Montyon, respecto á la primera clase. Comparándole con la poblacion indigente de cada distrito, se halla, como debia esperarse, en una proporcion ascendente. Puede ser interesante comparar entre sí estos diversos elementos para examinar las inducciones que de ellos resultan. Esto es lo que hemos tratado de hacer en el cuadro presente, en que entran ademas de los documentos proporcionados por M. Villot y que han servido de base á las juiciosas observaciones de M. Villermé los que ha reunido el Consejo general de los hospitales civiles de París.

Resulta de todo, 1.º que los tres distritos en que la poblacion indigente es relativamente mayor, el 12.º, el 8.º y el 9.º son los que dan mas enfermos á los hospitales, y en los que al mismo tiempo es mayor la mortandad, mientras que los tres en que es menor la poblacion indigente, son tambien los que envian menos enfermos y en los que son mas raros los fallecimientos (1.º, 2.º y 3.º)

2.º Que en los distritos en que hay mas

actividad industrial, de cierta clase, el número de indigentes es en general menor y también la mortandad.

Consuélese pues los partidarios del sistema de Malthus! El azote de las enfermedades se encarga demasiado de proporcionar á la indigencia el único remedio que este autor considera eficaz.

Si procuramos ahora descubrir cuales son las enfermedades ó achaques que mas dominan entre los indigentes, he aquí algunas inducciones que pueden suministrar datos aproximados.

Si consultamos las últimas razones morales y administrativas de los hospitales y hospicios de París, encontramos que durante el año de 1822 los hospitales de la Capital han ofrecido una población total de 43,400 enfermos, comprendiendo tanto los que existían en 1.º de Enero, como los que han entrado en el transcurso del año: de este número son hombres 23,800, 15,800 mugeres, 3,800 niños. No comprendemos los enfermos que perteneciendo á los hospicios de ancianos, á los huérfanos ó á los expósitos se curan en las enfermerías de estos establecimientos.

De este número total de enfermos, tenemos que las enfermedades médicas ordinarias comprenden, poco mas ó menos:

Hombres..	12750	} 23050
Mugeres..	7150	
Niños.	3150	

Las enfermedades cutáneas, escrofulosas, etc., asistidas en el hospital de San Luis ascienden próximamente:

Hombres.	2150	} 3550
Mugeres.. . . .	1400	

Las enfermedades venéreas:

Hombres.	1600	} 3700
Mugeres.. . . .	1700	
Niños.	250	
Nodrizas.. . . .	150	

Las enfermedades quirúrgicas, heridas, úlceras, etc.

Hombres..	7300	} 10250
Mugeres..	2550	
Niños.	400	

Finalmente encontramos 2850 mugeres asistidas en la casa de partos.

De donde pueden deducirse las siguientes proposiciones:

Del número total de enfermos los hombres representan mas de.	58
	<hr/> 100
Las mugeres próximamente.. . . .	39
	<hr/> 100
Y los niños sobre.	3
	<hr/> 100

No debe sorprender que sea mayor el número de hombres admitidos en los hospitales, si se considera por una parte que los trabajos á que se dedican exponen mas su salud, y por otra la afluencia á la Capital de un gran número de obreros y jornaleros que vienen de las provincias, los cuales se hallan aislados, y no tienen, si caen enfermos, mas asilo que los hospitales. No existe la misma causa ni en el mismo grado respecto á las mugeres: casi no vienen muchachas sino para colocarse de criadas, aunque su número es bastante considerable.

Del número total de enfermedades médicas, los hombres representan algo mas de..	61 100
Las mugeres..	35 100
Los niños.	2 100

Es decir que la proporcion general es casi la misma, siendo los hombres respecto á las mugeres como 3 á 2.

El número de enfermedades quirúrgicas ofrece para los hombres una proporcion mucho mayor todavía:

Hombres mas de	73 100
Mugeres..	26 100
Niños.	1 100

Los hombres son, pues, á las mugeres casi como 3 á 1, y nada tiene de estraño, estando aquellos, sobre todo en las clases trabajadoras, mucho mas expuestos á accidentes que lo están las mugeres. Pero hay una especie de compensacion, si se toman en cuenta las mugeres paridas: agregando estas á las otras enfermedades quirúrgicas de las mugeres, la proporcion de los hombres viene á ser como 73 á 54, ó poco mas ó menos como 3 á 2, es decir, algo menor que en las enfermedades médicas.

Los hombres atacados de enfermedades cutáneas, están con las mugeres en la proporcion de 3 á 2.

Por último, en las enfermedades venéreas el número de mugeres pareceria exceder al de hombres en la relacion de 9 á 8 poco mas ó menos. Pero esta diferencia se reduce á la mitad, si se atiende á que cierto número de enfermedades de este género se curan en el hospital de San Luis, y dan un resultado opuesto: 100 hombres por 12 mugeres.

De propósito hemos sacado del cuadro general las enfermedades cutáneas y glandulosas, á las que hay que añadir los reumatismos: nuestro ánimo es hacer notar cuan generales y dominantes son entre los indigentes estas enfermedades, y este resultado es todavía mucho mas sensible, si al número de enfermos internos asistidos en las salas del hospital de San Luis (especialmente reservado para este género

de afecciones) añadimos el número de los admitidos á consultas gratuitas, que no bajarán de nueve á diez mil por año; y si consideramos que los reumáticos son tambien admitidos en todos los demas hospitales.

Entre los 3,500 enfermos asistidos en el hospital de San Luis de enfermedades cutáneas y otras análogas, se encuentran mas de 2,000, es decir mas de la mitad, con sarna, 870 con herpes, lo que demuestra, ó confirma mas bien, la mucha parte que tiene la falta de limpieza en las clases inferiores entre las causas que alteran la salud.

1,300 niños, próximamente, han sido admitidos en 1822 en la curacion externa de la tiña.

Los reumas, especialmente curados en San Luis en bastante número (sobre 530), ocupan tambien un lugar notable en los demas hospitales de la Capital, lo que se explica naturalmente considerando lo expuestos que están los individuos de las clases inferiores á la humedad en habitaciones mal sanas y á la intemperie de las estaciones por la profesion que egercen.

Da pena ver que las viruelas ocupan siempre un lugar notable en la mortandad de los hospitales de París, en la tabla de fallecimientos en domicilio: durante los últimos años, los extragos de esta plaga han ido en aumento. Ellos acusan la imprevision, la negligencia, las preocupaciones de los padres; y tambien se ha podido notar que estos extragos se han dejado

sentir principalmente en los distritos mas pobres de la Capital.

Entre las enfermedades ordinarias que reinan en los hospitales, las que parecen mas generales son: la piedra, catarros, tisis pulmonar é inflamaciones: los cólicos llamados de pintor son tambien muy frecuentes.

Las fracturas ocupan el primer lugar entre las enfermedades quirúrgicas en los hospitales de París: en seguida vienen los tumores, abscesos, cataratas: las fístulas lacrimales son tambien muchas. Un número considerable de hernias aflige tambien á la clase trabajadora. Además de las que se curan en los hospitales, figuran en las relaciones de la Administracion la entrega de 2,000 bragueros para hombres y 420 para mugeres, hecha á indigentes externos.

Perdónesenos el haber fijado un instante la atencion en este triste cuadro de las miserias humanas. Las observaciones á que da lugar pueden ser fecundas en consecuencias. Los datos que hemos procurado sacar de los últimos informes oficiales sobre los hospitales de París, no pueden darnos sin duda una luz completa sobre las enfermedades de los pobres; porque por una parte, muchos enfermos de los recibidos en los hospitales no pertenecen á la clase de indigentes reconocidos y registrados como tales, y por otra, gran número de los comprendidos en el registro, son asistidos en su domicilio. Mas no tenemos ningun documento para clasificar estos últimos, y á falta de ellos, los

datos que arroja la experiencia de los hospitales nos ilustran, á lo menos por analogía, pues que los individuos recibidos en estos asilos estan, mas ó menos, próximos á la indigencia: estan sugetos por su género de vida casi á las mismas causas que influyen sobre la salud de los indigentes.

La edad mas general de los enfermos recibidos en los hospitales de París, es de 15 á 30 años: la explicacion de esto hay que buscarla en la circunstancia de que esta edad comprende los individuos de ambos sexos que por su condicion se hallan mas generalmente aislados, y no tienen quien los asista en su domicilio. Lo que confirma mas esta explicacion es que las dos terceras partes de los enfermos admitidos en los hospitales son solteros, y los viudos y viudas componen las siete octavas partes del resto.

Los oficios que dan mas enfermos son, entre los hombres, los panaderos, zapateros, jornaleros, aguadores, albañiles, canteros, cerrajeros, carpinteros, los criados, especialmente los cocheros, los pintores de edificios y los sastres: entre las mugeres, las costureras y planchadoras, las criadas, especialmente las cocineras y lavanderas; y en los dos sexos los individuos sin estado. No se infiere de aqui que absolutamente en estas profesiones sean mas frecuente la indigencia y las enfermedades, porque en igualdad de circunstancias las profesiones mas numerosas deben naturalmente tener

mas enfermos; y por otra parte, en las que se egercen por individuos aislados que viven en posada, como los panaderos y albañiles, por ejemplo, los enfermos deben preferir los hospitales, por la dificultad de ser asistidos en su domicilio. Hay, sin embargo, muchos oficios que por sí mismos exponen mas, unos á enfermedades y otros á accidentes: entre los primeros pueden colocarse los pintores de casas atacados con frecuencia del cólico, ocasionado por el uso del albayalde; los panaderos, expuestos á un calor excesivo; los zapateros y sastres, condenados á una vida demasiado sedentaria: entre los segundos, los albañiles, los retejadores y mozos de cordel.

Segun los reglamentos de administracion los enfermos incurables y los ancianos no pueden ser admitidos en los hospitales de Paris sin un certificado de la Junta de Caridad que acredite hallarse en la tabla de indigentes: se puede por consecuencia inferir con mas certidumbre la aplicacion de los resultados de la clase indigente.

Los del año de 1822 son los siguientes:

	Hom- bres.	Muge- res.	TOTAL.
Enagenados, locos é incurables..	946	1553	2499
Epilécticos..	137	290	427
Cancerosos..	89	244	333
Viejos mayores de 70 años ó imposibilitados. . .	2649	4034	6683

	Hom- bres.	Muge- res.	TOTAL,
Pertenecientes á los hospicios de la salitrería y Vilette, añadiendo los que corresponden á los dos hospitales de incurables.	545	595	1140
Esposos á domicilio. . .	»	»	669
	4366	6716	11751

La relacion del número de hombres con el de mugeres está aquí en razon inversa de la que nos daban los enfermos recibidos en los hospitales. Las mugeres están mas sugetas á la enagenacion mental, á las enfermedades incurables: llegan generalmente á mayor vejez.

En el transcurso del mismo año el número de familias indigentes admitidas á los socorros domiciliarios, en Paris, ha ascendido á 27,762, que componen 54,371 individuos.

Esto presenta un número superior en casi una quinta parte al de los enfermos recibidos anualmente en los hospitales: un número proximamente quintuplo al de ancianos enagenados ó incurables que existen en ellos.

Mas si á este último número. . . . 11751 agregamos el de niños expósitos, á saber:

1.º En el hospicio.	330	
Dados á criar. (Menores de 12 años. . . 12882)		16656
(Mayores de 12 años. . . 3974)		

Y el de huérfanos,

	En el hospicio.	754	
Datos á criar.	{ Menores de 12 años.	690	} 2605
	{ Mayores de 12 años.	1915	
			<hr/> 32096

La poblacion de los indigentes socorridos á domicilio está con la de individuos recogidos y presentes en los hospicios en relacion de 32 á 54. La poblacion ordinaria de los hospitales de París, ha sido en 1822 de 5095 enfermos. Uniéndola á la de los hospicios, tenemos un total de 37,181 individuos reconocidos en los establecimientos públicos, y de 91532 socorridos habitualmente. Los enfermos que ordinariamente existen en los hospitales no forman mas que el $\frac{1}{10}$, y son al número total de indigentes como 1 á 10.

Pero importa advertir que en el número de indigentes admitidos y registrados no están mas que las $\frac{2}{3}$ de los que reciben socorros como explicaremos mas adelante.

Por las observaciones que ofrece la Capital no puede calcularse, ni aproximadamente, lo que pasa en las provincias. Muchas causas deben producir diferencias muy notables: una porcion de obreros vienen á buscar trabajo á París: muchos indigentes forasteros afluyen tambien: el lujo, la corrupcion de costumbres, las seducciones de todo género hacen alli mas profundas las causas de la pobreza. Tampoco al

presentar este ejemplo intentamos generalizar las consecuencias. Seria de desear que se recogiesen iguales datos en las principales ciudades de los departamentos, aun en las pequeñas, y en las poblaciones rurales. Probablemente se verian disminuir las proporciones de una manera gradual. En todo caso las comparaciones que resultasen serian de grandísimo interés.

Cuando nos detenemos á pensar sobre el gran número de enfermedades y achaques que afligen á las clases trabajadoras de la sociedad, y sobre las funestas consecuencias que de ahí resultan para su bienestar, apelamos con todo nuestro corazon á los medios que pueden moderar esta desgracia. ¡Que los propietarios y los directores de establecimientos industriales, que los gefes de talleres cuenten entre sus primeros deberes el de velar por la salud de sus operarios! ¡Quién mejor que el *Visitador del pobre* podrá apartar del indigente sano, que le está confiado, las causas que puedan producirle enfermedades pasajeras ó durables? Procurará desde luego arrancarle de esa incuria, de esa ciega imprevision, que por lo comun le hacen descuidar enteramente las mas sencillas precauciones de régimen, necesarias para la conservacion de la salud: le aconsejará que busque una habitacion menos húmeda, mas ventilada, y que la tenga con mas aseo: que observe tambien mas limpieza en sí mismo: que, en cuanto sea posible, se alimente con manjares

mejor preparados, que evite toda clase de excesos, hasta el del trabajo: se dirigirá sobre todo al padre, á la madre de familias para recabar de ellos que den á sus hijos mejor educacion fisica, que consiéntan al menos que se les dé, y que no se nieguen sobre todo á preservarlos por medio de la vacuna, de las viruelas y de todas sus funestas consecuencias.

Desde que el indigente cae enfermo, ó se ve atacado por algun achaque habitual, empieza una nueva funcion para el *Visitador del pobre*, funcion interesante, sagrada, pero penosa, que exige una activa solicitud.

Supongamos en este momento que el indigente deba ser asistido en su domicilio. Luego tendremos ocasion de examinar los casos en que es preferible conducirle á un hospital ó á un hospicio.

Hay que procurarle la direccion de un médico ó de un cirujano, los medicamentos ú objetos de cura, paños, caldo, fuego en ciertos casos y estaciones: debe hacerse de manera que estos socorros lleguen á tiempo, que sean bien y oportunamente aplicados, y para esto es preciso que el enfermo esté rodeado habitualmente de algunos cuidados, que habrán de ser mas multiplicados y asíduos, segun la naturaleza del mal. Es menester hacerle gustar tambien los consuelos morales y religiosos, de que por tantos títulos necesita. Si le abandona á sí mismo una parte de estas disposiciones, quedará descuidada ó mal cumplida, por

ignorancia, por incuria ó por falta de recursos.

Indicarle la asistencia que puede hallar en los establecimientos públicos y ayudarle á obtenerla, será ya hacer mucho en su favor.

Tres géneros de establecimientos principales hay, al menos en algunas grandes ciudades, para asistir á los indigentes á domicilio durante sus enfermedades: las consultas gratuitas que dan los hospitales: el servicio de salud organizado por las Juntas de Caridad, y las Comisiones establecidas por sociedades de suscritores (1).

Echando una mirada sobre el género y la extension de socorros que estas tres especies de establecimientos procuran en la Capital, formaremos una idea de los que dan ó pueden dar en otros pueblos; teniendo siempre en cuenta en estas inducciones las diferencias esenciales que resultan de circunstancias locales.

Tal vez no se encuentre un establecimiento en que la asistencia externa de los enfermos y las consultas gratuitas hayan recibido tanta extension como el hospital de San Luis. El número de los que alcanzan este beneficio asciende proximamente á tres cuartas partes de todos los enfermos admitidos en los demas hospitales de la Capital. Esta asistencia externa tuvo principio en 1816 á propuesta del Doctor Biette, uno de los Médicos de este hospital,

(1) Véase la nota al fin del capítulo.

tan distinguido por sus luces como por su ardiente amor á la humanidad, y que despues de haber creado la dependencia llenó esta mision con un celo admirable. Desde entonces el número de enfermos que se han presentado en San Luis para aprovecharse de la asistencia externa, ha subido gradualmente desde 4,320 hasta 28,316. En el espacio de diez años han participado de este beneficio 178,879 de los cuales 133,315 eran casos de medicina y 45,564 de cirugía. En el hospital de la Caridad se dan socorros semejantes dos veces á la semana, en dias señalados, para los enfermos de ambos sexos, cuando son casos de medicina, y todos los dias para los de cirugía. El número de los que se aprovechan de este beneficio asciende diariamente á 40 ó 50 de la primera clase y 15 ó 20 de la segunda. Una dependencia del mismo género se ha establecido en el despacho general de admision: algunos médicos desempeñan alternativamente el cargo de reconocer y visitar á los enfermos y achacosos que se presentan para los hospitales y hospicios. En 1822 han despachado 11,740 consultas gratuitas, á saber:

	Hom- bres	Muge- res.	
Por escrito.	653	373	280
Verbales....	11087	5606	5481
	<hr/>	<hr/>	<hr/>
	11740	5979	5761

} Los casos de medicina son $\frac{2}{3}$ próximamente, y $\frac{1}{3}$ los de cirugía.

El célebre Dupuytren despacha tambien en el Hotel-Dieu despues de su clinica consultas gratuitas que ascienden diariamente á 30 ó mas. En San Luis y en la Caridad no solamente hallan los enfermos consejos de Médicos ilustrados, se les hacen tambien operaciones quirúrgicas que pueden verificarse sin que el paciente vuelva en seguida á su domicilio, reciben fumigaciones sulfurosas, baños simples, de vapor, y en San Luis de chorro. San Luis ha venido á ser el mejor establecimiento de baños de la Capital desde que por el esmero del Consejo general de hospicios se han colocado numerosos aparatos para administrar á diferentes temperaturas bajo todas las formas y sobre todo en estado de vapor muchas preparaciones curativas que se emplean para las enfermedades cutáneas. Asi acuden á este establecimiento para recibir la asistencia externa, no solo enfermos de las cercanías de París, sino tambien individuos que llegan de los departamentos mas distantes. El número de los baños, chorros y fumigaciones dadas á los enfermos externos desde 1816 ha subido de 16,330 á 127,752, y en diez años á 776,697 (1). En la Caridad se

(1) Seria de desear que pudiera tomarse nota en los hospitales del resultado que tienen las enfermedades de los admitidos á la asistencia esterna: es indudable que ofrecerian una mortandad mucho menor, pero parece muy difícil que estos datos puedan obtenerse de una manera exacta y completa.

han dado cerca de 1800 en 1825 (1). El número de los enfermos asistidos á domicilio con el auxilio de las consultas gratuitas de que hemos hecho mencion es casi el doble de los asistidos en los hospitales, y de aqui podemos inferir toda la importancia de este beneficio.

No obstante debe advertirse que este género de asistencia no puede extenderse á las enfermedades y accidentes mas graves, á los que impiden al enfermo salir de casa puesto que exigen que los individuos que hayan de aprovecharse de ella se presenten en el hospital; mas por otra parte tienen la ventaja inmensa de poder acudir fácilmente desde los

(4) He aqui los pormenores del año de 1822.

Baños.....	{ Simples.	40,083	} 97,234.
	{ Sulfurosas.	6,793	
	{ Alcalinos.. . . .	2,800	
	{ De vapor.. . . .	47,559	
Fumigaciones.	{ Simples.	48	} 3,240.
	{ Sulfurosas.	28	
	{ Alcalinos.. . . .	24	
	{ Ascendentes.	234	
Fumigaciones.	{ Sulfurosas.	40,306	} 27,258.
	{ Mercuriales.	390	
	{ Aromáticas.	16,286	
	{ Alcebólicas.	276	
TOTAL.		127,732.	

Fumigaciones sulfurosas.	68.
Simples.	6,766.
De vapor.	1,477.
TOTAL.	8,243.
Fumigaciones.	47,498.

primeros síntomas del mal y antes que con la dilacion y los errores adquieran un carácter funesto.

La asistencia que las consultas gratuitas de los hospitales no pueden dar á los enfermos en su propia casa, las reciben por medio de las Juntas de Caridad y las Comisiones de suscritores (*dispensayres*) (1).

La mayor parte de los indigentes inscriptos en las Juntas de Caridad son asistidos por estas en sus domicilios en sus enfermedades, accidentes ó achaques: están bajo la direccion de los médicos de estos establecimientos, médicos elegidos cuidadosamente, y animados en general del mas laudable celo. Las casas de socorros establecidas en cada cuartel y bajo la direccion de las hermanas de varias congregaciones caritativas, dan medicamentos, caldo cuando es necesario, combustible y sábanas durante la enfermedad. Las respetables hermanas visitan tambien asiduamente al enfermo. Pero si es soltero ó viudo, si no tiene á su lado ni una hermana, ni una madre, ni una hija, si su habitacion carece de estufa ú hogar, si ni aun tiene cama, estos socorros serán insuficientes. Acaso el *Visitador* podrá remediar lo que falta; persuadirá á una vecina á que cuide del enfermo y le haga de cuando en cuando los remedios: podrá procurarle algunos utensilios, y en fin si no hay otro recurso le decidirá á

(1) Véase la nota al fin del capitulo.

dejarse llevar al hospital, cuidará de que se traslade sin dilacion, y desde el principio de la enfermedad le consolará, le animará en esta triste resolucion, le procurará un carruaje, ó en su defecto la camilla de la casa de socorros, para hacer este penoso viage.

No tenemos ningun documento auténtico, ningun dato para determinar exactamente el número de enfermos asistidos anualmente en su domicilio por las Juntas de Caridad. Tampoco tenemos documento alguno para determinar la mortandad que resulta de este método de asistencia: solo podemos asegurar por experiencia que es muy poco notable: una circunstancia contribuye esencialmente á ello y es que en general los médicos de las Juntas de Caridad envian al hospital los enfermos atacados de enfermedades mas graves. Por lo demas podemos razonar por la analogía de los *dispensayres*, cuyo método de tratamiento es el mismo, y las condiciones se parecen si no son exactamente iguales.

Los seis *dispensayres* de Paris, han asistido en 21 años 40,427 enfermos, de los cuales han muerto 1,415, se han curado 30,662 y se han retirado aliviados, ó por otras causas, 7783. Mas de la mitad han ido por sí mismos á consultar á los facultativos, los demas han sido asistidos en su domicilio. En 1824 se les han suministrado 1858 baños, cuyo costo seria de un franco á franco y 5 c. cada uno, y han recibido medicamentos por valor de 42,452 fr.

43 c. Pero la Sociedad filantrópica ha reconocido que es demasiado subido el precio de estos medicamentos. Los sueldos de Médicos, Cirujanos, Practicantes y Agentes han ascendido en los seis *dispensayres* el año de 1824 á 9,360 fr., y los gastos de alquileres y otros á 4,140 fr. y 40 c. (1).

En Lóndres se han establecido *dispensayres* especiales para cada uno de los principales géneros de enfermedades. Segun la manera con que está organizado el servicio Médico de los de París, donde cada uno cuenta, ademas de los Médicos y Cirujanos ordinarios, con otros muchos Facultativos distinguidos, no sería de utilidad ninguna semejante separacion; y por otra parte su distribucion arreglada á la distribucion de cuarteles tiene la preciosa ventaja de poner cada una de estas comisiones cerca del enfermo, cualquiera que sea el género de enfermedad de que esté atacado.

A estas tres especies de asistencia que en la Capital, pueden procurarse al indigente sin que deje su domicilio, hay que añadir otras dos que todavía se ofrecen en casos particulares.

Una es la que la Sociedad de Caridad Maternal concede á las madres cuentas de su cuarto hijo: bella institucion que cada año socorre quinientas ó seiscientas madres de familia con sus niños recién nacidos.

(1) Sería muy útil que los informes ó registros de la Sociedad Filantrópica diesen á conocer la duracion media de las enfermedades y su clasificacion; distinguiendo tambien entre los enfermos asistidos, la edad, el sexo y las principales profesiones.

Otra consiste en las vacunas gratuitas administradas tanto en la comision central de vacuna, como en las doce alcaldías (mairies) de París (1). Mas de 2,000 niños participan cada año de este beneficio.

Los *dispensayres* no dan caldo ni lumbre; suponen pues que el enfermo está provisto de estas cosas, y es una recomendacion sobre la que no cesaremos de insistir la de que no se dirijan á ellos los indigentes que carezcan de este género de recursos. Los pobres reducidos á una necesidad extrema no deben participar de esta clase de beneficios reservados á condiciones menos miserables. No deja por eso de producir el dichoso resultado de salvar á un hombre laborioso del peligro de la pobreza, y de impedir al que ya la toca, que caiga en los últimos abismos de la miseria. El *Visitador del pobre* sabrá hacer esta distincion: él solo está en posicion de hacerla bien.

Dirigiendo al pobre segun su estado á recoger en sus enfermedades ó accidentes los socorros de uno de los tres géneros de asistencia que acabamos de indicar, el *Visitador* no le hace solamente el servicio de excusarle un gasto inútil: le hace otro mucho mas considerable, salvándole de manos de los empíricos, de consejos perniciosos y de sus propios errores en el uso de remedios falsos.

(1) El número de vacunas gratuitas ha subido en 1825 en la academia Real de Medicina á 1,443; en el 11.º distrito á 498; y en el 12.º á 246.

La mision del *Visitador del pobre* no termina con la enfermedad de su protegido: nuevos cuidados le esperan en el tiempo de su convalecencia.

¡Bendita mil veces bendita la memoria del venerable Montyon, que entre tantas instituciones benéficas, erigidas con una liberalidad sin egemplo hasta entonces en un simple particular, ha fundado la de socorros destinados á los convalecientes que salen de los hospitales! Su alma generosa supo apreciar una de las situaciones mas dignas de interés, un género de necesidades de que hasta entonces nadie se habia ocupado especialmente. La precision de abrir la puerta de los hospitales á nuevos enfermos no permite siempre conservar á los que ocupan las camas mas que lo absolutamente indispensable: son pues despedidos á su casa todavía convalecientes; con frecuencia solicitan ellos mismos, como un favor, el permiso de salir de estos tristes asilos antes de su entero restablecimiento. El tiempo de convalecencia exige aun muchos cuidados; á veces hasta una continuacion del tratamiento para evitar recaídas, ó un estado prolongado de debilidad, ó achaques duraderos. Entre los convalecientes que tenemos ocasion de visitar diariamente en los diez y ocho meses que lleva en planta la fundacion de Montyon hemos encontrado muchos enfermos todavía con necesidad de ser visitados por los Médicos. La mayor parte cuando menos, no se halla en estado de entre-

garse á sus ocupaciones acostumbradas: necesitan reposo, estar bien vestidos, con lumbre, si es en invierno. El mayor número sin embargo se halla precisamente en la mas extrema indigencia cuando mas necesidad tendrían de estas diferentes precauciones. A veces se dan prisa por volver á su trabajo antes de haber recobrado las fuerzas suficientes: con mas frecuencia todavia descuidan el régimen que les sería indispensable. Supongamos que se encuentran enteramente restablecidos. El uno habrá perdido su plaza en la casa de los maestros donde servía, ó en el taller en que estaba empleado: otro se verá obligado á dar en prenda ó á vender su ropa y sus utensilios para pagar la casa: preciso es venir en su ayuda para sostenerlos. Esto es á lo que ha provisto M. de Montyon. El legado afecto á este destino asciende nada menos que á una renta anual de 232,687 fr. La suma es enorme; y sin embargo la inversion que se la ha dado segun una experiencia de diez y ocho meses, no deja ningun sobrante, aunque no se aplica ni á la mitad de los convalecientes que salen de los Hospitales, no teniendo el mayor número necesidad de socorro, ó no pudiendo recibirle por consecuencia de una falsa declaracion de domicilio. Ha dado por término medio una suma de 20 fr. proximamente para cada convaleciente socorrido: teniendo presente que algunas veces hay que proveerlos de abrigo, dar camisas, vestidos, calzado, frecuentemente pan y

carne por algunos dias: hay que reemplazarle sus útiles, ayudarle á pagar la casa y 20 fr. no son demasiado para esto (1). Representan doce dias de estancia en el hospital.

Lo que M. Montyon ha hecho de una manera general, por una vasta prevision del porvenir, traza á la caridad privada lo que debe hacer en los casos particulares. Que espere al desgraciado á su salida del hospital, que le recoja, le cuide, le vigile hasta que su salud se halle completamente restablecida. Así

(1) No habiendo sido publicados todavia los resultados de la aplicacion de este bello legado, se verán acaso con interés recogidos por una de las Juntas de Caridad de Paris, la del 11.º distrito.

Este distrito, tiene una poblacion total de 51,766 almas, una poblacion indigente de 2680 familias y 4091 individuos.

1600 convalecientes que al salir de los hospitales indicáran tener su domicilio en el 11.º distrito fueron dirigidos á la Junta de Caridad: 604 solamente pertenecian á los indigentes ya conocidos é inscriptos.

582 fueron admitidos á participar de los beneficios del legado Montyon: mas de la mitad de convalecientes no han solicitado socorro, ó le han reusado: otros no se han hallado en su domicilio; y muy pocos se han presentado solicitando socorros sin tener derecho á ellos.

Los socorros entregados á estos convalecientes han consistido:

4.º Socorros en especie por una suma de.	8457 fr. 42 c.
En dinero.	3217 fr. 23
	<hr/>
	41674 fr. 65 c.

Término medio á cada uno. 20 3

El pan ha ascendido por término medio á tres kilogramos por cada uno, la carne á dos kilogramos, y las ropas á 40 fr. 20 c. próximamente.

Las sumas dadas en dinero han servido para pagar pequeñas deudas, sobre todo las de alquileres, para sacar efectos del monte de piedad, para rescatar utensilios, procurar zapatos ú otros objetos que la Junta no podia dar en especie, en fin para pagar á los que adelantaban el alimento á algunos obreros, que estaban en disposicion de mantenerse por si mismos.

prevendrá miserias duraderas y tal vez irremediabiles.

En Roma y Londres hay hospicios para convalecientes. La Duquesa de Borbon fundó tambien uno en París, en la calle de Babilonia, bajo el nombre de *hospicio de Enghien*, que hoy se conserva y sostiene por S. A. R. Mademoiselle D'Orleans, Princesa cuya inagotable bondad se ocupa de tantas maneras en interés del infortunio. Mas esta especie de establecimientos no conviene sino para algunos casos de escepcion. En general es mas útil á los convalecientes volver á su casa, respirar un aire puro, hacer ejercicio, comenzar, si pueden, á ocuparse; y á la caridad privada es á quien corresponde precederlos para ayudarlos en este tránsito de la enfermedad al entero restablecimiento.

NOTA.

Dispensayres es el nombre que se da á estas comisiones de suscritores voluntarios, palabra que no tiene equivalente en castellano, porque no existe tampoco lo que representa. Cuando llegue á existir no sabemos el nombre que se le dará: entretanto dejamos en la traduccion la palabra francesa con esta advertencia. N. del T.

CAPITULO XIII.

De los establecimientos públicos que ofrecen asilo al pobre en los achaques, la vejez, el desamparo ó la enfermedad.

Gracias á la piadosa y previsora solicitud de nuestros mayores que ha consagrado en la mayor parte de las ciudades tantos bellos monumentos á la caridad que con tiempo y por siglos ha ofrecido una generosa hospitalidad á todas las miserias humanas! A la vista de esas interesantes y magestuosas creaciones nos sentimos profundamente conmovidos; saludamos con respeto la imágen de sus venerables fundadores, admiramos el poder del genio de la beneficencia, y nos sentimos penetrados de una santa emulacion. Qué! nuestros padres han sabido dotar el porvenir para la desgracia, y nosotros apenas prestamos alguna asistencia á sus necesidades del momento! ¡Gracias tambien á esos administradores cuyo celo realiza los designios de los primitivos fundadores, conserva y perfecciona su obra: á esos ministros de la Caridad, cuya vida entera se consagra á servir al pobre en el asilo en que ha sido recogido! ¿Permanecerémos insensibles á sus egemplos? ¿nada nos han dejado que hacer? Testigos de tan bellas acciones ¿no querrémos

tomar alguna parte en esos nobles trabajos emprendidos para socorro de la humanidad?

Nada mas sencillo á primera vista que un sistema de administracion en que la clase de desgraciados á quienes la edad, los achaques ó las enfermedades imposibilitan para todo trabajo y reducen á la necesidad de reclamar los cuidados de otro que estuviese enteramente separado del resto de la sociedad y recogido en establecimientos donde estuvieran seguros los medios de proveer á todas sus necesidades. Pero por grande que haya sido la liberalidad de nuestros padres, no sucede asi; y añadiremos sin vacilar que bajo diversos aspectos debemos felicitarnos de que asi no suceda.

Un anciano en un hospital parece ya separado completamente de la tierra, sin que ningun lazo le una con ella. ¿Quién se interesa por él? ¿á quién es útil? No le resta mas que morir, y va á morir sin que una lágrima siquiera se derrame sobre su tumba. Pero este anciano ¿no tiene hijos, nietos, sobrinos á lo menos? ¿ningun miembro de su familia está en estado de recogerle? Su presencia será una carga sin duda, pero menos pesada tal vez que lo que á primera vista pudiera creerse. La vejez sobreviene por grados: la impotencia que lleva consigo va tambien en aumento de una manera insensible: no hay límites fijos: esos ancianos han perdido una parte de sus fuerzas, pero aun pueden ayudarse de muchas maneras: pueden sobre todo

prestar algunos servicios en el interior de sus familias, cuidar de los niños, ayudar en los pequeños quehaceres, dar buenos consejos, estimular al trabajo, prevenir mas de un desorden. Guardémonos, pues: no vayamos ligeramente á quitar á una familia la ocasion natural que se la ofrece de practicar la virtud: ¿qué digo? no vayamos sin una absoluta necesidad á dispensarla de cumplir un deber sagrado! Procurarémos á ese anciano una cama y alimento en un hospital: pero ¿y no es tambien para él una parte de lo necesario la presencia y los cuidados de su familia? ¿no es el primer bien para esta misma familia la presencia del anciano, sus deberes para con él, y la bendicion que debe atraer sobre los que le rodeau? ¿no son el primer bien las costumbres? ¿y puede haberlas donde no existe el culto que se debe á la ancianidad? ¿Ofrecerémos un premio á ese bárbaro egoismo? ¿Trastornarémos por un cálculo miserable los sabios planes del Criador? Ah! renovemos, estrechemos en todas partes estos sagrados lazos, estos lazos tan dulces de la naturaleza, lejos de favorecer su relajacion! Todos ganarán en ello, y los dichosos resultados resaltarán sobre la sociedad entera.

Una señora á quien yo habia conocido en la sociedad, y que tenia todo el exterior de la opulencia, vino un dia, muy elegante, á suplicarme que le procurase una plaza en el hospital para una pobre anciana. ¿Para quién os parece que pedia este asilo? para una tia de la misma señora.

En este momento tengo á la vista una niña enferma que desde su infancia vegeta en los hospitales: su madre vive todavia; su padre y su abuelo dejaron á esta desventurada una fortuna bastante considerable. Pues bien: el ministerio público ha tenido que perseguir á esta madre que despues de haber despojado á su hija lo entregó á la caridad pública. Un tio que ha puesto interdicion á esta niña y se ha hecho nombrar su tutor rivaliza con la madre: ha sido preciso provocar ante el tribunal la destitucion de este tutor.

¡Esto os estremece! consolaos: si hay padres bárbaros, tambien hay adopciones inspiradas por la beneficencia! ¿Y cómo no haberlas en las condiciones acomodadas, cuando encontramos ejemplos entre las que no lo son? Conozco un pobre (*vigueron*) que sostiene á su familia con el producto de sus brazos, y ha recogido en su casa á una anciana indigente é incurable: la prodiga sus cuidados, y parte con ella su humilde choza. Conozco muchas familias de simples trabajadores que han adoptado huérfanos: una entre otras ha adoptado hasta tres, y uno de ellos es una niña sordo-muda. ¿Hay por ventura algun hospital destinado á recibir los niños expósitos (*cretins*) en el Valais? No; pero aquellos buenos habitantes los reparten entre sí, se los disputan cuando no pertenecen á una familia que pueda mantenerlos. Estos buenos Valenses habitan, es verdad, casas de madera: no son ricos, pero sus costumbres son sencillas y oyen

la voz de la naturaleza. Cuando un anciano no tenga una familia propia donde pueda conservar un asilo, ¿no se encontrará otra que consienta encargarse de él? En Génova, en vez de recoger á los ancianos en los hospitales, se los pone á pension en el campo. Este método es excelente ¡qué diferencia! En lugar de ver errar su silencio bajo los pórticos de nuestros hospitales esas largas filas de candidatos de la tumba, ociosos, sin hacer allí mas que esperar la hora fatal, veriamos á cada uno de ellos reanimado, rejuvenecerse con la vida del campo tomando alguna parte en los trabajos que allí se ejecutan: mas animoso y tranquilo, mas útil y convenientemente distraído, y ejercitándose todavía en algunas funciones. Este régimen seria tambien mas económico (1).

He aqui, pues, ya un oficio que debe llenar el *Visitador del pobre*: averiguará si este anciano no tiene familia que esté aun en disposicion de asistirle; si no es posible á lo menos proveerle de medios, que añadiendo algun socorro al poco trabajo de que todavía es capaz, compensen los gastos que ocasione ó hagan su carga menos pesada. Empleará luego

(1) El Consejo general de los hospitales de Paris, trata de llegar á este objeto concediendo á los que salen de los hospitales para volver á domicilio lo que se llama la *pension representativa* (250 fr. por un año). Pero á esto solo se limita: no se ocupa en provocar, particularmente en el campo, ofertas á los que consintiesen en encargarse de los ancianos. Asi es que el número de los que piden la *pension representativa* es muy limitado y casi todos se quedan en la ciudad.

toda la influencia de su persuasion para hacer entrar en sus deberes á los que vacilen en cumplirlos. Si despues de todo, el anciano está realmente aislado, si ha llegado á ese estado de decrepitud que no deja ningun recurso, todavía entonces tendrá necesidad de un protector para conseguir que le admitan en los hospitales, cuyas puertas no se abren á la primera demanda, cuya entrada no se alcanza frecuentemente sino despues de muchas solicitudes. Doloroso es decirlo, pero algunas veces tambien este protector deberá procurarle un asilo en los establecimientos públicos, porque hijos desnaturalizados han sido inexorables, ó porque consintiendo en tenerle consigo le hagan pagar demasiado caro este ligero servicio llenándole de amargura con su ingratitude y dureza.

Lo que decimos de los ancianos es igualmente aplicable á los indigentes atacados de enfermedades incurables. No todas las enfermedades producen igual incapacidad para el trabajo. El que está privado de un brazo puede todavía hacer algunos encargos; el que no puede andar podrá valerse de sus manos: en la vida de familia se saca partido de este resto de fuerzas: es una sociedad natural, en que cada uno contribuye con lo que puede y se suplen unos á otros. No abrais la puerta del hospital sino cuando absolutamente no quede otro recurso: mientras le haya, los socorros á domicilio ofrecerán siempre mas ventajas. Tomemos por egemplo una enfermedad que no

es posible fingir ni exagerar, y que lleva consigo muchas privaciones: la falta de vista. La mayor parte de los ciegos admitidos en los hospitales no se dedican allí á ninguna especie de trabajo: á un ciego, sin embargo, le quedan muchas maneras de ocuparse útilmente, y este empleo del tiempo le será mucho mas fácil si permanece en medio de los suyos (1). La experiencia misma ha probado que los ciegos pueden adquirir en ciertos oficios bastante habilidad para ganar su vida tan bien como los que tienen vista, por medio de un aprendizaje conveniente. La bella institucion de los *Jóvenes ciegos* de París ha resuelto este problema tan interesante á la humanidad y aun á la economía pública (2). Si tan notable egemplo no ha producido aun todos los frutos que debian esperarse, es posible, sin embargo, segun las localidades, egercitar á los ciegos en ciertos

(1) El hospital Real de los Trescientos no da mas que 250 fr. por año á los externos que se retiran al seno de sus familias: los residentes en el hospital reciben un franco por día, además de otras provisiones: 50 c. por su muger y 25 c. por cada hijo. A pesar de esto se ve con frecuencia que los internos piden ser pensionarios externos, y no al contrario: estan por consiguiente tan bien en su casa con un gasto inferior en dos terceras partes.

(2) Este problema habia sido objeto de un concurso abierto en 1823 por la Sociedad de Estímulos para la industria nacional. La institucion Real de Jóvenes ciegos, establecida en la calle de San Victor, fué la que ganó el premio. Seria de desear que cada departamento del Reino mandase á esta casa algunos Jóvenes ciegos que despues de instruirse allí en los varios oficios que se enseñan, volvieran á su vez á enseñar la misma industria á sus compañeros de infortunio en los mismos departamentos que los hubieren enviado. Pasma ciertamente que no se haya egecutado todavía un proyecto tan sencillo y tan fecundo.

trabajos útiles, sobre todo si hay medios de indemnizar á los que se presten á instruirlos. Al *Visitador del pobre* es á quien corresponde todavía triunfar en este caso de la incuria de los padres, de la de los ciegos mismos, excitarlos, ilustrarlos sobre los medios á que pueden recurrir, y ayudarlos, si es necesario, á valerse de ellos. Un ciego por otra parte tiene necesidad de mil cuidados que le dispensarán mejor sus parientes: se vé asaltado por la tristeza, por la inquietud, por la desconfianza, triste y ordinaria consecuencia de su enfermedad. ¿No sufrirá mucho mas separado de todas las personas de su afecto? ¿No será el mejor remedio para volverle la serenidad la ternura de los suyos? Si la vida de familia es siempre la combinacion mas saludable, es en el supuesto de que la moral conserva en la familia todo el imperio que le pertenece. ¡Cosa admirable! bajo cualquier aspecto que se considere el destino humano, siempre es á la moral á la que en último analisis hay que recurrir, como al origen mas cierto y mas abundante de cuanto puede aliviar nuestros males y contribuir á nuestra felicidad!

La corrupcion de nuestras costumbres ha obligado á que se abran hospicios para los niños expósitos, y se admitan sin informarse de su origen, sopena de estimular el infanticidio. Hace pocos años todavía que en Roma se colocaban centinelas al lado del torno y se exigian declaraciones. Y ¿qué sucedia? Cada mañana se

encontraban niños recién nacidos ahogados en el Tiber. ¡ Bendita sea por siempre la memoria de aquel celestial misionero de la caridad, de San Vicente de Paul, que recogió estas desgraciadas criaturas, que abrió un asilo á estos seres desamparados, privados de todo cuidado en la edad en que los necesitan todos, y no pertenecen á nadie en este mundo!

Pero si es preciso recoger al recién nacido, fruto de la seducción ó del vicio, si hasta es útil salvarle del contagio en medio del cual ha visto la luz, ¿quién no deplorará por el bien de la moral y de la administracion ver llevar á esos mismos asilos niños nacidos de matrimonio, y cuyos padres han sido arrastrados á tal extremo por el exceso de la indigencia? En los hospicios civiles de Paris, de cinco mil recibidos cada año como abandonados, doscientos ó trescientos cincuenta son hijos legítimos, que la miseria entrega á la solicitud de una paternidad adoptiva: apenas ciento serán restituidos á sus padres: los demas quedan separados para siempre. Padres! Madres! si podeis alimentarlos y cuidarlos ¡cuán bárbaros sois! y cuán dignos de compasion si no podeis! En este último caso ¡cuánto no tendrian de que felicitarse los que os ayudasen á retener en vuestros brazos esas inocentes criaturas conservándolas una familia! ¡qué obligada no les quedaria la sociedad! ¡cuántos títulos no tendrian á las bendiciones del cielo!

Si cada familia pobre estuviese bajo una benéfica tutela: si esta tutela ejerciese una in-

fluencia activa, individual, continua sobre las costumbres de los infelices indigentes, se disminuirían bajo muchos aspectos las causas que hacen hoy tan considerable el número de expósitos. Acaso una madre abandona su recién nacido porque no puede ó no quiere criarle ella misma, y no tiene medios de pagar una nodriza. El *Visitador del pobre* podría persuadirla á que llenase el deber que la impone la naturaleza, la facilitaría medios para ello, y cuando esto fuese totalmente imposible trataría de procurarla los auxilios suficientes para una nodriza.

Digna es de aplauso la sagacidad de miras que ha determinado á la administracion de los hospitales civiles de Paris á poner los niños con nodrizas externas, en vez de tener á estas en la casa como antes se hacia. Tambien se echan de ver las miras juiciosas de una administracion ilustrada en el sistema de colocar los niños cuando tienen ya algunos años en casas de aldeanos, donde comienzan á egercitarse en el trabajo, en vez de conservarlos juntos en una especie de pension en el seno de la Capital. 12,700 niños próximamente están de esta manera colocados y alimentados en el campo por la administracion de los hospicios de Paris, y en este número solo encontramos una mortalidad de 2,300, ó sea 1 de 7. Los niños tienen allí la ventaja de mejor salud, y los hospicios la de una notable economía. Pero resulta todavía otra ventaja mas preciosa: estos niños

entran en una familia adoptiva: adquieren espíritu de familia y han cesado para ellos el aislamiento y el desamparo. ¡Cuán afectuosa y dulce no puede llegar á ser esta adopción en los sencillos aldeanos, y hasta qué punto no pueden ser recompensados! Citaré un solo rasgo entre mil. Un pobre (Tomelier) de Abancourt, departamento de Eure-et-Loir, llamado Guillottes, habia recogido un expósito y le habia criado con sus propios hijos: llegado á la juventud Desjardin, que así se llamaba el adoptivo, entró en el servicio de las armas: se distinguió por su conducta y por mil rasgos de valor: ascendió en poco tiempo al grado de Teniente Coronel del 8.º regimiento de infantería ligera, obteniendo cada grado intermedio por una nueva hazaña: alcanzó la cruz de la legión de honor: volvía á Francia cuando estaba ya pacificada, y se dirigia á abrazar al pobre á quien debia su educación, cuando falleció en Maguncia en Abril de 1814, dejando en su testamento al pobre paisano un legado de 4,700 francos, fruto de sus ahorros, como testimonio de su fiel reconocimiento. Ah! si hubiera sobrevivido, mayor habria sido la recompensa (1).

Otra clase de desgraciados, cuyo destino tiene grande analogía con la que acaba de ocuparnos, excita la mas viva y justa compasión:

(1) El hecho consta en el Ministerio de la Guerra. El pobre Guillottes no tenia el dinero necesario para el juicio que le adjudicaba la sucesión.

los huérfanos reclaman tambien un asilo de la prevision de la administracion pública. Admirable es este encargo confiado á la administracion llamada á ejercer una interesante paternidad con esos tiernos séres á quienes no queda una familia y que tan temprano ha sido herida por la mayor de las desgracias! Pero las puertas de este asilo ¿deberán siempre abrirse á todos los huérfanos que se presenten? ¿no deberán alguna vez permanecer cerradas á sus instancias? La respuesta afirmativa parecerá dura, y la prescribe sin embargo alguna vez el interés del huérfano mismo. Este, á diferencia del expósito, si no tiene padre, tiene ordinariamente una familia: puede tener abuelo, tíos, tías, hermanos mayores que ganen ya su vida, que estén tal vez en estado de recogerle, que puedan á lo menos tener algun cuidado de él, proveer á sus necesidades si se los ayudase con algun socorro. Puede tener madre, porque tambien se reciben en los hospicios los huérfanos que solo lo son de padre, y esto es justo algunas veces. Y si esta madre no se encuentra en una situacion desesperada, si no está entregada á la corrupcion y al vicio, cualquiera que sea su miseria ¿veremos impasibles al pobre niño arrancado de sus brazos, privado de sus cuidados y de sus caricias crecer lejos de su vista, libre la madre del deber mas sagrado que la naturaleza le impone, y arrancado el hijo al mas dulce sentimiento que la naturaleza habia puesto en su corazon? Preciso es sin

embargo que haya una disposicion tan general como funesta á multiplicar las admisiones abusivas de huérfanos en los hospicios, pues que la administracion de los de Paris se ha visto en la necesidad de establecer un reglamento rígido y absoluto, prohibiendo á todos los padres de huérfanos visitarlos durante su permanencia en el hospicio, recurriendo al poder que conservan todavia las afecciones de familia para reprimir la propension á libertarse de los deberes que estas mismas afecciones imponen. Y pues que esta prescripcion ha tenido alguna eficacia, menester es concluir, ó que las familias, aunque conserven todavia estas afecciones, no están bastante penetradas de los deberes anejos á ellas, ó que el exceso de la miseria las conduce á violarlos. Aqui, pues, egercerá el *Visitador del pobre* sus dobles funciones: para unos empleará los medios de persuasion que pueden reanimar en ellos el sentimiento de sus deberes: para otros tratará de procurar los socorros con que pueda suplir la insuficiencia de los recursos de que disponen las familias. ¿Y por qué no hacer directamente con el concurso de las familias lo que la administracion de los hospicios hace en favor de los huérfanos para distribuirlos y colocarlos procurándoles un estado? Cada año envia al campo mas de 200 niños: con el auxilio de su Junta de colocacion, pone anualmente en aprendizaje en casas de artesanos mas de 200 mayores de 12 años, dándoles solamente un ajuar. Siempre seria

muy útil que los padres, si pudieran, contribuyesen con alguna cosa en los ajustes que se hacen para estos desgraciados, que conservasen algunas relaciones y no se considerasen como libres de toda responsabilidad respecto á ellos.

Trasladémonos ahora á los hospitales, en que con demasiada frecuencia están los enfermos hacinados, y preguntemos á algunos si acaso están separados de su familia, si lo están por su gusto. En esto tenemos un hecho notorio: la administracion echó de ver hace algunos años que á los hospitales de Paris eran conducidos muchos enfermos moribundos, desahuciados, en la agonía ¿por quién? ¡por su propia familia! ¿porqué?... por evitar los gastos del funeral dejándolos espirar en el asilo de la caridad! Ha sido preciso organizar la Junta central de admision y darle reglas bien terminantes para poner término á este terrible abuso. Los hospitales estaban destinados para servir á esta violacion de las leyes de la naturaleza ¡que pensamiento! Al llegar los últimos momentos, el moribundo se verá privado del único consuelo que deberia dulcificar su amargura! Ese esposo, esa esposa no exhalarán el último suspiro en los brazos de su esposa, de su esposo! Ese padre, esa madre no darán la bendicion á sus hijos! Sus propios hijos los habrán llevado al lecho preparado por la caridad pública! Los que debian honrarlos, amarlos, cuidarlos, no les prestarán

ni aun los últimos deberes! Así, en este instante supremo de desfallecimiento en que los agonizantes van á dejar la tierra, en que debian de excitarse todos los afectos, en que debian prodigárseles á lo menos todos los socorros del corazon, sus moribundas miradas no encontrarán mas que la vista de un hospital, y el espectáculo de los que sufren y espiran como ellos! Ah! Si aun pudiesen volver á la vida ¿no bastaría esta emocion sola para herirlos de muerte?

Si pues hay familias que llevan los agonizantes al hospital para que mueran allí ¿porqué admirarse de que haya tantas que lleven sus enfermos en el curso de su enfermedad para que allí los asistan? En esto á lo menos la intencion puede muchas veces no ser mala, la necesidad puede ser hasta imperiosa, porque es posible que el enfermo esté privado de todo socorro en su domicilio: es posible tambien que en su casa la enfermedad no pudiera curarse. He aqui precisamente la cuestion que antes de todo es preciso examinar y resolver. ¿Podria el enfermo ser mejor socorrido quedando en su casa? ¿Es bastante la institucion de la Junta de admision para asegurarse de esto? ¿Qué se comprueba en la Junta de admision? ¿Qué el enfermo está realmente enfermo? Lo creo. ¿Qué es indigente? Lo creo tambien. Esto es todo lo que se ha acreditado. Pero, ¿y cuál es la asistencia que este enfermo hubiera podido recibir en su casa? ¿Tiene una familia que

pudiera asistirle? ¿Tiene cama, ropa, hogar? He aquí lo que la Junta de admision no puede averiguar. Sin embargo, si puede efectivamente quedar entre los suyos, su curacion es mucho mas probable, porque resulta de las cuentas decimales, publicadas por los datos de los *dispensayres* de la Capital que la mortalidad respecto á los asistidos de este modo no excede de uno por cada treinta que se curan. Acaso se preguntará si esta especie de asistencia no es mas dispendiosa; y yo preguntaré á mi vez si la asistencia tiene por objeto curar al enfermo ó solamente dejarle morir al menor precio posible. No busco aquí la economía á costa de los dias del enfermo. ¿Quién tendria el derecho de emprender semejante especulacion? ¿Habia de decir la caridad al enfermo al abrirle el Hospital "te ofrezco un asilo donde á menos costa podrás sufrir mas, y sucumbir con mas seguridad?" Sin duda que no. Además que sucede precisamente lo contrario y el interés de la economía está aquí de acuerdo con el de la humanidad. Las mismas cuentas anuales de las Juntas de la Capital nos muestran tambien que la asistencia en la propia casa cuesta la mitad menos, con una probabilidad doble de curarse, que la del hospital con una doble probabilidad de perecer en él. ¿Qué digo la mitad menos? La estancia del enfermo importa mas de un franco diario en los hospitales de la Capital; y por treinta y seis francos anuales se obtiene una carta de

la Junta para hacer asistir gratuitamente á un enfermo por espacio de un año. La proporcion es pues de 1 á 15. Es cierto que los socorros dados por la Junta no comprenden mas que la asistencia del Médico ó Cirujano y las recetas y medicamentos; pero esto es lo principal, y cuanto mas grave es la enfermedad, mayor es la proporcion de estos gastos. Si se quiere pues economía, tambien asi se obtiene.

En los *dispensaires* de Paris la mortalidad es de 1 por 25 á 1 por 48 de los enfermos registrados: en 21 años ha sido de 1 por 28 en término medio. La de los hospitales de la Capital, segun los últimos datos publicados, ofrecia los resultados siguientes:

Niños enfermos.	1 por 4	54
Hospitales para los enfermos. . .	1 por 5	92
Ordinarios.	á 1 por 8	49
San Luis.	1 por 14	44
De enfermedades venéreas. . . .	1 por 25	65
Casa de maternidad ó de partos. .	1 por 30	

Lejos de nosotros la idea de que se suponga por esta comparacion que los enfermos no reciben en los hospitales de Paris todos los cuidados todos los socorros que el arte y la beneficencia reunidos pueden prodigarles! Con justa razon se consideran como modelo de los hospitales de Europa, y la sábia administracion que los dirige nada ha omitido para introducir en ellos todas las mejoras posibles.

Pero tres causas principales indicadas ya por los facultativos producen esta enorme diferencia. La primera procede de la clase misma y de la condicion de los enfermos admitidos á gozar de los beneficios del *dispensayre*: generalmente pertenecen á una clase mas acomodada: están mejor cuidados, mejor provistos de lo que exige su posicion. La segunda causa merece grande atencion: los *dispensayres* ofrecen al enfermo un medio fácil de reclamar socorros desde el principio de las enfermedades agudas, en una época en que pueden ser fácilmente dominadas ó curadas, mientras á los hospitales no son conducidos hasta que las mismas enfermedades se han desarrollado y agravado por falta de cuidado, frecuentemente por terribles imprudencias, por funestas prescripciones, hasta hacerse extremadamente peligrosas, cuando no inevitablemente mortales. Los Médicos de nuestros hospitales se lamentan con razon de que no les llevan sino enfermos desahuciados. La tercera causa no es menos digna de nuestras mas serias reflexiones: el sentimiento de dejar su familia, el espectáculo del hospital, la vista de tantos enfermos y moribundos, produciendo terribles y siniestras impresiones en el ánimo de los enfermos, concurren poderosamente á neutralizar los esfuerzos que el arte intenta para aliviarlos.

No lo reduzcamos todo á números en lo que tanto afecta al destino humano; tengamos en cuenta tambien, aun bajo el aspecto médico,

otros elementos que no pertenecen al dominio de la aritmética; que corresponden á los afectos, á las costumbres. ¿Por qué no habremos de añadir á la enfermedad el peso de las penas morales que agravan la enfermedad misma, y que por si son tambien alguna cosa á los ojos del amigo de la humanidad? Ese enfermo ¿no tiene una esposa, una hija, una madre, una hermana, una tia que pueda prestarle los remedios y prodigarle sus cuidados? En este caso ¿no respetarémos, no estimularémos mas bien al egercicio de esos piadosos deberes en las mas humildes moradas? ¿no será un consuelo para la pobreza misma? ¿no será útil aun á los mismos que llenan tales deberes? ¡Desventurados esposos! un mal cruel ha venido á agregarse á la indigencia que os oprimía. Ah! pero á lo menos no os separareis! cuanto mas teneis porque llorar, mas sentís la necesidad de estar unidos el uno con el otro. Pues bien: esas necesidades del corazon podreis satisfacerlas. ¡Desgraciado: enjuga tus lágrimas! Tu esposa, tus hijos están contigo: á sus cuidados vas á deber la vida: con cuanta mas ternura los vas á amar desde ahora! ellos mismos van á ser mejores! y de este tiempo de prueba conservareis todos un profundo agradable recuerdo!

Estoy á la puerta del hospital de Hotel-Dieu: veo llegar de una y otra parte, conducidos en camillas, infelices cubiertos con una manta, sus apagados ojos parecen indiferentes

á cuanto pasa: niños afligidos, mugeres abatidas los acompañan. = ¿Es vuestro ese pobre enfermo? ¿por qué le traéis aquí? = "Ayl ¡somos tan desgraciados! ¡buena prueba es ésto! ¿qué sería de él en nuestra casa, donde todo nos falta?" Acudid, corred protectores generosos, tutores voluntarios del pobre, á quienes invoco! Corred! enjugad las lágrimas de esas familias! evitad esa separacion que tal vez sería eterna!

Hemos encontrado en los hospitales antiguos oficiales retirados, profesores, empleados, comerciantes y otros que habian pertenecido á condiciones acomodadas, y que enfermos ahora, venian á ocupar los lechos de la indigencia. Si hubieran podido confiar á algun alma generosa el secreto de su desgracia ¿no habrian encontrado algun pariente, algun antiguo amigo, algun protector? ¿No los hubiera preservado del extremo que los condujo á tal situacion, y que debe hacersela mas insoportable?

Los enfermos asistidos en su domicilio estarán distribuidos en toda la poblacion en vez de estar reunidos: habrá menos unidad, menos vigilancia, es cierto. Estarán esparcidos; pero á la caridad es á quien yo me dirijo y á quien supongo en accion. La caridad es como la luz del sol que se derrama y se difunde en rayos por todas partes: es como el rocío que cae en pequeñas gotas. Cuantos cuidados, cuantos sentimientos tiernos pueden explotarse en

esta distribucion, que no se hubieran excitado, que no habrian tenido ocasion de egercitarse! Tendrán lugar muchas buenas acciones, que seran otras tantas riquezas positivas para la sociedad, porque las buenas acciones son siempre fecundas, y producen mil efectos útiles de una manera mas ó menos indirecta. Por otra parte, los facultativos nos lo dicen, las penas morales agravan considerablemente los males fisicos: los consuelos son tambien un medicamento eficaz y con frecuencia el mas saludable.

III ¡Cuántas veces la vista del hospital no ha causado por sí solo una impresion mortal! Y cuántas la confianza y la serenidad no han restablecido la salud! Hay por último una consideracion que debe en muchos casos hacer preferir los socorros en su domicilio al enfermo y achacoso, si su situacion lo permite. Ciertas enfermedades, las crónicas sobre todo, dejan al que las padece en aptitud de egercitarse en algunas ocupaciones. Los viejos, los enfermos, los incurables suelen conservar esta aptitud: trasladados unos á los hospitales y otros á los hospicios, no teniendo que guardar cama vivirán en la inaccion: adquirirán el hábito de la ociosidad: ya curados aun tratarán de prolongar su estancia en el hospital para librarse del trabajo, cuya costumbre han perdido. Tenemos de esto muchos ejemplos.

III No se tomen en un sentido equivocado nuestras observaciones. No es nuestro objeto establecer como regla general que la asistencia

de los enfermos en su domicilio sea en sí preferible al régimen de los hospitales ni provocar la supresion ó la reduccion de estos. No; en ninguna manera. Aspiramos solamente á que se comprenda bien que hay que hacer una distincion esencial en la condicion de los indigentes enfermos ó heridos. Unas veces será mas útil asistirlos en su domicilio, otras estarán realmente mejor en los hospitales: esto pende de los recursos que les queden, de los lazos que conserven con las personas de su familia y de otras mil circunstancias. El enfermo que se encuentra aislado, el que está desprovisto de ropas, el que no puede tener fuego en su casa estarán mejor en el hospital. Hay ciertas enfermedades extraordinarias, particularmente enfermedades quirúrgicas, que muchas veces estarán mejor asistidas en los establecimientos públicos: hay tambien enfermedades contagiosas que lo exigen. Pues esta distincion es precisamente la que debe hacerse; y el exámen que debe prepararla ¿á quién debe confiarse sino al *Visitador del pobre*?

Mientras vemos con dolor trasportar á los hospitales indigentes que asistidos en su casa hubieran sido menos desgraciados y obtenido mas facilmente su curacion, y en los hospicios ancianos y achacosos que hubieran podido permanecer con menos inconvenientes en el seno de sus familias, lamentamos que no está en nuestra mano hacer recoger en los establecimientos públicos otros individuos bien dignos por cierto

de interés. ¿Los llamaremos indigentes? No; pero son sin embargo bien desgraciados.

Existe, ya lo hemos dicho, una pobreza relativa. El que habiendo vivido en prosperidad se encuentra en su vejez reducido á no tener mas que ciento ó ciento cincuenta francos al año, y aislado ademas, puede ser en cierta manera tan digno de lástima como el pobre á quien se concede el pan de la parroquia. Entre la condicion mas módica que se basta rigurosamente á sí misma y la indigencia absoluta hay una porción de grados; el aislamiento y el abandono pueden agravar la situacion de los que se hallan en este caso, cuando los reveses de la fortuna los condenan á privaciones penosas.

Tributemos el debido homenaje á una augusta princesa que en el hospicio de María Teresa abrió un asilo á grandes infortunios, tanto mas dignos de compasion cuanto habian sido precedidos de una condicion mas dichosa!

Lo que hace útiles los establecimientos públicos en que se reciben enfermos y achacosos no es solo la pobreza; es mas todavía el aislamiento. El desventurado Gilbert, el venerable Anquetil du Perron han muerto en los hospitales de Paris. ¿Por qué pues no multiplicaremos en los hospitales estancias de pago con una escala bien graduada? Qué las haya para todas las clases, para todos los que no pueden hacerse asistir en su casa! Los extrangeros, los trabajadores que tengan algunos ahorros podrian aprovecharse de ellas.

Perdónesenos que por un instante nos hayamos separado del objeto que nos hemos propuesto. Hay desgracias que sin constituir la indigencia propiamente dicha reclaman nuestro interés y aun nuestro respeto.

Es bien sensible que haya tan pocos hospicios en que puedan ser los ancianos, los incurables admitidos por una módica pensión de 150, 200, 300 ó 400 francos anuales. No es posible imaginar cuantos infortunios reales, infortunios amargos podrian ser consolados y socorridos, respetando la dignidad de los desgraciados que los sufren. En otro tiempo las viudas, las ancianas ó achacosas que tenían algun dinero ó una pequeña pensión podian á lo menos retirarse á los conventos: algunos de estos asilos se restablecen hoy, pero no estando dotados los conventos de monjas, ó no estándolo á lo menos con tanta riqueza, la pensión es mucho mas alta en estos retiros, como que los mismos conventos necesitan y buscan un aumento de ingresos. Para los hombres, además, nada de esto existe; y para que este género de asilos pudiera establecerse á precio mas económico sería menester construirlos en grande escala que comprendiesen gran número de individuos. Entonces el que no pudiese procurarse lo necesario en su casa con 800 fr., que no pudiera con esta cantidad pagar cuarto, lumbre, alimentos, vestidos, contribucion, estaria muy bien reunido con otros, poniendo solamente en el fondo comun la mi-

tad de esta suma. Esto ciertamente no es aplicable mas que á las grandes poblaciones; pero allí á lo menos podría haber algunos establecimientos con una escala de precios y darles la conveniente extension. Y respecto á las poblaciones pequeñas ¿no podría asociarse el departamento entero, y establecer en varios puntos estos asilos colectivos y económicos en donde estuviesen mejor bajo todos aspectos?

Si no hemos disfrazado ni debilitado los inconvenientes que resultan de admitir los enfermos en los hospitales, y los viejos y valedudinarios en los hospicios: si hemos procurado demostrar que no debe tener lugar esta admision sino cuando es absolutamente necesaria, cuando no queda otro recurso ¿llegaremos hasta tomar parte en esa especie de indignacion que parecen sentir los partidarios del célebre *sistema de poblacion* á la vista de estos establecimientos? ¿Temeremos como ellos, que estos asilos, dentro de los límites que les hemos fijado, aumenten la indignancia en vez de remediarla? A la verdad que no alcanzamos de que modo estimulan la multiplicacion de los pobres ni en que favorecen la ociosidad y la falsa indignancia! Nadie se casa con intencion de ir al hospital: no se dan hijos á luz con el proyecto de mandarlos allá algun dia: nadie se condena á privarse de todo para llegar á la extrema miseria, única que puede abrir las puertas del hospital ó del hospicio solo por obtener semejante favor. Los

abusos cesan en cuanto no se admite á los indigentes sino bajo rigurosas condiciones que están reconocidas como indispensables. ¿Cuál es el peligro que se teme? ¡el de conservar la vida á los infelices enfermos y ancianos, y afligir á la sociedad con este exceso de poblacion que se deplora con tan lamentables acentos!... El de poner obstáculos á ese pretendido beneficio de la naturaleza que matase entre los indigentes á los enfermos, los ancianos, sobre todo á los niños, y que se complacen en presentarnos como el único remedio eficaz contra la indigencia! ¡Remedio bien eficaz por cierto el que consiste en el exterminio de los indigentes!... Pero, lo confesamos, antes de aplaudir este remedio esperaremos á ver el hambre á nuestras puertas: no podemos desear que otras plagas se anticipen á estos extragos. Ah! no: lejos de nosotros semejante concesion! Los derechos de la santa humanidad, las nociones de la justicia resuelven estas graves cuestiones por otros principios, por principios superiores á todas las especulaciones sistemáticas. Tan sagrada es á los ojos de la humanidad la vida del pobre como la del rico: sus padecimientos reclaman la misma asistencia del que está en posicion de aliviarlos. La sociedad debe venir al socorro del hombre honrado y laborioso, de cuyos sudores se aprovechó: no es un acto de generosidad el que egerce: es una deuda la que paga, deuda sagrada de que nada puede dispensarla.

CAPITULO XIV.

De los establecimientos para proporcionar trabajo.

Echemos ahora una mirada sobre los establecimientos públicos destinados al socorro de los indigentes sanos, examinemos la relación que pueden tener con las funciones del *Visitador del pobre*, ya porque este pueda auxiliarlos con su cooperación, ya porque le proporcionen medios de ser útil á su protegido.

Proporcionar trabajo á los indigentes sanos que carecen de él: hé aqui indudablemente el mas útil de todos los socorros. Es provechoso á la sociedad entera: economiza los fondos destinados al alivio de la desgracia, y lo que es mas importante, acostumbra al indigente á valerse con sus propios esfuerzos: sostiene su actividad física y moral: protege la dignidad de su carácter: previene males mas temibles que el hambre y las enfermedades, los vicios y los desórdenes que son el fruto de la ociosidad.

Malthus atribuye al hambre todos los crímenes: la mayor parte proceden de una causa, que sin duda produce tambien el hambre, pero que aun es mas tristemente fecunda: la ociosidad y las pasiones que favorece. Las regiones de Europa en que se cometen mas crímenes son aquellas en que hay mas abundancia, en

que se vive á menos costa, en que reina la ociosidad.

Sin embargo ¿en qué casos, hasta qué punto, bajo qué formas, con qué condiciones, con qué reservas puede y debe ofrecer trabajo la administracion pública?

Aqui es preciso distinguir tambien entre las circunstancias extraordinarias y el estado normal.

Los ramos de industria que se sostienen con una exportacion considerable, pueden verse paralizados por una circunstancia que les cierre esta salida: los que proveen al consumo interior pueden resentirse tambien por un cambio en los gustos y en las modas: pueden sufrir tambien por efecto de una desgracia que disminuya los consumos de la generalidad de los habitantes del país; y esto sucede en ciertos casos de guerra y de penuria: pueden tambien suspenderse por efecto de una estacion rigurosa. En estos casos familias enteras de trabajadores se encuentran amenazadas de una indigencia que las era desconocida y para la cual no estaban preparadas.

La administracion pública es la única que dispone de medios bastante prontos, bastante extensos, bastante poderosos para remediar estas crisis.

Hay ciertos países, ciertas poblaciones en que es mas inminente este peligro, en que puede reproducirse en cierta manera periódicamente; y son aquellas en que se egerce un

género de industria sujeta á grandes y frecuentes oscilaciones, aquellas sobre todo en que se fabrican especialmente objetos de lujo. Los conflictos serán tanto mas terribles cuanto las profesiones que daban trabajo á los obreros, exigiendo una aptitud especial y mayor hábito, tienden á hacerlos casi incapaces para otros trabajos. En tal estado de cosas, durante el tiempo que hay mucha demanda, el número de obreros se aumenta en proporcion á este *máximum*, ó tiende á lo menos á ponerse en equilibrio con él. Cuando en seguida la demanda se disminuye ó se reduce considerablemente, hay falta forzada de trabajo, parcial para algunos, absoluta para otros, sobre todo si faltan capitales para fabricar adelantado, para almacenar esperando tiempos mejores, ó si sometido este género de fabricacion al imperio caprichoso de la moda no se presta á provisiones anticipadas, sino que tiene que aguardar los pedidos para satisfacer el gusto del momento. Tal es la situacion de la segunda ciudad del Reino; y la brillante riqueza de sus manufacturas es precisamente la que la ocasiona este peligro. En estas comarcas, en tales poblaciones es indispensable preveer muy de antemano: es preciso dedicarse á dar á los niños una educacion primaria que los prepare, cuando llegue el caso, á encontrar recursos en sí mismos para dedicarse á trabajos diversos: es menester cuidar mucho de su educacion fisica y desarrollar sus fuerzas por medio de un

buen régimen, para que puedan á lo menos emplearlas cuando no puedan egercitar su habilidad. Allí en fin la administracion pública debe tener preparados de antemano trabajos extraordinarios para los momentos de crisis.

A veces tambien cierto género de empresas adquiere, por una especie de rivalidad entre los especuladores, una actividad desmedida: la fabricacion excede á la demanda: se principian muchas mas cosas que se acaban: se hace mucho mas de lo que puede necesitar el consumo, ó de lo que permiten los capitales disponibles: se traen apresuradamente una porcion de obreros para la egecucion de estos trabajos gigantescos: la acumulacion sobreviene, las operaciones se desgracian: la mayor parte de los fabricantes se ve obligada á parar, otra gran parte se arruina: los operarios que habian dejado sus provincias ó su antigua profesion se encuentran de repente sin empleo. Tal es el espectáculo que sobre un vasto teatro ha presentado este año la Inglaterra.

En estas crisis extraordinarias es una fortuna que el genio de la administracion pública pueda crear una materia de trabajo nueva, é igualmente extraordinaria. Porque es evidente que si no supiese emplear los brazos ociosos mas que en los géneros de trabajo ya egecutados para las necesidades ordinarias del consumo, no haria mas que cambiar el punto del mal sin curarle, produciendo en otro el vacío que se proponia llenar. La administracion pública tiene

casi siempre algun medio de crear una nueva especie de trabajo útil á la sociedad, sin perturbar en nada la marcha general de las profesiones establecidas: caminos, canales, desmontes, terraplenes, transportes, construcciones etc. Por desgracia este género de ocupaciones no puede convenir igualmente á todos los individuos á quienes dejan sin trabajo las circunstancias terribles de que se trata: unas veces el sexo, la edad, el temperamento se resisten á estas fatigas: otras los obreros, acostumbrados á una vida sedentaria, cuya constitucion se ha debilitado, no estarán dispuestos á soportarlas: los que están egercitados en operaciones delicadas no podrán sacar partido de la habilidad y aptitud especial que habian adquirido. En fin, la intemperie de las estaciones será tambien un obstáculo á que las empresas que se hubiesen concebido reciban completo desarrollo.

Siempre quedará por lo mismo cierto número de individuos, sobre todo mugeres y niños, que en semejantes crisis no podrán aprovecharse de las medidas generales tomadas por la administracion, y á quienes son indispensables la asistencia, los consejos y el apoyo de la beneficencia privada.

Cuando la administracion pública se vé obligada á dar trabajo á los brazos ociosos no puede menos de alterar las combinaciones naturales de la industria particular suscitando una concurrencia perjudicial. Los trabajos de hi-

lado y tejido, por ejemplo, emprendidos por la administración, si sacan sus productos al mercado, reducen al consumo de las manufacturas ordinarias; y si se observa la regla de dar jornales mas bajos en los talleres de caridad, bajan tambien los precios, exponiéndose con este daño á crear nuevos pobres por el perjuicio que se hace á las fábricas al querer auxiliar á los pobres que existen. Si se encomiendan á indigentes los trabajos públicos de un orden constante y regular, tambien se reduce á la inaccion á una parte de los operarios que, contando con tales trabajos, se habian dedicado á este oficio determinado.

Siempre es preferible que la administracion, en el caso de que se trata, haga egecutar obras destinadas á su propio servicio mas bien que productos para el mercado. Los hay que puede tener reservados para tiempos de calamidad; y con esta mira debe aprovechar la ocasion para renovar, por ejemplo, ciertas provisiones, ó egecutar ciertos trabajos en mejoras que no sean urgentes.

Cuando tales calamidades amenazan prolongarse, lo que tiene que hacer la administracion pública es procurar, cuanto sea posible, mayor desarrollo á la industria, abriéndola nuevos mercados y secundando con estímulos bien entendidos las empresas particulares que abren nuevos talleres al trabajo.

En semejante ocurrencia ¡cuánto no tendrá que felicitarse por el auxilio de los que están

ya ejercitados en las funciones de *Visitadores del pobre!* ¡qué sábios consejos no podrá dar su experiencia! Necesitará su asistencia para no confundir al individuo apreciable y laborioso, á quien realmente falta trabajo en qué emplearse, con el holgazán, entrometido siempre y astuto con frecuencia para sorprender un socorro que no ha merecido!

Los desastres de que acabamos de hablar no afligen á veces en un país mas que á una localidad particular, encerrándose en ella. Un incendio, por ejemplo, que devora un pueblo: una inundacion, un pedrisco, una epizootia que le arrebatan su cosecha ó sus ganados. Una ciudad, una comarca, pueden estar casi exclusivamente dedicadas á cierta industria que para de repente: un puerto de mar puede verse privado de su actividad por un bloqueo ó por un cambio de direccion en el comercio marítimo. Los efectos de semejante calamidad se hacen entonces mucho mas terribles para el pueblo sobre que recaen, porque comprenden de una manera mas general la masa entera de la poblacion: entonces el heroismo de la caridad privada tiembla al frente de unas desgracias que exceden mucho al poder de sus beneficios; pero tambien entonces la administracion pública tiene á su disposicion mas remedios para semejante mal en el conjunto de los medios de que dispone. Excitará una generosa emulacion para hacer llegar á la comarca, á la ciudad afligida los socorros del resto del país:

se formarán suscripciones, si el espíritu público ha recibido la educación que dispone á semejante concierto, y la dirección conveniente. El genio de la caridad desempeñará otras funciones en tales lugares: él inspirará á los que se consagran á consolar y animar: él inspirará á los que se hagan ministros de los socorros que llegan de fuera.

Existe hoy en el fondo del Adriático una Ciudad célebre, opulenta algún día, que ha perdido al mismo tiempo su vasto comercio, su independencia, hasta el gobierno que residía dentro de sus muros, y cuya decadente población vaga miserable entre palacios de mármol: no se alcanza remedio para sus desgracias, como para ella misma no se alcanza porvenir. Pero son por fortuna muy raros semejantes ejemplos.

Volvamos ya á continuar el orden de nuestras ideas. Hay, en el estado ordinario, dos especies de individuos á quienes se trata de procurar trabajo: unos son los operarios sanos y robustos, que momentáneamente se encuentran sin ocupación por el efecto natural de la reducción en el consumo y la demanda á que están expuestos los productos de varios oficios: otros son las personas ancianas, enfermas ó achacosas que por esto no pueden ejercer sus antiguas profesiones pero que pueden todavía ocuparse de una manera útil en algún trabajo que está á su alcance.

Es un bien sin duda que las administra-

ciones de caridad dispongan con su solicitud algunas obras para que trabajen los unos y los otros, y que les hagan ejecutar sobre todo, cuanto sea posible, los objetos que hayan de consumir ellos mismos, como telas, lienzos, vestidos, etc.; pero es difícil que estas obras convengan á la extrema variedad de situaciones en que se hallan los indigentes y á las distintas condiciones que de aquí resultan. Estas administraciones podrian obtener un precioso auxilio de la industria privada estableciendo oficinas de colocacion y de informes que los particulares viniesen á consultar cuando tuvieran obra que dar á los indigentes y estuviesen dispuestos á hacerlo.

— Pero aquí es donde la cooperacion del *Visi-
tador del pobre* se hace mas necesaria bajo muchos aspectos.

— Por lo que hace á la primera clase de indigentes sin trabajo desde luego hay que preveer que en ella se encontrarán los obreros torpes, perezosos ó dominados por algun vicio, porque siempre que comienza á faltar obra en las fábricas ó talleres, los buenos oficiales son los últimos que quedan, como son los malos los primeros que se despiden. Se necesita, pues, un prudente discernimiento, una esquisita vigilancia para prevenir los abusos en la asistencia que va á recibir esta clase de individuos: acaso se necesita tambien una firmeza severa para obligarlos á aceptar el trabajo, y á que se aprovechen de él con utilidad.

Hay que procurar, además, no alejarlos de que busquen y aprovechen las ocasiones de ingeniarse por sí mismos, y volver á sus anteriores ocupaciones. Y si encontramos obreros apreciables, que á pesar de su aplicación y habilidad tienen lá desgracia de que les falte trabajo, es menester no confundirlos con los pobres habituales, tener con ellos particulares miramientos, poner el mayor cuidado en que conserven el valor y la actividad que la desgracia tal vez podría abatir, pero que pronto volverán á egercitar por una reacción de circunstancias favorables.

Mayores dificultades ofrece la manera de ocupar á la segunda clase de indigentes que acabamos de distinguir. Por de pronto el operario no se sujeta sino con repugnancia á un género de trabajo distinto de aquel á que estaba acostumbrado: la edad, los achaques, los sufrimientos, aumentan esta repugnancia y producen á veces desaliento y disgusto. Se necesita además encontrar una especie de trabajo apropiado á la capacidad del indigente casi siempre que pueda egercutarla en su casa, por consiguiente egercutarla solo: condiciones todas bien poco fáciles de llenar. Sin embargo, nunca se repetirá bastante: es esencial que el pobre capaz todavía de egercitarse en algun trabajo le egercute en efecto por limitado que sea, hasta donde él alcance. Es el primero el mejor socorro que puede dársele, aunque solo sea en interés de su dignidad, de su moralidad

y de su bienestar. Hasta en el caso de que por imposible no sacase ya el pobre ningun provecho del trabajo que egecutase, todavia seria preciso procurarle esta ocupacion como un remedio moral, como un preservativo contra hábitos funestos. Los ciegos, por egemplo, son naturalmente propensos á la desconfianza, á la inquietud: en las condiciones inferiores no se distraen con el encanto de la conversacion: la ociosidad les es extremadamente funesta, y aumenta mucho su desgracia haciéndosela sentir mas vivamente. Procúreseles un trabajo capaz de cautivar su atencion, y todo cambia para ellos: recobran su serenidad y se sienten tambien menos dependientes de los demas. Al *Visitador del pobre* es á quien corresponde persuadir al indigente á que haga uso todavia de las pocas fuerzas que le restan, ofrecerle ocasion para ello, guiarle siquiera con sus consejos, cubrir en su indigencia la parte exacta de las necesidades á que puede satisfacer él mismo con el producto de su trabajo. Los socorros concedidos no deben en ningun caso exceder á las necesidades á que el indigente no pueda realmente subvenir por él mismo.

Cuatro cosas pueden faltar al indigente para egecutar el trabajo que estuviera á su alcance: instrumentos, materia, salida ó despacho, ó la confianza de los que le dieran que trabajar por su cuenta. El *Visitador del pobre* tratará de descubrir cual de estos obstáculos es contra

el que su protegido lucha sin éxito: podrá procurarle los dos primeros objetos, ó facilitarle los dos últimos recursos.

Hay una regla general, fundamental, que abraza todos los géneros de trabajo que pueden procurarse á los indigentes, sobre todo los que da la administracion pública, regla demasiado conocida, y cuyo motivo es harto evidente para que se necesite mas que enunciarla; y es que el salario de estos trabajos debe ser siempre inferior al que hubiera obtenido el mismo individuo por su propia industria.

En Génova hay un magnífico palacio de marmol rodeado de jardines deliciosos donde las huérfanas que se admiten en la infancia se ocupan en hacer flores: bien vestidas, bien alimentadas, parece un paraiso. Tales son las *Fiesquinas*, nombre que procede de que este suntuoso establecimiento ha sido fundado por la familia Fiesqui. Ninguna de estas dichosas huérfanas querria ciertamente dejar su asilo, y todas las jóvenes acudirian á él, si se las quisiese recibir. Admiramos la munificencia de los fundadores de este suntuoso retiro: envidiamos la felicidad de los seres privilegiados que son admitidos á vivir allí tan dulcemente; pero una caridad mas ilustrada hubiera elevado un monumento mas útil; hubiera concebido un plan mejor para dar á la condicion indigente la educacion que necesita, la educacion del trabajo.

El lujo de los establecimientos de caridad

es una de las mayores plagas de la sociedad: puede hacer tantos pobres como la miseria misma. Hay una comarca en Europa en que estos establecimientos han sido multiplicados con profusion, ricamente dotados, variados bajo todas las formas, en que se distribuyen diariamente abundantes limosnas, y es precisamente la comarca en que hay mas pobres. No se ha olvidado mas que una cosa; pero ha sido la mas esencial: no se ha pensado en ofrecer ocupacion á los que no la tienen: se ha descuidado sobre todo excitar á los que están sin trabajo á buscarle ó aceptar el que se les ofrece.

En un país bien regido, que no experimenta turbaciones en su industria ni sufre alguna otra circunstancia particular, la administracion pública no se verá nunca en la necesidad de sostener constante y habitualmente establecimientos en que puedan obtener trabajo gran número de individuos sanos que momentáneamente no le tienen: pronto y fácilmente deberán encontrar ocupacion. Hay mas, y no tememos aventurar que en semejante país seria bajo todos aspectos mucho mas ventajoso ayudar por todos los medios posibles á los obreros que carecen momentáneamente de trabajo á colocarse como simples particulares. Cualquiera que sea tambien la utilidad de las escuelas de industria para arrancar los niños á la holgazanería, darles aficion al trabajo, y prepararles una carrera, creemos preferible poner en aprendizaje á estos

:

mismos niños en cuanto sea posible en talleres de maestros particulares. De esta manera, las cosas siguen mejor su curso natural, se ofrecen á cada uno recursos mas variados, el indigente se encuentra mejor y la administracion tambien gana porque se libra de grandes embarazos. Por otra parte es un hecho reconocido que ella hace siempre elaborar peor y á precios mas subidos, y esto se explica por sí mismo. Quisiéramos pues ver establecidos, hasta donde fuese posible, en lugar de talleres públicos, oficinas para dar colocacion á los aprendices y á los obreros sin trabajo: los *Visitadores del pobre* podrán hasta cierto punto hacer sus veces, y en todo caso auxiliar sus operaciones.

Seria interesante investigar cuales son las profesiones que tienen mayor número de indigentes, y cuales las especies de trabajo mejor apropiadas á la situacion de los que son capaces de él.

Hay tres especies de profesiones que conducen mas ordinariamente á la indigencia; y son las que ocasionan con mas frecuencia achaques, accidentes ó enfermedades, las que están mas expuestas á las interrupciones del trabajo, y aquellas en fin cuyo salario es mas bajo.

En el capítulo precedente hemos tenido ocasion de señalar las profesiones que mas especialmente parecen pertenecer á la primera clase: tales son las de cordoneros, sastres, tejedores, por el género de vida sedentaria y la inmovilidad á que los condenan: la de albañi-

les, bajo el punto de vista de los accidentes y caídas: la de los pintores y doradores, y en París la de los porteros por ciertos achaques particulares á que exponen. Las profesiones mas sugetas á interrupciones, son, en el campo la de los viñadores, y en las ciudades la de los que elaboran los objetos de lujo, y particularmente los artículos sugetos á los caprichos de la moda.

Las profesiones que no suponen ningun arte, ningun estudio, ninguna capacidad ó habilidad especial, son naturalmente las menos recompensadas, al mismo tiempo que se presentan para ellas mayor número de brazos, lo que tambien concurre á hacer bajar el salario. Este salario es pues insuficiente para sostener una casa, una familia, hasta para permitir al individuo aislado reservar pequeños ahorros para subvenir á los gastos de una enfermedad. Tal es, por egemplo, en Paris el oficio de traperero, que forma en cierta manera una raza aparte en los arrabales de San Victor y San Marcelo. Apenas puede formarse idea del estado miserable en que viven estos pobres: vestidos de harapos, errando de dia por las calles, y amontonados de noche en vastos desvanes, donde los mismos trapos que recogen les sirven de lecho comun, sus costumbres bajo ciertos aspectos apenas ofrecen el menor vestigio de civilizacion. En el seno de la capital mas elegante de Europa es donde se sostiene y se derrama esta nacion medio salvage. Un tra-

pero apenas saca un franco y cincuenta céntimos cada día de las largas carreras en que le emplea: sin embargo, una porcion de desgraciados perseveran en esta miserable industria. Y es porque no exigiendo ninguna habilidad, ninguna aplicacion, lisongea los gustos de la holgazanería y de la vagancia: es un paseo mas bien que un trabajo.

Tal era en otro tiempo en Nápoles la condicion de los Lazaroni, que no era en realidad mas que la profesion de los braceros, de los comisionistas, pero egercida por una multitud de gentes acostumbradas á vivir con nada, reducidas por su número mismo á trabajar muy poco, á contentarse con un módico salario, y conducidas tambien por sus hábitos y sus gustos á aceptar esta consecuencia.

Siendo las profesiones mas lucrativas aquellas que exigen una habilidad particular, un largo egercicio, un hábito adquirido desde la infancia, el obrero que no puede continuar en el egercicio de su oficio, ya porque le falte trabajo, ya porque una enfermedad se lo impida, no puede recurrir mas que á los trabajos menos productivos, que son accesibles á todos, que se egecutan sin preparacion, y que por esta circunstancia son buscados por mayor número de concurrentes. La administracion de los hospitales civiles de Paris ha concebido una idea eminentemente juiciosa y la mas á propósito para ofrecer á estos desgraciados el recurso mas conveniente á su posicion, al crear su es-

tablecimiento de hilados y tegidos. Ocupa en él principalmente á las mugeres, porque las mugeres son tambien las mas expuestas á carecer de trabajo: las permite trabajar en su domicilio, entregándoles el cerro de lino ó cáñamo bajo un certificado del propietario ó del administrador principal de su habitacion, visada por el administrador de caridad: no las obliga á trabajar sino lo que buenamente puedan, y en los momentos oportunos: por último, los hospitales y hospicios consumen ellos mismos las telas. Remontándonos al año 12, y siguiendo durante mas de 20 años la marcha de este establecimiento encontramos que el número de indigentes á que ha dado trabajo, ha subido, segun los años, de 1,900 á 3,000, en cuyo número de 1,700 á 1,800 eran hilanderas; de 40 á 145 tegedores; de 22 á 23 operarios de otras clases. En 1822 recibieron trabajo del establecimiento de hilados 2,394 indigentes: se les repartió por sus salarios la suma de 151,872 francos, que es próximamente 63 francos por año y persona; pero el jornal de los tegedores excedia al de las hilanderas en un franco y 72 céntimos, que sube apenas á 20 céntimos por dia. Verdad es que la mayor parte de ellas son ancianas, enfermas, que desempeñan al mismo tiempo otras ocupaciones; y bien se echa de ver que lo que aqui da la administracion no tiene el inconveniente de quitar la mano de obra á los establecimientos de industria privada. En su origen

hacian tambien los indigentes cintas, hiladillos y trencillas; pero á esto se renunció despues con mucho acierto.

La separacion de las nieves y el barrido de las calles en ciertos dias del invierno, dá por de pronto ocupacion á numerosos obreros, á quienes el rigor de la estacion priva momentáneamente de su trabajo ordinario. La licencia de exponer ó llevar acuestas y vender frutos, legumbres, flores, pastas ó dulces permite á los desgraciados que no pueden menos de estacionarse en las calles ó recorrerlas, el llegarse á crear una especie de posicion á poco que puedan disponer de algunos pequeños adelantos.

Con razon se han citado como modelos las escuelas industriales y talleres de indigentes que existian en Hamburgo. Estos bellos establecimientos sucumbieron durante los sucesos políticos de que fue teatro aquella ciudad hace cerca de veinte años, y por efecto de las desgracias que la abrumaron en el tiempo en que estuvo ocupada por los ejércitos franceses: nunca se deplorará demasiado su pérdida. Nos queda al menos el interesante cuadro que nos ha trazado de ellos un filantropo que habia contribuido no poco á su creacion, á su organizacion y direccion, y que por sus honrosos trabajos, tiene mucho derecho al reconocimiento de los amigos de la humanidad: hablemos del Baron de Voght.

Una reunion de estos generosos amigos habia fundado en París en 1803 un estableci-

miento de socorros en que habia escuelas de caridad, asilo para niños extraviados ó perdidos, una sala para socorrer á individuos acometidos de accidentes repentinos, una pension de jóvenes, un taller de hilados y otros oficios. Mas este establecimiento no pudo sostenerse y ocasionó pérdidas considerables á sus fundadores (1). Por la misma época se abrió un taller en Chaillot para jóvenes solteras; y en varias ocasiones se ha tratado de establecer en Paris casas de aprendizaje para huérfanos, en que se los instruyese en diversos oficios; pero todas estas empresas han fracasado al poco tiempo.

Sin duda son muy dignos de elogio los motivos que sugieren la idea de esta especie de establecimientos. Ofrecen la ventaja de dar á los niños con el gusto del trabajo, y la aptitud necesaria para un oficio productivo, esa buena educacion, esos hábitos de orden y de disciplina, esas instrucciones saludables que no recibirian ordinariamente de los maestros particulares á quienes se confiasen para el aprendizaje. Pero tampoco se puede menos de reconocer que bajo el aspecto económico estos establecimientos deben tener siempre mucha dificultad para sostenerse. Nunca fabricarán á tan buen precio como los particulares: es raro que pue-

(1) El reglamento de estos establecimientos es un modelo de sabiduría. Entre los fundadores y administradores se hallaba el Conde de Monmorency, cuyo nombre se encuentra constantemente unido á todo lo que se ha hecho bueno en Paris hace 25 años.

dan fabricar tan bien : los aprendices no se forman tan rápidamente para el trabajo como en el aprendizaje ordinario. Tampoco es posible enseñarles mas que un pequeño número de oficios; y por último se corre el riesgo de dar á una profesion mas oficiales que los que necesita, mientras que los aprendizages particulares se miden siempre por la necesidad de operarios. Estas consideraciones, sin embargo, no se aplican á los talleres para las jóvenes que frecuentemente se asocian con buen éxito á las escuelas de caridad. Hay para estas ciertas especies de trabajo en que todas tienen necesidad de ejercitarse, como las de aguja, y que deben formar la ocupacion del mayor número, ó ayudarles á encontrar alguna. Los talleres en que se las enseña no exigen grandes establecimientos ni grandes capitales : no hay materias primeras que comprar, ni especulaciones que emprender, y los productos se despachan con facilidad y de una manera muy natural. En las escuelas de enseñanza mútua, estos trabajos se combinan perfectamente con la lectura, escritura y otras lecciones, y se enseñan por un método muy ingenioso que hace progresar rápidamente á los niños.

Una oficina ó registro para colocar á los aprendices de los dos sexos, sería una institucion mas fácil, menos costosa y bajo muchos aspectos mas útil que las escuelas industriales: cuando menos podrian suplirlas. Oficinas de esta clase deberian naturalmente colocarse cerca

de las escuelas de caridad, pero ya hemos tenido ocasion de hacer ver que la intervencion del *Visitador del pobre* puede llenar este mismo objeto. La caridad privada tomando ese carácter de actividad y de investigacion que tratamos de personificar en las funciones del *Visitador del pobre*, formando y multiplicando las relaciones entre el obrero que carece de trabajo y el particular que tiene trabajo que dar, procurará siempre á aquellos el recurso mas seguro, mas útil y mas conveniente á la economía general de la sociedad.

Nosotros nos felicitáramos de que el *Visitador del pobre* saliese de las mismas condiciones industriales: negociante, mercader, manufacturero, su experiencia y sus relaciones le sugeririan modos y medios para ofrecer al indigente sábios consejos y eficaces recomendaciones.

En los pueblos situados en montañas donde el invierno es tan largo como riguroso, los simples jornaleros que no viven mas que del trabajo de sus manos se ven condenados durante una porcion del año á una terrible ociosidad. Mas si algun género de industria que pueda egercitarse en el invierno llegára á introducirse en las cabañas, el jornalero encontraría un precioso recurso con que alimentar á su familia y preservarse de la ociosidad, mientras que el pequeño propietario y el colono recogerian utilidades que emplearian con éxito. La fabricacion de relojes ha vivificado

un canton del departamento de Doubs, situado sobre el Jura en los confines de Suiza: la de muselinas ha derramado la prosperidad en las montañas de Beaujolais. Uno de mis amigos que ha creado vastos establecimientos industriales y á quien anima el celo de una filantropía ilustrada, ha introducido la fabricacion de telas en una porcion de las montañas del departamento de Isere, haciendo á los habitantes el adelanto de los útiles necesarios, dándoles el cáñamo y comprando luego la tela fabricada. El tegido de algodón anima y enriquece los valles de los Vosgos: el venerable Overlin ha civilizado en cierta manera la poblacion del Ban de la Roche, en la cumbre de los Vosgos, llevando allí la comodidad y las buenas costumbres, y asociando trabajos de fabricacion á una agricultura mejor dirigida. ¡Útiles ejemplos que nunca se podrán propagar y hacer conocer demasiado!

Ya hemos dicho que los ciegos mismos eran capaces de algunas ocupaciones útiles y lucrativas. Los hay que no exigen por su parte un aprendizaje particular ó que solo le exigen facil y corto. En los establecimientos fundados en Londres y en Liverpool para esta especie de achaques los ciegos hacen esteras, tapices etc. En el hospital Real de los *Trescientos* de Paris, cierto número de ciegos ha llegado á crearse oficios; doce son torneros, tres relojeros, otros fabrican juguetes para niños, papel de vidrio, cordones, bolsas, cofrecitos y cajas de

carton. Entre ellos hay un rellenador de sillas, un campanero, un mozo de cordel, dos aguadores y algunos buhoneros. Los que han podido aprender música, encuentran en el ejercicio de este arte un recurso doblemente precioso: por una parte en lo que tiene de lucrativo, y por otra en cuanto les procura la mas dulce distraccion: en este hospital de los Trescientos hay veinte y tres músicos, nueve músicas, un organista y un afinador de pianos. En fin, con una educacion mas extensa pueden llegar á egercer funciones mas distinguidas: en el mismo establecimiento hay tres ciegos profesores de gramática y de lenguas, un profesor de matemáticas, y de él ha salido otro de la misma ciencia para uno de los Colegios Reales. Comenzando desde la infancia la educacion del ciego, se puede conseguir que adquiera en las profesiones industriales una habilidad notable: nosotros no hemos podido menos de quedar altamente admirados al ver lo que egecutan los jóvenes ciegos en la institucion fundada por M. Hauy, que es deudora á M. Piquer, su director actual, de los mas notables progresos. ¡Cuánto seria de desear que esta interesante institucion llegara á ser un taller normal, al que cada departamento del reino enviara sus alumnos, para que estos al volver á sus pueblos instruyesen á su vez á sus compañeros de infortunio! Entre tanto la mayor parte de los ciegos recibidos en nuestros hospicios ó socorridos á domicilio permanecen ociosos; y acaso

no hay uno solo que no pudiese ganar la mitad por lo menos ó las tres cuartas partes de la subsistencia (1).

Lo que en este género puede llegarse á hacer por los ciegos, nos indica lo que se puede hacer tambien por los ancianos y enfermos, á quienes su edad y sus achaques permiten todavia alguna ocupacion.

(1) Un ciego tan interesante por sus conocimientos, su honradez y sus desgracias, como por el celo que le animaba para socorrer á sus hermanos de infortunio, M. Heilmann, habia establecido hace algunos años en los Inválidos una manufactura de paños para el uniforme del ejército, donde todos los trabajos se ejecutan por ciegos. Este establecimiento ha fracasado desgraciadamente, no por vicios interiores, ni por faltas de su gefe, sino por haberse abusado de la confianza de éste.

CAPITULO XV.

De las instituciones de prevision.

Si el socorro de la indigencia llama á sí todo el auxilio de la administracion pública, hay para esta otro deber no menos sagrado, cual es el hacer cuanto esté de su parte para prevenir la indigencia en su origen; y cuando es posible obtener este resultado, es aun mucho mas precioso.

El trabajo es el verdadero, el universal antidoto contra la pobreza; pero un trabajo acompañado de orden, de economía y de prevision.

La administracion pública tiene mil medios para estimular al trabajo, aunque no sea mas que con la proteccion que concede á la propiedad, á la libertad de industria y á la concurrencia, por los mercados que la abre, por las comunicaciones que hace mas fáciles.

Puede tambien excitar el espíritu de orden, de economía y de prevision, fundando, ó mas bien favoreciendo las instituciones destinadas á recibir los ahorros y á hacerlos productivos. Pero ya en este punto necesita ser secundada por la opinion pública, por las costumbres de las clases laboriosas. Es menester derramar la luz, hacerla penetrar en los talleres, ofrecer egemplos y persuadir.

El que ha sido testigo de las miserias del pobre, el que confidente suyo se haya penetrado bien de como la imprevisión y el desorden conducen gradualmente al abismo, este será el mas elocuente intérprete de estas verdades, que no es posible hacer conocer bastante á todas las clases de la sociedad. Si llega á encontrar alguno de esos artesanos que viven solo del dia, sin cuidarse del porvenir, le descubrirá los peligros que le amenazan, le pintará todo lo que ha visto.

Las dos terceras partes de los indigentes socorridos en los pueblos, no sufren mas que una miseria pasajera. El *Visitador del pobre* que ha entrado en relacion con este para procurarle el socorro temporal que exigian sus circunstancias, que ha obtenido su confianza, está en la situacion mas favorable para dar á su protegido la direccion mas propia, á garantizarle del peligro de recaer en la misma desgracia en que tanto ha sufrido, y de la que tanto le costó redimirle. ¡Hé aqui otra nueva mision para nuestro *Visitador del pobre*! ¡mision no menos bella, no menos fecunda! El enseñará al que sale del abismo y renace á la verdadera independendencia el arte de proveer por sí mismo á su propio porvenir.

¡Ah! ¡ojalá que en efecto obtenga bastante imperio sobre el ánimo del desgraciado que acaba de salvar para que escuche sus consejos y le preserven, ante de todo, de los lazos que le tiendan promesas falaces, que lisongeán-

dole con la idea de enriquecerle, fácilmente le prepararian en realidad una nueva ruina! ¿Pues qué, la seducción de los juegos de azar no viene tambien alguna vez á tentar al obrero en el seno de su vida inocente y laboriosa? —“Amigo »mio, le diria en tal caso el *Visitador*, ¿es »posible que esta fatal seducción haya tenido »nunca algun imperio sobre vos? ¿tendré ne- »cesidad de preservaros de la ilusion grosera »que bajo la esperanza de una ganancia in- »fame, aun cuando se obtenga, os ocultará »un precipicio sin fondo, al que irian á su- »mirse vuestro reposo, vuestro tiempo, vues- »tras costumbres y vuestra existencia entera? »No: vos os alejareis con honor de semejante »peligro.”

Pero hay otros juegos no menos péfidos, no menos crueles, y de los que acaso se desconfia menos. ¿Será cierto que ha podido imaginarse una combinacion tan maquiavélica como la de establecer una contribucion pública, ilimitada, sobre las clases menos acomodadas, abusando de su credulidad, exaltando su imaginacion con falsas esperanzas, poniéndose á su alcance por la pequeñez de las sumas; pero preparando por su frecuente repeticion una ruina tanto mas inevitable, cuanto que se labra de una manera insensible, creando para algunos á costa del mayor número, ganancias fortuitas obtenidas sin mérito, ganancias verdaderamente corruptoras? ¿Será posible que semejante combinacion haya sido concebida y

realizada por los mismos que debian proteccion á las costumbres y al bienestar de todos?

=“Amigo mio ¿no veis que se os engaña, »que se burlan de vos? El mismo producto »del impuesto ¿no es una prueba evidente de »lo que se quita á los jugadores en ese juego »desigual que se llama *loteria*?.... Podeis hoy »perder vuestro pequeño ahorro: mañana quer- »reis reparar otra pérdida: pedireis prestado, »y entrareis en un camino cuyo término no es »otro que esa misma miseria de que milagro- »samente acabais de salir. Veis esa casa de »préstamo: una porcion de los efectos depo- »sitados en ella ha sido sacrificada á ese há- »bito fatal: ¡cuántos indigentes he conocido, »cuya miseria no tenia otra causa! ¿Quereis »jugar á golpe seguro? asegurad vuestros pe- »queños ahorros en lugar de arrojarlos en esa »sima: obtendreis el lote un poco mas tarde, »pero le obtendreis con seguridad!”=

Esta vez mi protegido se cree seguro de hacer una especulacion ventajosa: ha leído en un cartel el prospecto de una sociedad de supervivencia que le promete un capital considerable comprado solamente por pequeñas imposiciones repetidas y continuadas. =“¿No es »esto, me dice mi protegido, una verdadera »*Caja de ahorros*? Se acumulan mis pequeñas »economías; se las hace productivas: si las »pierdo será porque moriré pronto; pero en- »tonces tampoco las necesito: cuando me hacen »falta es para la vejez.=Amigo mio, quiero

»por un momento creer en esos bellos cálculos: mas decidme ¿conocéis bien á las personas que se ofrecen con tanto empeño á cuidar de vuestros negocios, creando y dirigiendo esta sociedad? ¿estais seguro de su capacidad, de sus garantías, de su delicadeza? ¿quién os asegura que cumplirán lo que prometen? Además ¿habeis comprobado esos cálculos? ¿podreis comprobarlos? ¿no cabe en ellos algun error voluntario ó involuntario? Pero acerca de esto convenís en que os hallais en una completa é invencible ignorancia. Pues he aqui otro cálculo que es muy sencillo: los autores de este proyecto no se consagran gratuitamente á prestaros este servicio: quieren crear para sí mismos empleos lucrativos: van á tener una casa, oficina, comisionados que tambien han de ser retribuidos; y todo esto ¿á costa de quién? yo aplaudo esa prevision para la época de vuestra vejez; pero entretanto ¿no pueden sobrevenir algunas circunstancias que os hagan necesarios los ahorros que hayais logrado conservar? ¿no podeis ser acometido de enfermedades precoces y pasageras? Un accidente, una circunstancia cualquiera ¿no puede suspender vuestro trabajo? ¿no es esto lo que os enseña la experiencia misma de la situacion de que acabais de salir?..

»Podeis morir pronto; pero aun en este mismo caso ¿no lamentareis que se pierda el fruto de vuestras economías? ¿no teneis hijos ó esposa que lo hubieran recogido? Si sois solo

»¿habeis renunciado á ser esposo y padre? En
»este caso vuestros ahorros os servirian para
»estableceros, y algun dia aprovecharian á vues-
»tra familia. ¿Qué viene á ser por otra parte
»ese juego singular en que los hombres juegan
»sobre su propia vida, apuestan sobre su reci-
»proca muerte, y fundan la esperanza de ga-
»nar en el de ver perecer antes que ellos á
»sus pretendidos asociados? Teneis bastante
»buen sentido para no conocer que esto no
»es una caja de ahorros: es una convencion
»inmoral en su principio, sin garantía y que
»solo ofrece peligros sin ventajas. Haced ahor-
»ros, sí, yo os lo aplaudo; pero estos ahorros
»son demasiado preciosos: os han costado mu-
»chos sudores y privaciones: serán vuestro
»porvenir: cuidad, pues, mucho de no com-
»prometerlos para que sean realmente pro-
»ductivos.” = No me limito á estos débiles
razonamientos: como en estos los egemplos
son las mejores razones, le refiero la historia
de la caja Laffarge y otras semejantes.

Otros, y este será el mayor número, vol-
viendo á su vida acostumbrada despues de una
crisis pasagera, recaerán naturalmente en sus
antiguos hábitos de abandono y de incuria, an-
siosos de gozar de la situacion á que han vuelto;
repugnarán imponerse nuevas y voluntarias pri-
vaciones despues de las que la necesidad les
ha hecho sufrir. Han sido por cierto muy
cruelles: el padre de familias estaba gravemente
enfermo: faltaban todos los recursos: la mu-

ger y los hijos se morian de hambre, y hemos tenido la felicidad de salvarlos: pero ¿ha terminado nuestra mision? No: pensemos en el porvenir del que no sabe pensar en él por sí mismo. Hagámosle al menos provechosa la severa leccion que acaba de recibir, ya que el momento es propicio. El desgraciado ha vuelto á la salud; ha recobrado un estado: su muger tiene tambien ocupacion: sus hijos estan ya en aprendizaje: todos se reaniman: un rayo de esperanza penetra en esa morada, donde se escuchaban tantos sollozos. El ánimo de nuestro protegido está mas sereno, su razon mas tranquila: nos escucha con deferencia: se alegra de haberse confiado á nosotros, y está bien convencido de la sinceridad de nuestra benevolencia! Entonces le hacemos observar con fuerza, pero sin acritud, que con orden y economía hubiera podido prevenir la miseria á que acaba de sustraerse: que semejantes accidentes pueden repetirse todavia: que nuevas y distintas desgracias pueden venir á afligirle: que algun dia la vejez y los achaques habrán de alcanzar á él y á su compañera: que guardando cada dia solamente algunos centimos sobre el producto de su trabajo, puede llegar á reunir ahorros suficientes para ponerse al abrigo de la miseria: que este sacrificio repetido diariamente apenas es sensible: que si no le sobreviene algun terrible acontecimiento esta reserva llegará á formar un pequeño capital, con cuya ayuda podrá educar mejor á sus hijos,

establecerse por su propia cuenta, hacerse mas independiente, y aumentar su bienestar por el desarrollo de su industria. Apelamos, en suma, á todas las máximas de prudencia, invocamos los afectos de familia, interesamos hasta su misma altivez.

Pero estos ahorros diarios ¿dónde los depositará? si los guarda él mismo puede perderlos: á cada momento le vendrá la tentacion de usar de ellos: no les hará producir ningun interés: no sabe tampoco como colocarlos con ventaja y seguridad. Ahora es él quien me pide consejo; antes de dárselo, examinaré cuidadosamente su situacion, estudiaré los recursos que pueden ofrecer los establecimientos locales, la direccion que se les dá, y las garantías que prometen.

Si nuestro protegido no gana todavia mas que un corto salario, si tiene muchas cargas, si no puede apartar por semana mas que una suma insignificante, si le creemos bastante débil para que con facilidad se desaliente con el nuevo plan de economía que acaba de adoptar, si es preciso que se le sugete con algun empeño, si creemos peligroso para él que pueda retirar sus ahorros cuando quiera, le indicaremos desde luego un medio muy sencillo, y tendremos la ventaja de determinarle por medio del ejemplo, que entre todas las autoridades es la mas poderosa sobre los espíritus poco ilustrados.

Permítaseme continuar suponiéndome en

Paris para tomar allí mis ejemplos: vuelvo, pues, á mi diálogo con ese obrero imprevisor, de cuyo destino estoy cuidando.—“Sabeis, le »digo, que mientras que consumís cada día »todo el producto de vuestro trabajo, muchos »de vuestros compañeros mas prudentes y mas »cuertos, han formado entre sí asociaciones »muy bien concebidas por medio de las cuales »se ponen á cubierto de los peligros que os »amenazan? Podria indicaros cerca de doscientas sociedades de prevision mutua formadas »con este objeto: sobre 18,000 obreros están »reunidos en ellas: los fondos que tienen impuestos en caja ascienden próximamente á »1.200,000 francos. Se calcula que asisten »anualmente á 400 achacosos ó ancianos á »quienes ponen al abrigo de las necesidades, y »á 1,600 enfermos, á quienes no solo proporcionan los medicamentos necesarios, sino la »indemnizacion de las pérdidas ocasionadas por »la suspension del trabajo: las hay que abonan »al operario herido una suma igual al salario »que hubiera ganado en un día, y generalmente dan de franco y medio á tres francos á »sus enfermos. Sostienen tambien un gran número de viudas. Muchas han empleado sus »capitales en comprar tiendas ó talleres, y los »prestan á los asociados que no tienen medio »de procurárselos. ¿No es esto precisamente »lo que necesitamos? ¿y cuál es el sacrificio »que teneis que imponeros? solamente el de »uno á tres francos por mes, segun la asocia-

»cion que se elija, es decir de tres á diez céntimos por día. ¿Os ha de ser imposible un ahorro tan pequeño? ¿dudareis en prescribirlo considerando toda la seguridad que os proporciona? ¿no tendreis tambien en cuenta la ventaja que os ofrece poniéndoos en relacion con obreros apreciables, llamado á cooperar con ellos para una institucion tan laudable? ¿los encontrareis de todas profesiones en todos los cuarteles; cuento ya con vuestra palabra y desde este momento os considero á salvo.»

Estas asociaciones, lo sé, y lo lamento, no existen ni con mucho en todos los puntos en donde serian necesarias; pero si en las ciudades en que son todavia desconocidas, personas celosas y experimentadas entrasen en relaciones habituales con los indigentes, estudiaran las causas y los remedios de la pobreza, no tardarian en sentir la necesidad de semejantes establecimientos y en provocar su creacion. El ministerio de *Visitadores* los pondria naturalmente en estado de hacer esta buena accion mas, bastándoles para ello empeñar con sus consejos á algunos obreros á que diesen el ejemplo. Acaso hay tambien algunas ciudades en que hasta se ha temido la creacion de semejantes asociaciones, creyendo que solo servian para las coaliciones de obreros. Pero la experiencia debe dar una completa seguridad contra este peligro: se acaba de ver que cerca de 18,000 obreros están de esta manera asociados en la capital, sin que de ello haya resultado

ningun inconveniente; y en el número de estas instituciones las hay que traen su origen de 1694, de 1760 etc. Conviene sin duda darlas una prudente direccion. En París reciben estímulos y preciosos consejos de la Sociedad filantrópica, que egerce sobre ellos una especie de tutela benéfica. Las reuniones formadas con un objeto favorable á las buenas costumbres y con espíritu de orden están naturalmente animadas de intenciones laudables. Todo lo que tiende á crear y sostener el espíritu de orden, de economía y de prevision, tiende naturalmente á sostener y mejorar las costumbres. Los reglamentos de las sociedades de socorros mutuos encierran ordinariamente disposiciones muy laudables, y que deben egercer la mas benéfica influencia de una manera mas directa: los mas de ellos excluyen de toda participacion en la asistencia mutua á aquellos asociados que solo padecen por consecuencia de la intemperancia, del desorden ó de riñas voluntarias.

En el Mediodia de la Francia y en Italia, las asociaciones de esta especie han reunido un carácter religioso al objeto principal de socorros mutuos, tomando la forma de cofradías: en Roma son muy antiguas y numerosas: atienden á la sepultura de sus individuos, y muchas han sido bastante opulentas para edificar templos magníficos. Pero no es siempre el espíritu de orden, de economía y de prevision el que preside á su existencia.

Quiero suponer ahora que mi protegido

esté en disposición de colocar en sitio mas seguro sus pequeños ahorros, que tenga valor para ello, y que lo haya tomado el gusto por el ensayo que acaba de hacer: supongo tambien que prevea un momento en que tenga tal vez necesidad de un pequeño capital, ya para comprar ó renovar su taller, ya para poner su casa, ya para devolver una suma que se le haya prestado, ya para casarse, ó si está casado para el parto de su muger, ya para colocar sus hijos... ¿para cuánto, en fin, no puede servirle un pequeño capital? En este caso tengo que hacerle nuevas indicaciones, que le serán igualmente útiles, si no quiere ó no puede recurrir á las sociedades de socorros mutuos de que estamos tratando: tal es, por egemplo, el caso de que no estuviese seguro de permanecer algunos años en el pueblo en que se hallan establecidas dichas sociedades.

«Necesitamos amigo mio encontrar reunidas á la vez tres condiciones difíciles: necesitamos un depósito en que vuestros ahorros estén en completa seguridad: necesitamos un establecimiento en que produzcan cuanto sea posible: necesitamos en fin que quedeis en libertad de sacarlos en el momento tal vez imprevisto en que tengais necesidad de vuestro pequeño capital. Pues bien estas tres condiciones las reúne la *Caja de ahorros*. Está administrada por los hombres mas recomendables, que la han dotado ellos mismos, y que consagran gratuitamente á servirla su atencion

»y su tiempo, El orden y la economía mas rigurosa presiden á sus operaciones. Si podeis »reservar cuarenta céntimos diarios, tendreis »á vuestra disposicion sin inquietud ni trabajo »al cabo de 10 años 1871 francos.

de 15. . . . 3221

de 20. . . . 4954

de 25. . . . 7176

de 30. . . . 10029

»Se os puede asegurar este capital: quedais en »libertad de depositar mas ó menos, con tal »que no exceda de 50 francos por semana, lo »cual ahora no podriais hacer aunque quisierais. Iremos allá juntos el próximo domingo: »allí lo vereis con vuestros propios ojos: vereis »que multitud acude á tomar parte en las ventajas que ofrece, con que orden, que celeridad y que complacencia se sirve á los impo- »nentes." Pero no: en lugar de discurrir con mi protegido, le daré á leer "*las tres visitas de Mr. Bruno.*" (1) Nos complacemos en ver como estas saludables instituciones ignoradas en Francia no ha mucho tiempo, se multiplican, se consolidan y extienden á nuestras provincias su benéfica influencia. La *Caja de ahorros* de Paris ha dado el primer ejemplo y ha servido tambien de modelo: fundada en 1818 ha llegado rápidamente al mas alto grado

(1) Opúsculo encantador del difunto Mr. Lemontéy en que el espíritu mas gracioso y amable se pone al servicio de la beneficencia; Dichosos los hombres de letras, cuando logran convertir así un escrito en una buena accion.

de prosperidad, ó mas bien al mas alto grado de utilidad. Los productos de su dotacion, formada en parte con los dones de sus fundadores, ascienden á 55,000 francos próximamente, y no pasando sus gastos anuales de 44,000 son muy inferiores al interés de su capital. El número de cuentas abiertas á los imponentes es en este momento de 28,000 y la totalidad de sumas impuestas son:

1.º Rentas inscriptas en nombre de los imponentes en bonos de renta.	235,620 fr.
2.º Sumas en numerario y capital.	1.383,525 fr.

Hasta hoy las mugeres y las jóvenes se presentan en mayor número que los hombres: los mancebos de tiendas: los encargados de almacenes, y los criados sobre todo, forman la mayor parte de imponentes. El número de los obreros no es tan considerable. Pero prescindiendo de que los obreros son regularmente menos instruidos, menos previsores, menos económicos, y de que son menores tambien sus salarios, hay que tener presente que cerca de 18,000 de ellos depositan sus ahorros en las sociedades de prevision. Muchas de estas sociedades vienen á depositar tambien en la *Caja de ahorros* el importe de las colectas hechas entre sus miembros.

No deja de ser interesante comparar con

esta situación la de una *Caja de ahorros* de provincia: la de Lyon, fundada el 15 de Diciembre de 1822. Había recibido hasta fines de Diciembre de 1825 462,156 francos, de cuya suma tenía 382,485, 14,010 francos de rentas en papel, próximamente 280,000, y numerario en caja 102,285. Esta suma pertenecía á 512 obreros, de los cuales eran

Trabajadores en seda.	251
Criados.	312
Empleados diferentes.	70
Jóvenes sin tutela.	68
Pequeños censualistas.	66

La dotación de este establecimiento no asciende todavía mas que á 26,000 francos.

La imposición en rentas sobre el estado de los fondos recogidos por las *Cajas de ahorros*, es conveniente bajo todos aspectos y ofrece muchas ventajas: hay sin embargo en su estado actual el inconveniente de estar expuestas estas Cajas á pérdidas considerables, si habiendo una notable baja en la cotización de los fondos y reclamándose al mismo tiempo muchos reembolsos, se viesen obligadas á realizar sus rentas á un precio inferior al de la adquisición. Hay también el inconveniente de llamar la atención de las clases inferiores de la sociedad sobre la oscilación de los fondos públicos cuando estas oscilaciones son sensibles, y exponerlas á que se ocupen de ese juego y de las ganancias ó pérdidas que resultan. Sería de desear que en Francia como en Inglaterra se abriese directa-

mente un crédito en el Tesoro Real con un interés fijo, para las sumas que estas Cajas estuviesen autorizadas á imponer; y nos lisonjemos de alcanzar un favor que reclaman motivos altamente plausibles.

Muchos fabricantes, propietarios de grandes establecimientos industriales, han erigido en el interior de sus manufacturas con una solicitud verdaderamente paternal, *Cajas de ahorros* para las familias de sus operarios.

Si solo algunas grandes ciudades tienen la ventaja de poseer *Cajas de ahorros*, y si ellas solas pueden únicamente instituir las en su seno ¿no se podría hacer participar de este beneficio á las demas localidades, hasta las simples aldeas? Con bastante frecuencia he tenido que imponer en la *Caja de ahorros* de Paris para personas que habitaban á mas de 40 leguas ¿no se podrian recibir é inscribir en los Ayuntamientos, por ejemplo, los ahorros de los habitantes del distrito que quisieran gozar de este beneficio y enviarlo á la *Caja de ahorros* mas inmediata en una sola suma y bajo un nombre colectivo? Si este proyecto pudiera efectuarse, sería fácil establecer *Caja de ahorros*, por lo menos, en los principales pueblos de cada departamento: sus operaciones adquiririan por la concurrencia de los habitantes diseminados en el territorio la extension necesaria que tal vez no serían bastante á darla las imposiciones hechas en la capital.

Pero volvamos al indigente que hemos re-

sucitado y cuyo destino queremos asegurar. Le he acostumbrado á mirar al porvenir: ahora no le encuentro seguro en nada: todo lo quiere preveer, y me dice: = "Una inquietud me atormenta y me asedia: echando la vista sobre mi muger, sobre mis hijos, temo que un accidente imprevisto pueda sorprenderme mañana y quitarles mi apoyo: no tienen para vivir mas que mi trabajo ¿qué va á ser de ellos? los pequeños ahorros que haya podido acumular en algunos meses, no los alcanzarian ni para pocos dias. = Pues bien amigo mio, aun tenemos un preservativo contra este peligro. ¿Queréis asegurar á vuestra viuda, á vuestros hijos un recurso determinado, una suma fija que no pueda faltarles aun cuando vos falteis? Voy á indicaros los medios. Teneis 30 años: supongo que deseais que tengan el pequeño patrimonio de 2500 fr. á vuestra muerte, cualquiera que sea la época en que llegue, bastará pues que os comprometais á invertir 62 fr. por año: ahora es de 2 francos y medio por mes: esta inversion será suficiente para vuestro objeto, aun que no tengais mas que un mes de vida para cumplir vuestro generoso designio. = Habeis recibido una suma de 500 fr. de una manera inesperada por un legado, por un beneficio cualquiera: quereis tambien ponerla á cobro y que sirva solamente para herencia de vuestros hijos: pues bien imponiéndola de la misma manera asegurarais 1200 fr. á vuestra fami-

»lia, para el dia de vuestro fallecimiento. Yo
»no hago mas que presentaros ahora una pro-
»porcion: ya comprendereis que el patrimonio
»creado por vos, crecerá en razon al fondo
»que destineis.” = ¿Cómo, me dice, que no
haré yo para vivir tranquilo sobre la suerte de
mi familia? =

Entonces le indico los *seguros sobre la vida*:
le explico el mecanismo y el objeto de esta in-
geniosa combinacion, cuyas ventajas tan bien
apreciadas en Inglaterra, son todavia tan poco
conocidas en Francia, combinacion evidente-
mente favorable á las afecciones generosas, pues
que ayuda al que se aprovecha de ella á pro-
porcionar á los que le sobrevivan los frutos
del sacrificio que haya hecho él mismo du-
rante su vida. Entre tantas causas como hay
que destruyen los patrimonios ¡cuán preciosa
es una que sirve para rehacerlos!

Acaso mi protegido desee obtener un ca-
pital en época determinada: la misma especie
de establecimientos le proporcionará tambien
esta ventaja. Depositando cada año una suma
de 100 fr. que no llega á 28 c. por dia, se
creará el capital siguiente:

á los 10 años. . .	1338
15.. . . .	2298
20.. . . .	3577
30.. . . .	8086

Hay tambien otra *Caja de ahorros* en que,

por un lado, son mayores los productos de la acumulacion y en que exige, por otro, que la imposicion se haga periódicamente, continuando con regularidad la misma suma, y donde no permite retirar el depósito sino en una época determinada. Pero esto no conviene á todas igualmente, ni en todas las circunstancias.

Este mismo género de establecimientos ofrece tambien otras varias combinaciones aplicables á la variedad de situaciones y miras de los que quieren asegurar recursos para el porvenir. En Inglaterra, sobre todo, es donde estas combinaciones han tenido una asombrosa fecundidad produciendo á veces resultados complicadísimos. Pero en Francia donde estas instituciones son tan recientes, donde el espíritu de prevision ha penetrado muy poco todavia en las costumbres de las diversas clases de la sociedad, donde los acontecimientos que se están sucediendo hace 50 años han infundido en los ánimos incertidumbre y recelo sobre el porvenir: el principio de las seguridades sobre la vida necesita presentarse bajo la forma mas sencilla para acreditarse en la opinion.

De todos modos, antes de comprometer á nuestro protegido á que imponga sus ahorros en esta especie de establecimientos, trataremos de asegurarnos con la mayor escrupulosidad de que son administrados con integridad y prudencia. No nos fiaremos para esto de programas ni de prospectos, ni de artículos de dia-

rios, sino que nos informaremos por nosotros mismos del nombre de los administradores, del capital del establecimiento y de la inversion que se le dá; examinando tambien las cuentas anuales que deben darse y publicarse. Es un exámen este que el simple operario no puede hacer por sí mismo: esta especie de institucion no le es realmente accesible: no puede recurrir á ella con seguridad sino cuando se presta á ser su guia una persona ilustrada que tiene algun conocimiento de los negocios, que merece su confianza y ha logrado obtenerla (1).

Por último, nuestro protegido no está en disposicion de aprovecharse de ninguna de estas tres especies de establecimientos; pues no por eso necesitará menos de nuestros consejos. Le prevendremos contra las ofertas officiosas de los que desean encargarse de sus ahorros y hacerles valer; trataremos de que los imponga en alguna casa de entera seguridad, y de tal modo que no encuentre ninguna dificultad ni retraso, cuando necesite disponer de ellos. Siempre se felicitará de encontrar en su protector un hombre de mundo, que no es extraño á los negocios, y que por sus relaciones está en posicion de poder serle muy útil.

(1) Sobre esta especie de establecimientos se puede consultar con fruto una memoria muy útil de M. Nicolet uno de nuestros mas célebres geometras: tambien se puede indicar á los obreros un pequeño escrito en cuya lectura, bajo una forma entretenida, encontrarán útiles consejos *La convalecencia de un Padre de familias*, Paris 1825.

CAPITULO XVI.

De los socorros á domicilio.

Dos escollos hay igualmente temibles para la administracion pública: el de hacer demasiado, y el de hacer demasiado poco.

La gran ciencia de la administracion en todos los objetos de utilidad pública, es poner en movimiento la actividad individual, dirigirla, aprovecharse de su concurso y prestarla su apoyo.

Estas máximas fundamentales son aplicables á la distribucion de los socorros á domicilio como á todos los demas ramos del servicio público. Es un deber sin duda, y un deber sagrado para la autoridad, á quien está confiada la gestion de los intereses sociales, consagrar su celo á un interés tan respetable como las necesidades del indigente: debe su proteccion á todos los ciudadanos, y la debe mas particularmente á los que sufren. Tambien consigue numerosas ventajas en el cumplimiento de este deber. Mas la beneficencia pública no pecará nunca por asociarse demasiado estrechamente con la caridad privada, excitando y guiando sus esfuerzos, y dejándose tambien secundar é ilustrar por ella. Tiene necesidad sobre todo del concurso de esa caridad activa, que inquiere, examina, vigila, y une á los socorros

:

materiales el beneficio de las influencias morales. El *Visitador del pobre* será á un mismo tiempo su ojo para ver y su brazo para obrar.

Por su parte tambien la caridad privada, llevando su asistencia al domicilio del indigente, reconoce á cada paso la insuficiencia de los medios individuales: corre el peligro de contrariarse á sí misma por no poder dar unidad á sus operaciones: necesita un centro, un punto de apoyo, una direccion, donde se reunan y comparen las noticias, donde se egerza una vigilancia general, donde la prevision y los socorros abracen una grande extension y duracion.

Dos grandes egemplos hacen resaltar las graves consecuencias que produce el olvido de estas máximas. La autoridad pública en Inglaterra se ha exagerado sus deberes respecto á la asistencia de los pobres á domicilio, ha querido hacer por solo el poder de la ley lo que se podia esperar del concurso espontáneo del celo individual. En Italia, por el contrario, la autoridad liberal, hasta pródiga en sus dones ha creído no poder multiplicar y dotar bastante los asilos públicos, pero ha descuidado enteramente ir á buscar y socorrer al pobre en su morada. Estos dos sistemas diametralmente opuestos, han producido exactamente los mismos efectos: los dos, á la vez, han multiplicado los indigentes y paralizado la beneficencia particular en su aplicacion á este género determinado de socorros.

Las leyes inglesas sobre los pobres han sido objeto de muchas y muy justas críticas, y todos los escritores que hace medio siglo han tratado la bella ciencia que se podría llamar *filantrópica*, están acordes en condenarlas. Sin embargo, al exponer los numerosos y graves inconvenientes que su egecucion produce tal vez no se ha examinado con bastante imparcialidad su principio, y acaso se han hecho recaer absolutamente sobre él las acusaciones que solo merecen sus efectos. Este principio es no solo inocente sino justo, en cuanto consagra para la administracion pública el deber que tiene de proveer al socorro de los que sin falta suya carecen de los medios de subsistencia; expresa tambien en esto una verdadera necesidad, necesidad mas evidente en un país que tiene muy grandes ciudades, una poblacion muy aglomerada, un inmenso desarrollo en su industria, y un número muy considerable de propietarios. Este principio es justo ademas en cuanto obliga á los que viven con comodidad á imponerse sacrificios para socorrer á los que sufren; y lo es tambien en cuanto no es mas que la expresion de una obligacion moral y general. Es justo, en fin, en cuanto considera que el gravámen que resulta de esta obligacion es esencialmente municipal; es decir, especial á cada localidad. Los pueblos, los distritos en que se egerce la caridad con laudable solicitud, no deben quedar expuestos á que por esto mismo recaiga sobre ellos el cuidado

de mantener á los indigentes de los distritos y de los pueblos en que la indiferencia y el egoismo se hayan negado á socorrerles.

Este principio viene á ser el mismo que sirve de fundamento al sistema de socorros en los países en que mas sábiamente se ha concebido. En Francia, por egemplo, parte de los fondos públicos se destinan ordinariamente en todas partes, á lo menos en las ciudades, á los socorros domiciliarios. Estos fondos se toman generalmente de los ingresos municipales á los que se agrega el derecho sobre los espectáculos, especialmente reservado para este destino. Los fondos municipales á su vez se componen en una buena parte de las cuotas que se recaudan, ya de céntimos adicionales, ya principalmente de producto de los derechos de consumo reunidos bajo el nombre de arbitrios; derechos que se han restablecido expresamente para subvenir en parte á este ramo del servicio público. Tambien se toman medidas de precaucion para preservarse de la afluencia de indigentes forasteros, cuando alguna circunstancia moral puede hacerla temer.

La falta pues de las leyes inglesas, no tanto consiste en el principio mismo como en su egecucion, tan exagerada que lleva en sí un carácter demasiado absoluto y rigoroso. De una manera progresiva se ha llegado á convertir en una contribucion legal lo que no era en su origen mas que una solicitacion á la caridad individual. Importa mucho tomar las cosas en

su origen. Un reglamento del año de 1531, (el 22 del reinado de Enrique VII) habia autorizado á los Jueces de paz á dar licencias para mendigar: cuatro años despues invitando á todos los habitantes del reino á contribuir por medio de limosnas para la subsistencia de los pobres y prohibiendo socorrer á los desconocidos ó forasteros, se empezó á cometer la primera falta: se prohibió socorrer directamente á los pobres: se ordenó que cada uno pusiese sus limosnas en manos de ciertas personas nombradas para recibirlas y distribuirlas. Una disposicion tan mal entendida, la mas absurda, en nuestro dictámen, que ha podido concebirse, excluyendo toda relacion inmediata entre las personas caritativas y los desgraciados, debió producir infaliblemente como consecuencias precisas todos los demas errores que bien pronto se fueron sucediendo en la legislacion inglesa. Ella disminuia considerablemente los socorros que el indigente debia recibir de la beneficencia espontánea, ya porque el sentimiento que nos induce al egercicio de la caridad nace y se sostiene por medio de la comunicacion directa del que dá con el que recibe, ya porque una porcion sustancial de estos socorros no puede darse sino de una manera directa, ya en fin porque está en la disposicion natural del hombre la repugnancia á entregar asi á la autoridad pública su ofrenda voluntaria, darla cuenta de sus buenas intenciones y ponerlas á su disposicion, para que

ella las convierta en buenas acciones, y hacer todo esto además de una manera obligatoria. No hay nada en efecto en que seamos más justamente celosos de nuestra libertad, que en cuanto tiene relación con el ejercicio de esta amable virtud, que se complace en elegir ella misma las personas, el tiempo, el modo, en la distribución de sus beneficios y en cubrirlos con un velo.

Así es que en 1547 y en el reinado de Eduardo VI el legislador comienza ya á lamentarse de que las contribuciones voluntarias son poco considerables: prescribe entonces que se reúnan los pobres para hacerlos trabajar, y con la grande extensión que se dió á esta medida se cometió una segunda falta.

Apenas habían pasado veinte años desde el fatal reglamento de Enrique VIII, cuando el Gobierno convertido en inspector, depositario y distribuidor único de todas las limosnas privadas, se encontró necesariamente arrastrado á convertir estas retribuciones voluntarias, que iban desapareciendo en contribuciones forzosas. Agotada la fuente, tuvo necesidad de buscar otra. El estatuto del año 6.º del reinado de Eduardo VI (1552) nos pone bien de manifiesto este progreso natural y este encadenamiento de consecuencias. Allí vemos en efecto que el soberano continúa quejándose de la insuficiencia de las limosnas, se constituye en juez de las obligaciones impuestas á cada particular por el deber moral de la beneficencia,

llega á forzar á cada individuo al cumplimiento de este deber, y pretende arreglar su extension. Prescribe que en cierto domingo del año el colector de la parroquia tome nota de lo que cada uno esté en posicion de dar en el siguiente, y que si despues de dos invitaciones del Párroco no satisface la limosna que se le habia señalado, sea denunciado al Diocesano, quien empleará para obligarle todos los medios que le sugiera su celo. La resistencia continuó: en 1573 fue preciso dar un paso mas, y por el famoso estatuto del año 6.º del reinado de Isabel se prescribió que en el caso de que las instancias del Obispo fueran infructuosas, el moroso contumaz fuese entregado al Juez de paz, condenado á dar la suma que éste señalase, y puesto en prision, si todavía se resistiese á pagar. En fin, en 1572 y 1592, á consecuencia de dos estatutos posteriores, la contribucion tomó ya definitiva y claramente su carácter propio: los Jueces de paz fueron autorizados para imponer á los habitantes de cada parroquia una contribucion general para atender á las necesidades de los pobres conforme á las demandas de los oficiales de estas mismas parroquias. ¡ Cosa singular! Escritores hay que han alabado la primera medida de Eduardo VI y desaprobado los estatutos que siguieron despues: no han visto que el árbol habia dado su fruto.

Desde el momento en que la limosna se hubo convertido en una contribucion forzosa

las medidas de prudencia y discreccion que aconsejan mandar al indigente á su propio domicilio, fueron ya unas disposiciones rigurosamente exigidas por la equidad para con los contribuyentes.

Desde el momento en que los empleados á cuyo cargo estaba repartir la contribucion, tuvieron que deferir á la demanda de los inspectores de parroquia, fue inevitable el que las cuotas no tuviesen ya ningun límite, y que se aumentasen indefinidamente, segun el número de los pobres, y sus necesidades verdaderas ó aparentes.

Por efecto de este sistema, el indigente en Inglaterra no se presenta con ese título interesante y respetable que le recomienda á la beneyolencia de las almas generosas: se presenta investido de un derecho positivo, de un derecho legal. He aqui una seguridad que hace temer menos los apuros de la indigencia, que estimula á la holgazanería y al desorden, distrae las previsiones de la economía, impide que se hagan ahorros: el indigente no está ya contenido en sus demandas por la reserva que le inspiraba una especie de pudor: hasta está dispensado del sentimiento de la gratitud.

Por otra parte un individuo particular acomodado se resfria en sus disposiciones á favor del pobre, por el descontento que causa siempre una contribucion forzosa; descontento que se aumenta en la misma proporción que la cuota. Una virtud aconsejada por la moral

queda convertida para él en una obligación impuesta por la ley civil: encuentra un pretexto natural y plausible para dispensarse de toda asistencia voluntaria en la contribución que ha pagado, y en el privilegio de beneficencia que se han reservado los magistrados. Preciso es que se multipliquen los indigentes al mismo tiempo que se debilita la caridad.

Los empleados en este servicio desempeñando mas bien oficios de policía que funciones de beneficencia, no pueden tener en el ejercicio de este ministerio el espíritu que animaría al *Padre del pobre*, ni ejercer sobre él con sus consejos y estímulos esa tutela moral de que tanta necesidad tiene. El mandar á los indigentes á su domicilio produce tambien dificultades sin cuento, y dá lugar á rigores excesivos.

En una palabra, el régimen establecido para cumplir una de las mas interesantes vocaciones, la de procurar socorros á la humanidad, se convierte en un origen de vejaciones y abusos. ¿Cómo se han dejado arrastrar á semejante error en un país donde bajo tantos otros aspectos la administración se ha confiado enteramente á la industria ó al celo de los particulares, y donde de este modo ha encontrado por cierto tantos recursos?

Hemos debido detenernos en el estudio de un ejemplo práctico tan instructivo, porque es mas propio que ninguno otro para hacer resaltar la verdad, que es el objeto del presente

escrito. En efecto, es una observacion tan atendible, como poco apreciada, y, á nuestro juicio, menos apreciada de lo que convendria, que el vicio de las leyes inglesas proviene precisamente de que se ha comenzado por impedir la asistencia directa que lleva al indigente la caridad individual; por privarse asi del concurso del *Visitador del pobre*, de este concurso único que puede asegurar el éxito de toda administracion de socorros domiciliarios, y que hasta en donde esta no existiera podria muy bien suplirla.

En Italia por el contrario la legislacion no se ha ocupado nada del cuidado de los indigentes. Pero los Gobiernos han fundado con suntuosa magnificencia todo género de establecimientos para recibirlos y recogerlos, exceptuando precisamente los talleres de trabajo que apenas son conocidos mas que en las comunidades de religiosas. El celo religioso, la generosidad particular han seguido este eemplo, han secundado las miras de los Gobiernos, y sus liberalidades han llegado frecuentemente hasta el lujo de la profusion. Mas todo en este pais parece haber sido concebido y combinado con el designio de llamar al pobre, empeñarle á reproducirse, á solicitar; jamás con la intencion de buscarle, de averiguar su verdadera situacion, y ayudarle á crear recursos para sí mismo. De aquí el que las admisiones en los hospitales y en los hospicios no están sugetas á ningun registro ni formalidad. Asi es que

no se encuentra ninguna fundacion que tenga por objeto hacer visitar y asistir al indigente en el seno de su propia familia. Pero en cambio cada dia se dan sopas á las puertas de los conventos y á las puertas de los palacios de los grandes señores; y se dan á cuantos quieren aceptar á la vez la humillacion y el socorro, sin que se les pregunte ni quienes son ni de donde vienen: así es que la mendicidad es protegida, casi honrada por la opinion tanto como por la administracion pública.

La institucion de las Hermanas de la caridad no se habia introducido en Italia hasta la época en que fue sometida, aunque momentáneamente, al Gobierno francés: ninguna institucion de este género era conocida alli. Los respetables sacerdotes de la órden fundada por San Camilo de Lelis, visitaban á los enfermos, pero solo para llevarles socorros religiosos. Existe en Florencia una cofradía, fundada durante la peste que desoló esta ciudad, cuyos individuos están obligados, á la señal de una campana, á presentarse inmediatamente cerca del enfermo atacado de un accidente grave y repentino ó de una enfermedad contagiosa: su objeto es digno de admiracion, pero su celo tiene hoy pocas ocasiones de ejercitarse.

De este estado de cosas resultan las consecuencias siguientes.

El verdadero pobre, obligado á descubrir y revelar al público el secreto de su miseria, confundido con el mendigo de profesion, tal

vez con el vagamundo, se envilece sufriendo esta humillacion, y pierde la energía moral de que tenia necesidad; obteniendo socorros sin exámen, descuida hacer valer los recursos que le quedan: el sentimiento de gratitud no llega á enternecer y elevar su alma: no recibe ningun consejo: no vé al rico sino bajo el aspecto que le hace sentir las funestas tentaciones de la envidia.

El falso pobre se presenta con los mismos títulos y los mismos derechos que el verdadero, se presenta con mas seguridad: ha imaginado un arte vergonzoso, se ha excitado una vil emulacion para aparentar todas las miserias y ostentar á la vista los cuadros mas repugnantes.

Los socorros dados á todos sin discernimiento, y bajo la misma forma, no pueden apropiarse á la naturaleza, á la medida, ni á la especialidad de las necesidades.

Los enfermos, los achacosos, los ancianos, que podrian recibir en el seno de sus familias la asistencia que exige su posicion, vienen á refluir todos sobre los establecimientos públicos.

Mientras que una porcion de la Italia estuvo al principio de este siglo bajo el régimen de la administracion francesa, se organizaron socorros domiciliarios en muchos puntos, especialmente en la Toscana y en los Estados Romanos. En los Estados Romanos la administracion de estos socorros se estableció precisamente conforme á los mismos principios y las mismas reglas que rigen hoy en Paris: se esta-

blecieron juntas de caridad: se formó un censo general de los pobres: se ordenaron visitas frecuentes y periódicas: se hicieron informaciones detalladas, formando con ellas cuadros exactos de la situación y las necesidades de cada familia pobre: con arreglo á esta base se distribuyeron socorros en especie, pan, carne, lienzo, vestidos, camas, medicamentos etc.: un gran número de personas apreciables se ofrecieron á egercer las funciones de Hermanas de la caridad, de comisarios, y las egercieron con celo y discernimiento: el servicio se estableció con facilidad, se egecutó con regularidad y produjo los mas felices resultados. Los verdaderos pobres estuvieron mejor socorridos; y otras medidas combinadas con esta institucion hicieron casi desaparecer la mendicidad.

La Holanda, tan justamente célebre por sus establecimientos de humanidad, la Dinamarca, varios Estados de la Suiza y de Alemania, ofrecen el eemplo de la útil asociacion de la caridad privada con la beneficencia pública.

En Francia no existía ninguna ley, ningun reglamento general que se hubiese ocupado de los socorros á domicilio. Pero el genio de San Vicente de Paul habia suplido á todo; y la admirable institucion de las Hermanas de la caridad, imitada por varias congregaciones con la mas laudable emulacion, habia encontrado medios en todas partes para establecer ollas económicas, farmacias y distribuciones domiciliarias. En las grandes ciudades, particular-

mente en Paris, en Leon, etc., damas de caridad y comisarios adscriptos á cada parroquia se distribuian los cuarteles, las calles, hacian visitas regulares, reunian todos los datos, y dirigian de esta manera la distribucion de los socorros.

Un precioso trabajo se presentó á la asamblea constituyente por sus comisiones de socorro y mendicidad. Los hombres distinguidos que las componian se habian remontado á los verdaderos principios de la materia, y habian recogido cuantas luces pueden reunir unidas la meditacion y la experiencia de los diversos paises. Pero los planes que habian concebido tuvieron la misma suerte que los que formaron sobre instruccion pública, agricultura y todo género de mejoras: quedaron como especulaciones teóricas, muy útiles para ser consultadas, pero que no pudieron realizarse. El torrente de los acontecimientos políticos arrastró consigo los proyectos y sus autores con las instituciones existentes.

Apenas se calmaron las mas violentas borrascas de la revolucion, cuando se comenzó á pensar en la restauracion de los establecimientos de humanidad. Las leyes establecieron comisiones de beneficencia en todas las municipalidades del imperio, y las encargaron la distribucion de los socorros á domicilio. Al restablecimiento del orden, la administracion, apresurándose á reparar los desastres que habian desolado nuestra bella patria, dirigió generalmente su solicitud á las necesidades de las clases

indigentes. Un decreto de los Cónsules del 29 germinal del año 9, ordenó el establecimiento de sopas económicas y depósitos de medicamentos: dos reglamentos de 8 prairial y 8 vendimiario del año 9, organizaron, particularmente en la capital, el servicio de los socorros á domicilio. Este servicio se confió, bajo la direccion del Consejo general de los hospicios, á doce comisiones y cuarenta y ocho Juntas de beneficencia, prescribiéndose reglas de contabilidad. En esta época las investigaciones y los estudios relativos á los establecimientos de humanidad lograron gran favor en la opinion pública: muchos hombres distinguidos por sus virtudes, sus luces, su fortuna y su nacimiento, se consagraron á ello con una emulacion que no quedó estéril. Dos filantropos extranjeros, M. El Conde de Rumfort y el Baron de Voght, vivieron entre nosotros y contribuyeron poderosamente á estos trabajos con sus escritos, sus egemplos, y hasta con sus conversaciones. La dichosa influencia que el progreso de las ciencias físicas egercia entonces sobre la industria, resaltó sobre las artes económicas, y los amigos de la humanidad se apresuraron á poner en contribucion estas ciencias para mejorar la condicion y el régimen de las clases inferiores de la sociedad (1). La

(1) Séanos permitido recordar especialmente los servicios prestados por MM. Rochefoucault, Liancourt, Parmentier, Duquesnoy, Cadet de Vaur, Cadet Gassicourt, Decandole, B. Delepert, Bourriat, etc.

Sociedad filantrópica fue como el foco de donde se esparcieron por todas partes estas benéficas emanaciones: instituyó las sopas económicas, oficinas de distribución: reorganizó y estimuló las sociedades de socorros mutuos entre los obreros, y reunió á los hombres que se dedicaban á estos apreciables trabajos. En esta misma época fue cuando los hospitales y los hospicios de Paris alcanzaron rápidamente esas grandes mejoras, que son hoy tan justamente admiradas. En un viage que hizo á Marsella algunos años despues el Baron Voght, propuso para esta ciudad un sistema relativo á los socorros á domicilio, el mas completo y perfecto, á nuestro entender, que ha visto la luz pública. Este plan comenzaba ya á egecutarse, estaban ya formados los censos, iban á plantearse las medidas, cuando los acontecimientos políticos vinieron á suspender la obra, que ha quedado interrumpida. Nos queda á lo menos un escrito del autor, que será siempre meditado con mucho fruto.

Las Juntas de beneficencia establecidas en Paris en 1801 han prestado grandes servicios que son poco conocidos, y que es útil recordar, no solo por el socorro de la clase indigente, sino en el interés mismo de las buenas costumbres y del orden público. Se componian generalmente de hombres respetables por sus virtudes, elegidos los mas en la clase media de la sociedad, muchos de entre los comerciantes retirados, y no podia menos de verse con es-

timacion y respeto el celo con que estos hombres de bien se consagraban en la oscuridad á funciones tan penosas. Mas se lamentaba, y no sin razon, la excesiva facilidad en la admision de los indigentes, y la inversion frecuentemente mal entendida en la distribucion de socorros. En la época de la restauracion se introdujo la última mejora en este servicio por la ordenanza Real de 2 de Julio de 1816 y la resolucion ministerial del 19 (1). El régimen actual establecido por estas disposiciones creemos que deja poco que desear, y puede servir de modelo á las instituciones de este género en todas las grandes poblaciones. Las instrucciones dadas por el Consejo general de los hospicios para egecutarlas abrazan en su prevision cuanto puede fundar la distribucion de socorros domiciliarios sobre el orden, la economía, la vigilancia, procuran el socorro del pobre verdadero rechazando al falso, sin dar el menor estímulo á la ociosidad. Cada una de las diez y ocho Juntas actuales de caridad es auxiliada por un número indeterminado de señoras y comisarios que con los administradores de la Junta llenan las funciones de *Visitador del pobre*, tales como tratamos de definir las. Mas

(1) Estas mejoras habian sido concebidas y proyectadas en 1809 bajo el Ministerio de M. Cretet, que habia formado una comision con este objeto. El trabajo redactado por MM. B. Delessert y Camet de la Bonnardiere, es el mismo que se reprodujo y adoptó en 1816: la muerte de M. Cretet impidió que se egecutase en su tiempo.

de mil personas (1) son las que cumplen esta misión en la capital distribuyendo entre sí sobre todos los puntos la vigilancia y la asistencia del indigente (2). Admira ciertamente ver lo insuficientes que parecen los socorros distribuidos individualmente para atender á las necesidades del pobre. Los alimentos forman el principal ramo, y sin embargo la carne solo se dá á los enfermos y á las mugeres paridas: en invierno no corresponden por término medio mas que dos panes de 2 kilógramos por semana para tres familias, y en verano uno para cada dos: ¿para cuánto tiempo podrá tener lumbre una familia con 1 franco y 97 céntimos? ¿cómo podrá vestirse y tener cama con 3 francos y 39 centimos por cabeza? pero no hay que perder de vista que los socorros son graduados, proporcionados á la extensión de las cargas y de las necesidades. Es cierto sin embargo que esta asistencia no bastaria sino para asegurar la existencia del pobre mas desgraciado, del que está privado de todo recurso; pero en esto mismo resulta una utilidad

(1) Cada Junta se compone de 12 administradores de caridad. Suponiendo que cada administrador esté auxiliado por seis señoras y comisarios, ascenderia el número á 4728; pero muchos administradores cuentan mas auxiliares. Los hay que tienen hasta 46, y cuanto mayor es el número mejor se hace el servicio, porque la vigilancia se distribuye mejor. Una señora no puede tener á su cuidado mas de 20 familias, y esto consagrandó á ello mucho tiempo.

(2) No se ponen estados de indigentes y asistencia de las Juntas de caridad de Paris, los que sobre referirse á épocas remotas, no ofrecen interés ni utilidad para otros pueblos.

indirecta, porque ninguno puede contar de una manera cierta con socorros suficientes en caso de indigencia, y este es un preservativo contra el gran peligro de la multiplicacion indefinida de los pobres.

La inscripcion del indigente prueba ya su situacion, los derechos que esta le dá al interés de las almas generosas le señala á su benevolencia; y la intervencion de los administradores, señoras ó comisarios de caridad, abre de este modo conductos por los que puedan llegar hasta él los socorros de la beneficencia privada.

En Paris son estos socorros tan distintos como abundantes. Una parte de ellos está confiada á los venerables curas de las parroquias, que han establecido su distribucion en las casas de socorros fundadas por las Juntas de beneficencia: alli hacen distribuir carne, medicamentos, lienzo, vestidos, etc., siendo tambien auxiliados por las señoras de caridad. Nada se ha publicado sobre la suma á que asciende y el empleo que se dá á lo que se adquiere y distribuye de esta manera; pero no hay exageracion en valuarlo en la mitad por lo menos de lo que le consagra la administracion pública. Unanse á esto los dones tan abundantes de la familia Real, no menos solícita para socorrer los infortunios privados que para procurar remedios en las calamidades públicas: la asistencia que 40 ó 50 asociaciones de beneficencia prestan á la desgracia bajo sus varias formas,

los socorros distribuidos por el limosnero mayor, las limosnas remitidas directamente por los particulares, limosnas que en la clase media son muy cuantiosas (1), y se verá que en París están suficientemente cubiertas las necesidades de la clase indigente. Pero es muy útil, lo repetimos, que se obtenga este resultado sin que en él haya nada de fijo, de seguro para cada indigente en particular, único medio de socorrerlos sin multiplicarlos.

El nuevo régimen establecido en París para los socorros á domicilio es susceptible todavía de varias mejoras: algunas indicaremos nosotros en el capítulo 18. Sin embargo ha producido ya ventajas considerables: el número de indigentes inscriptos se ha reducido casi á la mitad: se han determinado mejor el censo y clasificacion de los pobres: la distribucion de socorros está mejor arreglada: la vigilancia mejor establecida. Es muy notable que el régimen de la capital no se haya introducido en los departamentos: acaso no han tenido ocasion de conocer los principios en que está fundado ni los frutos que produce, y este es uno de los motivos porque hemos tratado de dar aqui una idea de esto. La distribucion de los socorros á domicilio no está dirigida en los departamentos por instituciones semejantes, ni segun

(1) Los comerciantes de París son en general muy humanos y caritativos. Muchos tienen sus pobres adoptivos que vienen á recibir semanalmente un socorro determinado; los hostereros y fondistas distribuyen alimentos, etc.

reglas uniformes. En muchas ciudades, como en Tolosa, la administracion civil se ha entregado casi enteramente á la solicitud de los curas y de las Hermanas de la caridad. Ciertamente que no es posible encontrar conductos mas respetables y mas dignos de confianza bajo todos aspectos: pero le privan de una cooperacion que multiplicaría los recursos, se niega á los simples particulares la ocasion de egercitarse en buenas acciones y de adquirir conocimientos útiles.

Por lo demas la institucion de las Juntas de caridad, tal como existe ahora en Paris, supone ante todo una eleccion de administradores bien penetrados del verdadero espíritu de sus funciones. Si se confiase esta mision á hombres que no buscasen en ella mas que un medio de lograr consideracion, ó á hombres atormentados por la necesidad de egercitar su actividad, ó de obtener influencia, los mejores reglamentos serian estériles, y la institucion podría no solo no llenar su objeto, sino hasta producir resultados contrarios. Las instituciones prosperan y se acreditan por el caracter de los hombres que emplean.

CAPITULO XVII.

Del mendigo.

Quién es ese ser desventurado que se presenta tendido sobre el camino público, mal cubierto de harapos, que apenas tiene figura humana, ostentando llagas asquerosas, rodeado de niños estenuados, que pide limosna con voz lamentable? ¿Quién es ese otro que me persigue á la entrada, á la salida del templo, en la calle, quejándose del hambre que le mata? ¿ese otro que veo inmóvil, silencioso, confuso, ocultando su rostro, anunciando sin embargo la desesperacion, pidiendo limosna con cierta timidez? Una emocion que participa al mismo tiempo de horror y de compasion se apodera de mí; pero una terrible duda nace en el fondo de mi corazon, ¿la imagen que se presenta á mi vista es una realidad ó es un artificio? (1)

La cuestion es muy grave. Las dos hipótesis son igualmente posibles; y ¿qué diferencia en cada uno de los dos casos!

No hay en el mundo contraste moral mas pronunciado que el que existe entre el falso

(1) Segun cálculos que no podemos probar, pero que creemos muy exactos, se ha hecho subir el número de mendigos existentes en Europa á 17 millones sobre una poblacion de 478. Se supone que esta proporcion es en Dinamarca de 3 por 100, en Holanda 14, en Inglaterra 16. Se dice que Colonia tenia 41,000 mendigos sobre una poblacion 33,000 habitantes.

pobre, que mendiga por cálculo, y el verdadero indigente que se vé reducido á mendigar.

El uno merece nuestra indignacion, nuestro desprecio: el otro tiene derecho á nuestra benevolencia, hasta á nuestro respeto.

El uno es la escoria de la sociedad: la holgazanería, la corrupcion, la mentira, la astucia, el descaro, todos los vicios están personificados en él: no le falta acaso mas que el valor de la audacia para juntarse con los grandes criminales: la naturaleza humana ha sufrido en él la mas triste degradacion. Tal vez esos hijos que veis á su lado ni aun son suyos! ¿qué digo? acaso los ha robado, y los deja perecer de hambre para que su aspecto os enternezca! Su enfermedad es casi incurable, porque es muy difícil rehabilitarse cuando el envilecimiento ha llegado á ser un hábito.

El otro sucumbiendo bajo el peso de la desgracia, despues de haber agotado todos sus recursos, abandonado, sin parientes, amigos ni protectores, se ha visto en la desesperada necesidad de recurrir á la compasion pública. ¡Cuánto sufre su orgullo! un socorro dado oportunamente puede salvarle. Si llega á contraer el hábito de mendigar puede caer en vicios y desórdenes desconocidos para él hasta entonces.

¿Qué hacer, pues, en esta incertidumbre? Desconozco absolutamente al que me pide. Si doy, me expongo á recompensar, á estimular la desvergüenza: si niego, me expongo á ser

cruel con uno de mis hermanos que tiene todos los títulos á mi afecto.

He aquí lo que cada uno de nosotros siente, lo que se dice á sí mismo siempre que encuentra un mendigo sin poder dar solución á este triste problema. Es ya por sí solo un grave inconveniente de la mendicidad colocar á hombres de bien en esta cruel alternativa; porque de cualquier modo que obren se exponen, á pesar suyo, á obrar mal, y hasta directamente contra sus propias intenciones. A favor de esta incertidumbre los vagamundos, los holgazanes, los hombres de mal vivir, los perezosos logran sorprender la benevolencia de las almas generosas. Y por esta misma incertidumbre los desgraciados dignos de interesarnos se ven amenazados de nuestro desprecio, de nuestras mas injustas prevenciones. La caridad pública se extravía ó se entibia: los egoistas hallan un pretexto especioso para justificar su negativa. La industria pierde sus brazos, la desgracia sus recursos: los malvados son los únicos que sacan provecho.

¿Queremos sin embargo no aventurar nada, y salir de esta terrible ansiedad? pues en vez de dar ó negar á ese mendigo, preguntémosle su nombre, y noticias para llegar á conocerle: “¿pero he de hacer esta pregunta á todos los mendigos que encuentre? ¿voy yo á formar su estadística? por la miserable cantidad que es el objeto de mi vacilacion ¿he de ir yo á hacer informaciones, y á perder el tiempo en

investigaciones prolijas?"=Acaso no le perderéis: ensayadlo una vez: acaso recogeréis noticias preciosas: acaso os encontrareis llamado á prestar un gran servicio. Pero convengo en que mi consejo no es practicable habitualmente: mi objeto ha sido hacer resaltar por esta hipótesis la verdad fundamental, que sirve de base á esta difícil materia: á saber, que un buen sistema para socorro de los pobres en su domicilio es el medio seguro, el único de prevenir la incertidumbre que acabo de expresar, y las fatales consecuencias que de ella se siguen.

Supongo, pues, que he tomado el nombre y las señas del mendigo. Si me las ha dado fielmente, no tardaré mucho en enterarme: si me ha engañado, esta es ya una prueba casi cierta, casi segura, de que es un malvado. Si la policia me condujese á alguna de las tabernas en que se reúne esta especie de gentes, acaso encontraría allí á mi pretendido enfermo, que me pareció estenuado por los sufrimientos, y le encontraría perfectamente sano, participando de alguna orgia con sus compañeros. Esto es lo que sucede todos los dias. El oficio de mendigo es con frecuencia muy lucrativo: en Paris, segun lo que me aseguran personas que por su posicion deben de estar bien enteradas, produce hasta 9 ó 10 francos diarios.

Algunos magistrados para librar al público de esta duda funesta han concebido la idea de reservar el permiso de mendigar á ciertos po-

bres bien conocidos por tales, y que lleven una señal que los distinga. Esta medida previniendo un inconveniente, conserva sin embargo otros muchos, y dá lugar tambien á no pocas injusticias; porque las limosnas distribuidas ciegamente, no podrán nunca repartirse en razon de las verdaderas necesidades. A veces se ven mendigos de cierta importancia, mendigos que se podrian llamar de buena sociedad, que se presentan en las casas con un porte decente, con el aire y maneras de una clase acomodada: estos han sufrido grandes infortunios: necesitan un socorro proporcionado: ellos os conocen, pero vos no los conocéis. En estos últimos años se habian multiplicado mucho en Paris á favor de las circunstancias: unos eran emigrados, que habian vuelto despues que los Príncipes, y lo habian sacrificado todo á la buena causa: otros eran empleados del último Gobierno que habian perdido sus destinos. Siempre se presentaban con muchos papeles y documentos: su historia no se acababa nunca. Los mas de ellos en realidad eran estafadores: ¿cómo desembarazarse atentamente de una persona que haciéndose anunciar se ha introducido de este modo en vuestro gabinete? ¿le manifestareis una duda ofensiva? No podeis, sin embargo, negarle un don sin acusarle de que miente. Pedidle con todo sus señas: acaso os las niegue bajo diversos pretextos: entonces estad seguro de que os engaña, y podeis mostraros severo. Si tal vez al dá-

ros las os hace presente que no puede esperar el socorro ni una hora, ni un instante, que está en ayunas, que urge mucho, vivid prevenido. Id, si podeis, una hora despues á la casa que os haya indicado, y bien se pueden apostar ciento contra uno á que el personage es desconocido en ella. Puede suceder tambien, y con frecuencia lo vemos, que vuestra sola pregunta haya bastado para desconcertar al solicitante y le haga marchar sin despedirse. Todo el mal proviene de que el miserable se vé en la necesidad de presentar fuera de su casa á gente desconocida, á la que encuentra por casualidad, no sus necesidades reales, sino la apariencia de ellas, que por sí sola es ya sospechosa. Sucede precisamente lo contrario de lo que debia suceder.

Los mas terribles efectos de la mendicidad desaparecerian completamente si se pudiese hacer con seguridad entre los que piden la distincion y separacion de los que mienten y de los que dicen la verdad. Por consiguiente la visita de los pobres en su domicilio es el medio esencial, el único sistema practicable para la represion de la mendicidad.

No hay tal vez objeto relativo á la administracion pública que haya producido mas escritos, ni hecho concebir mas proyectos que la extincion y represion de la mendicidad. Hombres de un mérito superior han tratado esta cuestion á fondo, y sin embargo, en los diversos paises de Europa este ramo de adminis-

tracion se encuentra todavia en el mayor atraso. Lejos de nosotros querer reproducir aqui ni discutir cuanto se ha dicho sobre esta materia: nos limitaremos á una sola reflexion que tiene relacion estrecha con las consideraciones de esta obra, y es que en vano se intentará reprimir la mendicidad si ante todo no se ha provisto por medio de las convenientes instituciones á que el pobre encuentre, ó trabajo si está en estado de trabajar, ó socorros si no lo está; que la represion de la mendicidad será muy fácil cuando se haya conseguido llenar este doble objeto; en fin, que no se podrá nunca ni prevenir ni extinguir la mendicidad hasta que por una investigacion activa, regular de la situacion de los pobres nos remontemos á las causas de ella, y á poder determinar exactamente por este medio las necesidades reales que se tratan de satisfacer.

Por eso no hemos querido tratar de los establecimientos relativos á la represion de la mendicidad hasta despues de haber echado una mirada sobre los otros establecimientos de humanidad; porque ciertamente aquellos no deben ni pueden fundarse sino como consecuencia de estos, cuya preexistencia suponen, y organizados de manera que llenen enteramente su objeto.

Sin embargo, casi siempre se ha practicado lo contrario: se ha querido egecutar la última medida antes que aquellas que debian servirle de condicion: se ha querido empezar

por donde solo podia acabarse. Esta falta capital ha frustrado casi todas las tentativas hechas con el objeto de que se trata. Rara vez se ha procurado como debiera que á los reglamentos contra la mendicidad los precediese un buen régimen de socorros á domicilio. Nada pone mas en claro las verdades expuestas hasta aquí, que la experiencia de las tentativas que se han hecho.

Habia antiguamente en Francia muchos depósitos de mendicidad, y habia al mismo tiempo muchos mendigos. Estos depósitos permitian llevar y encerrar con un poder discrecional á los desconocidos, á los vagamundos ó á los que se tenian por tales; pero no se podia proceder á estos encierros sino con precaucion y reserva. Los mendigos estaban protegidos por la compasion pública ¿y cómo no habia de ser asi? la compasion pública no puede discernirlos: cree en la realidad de las miserias, cuyos síntomas tiene á la vista, y adopta á todos los que se entregan á ella. El pueblo toma en todas partes interés en favor de los mendigos, y abraza su causa contra las medidas de la autoridad porque le arrastran las apariencias.

En tiempo del imperio se puso en egecucion un vasto plan con el mismo designio. Se erigió á mucha costa un depósito de mendicidad en cada departamento: nada les faltaba; extension en los edificios, disposiciones locales, dotaciones anuales, reglamentos interiores. Pero se habia olvidado lo principal, hacer la sepa-

racion prévia, proveer á las necesidades de la indigencia verdadera. Desde este momento los depósitos de mendicidad quedaron en la misma incertidumbre en que queda el particular á la vista del mendigo, y que hemos pintado hace poco. No se supo si debian ser casas de socorros ó casas de represion, y desde luego fueron vaga y confusamente lo uno y lo otro. Mas como casa de socorros ¿por qué encerrar en ella al indigente que hubiera podido ser socorrido mejor en el seno de su familia? Y como casa de represion ofrecian una vida mucho mas dulce á los vagamundos: el régimen en alguno de estos depósitos era tan agradable y tan abundante que se solicitaba como un favor ser recibido en ellos, era en una palabra dar un premio á la holgazanería. Luego se echó de ver que se habian reunido y sometido á un mismo trato hombres que era preciso socorrer, y hombres que era preciso corregir: que desde luego se condenaba injustamente á los primeros, y se recompensaba á los segundos. Luego se vieron en la necesidad de formar en cada depósito de mendicidad dos y á veces tres departamentos separados sin comunicacion entre sí, estableciendo para cada uno reglas y régimen diferentes. Los decretos de creacion, al establecer ellos mismos esta distincion, confiesan implicitamente el error cometido en su origen.

No habian pasado muchos años cuando los consejos generales de departamento abrumados con el gasto enorme, y viendo que estos

establecimientos llenaban tan mal su destino, provocaron su supresion. Otra falta se cometió en acceder con demasiada facilidad á esta solicitud. Hubiera sido mejor investigar por qué los depósitos de mendicidad no llenaban su objeto: hubiérase reconocido que la falta no estaba en los depósitos mismos: que la causa estaba en la imperfeccion del sistema general de los establecimientos de humanidad, de los cuales aquellos no deben ser mas que el complemento: de este modo se hubiera llegado á hacer un gran bien conservando y utilizando lo que existia. Algunos departamentos tuvieron sin embargo el buen espíritu de conservar los depósitos que habian fundado á tanta costa. ¡Ojalá lleguen á comprender el medio de sacar de ellos el partido mas ventajoso!

¡Definase bien lo que se pretende realizar en un depósito de mendigos! ¿es una casa de trabajo para indigentes sanos y laboriosos á quienes el trabajo les falta? entonces désela esa tendencia: sométasela al régimen de los simples talleres de trabajo establecidos con este objeto, y que no ofrezca, sobre todo, en este sentido mas recurso que lo absolutamente indispensable: que no se abra sino mientras existe realmente la imposibilidad de proveer á la miseria por sola la industria privada: que no se oponga tampoco á la marcha de esta misma industria. ¿Se quiere por el contrario fundar una casa de correccion para los holgazanes? En tal caso dirijase absolutamente con estas

miras severas de reforma; pero que no entren en ella sino los que tienen necesidad de esta correccion. ¿Es finalmente una especie de refugio para los ancianos ó achacosos? examínese entonces si los hospitales no alcanzan, sino sería mejor socorrer á estos desgraciados en el seno de sus familias; y si despues de todo creéis deber persistir en la idea, convenid con vos mismo y con el público en que lo que quereis fundar es un hospicio suplementario. Pero en cualquiera de los casos estableced como condicion prévia una buena organizacion de medios para estudiar la condicion de los pobres y para hacer con el auxilio de una vigilancia ilustrada la distincion necesaria entre estas diferentes clases. Hay ademas un hecho digno de la mayor atencion. En Paris donde la administracion de socorros á domicilio ha logrado tan perfecta organizacion, apenas se encontrará un indigente admitido por las Juntas de caridad que se atreva á mendigar, y por otra parte no se vé que los mendigos se presenten á estas Juntas para ser inscriptos y socorridos. Componen una clase aparte y sacan demasiado partido del oficio que egercen para no desdeñar la escasa asistencia que les concederian las Juntas y sobre todo para no evitar someterse á su vigilancia.

En Inglaterra existen leyes represivas contra el abuso de la mendicidad; pero el sistema de precaucion establecido por la legislacion general de pobres apenas permite hacerlas ege-

cutar. Se formó sin embargo en Londres en 1818 una asociación digna de los mayores elogios, que se ha encargado en cierta manera de prevenir la ejecución de estas leyes, previniendo por sí misma los inconvenientes que puede tener, es decir, llenando la condición previa que supone toda represión de este género. Hace distribuir á los mendigos de las calles ciertas targetas con las que puedan presentarse en su casa: allí se les dá de comer, y se toma razón de ellos y de sus demandas, y se procede en seguida á una información personal para descubrir su verdadera situación. Si no son mas que desgraciados, se los socorre: en el caso contrario se los envia á la prisión, teniendo la sociedad sus agentes para este efecto. Una misión semejante llevada á cabo por una sociedad privada, supone, es verdad, el carácter particular de las instituciones inglesas: en nuestro país no podría tener lugar. Pero simples particulares nos muestran por este ejemplo lo que en otros países debiera hacer la administración pública cuando no quiere dejar obrar.

Las resoluciones á medias producen en esta materia, como en muchas otras, los peores resultados. Muchas veces una administración floja y tímida, después de haber tomado medidas para reprimir la mendicidad, se limita á recoger de tiempo en tiempo los mendigos que sorprende en los sitios públicos, y dejar en paz al día siguiente á los que vienen á reemplazar-

los ¿qué resulta de aquí? que se restringe solamente la concurrencia en la explotación del oficio: el oficio se hace mas lucrativo y por consecuencia ofrece mas aliciente. La severidad que se ejerce con los unos y la indulgencia que se concede á los otros forman un contraste que irrita al público, y la administracion es acusada á un mismo tiempo de negligencia y de injusticia.

CAPITULO XVIII.

Del espíritu de asociacion aplicado á las obras de caridad.

Colocado el *Visitador del pobre* al frente de los varios establecimientos públicos erigidos con un objeto de humanidad, hemos visto ya como viene á ser su auxiliar natural, como por su cooperacion asegura y extiende sus efectos, y como tambien ayuda al indigente á encontrar en estos establecimientos la especie de asistencia que particularmente necesita. Réstanos ahora aplicar las mismas consideraciones á las asociaciones libres que ha producido el genio de la caridad.

Al principiar un asunto de tanto interés nos ocurre ya una reflexion. ¿Quién mejor que el *Visitador del pobre* para concebir la idea de esta especie de asociaciones y señalar su objeto? ¿quién puede tener sentimientos y disposiciones mas favorables? ¿quién tendrá mas experiencia para cooperar con éxito? ¿donde han de nacer, alimentarse y aplicarse estas bellas creaciones sino entre los que han visto de cerca los males que afligen á los hombres y han estudiado sus causas y sus remedios?

El espíritu de asociacion, este principio tan poderoso y fecundo en todas las grandes creaciones de la industria, que no es otro que el

principio de vida de la naturaleza humana, adquiere nuevo poder y fecundidad cuando se aplica á las creaciones que tienen por objeto el bien de la humanidad. No se limita aquí á reunir las miras, las experiencias y los esfuerzos, á ilustrar por la libertad de las discusiones y á propagar por el ejemplo: comunica además una nueva energía al sentimiento que ha producido la creación y que debe vivificarla: parece como que presta nuevas facultades á los miembros de la asociación, porque es propio de todos los sentimientos morales tender á comunicarse y recibir en el comercio de las almas, por una noble y virtuosa simpatía, el mayor desarrollo posible. Si en las asambleas públicas la emoción producida por la imagen de una bella acción se trasmite con la velocidad del rayo, si en el alma de cada espectador adquiere por la unanimidad de los que la admiran un poder que no hubiera jamás obtenido por efecto de una impresión solitaria ¿cuál no debe ser el efecto de un comercio habitual, constantemente sostenido, no ya por la imagen sino por la misma práctica del bien? Yo penetro en una de estas reuniones y encuentro allí hombres preocupados, no con la frívola pretension de brillar, sino con los mas graves y mas serios pensamientos, con el deseo de ser útiles á sus semejantes: hombres modestos, tal vez oscuros, pero llenos de entusiasmo: su lenguaje sencillo y sincero respira benevolencia: se felicitan de coincidir en un

mismo proyecto, sin disputarse el mérito de la invencion: lo que uno no ha hecho mas que presentar, otro lo explana, unos señalan el fin, otros indican los medios, otros preveen las dificultades, otros enseñan á vencerlas: nadie aspira á influencia ni honores; mas si hay una mision penosa que cumplir, un sacrificio que hacer, todos se prestan á aceptarle; una dulce confianza une entre sí á los asociados: gozan en su estimacion recíproca, gozan el beneficio en comun, y forman entre sí las amistades mas íntimas y mas santas. Dichoso de haber sido admitido en su reunion salgo de ella mejor: mis ideas se han engrandecido, se ha encendido en mi corazon una emulacion honrada. Basta muchas veces ver una buena accion para descubrir que uno mismo es tambien capaz de hacerla. La bella expresion del Corregio *tambien yo soy pintor* reveló el genio del pintor de las gracias. El génio de la caridad no es un don extraordinario: es el patrimonio frecuentemente desconocido, es verdad, pero ligado á todos los corazones. Por muy dulce y encantador que sea el placer que se siente en hacer una buena accion, hay otro mas delicado y mas encantador todavia, que es el de hacerla en comun con otro. ¡Qué no fuera yo pintor! quisiera representar dos hombres de bien que se confian el designio de una accion generosa, y se asocian para egecutarla: hacer brillar el gozo en sus miradas cuando se encuentran, y anunciar estrechándose las manos

cuanto poder hay en la union de las voluntades! He aquí lo que la asociacion produce y lo que cada dia renueva. ¡Honor á esas asociaciones generosas que ha producido el amor del bien, y que bajo mil formas distintas vienen al socorro de la humanidad! No es posible concebir mas bella alianza que aquella cuyo principio fué la virtud, y cuyo fruto han de ser las buenas acciones (1). ¿Por qué unas reuniones tan útiles no se han multiplicado en la mayor parte de los paises? ¿por qué son casi desconocidas en muchos? Su formacion y su desarrollo suponen dos condiciones: por una parte que exista cierto espíritu público, una opinion favorablemente dispuesta para la alianza de designios y voluntades; y por otra que el conocimiento de las necesidades que sufre la clase indigente, y de los medios propios para

(1) Séanos permitido citar aqui el pasaje siguiente sobre las ventajas del espíritu de asociacion aplicado á las obras de beneficencia. — «La difusion del espíritu de beneficencia, el freno que pone al egoismo, el apoyo que reciben las ideas morales y religiosas: el apartamiento de la rutina, de las preocupaciones y de las miras estrechas: un camino abierto á muchos jóvenes, cuya ardiente actividad busca solo un alimento para satisfacerse, á muchos individuos que frecuentemente no saben cómo emplear su tiempo y su fortuna, y pueden así utilizar su vida: la dichosa aproximacion de hombres de bien é ilustrados que han nacido para amarse y estimarse, y cuyas virtudes simpáticas se estimulan mutuamente: el patronato y los lazos benévolos que se establecen entre las clases elevadas y ricas y las clases inferiores: las mejoras progresivas que se introducen en la vida física y moral del pueblo: los beneficios indirectos que recibe la administracion, nuevas garantías dadas á la tranquilidad del Estado, manantiales vivificantes de prosperidad esparcidos por todo el cuerpo social." *Cuadro de las sociedades é instituciones religiosas, caritativas y de bien público de la ciudad de Londres por Gustavo Dege- rando Prefacio páginas 8 y 9.*

socorrerla se haya generalizado en la sociedad y llamado la atención general. La primera de estas dos condiciones supone á su vez la existencia de instituciones que tengan un carácter generoso, de luces generalmente esparcidas y que circulen con facilidad, la influencia de una prudente libertad política y costumbres públicas que estén en consonancia con ella.

¿Y qué cosa mas propia para preparar la segunda condicion, despues de las saludables emanaciones del espíritu religioso, que la presencia en el seno de la sociedad de una porcion de personas que sostienen con el pobre comunicaciones habituales? Ya se echa de ver bajo cuantos aspectos es útil que los *Visitadores del pobre* procedan de las gentes del mundo: á su vez vuelven á ser en él preciosos focos de calor y de luz; y por ellos se inicia el mundo en los secretos de los sufrimientos que pesan sobre las clases desgraciadas: ellos llaman su atención distraida para que escuche la voz de la caridad en el tumulto de los negocios y en la embriaguez de los placeres.

La Inglaterra tiene el mérito de haber ofrecido al mundo en instituciones de este género las mas numerosas, las mas variadas y las mas ricamente dotadas. La Holanda tiene el de presentar el modelo mas bello y mas vasto de cuantos existen en esa admirable sociedad del *bien público* que abraza á un mismo tiempo la superficie entera de los países bajos, y los principales medios de servir á la humanidad.

Tambien la Francia puede presentar con cierto orgullo el cuadro de las que hoy posee, y sobre todo Paris. Es digno de observarse que despues de la restauracion y bajo el régimen de verdadera libertad obtenida al cabo por las instituciones que debe la Francia á la sabiduría de Luis XVIII, es cuando el espíritu de asociacion ha comenzado á tomar allí un vuelo tan sensible y á recibir la provechosa direccion de que hablamos.

Asombra ciertamente cuando se echa la vista sobre el número prodigioso de sociedades de toda especie que se han formado en Londres por medio de inscripciones particulares y de la considerable masa de fondos que estas asociaciones producen. Existen mas de 500: la mayor parte tienen por objeto sostener los establecimientos que en los demas paises están ordinariamente dotados y dirigidos por la administracion pública. Esto es consecuencia del carácter propio de las instituciones inglesas que confian á los esfuerzos individuales un gran número de objetos de interés público á que en los demas estados ha querido proveer por sí misma la solicitud del Gobierno. El espíritu nacional ha respondido generalmente á esta confianza de la legislacion: se le han pedido prodigios y los ha egecutado.

Si se quisiesen comparar la Inglaterra y la Francia, ó para simplificarlo mas Paris y Londres, bajo el aspecto de las creaciones que el espíritu de asociacion ha producido en el campo de la utilidad pública, y especialmente en el

dominio de los establecimientos de humanidad, sería preciso antes de todo contar con esta diferencia capital en el sistema administrativo de los dos países. En Londres el Gobierno se ha limitado á dar su legislación sobre los pobres: apenas si ha dotado á dos ó tres hospitales: las suscripciones particulares han fundado casi enteramente todos los establecimientos de esta especie. En Francia sucede precisamente lo contrario: la administracion es la que ha fundado estos establecimientos, la que los sostiene y dirige; y con este objeto se la han confiado y confian abundantemente los dones de los particulares por medio de legados, donaciones y cuestaciones. Un corto número de sociedades particulares concurren con ella, pero solamente como auxiliares para extender el beneficio y algunas veces para perfeccionar el principio. Así es como en Londres (1) diez asociaciones de suscritores han fundado, sostienen y dirigen tantos hospitales de enfermos ó convalecientes.

(1) Además de los hospitales que tienen dotaciones propias como Santo Tomás de Gray, San Bartolomé, existen los hospitales generales de Londres, Wemnister, Middlerez, cuatro hospitales de maternidad para las mugeres de parto, un hospital para marinos, una casa de salud para enfermedades contagiosas, otra para afecciones escrofulosas y cancerosas, otros hospitales para enfermedades venéreas, para calenturientos, para viruelas, para enfermedades cutáneas, sostenidas todas por suscripciones particulares.

Lo mismo sucede respecto á hospicios de ancianos ó expósitos, además del hospicio Manuel, Santa Catalina, Santa Maria, que gozan de una dotacion suficiente, las suscripciones particulares sostienen para huérfanos el grande y hermoso hospicio del Cristo, el de niños expósitos, muchas casas en que tanto los huérfanos como los niños pobres reciben educacion, dos casas de retiro, y los hospicios de San Lucas, Bethlem de Bridewill para dementes etc.

En Paris, semejantes reuniones carecerian de objeto porque los establecimientos dotados con fondos municipales proveen á todas las necesidades. Una Princesa benéfica habia fundado para convalecientes el hospicio de Enghien continuado por otra Princesa, cuyo nombre está cubierto de las bendiciones del pobre: fuera de estos los convalecientes son asistidos hoy en su domicilio, sistema generalmente preferible, con el auxilio del legado Montyon. El generoso bienhechor confió este cuidado al Consejo general de los hospicios. Acaso á la vista de las dos sociedades auxiliares formadas en Londres para los hospitales de Londres y S. Jorge en favor de los convalecientes fué donde M. de Montyon concibió la idea de proporcionar á la capital de Francia un beneficio semejante que faltaba á sus establecimientos de humanidad.

La misma comparacion se reproduce echando una mirada sobre los hospicios. El de niños expósitos de Londres ha recibido con frecuencia subvenciones del Parlamento; pero generalmente son sociedades de suscritores las que proveen los asilos abiertos á los ancianos y á los huérfanos, las que sostienen escuelas de industria y casas de trabajo, los asilos en que se cuida de los dementes, tales como San Lucas, Betblem de Brindewill. Hasta nueve sociedades se ocupan en Londres en asistir á las mugeres de parto, muchas de las cuales se recogen de las casas públicas. Desde la institucion de los ciegos indigentes hasta la casa de

retiro de sordo-mudos de nacimiento, no hay ninguno en Londres que no deba su existencia á los mismos principios. En Paris los establecimientos pertenecen á la administracion pública: son municipales Charenton para dementes, los *Trescientos* para ciegos, hasta la institucion de jóvenes ciegos y sordo-mudos se sostienen á costa del Estado. Comienzan ya sin embargo las asociaciones de suscritores á tomar entre nosotros alguna mas parte en este género de socorros; pero proponiéndose ordinariamente un fin especial y distinto del que es propio de los establecimientos públicos. La sociedad de la Caridad maternal visita y asiste á las mugeres de parto en el seno de sus familias y las estimula á criar sus hijos: abraza todos los cuarteles de la capital, y sus filiaciones se estienden á todas las ciudades del reino. Se saluda con respeto y reconocimiento esta enfermería de Maria Teresa, donde se recogen bajo los auspicios de una Princesa venerada las desgraciadas que se recomiendan por un carácter particular á los cuidados de la augusta bienhechora. El asilo de la *Providencia* pone á sus suscritores en situación de procurar un refugio á los ancianos ó enfermos que no tendrian medio de hacer admitir en los hospitales. Una interesante institucion que, si no nos engañamos, solo existe en Paris, socorre á los ancianos en el seno de sus familias, que es la de los Jóvenes en favor de los ancianos. Tres sociedades, la de *Jóvenes desamparadas*, fundada en otro

tiempo por la venerable Señora de Mercado, la de *Jóvenes económicas*, y la que lleva el nombre de *Comision de Jóvenes*, procuran aprendizaje á los niños. Hay tambien en Paris dos casas de educacion y trabajo para huérfanas (1) sostenidas por suscripciones particulares, pero el número de las que reciben es poco considerable. Las asociaciones se han dirigido sabia y principalmente á colocar con preferencia á los niños en poder de familias particulares.

Pasando de aquí á los socorros á domicilio esta comparacion debe modificarse de una manera muy sensible, porque la legislacion inglesa parecia haberse lisongeadó de proveer por medio de la contribucion de pobres á todas las necesidades de este gran servicio. Se han fundado sin embargo todavia una porcion de sociedades para asistir á los indigentes á cuya suerte se creia haber provisto; y estas sociedades con el espíritu propio de los ingleses se han dividido el campo que tenian que cultivar, y han adoptado miras ú objetos estremadamente especiales: se dividen, pues, en dos grandes ramificaciones que asisten, unas á los sanos y otras á los enfermos. Si entre las primeras se cuentan *la Sociedad general filantrópica* y *la Sociedad filantrópica Británica y extranjera*, cuyo objeto tiene un carácter vastísimo, no es posible enumerar las que existen en cada cuartel, en cada parroquia ó con un

(1) Las huérfanas de San Andrés y los niños de la Cruz.

fin distinto. Hay cuatro, por ejemplo, compuestas de Señoras que socorren á las mugeres: dos en favor de las viudas: dos para dar asilo á los indigentes momentáneamente desamparados, muchas en favor de las viudas é hijas de artesanos, una para los desgraciados que han pertenecido á la clase media. Respecto á los enfermos son mas todavía las especialidades, y á cada enfermedad concurren frecuentemente muchas asociaciones. La vacuna sola recibe auxilios de tres: las enfermedades de los oídos, las de los ojos, las cataratas, las enfermedades glandulosas, las del pecho, las de los niños, etc. tienen cada uno sus asociaciones particulares: hay otra para el tratamiento por electricidad: muchas para las hernias y distribución de vendages, y todas estas ademas de veinte y cuatro sociedades de administradores de cuartel, que tiene cada uno su demarcacion (1).

Nuestra administracion de socorros á domicilio que está unida con la de los hospitales y hospicios para su direccion central y su dotacion, provee en Paris á estos diferentes servicios y en todos los cuarteles por un solo régimen. Socorre á los sanos: les dá trabajo: distribuye vendages: hace asistir á los enfermos en su domicilio: tiene consultas gratuitas en los hospitales: la administracion pública hace

(1) No podemos hablar sin enternecimiento de una sociedad titulada la Capilla libre de Westsmrlet, formada de pobres, con el objeto de asistir á sus vecinos pobres y enfermos.

vacunar tambien gratuitamente á los niños en la Academia Real de Vacuna, y en los doce distritos de Paris. A pesar de todo las asociaciones de suscritores han encontrado todavia aqui un campo donde egercitar su celo fuera de las previsiones de la autoridad ; y no debe olvidarse que la introduccion de la vacuna en Francia y su propagacion en Paris han sido especialmente obra de la sociedad de vacuna: su disolucion nos priva desgraciadamente hoy de la influencia mas necesaria que nunca que egercía sobre la opinion pública. Somos deudores de las sopas económicas y del establecimiento de sus distribuidores á nuestra *Sociedad Filantrópica* que ha dado tan buenos egemplos, tan útil impulso, y cuyos eminentes servicios nos complacemos en recordar. Agréganse á estas en Paris, sociedades cuyos trabajos dirigidos sobre los progresos del arte de curar unen á ellos el honroso compromiso de asistir gratuitamente á los enfermos pobres (1).

Si se quiere palpar mas la diferencia ó mas bien el contraste de los sistemas adoptados en los dos paises, considérense por egemplo, ó los montes de piedad, cuyo privilegio se ha reservado en Paris la administracion pública, mientras que en Londres las asociaciones voluntarias han establecido casas de préstamo para los indigentes ; ó bien sino los socorros

(1) Las sociedades médico-filantrópicas de medicina, de medicina práctica y el círculo médico.

á los ahogados y asfixiados que en Francia reciben de la autoridad pública instrumentos, instrucciones, la eleccion y el establecimiento de vigilantes, mientras que en Londres reuniones de suscritores estimulan á socorrer y escogitan medios de administrar los mas útiles auxilios.

La autoridad pública en Francia se ha reservado expresamente la vigilancia y la suprema inspeccion de las escuelas: de hecho se ha reservado hasta su creacion y direccion (1). Asi mientras que en Paris la ciudad ó las Juntas de caridad sostienen mas de cien escuelas, y veinte y seis para labores de niñas, en Londres las escuelas de las parroquias están sostenidas por suscripciones, habiéndose formado muchas sociedades para fundar escuelas destinadas al primer grado de la enseñanza. Hay una, la de los *protectores* de las escuelas de caridad, que tiene á su cargo precisamente las funciones de vigilancia é inspeccion que en Francia se ha reservado la autoridad. Los dos paises nos ofrecen sin embargo en este punto una semejanza de gran interés. Dos asociaciones en Londres (2) y una en Paris (3) se ocupan igualmente en la propagacion de los métodos perfeccionados para la educacion popular. Me-

(1) Sin embargo, la ordenanza Real de 29 de Febrero de 1816 admite las asociaciones para fundar escuelas y designar maestros.

(2) Las de la Escuela Nacional y la Sociedad Británica y extranjera de las escuelas.

(3) La sociedad para la enseñanza elemental.

rece con todo observarse que las sociedades inglesas disponiendo de mayores recursos y moviéndose con mas libertad, obran sobre un teatro mas vasto, y egercen una accion mucho mas extensa dentro y fuera del Reino: la sociedad llamada nacional por egeemplo socorre cerca de mil ochocientas escuelas, de las cuales solo treinta están en Loudres, y forma maestros y maestras segun el método del Dr. Bell. La sociedad francesa sigue distinto camino: trabajando ella misma en la perfeccion del arte, ha hecho mucho para sus progresos (1). Las escuelas que sostiene son escuelas modelos donde los métodos con que ha dotado á la primera de las artes se justifican por la mejor autoridad que es la experiencia de los buenos egeemplos.

Las escuelas gratuitas para los niños del culto protestante y del culto israelita, deben tambien en Paris su existencia á sociedades particulares.

Asi se ve por todas partes á las sociedades privadas ocupar en Inglaterra el lugar que entre nosotros se ha reservado la autoridad pública, mientras que en Francia se limitan á obrar como simples auxiliares al lado de la administracion y frecuentemente hajo su influencia ¿cuál de los dos sistemas es preferible? No es este el lugar de profundizar y discutir esta grave y dificil cuestion: nos limitaremos á ob-

(1) La *sociedad de los métodos de enseñanza* se ocupa tambien de los trabajos dirigidos á este objeto.

servar que el primero de los dos sistemas expone á un grave inconveniente que es privar á los establecimientos de humanidad de la armonía y concierto que le son tan útiles: los priva tambien de un regulador: no les permite ayudarse y suplirse: puede conducir las hasta contrariarse sin querer, y les impide el empleo de ciertos medios cuya extension ofrece mayor economía y mayor regularidad. Es difícil tambien que en tal sistema puedan calcularse los recursos por las necesidades: las creaciones de las sociedades voluntarias pueden ser insuficientes á su objeto ó excederle: cada una puede dar demasiado ó demasiado poco, y tan peligroso es en esto el exceso como la falta.

En Londres no existe nada comparable á nuestros bellos establecimientos de la *Panadería Escipion* y la *Farmacia central*. No hay tampoco la Junta central de admision para los hospitales y hospicios. Por otra parte es una ventaja considerable á nuestros ojos llamar á los simples particulares á que tomen un interés directo en los establecimientos de humanidad, que conozcan su marcha y sus resultados, y que secunden los beneficios con su cooperacion. Esta influencia es fecunda en buenas acciones, útil á las costumbres públicas y tiende á interesar mas estrechamente á todos los miembros de la sociedad en favor de los necesitados.

Sería posible sin embargo conciliar, en parte á lo menos, las ventajas de los dos mé-

todos. Las asociaciones privadas se podrían concertar entre sí y darse el centro que las una; y la administración podría promover con éxito el concurso de las asociaciones voluntarias.

Nuestras Juntas de caridad por ejemplo reciben suscripciones anuales, pero los suscriptores son muy pocos porque no toman mas parte en el bien que se hace que la cantidad con que contribuyen. ¿No se podría organizar en cada distrito una verdadera sociedad de suscriptores, cuyos diputados ó comisarios fuesen admitidos en la Junta de caridad y se asociasen á sus trabajos? Tenemos en Paris asambleas de caridad que consisten en una reunion en la iglesia para oír un sermón con el cuidado, es verdad, de elegir un predicador de reputacion, pero á donde no concurren en último resultado mas que algunas personas piadosas, que en todo caso habrian pagado igualmente su tributo en favor de los pobres, mas á donde no concurren las gentes de mundo sino cuando la presencia de alguna augusta Princesa lleva tras de sí una porcion de la Córte y algunos curiosos, ¿no sería mejor tener asambleas de caridad donde se reuniesen los suscriptores y bienhechores para darles cuenta de la inversion de las limosnas, y exponerles circunstanciadamente la situacion de las familias indigentes del barrio? En estas asambleas debería estar sobre la mesa el cuadro de los pobres socorridos á fin de que cada uno pudiese examinarle, y

buscar tal vez una familia en su vecindad que podría tomar bajo su proteccion.

A esta primera causa de diferencia entre las instituciones de los dos países se agrega otra que resulta de las circunstancias locales propias de Inglaterra relativas á sus costumbres, á su posicion geográfica y á sus relaciones comerciales. Siendo Londres un verdadero puerto de mar, el centro principal de las grandes expediciones marítimas, la capital de un imperio, cuya marina forma su riqueza y su fuerza, naturalmente se han multiplicado allí las asociaciones en favor de los marinos y se han hecho cargo de todas las necesidades de una clase digna de tan justa solicitud. La Francia y Paris mismo, sin adoptar todos estos establecimientos, encontrarían allí mas de un ejemplo útil que imitar, y que las circunstancias locales permitirían introducir haciendo las modificaciones necesarias. La legislacion inglesa permite á las asociaciones privadas cierto género y manera de acciones que por insólitas entre nosotros acaso nos sorprendieran. Tales son las que tienen por objeto, una perseguir á los deudores insolventes fraudulentos, y oponerse á su libertad: otra para proteger al comercio contra ladrones y rateros, otra para citar ante los Tribunales á los autores y expendedores de malos libros: tal es tambien la que tiene por objeto la extincion de la mendicidad y que hemos tenido ya ocasion de citar.

Varias asociaciones están fundadas en las

relaciones que la Inglaterra sostiene con el Asia y el Africa, en la variedad de los cultos disidentes que se profesan en Inglaterra, en el sistema de gremios que existe todavia en Londres para las artes y oficios: muchas hay que están destinadas á sostener las viudas y huérfanos de los ministros de los cultos.

En Paris no hay mas que la asociacion paternal de los Caballeros de San Luis, y otra en favor de las Religiosas pobres, que sean debidas á circunstancias locales y particulares.

Si seguimos nuestras comparaciones despues de haber apurado los efectos de estas dos causas de diferencia, encontraremos entre las asociaciones con que se honran las dos capitales algunas analogías interesantes, y tambien algunas otras diferencias de egecucion que será útil conocer en ventaja de los dos paises.

En Londres y en Paris el gran interés de la propagacion de la moral religiosa ha excitado el celo de muchas reuniones de hombres y de mugeres. En uno y otro pueblo existen sociedades biblicas, sociedades de tratados religiosos (1), sociedades para misiones extrangeras. Pero el carácter del culto dominante en Inglaterra, el número y la rivalidad de los

(1) Hay dos de esta clase en Paris una católica y otra protestante. Debe observarse que las sociedades protestantes, biblicas y de tratados religiosos se dedican á propagar, una las traducciones de los libros santos, y otra pequeños escritos que puedan servir igualmente para el uso de los católicos.

cultos disidentes dan mayor desarrollo á estas instituciones y llaman á los simples particulares á cooperar de una manera mas directa y mas activa al fin que se proponen : tienen tambien una direccion mas variada, mas especial. En Londres hay mas de cuarenta sociedades, y cinco en Paris, que concurren de varias maneras á favorecer los progresos de la moral religiosa : las hay entre las primeras que unen con este objeto la práctica de las obras de beneficencia : tales son, por egemplo, la llamada del *bien público* y otra para *el socorro y la instruccion* de los pobres africanos y asiáticos. La *sociedad de la moral cristiana* establecida en Paris, tiene tambien su comision de caridad y beneficencia : sus útiles trabajos abrazan una esfera muy extensa, la supresion de la trata de negros, la de los juegos y de la lotería, en cuanto esta supresion puede pender de la opinion pública.

En Londres y en Paris el espíritu de asociacion se ha dirigido tambien á la mejora de las prisiones ; pero en Londres encontramos dos sociedades que á la par de este objeto general procuran educacion á los hijos de los condenados y á los de los presos por deudas. En Londres existen muchas, y una en Paris para reformar las costumbres de los jóvenes condenados. La libertad de los presos por deudas, ocupa igualmente á una sociedad en Paris y á muchas en Londres. En Londres y en Paris el mismo principio creador ha hecho abrir asi-

los para recoger á las mugeres seducidas ó corrompidas y volverlas á la virtud (1).

En Londres dos sociedades se proponen suprimir el modo actual de limpiar chimeneas y dar otro oficio á los jóvenes que le practican: en Paris hay una para socorrer é instruir á los jóvenes saboyanos.

En estos últimos años se han establecido en Londres muchas sociedades para reunir y hacer cuidar en las escuelas de párvulos á los niños pobres de poca edad: en Paris acaba de organizarse otra con el mismo objeto.

En este momento se establece en Paris una sociedad para las escuelas de los Domingos: en Inglaterra existen ya muchas con el mismo objeto. Tanto Londres como Paris tienen una sociedad para formar buenos sirvientes.

Londres tiene muchas sociedades para recibir y hacer valer, siguiendo distintos métodos, los ahorros de las clases trabajadoras. Paris tiene una que tiende al mismo objeto bajo una forma única y sencilla.

Los cultos disidentes han fundado en Londres asociaciones separadas para socorrer á sus respectivos indigentes. Los protestantes han establecido hace poco en Paris una sociedad de prevision con el mismo fin; pero no se compone solamente de bienhechores, sino que les

(1) Ademas del establecimiento del *Buen Pastor*, Paris tiene el de *Señoras de refugio* de San Miguel, que subsiste con sus propios recursos.

asocia tambien á los que quieren cooperar á ella para recoger un dia sus frutos.

Los israelitas han fundado tambien en Paris una sociedad para estimular al trabajo á los hijos de sus familias, cuyos resultados son ya tan útiles, como es laudable su intencion.

Los suizos que habitan en Londres y en Paris han formado entre sí, en cada una de las dos ciudades, una sociedad para asistir á sus compatriotas cuando lo necesiten.

Londres y Paris tienen su *sociedad de estímulo para la industria nacional*. Estas dos sociedades rivalizan hoy en esfuerzos y en poder.

No vacilamos en reconocer que muchas de las sociedades establecidas en Francia han nacido á egemplo de las de Inglaterra: la imitacion es siempre honrosa cuando tiene por objeto la emulacion del bien. ¿Por qué no habiamos de hacer otras importaciones?

En el rápido bosquejo que acabamos de trazar se han podido echar de ver muchos proyectos útiles planteados en Inglaterra, que podria apropiarse la Francia. Tales son particularmente esos estímulos y recompensas establecidas por dos sociedades para las bellas acciones, por las cuales ha sido librado algun individuo de peligros inminentes, institucion que tal vez habia llamado ya la atencion del respetable Montyon cuando ha fundado su premio de virtud. La sociedad de Londres que trabaja para formar buenas criadas, estimula

tambien y recompensa á las que observan buena conducta: otra cuida de colocar ó de enviar á las aldeas las sirvientas que no encuentran donde servir y quedarían expuestas á la seducción: otra recompensa y estimula á los domésticos de ambos sexos: otra dá refugio por una noche á los desgraciados que se encuentran sin él: varias sociedades titulándose los amigos de los extranjeros, los buscan y los cuidan cuando están desnudos y abandonados: las hay particularmente destinadas á socorrer á los franceses; y hace poco que se ha establecido una para dar ocupacion y trabajo á los presos al salir en libertad. ¿No tendríamos nosotros mucho que tomar de estos egemplos? Aun se podría agregar la asociacion de fondos literarios, que tiene por objeto sostener á los hombres de letras que se encuentran en la miseria. Pero recomendaríamos sobre todas las que proveen á la educacion de los hijos de los presos y de los condenados, agregándoles aquellos hijos, cuyos padres son notoriamente inmorales: es esta otra especie de huérfanos mas digna de lástima todavia que la de los que han perdido á sus padres. Con todas nuestras fuerzas promoveríamos la formacion de una sociedad análoga á la que en Londres se intitula *Sociedad para mejorar la condicion de los pobres*.

La Francia á su vez podría desquitarse ofreciendo á Inglaterra materia de algunos cambios. Aunque el espíritu de asociacion se haya reducido entre nosotros á una esfera mucho

mas circunscrita, ha producido sin embargo algunos frutos que son propios de nuestro territorio (1). Ya hemos observado que nuestras sociedades *filantrópica, de la moral cristiana y de la enseñanza elemental* tienen un objeto mucho mas extenso que las que las son análogas en Inglaterra. Solamente en Paris se ha tenido la idea de reunir á los jóvenes para socorrer á los ancianos, y donde los jóvenes se han asociado tambien para cuidar de los huérfanos: en Paris y en Lyon es donde las Señoritas se han apresurado á poner en comun sus donativos en las sociedades de *jóvenes económicas*: en Paris es donde la asociacion de San José recoge á los operarios y domésticos cuando llegan, para colocarlos y procurarles direccion religiosa: en Paris es donde se conciertan las Señoras para trabajar y vender sus obras en beneficio de los indigentes. En Paris y en toda la Francia los abogados residentes cerca de los tribunales reunidos en colegio despachan consultas gratuitas á los indigentes, y se encargan de la defensa de sus causas: digno y bello noviciado para una profesion tan honrosa.

En Londres se encuentra un gran número de casas de caridad fundadas por compañías,

(1) No es posible recorrer el cuadro de las asociaciones caritativas establecidas en Paris sin rendir de lo íntimo de nuestro corazon un homenaje de admiracion y reconocimiento á la memoria del venerable abate Legris Duval, á quien hemos visto reproducir entre nosotros la vida de un San Vicente de Paul, y que tanto ha cooperado á fundar las mas útiles instituciones.

cuyos miembros egercen profesiones particulares, y pertenecen á las clases medias de la sociedad, en favor de los miembros de estas compañías, como las de plateros, drogueros, tratantes en hierro, en paños, en sedas, etc. Sir Morton Eden contaba en 1801 setecientas veinte *sociedades de amigos* de prevision existentes en Inglaterra, y calculaba que ascendia á sesenta y cuatro mil ochocientos el número de sus miembros. Estas instituciones parece que proceden de los gremios de artes y oficios vigente todavia en aquel pais, y felizmente abolidas hoy entre nosotros; pero no descienden á la clase de los simples operarios como nuestras sociedades de *socorros mútuos*, bajo la direccion de la *sociedad filantrópica*.

En fin lo que es eminentemente propio de la Francia es el número, la variedad y la prodigiosa extension de las congregaciones religiosas de *hermanas* consagradas á la enseñanza gratuita de niños pobres, á la asistencia de los enfermos, al socorro del infortunio en todas sus necesidades. Sus establecimientos pasan de mil seiscientos y son mas de ciento diez mil personas las que consagran su vida entera al mas tierno é interesante de todos los ministerios. La Francia es deudora de esto á la influencia religiosa; pero es notable que ningun pais católico puede compararse con ella bajo este aspecto; es una mina inagotable para los tesoros de la caridad. Esta circunstancia puede contribuir tambien á explicar porque las aso-

ciaciones de suscritores son menos numerosas en Francia que en Inglaterra. Nosotros poseemos en las instituciones de *hermanas de la caridad* un vasto y poderoso instrumento que no tienen nuestros vecinos.

Cuando se compara en los dos países el cuadro de suscritores que concurren á las asociaciones voluntarias, llama la atención una diferencia mucho mas notable todavía que cuantas hemos visto hasta aquí, la que se refiere al importe de las suscripciones. Resulta de ella en favor de Inglaterra una gran facilidad para emprender cosas útiles y poderosos medios para egecutarlas. Y es que en Inglaterra inscribirse en estos cuadros es no solo un movimiento honroso producido por el sentimiento de una generosidad ilustrada, sino que es una costumbre general, una exigencia, casi un deber impuesto por la opinion pública. En Francia no ha penetrado todavía en las costumbres una disposicion semejante: preciso es creer que cada uno prefiere hacer el bien en particular y sin ser conocido; á lo menos es cierto que muchos que hacen el bien con solicitud resisten aparecer en las listas de suscritores por el sentimiento de una delicadeza y una modestia que podrá considerarse excesivamente escrupulosa. Siempre sucede que el número de suscritores es muy limitado, que se ven casi siempre los mismos nombres, que estos nombres son de personas, que no gozan generalmente mas que una regular fortuna, y

que los dones son por consecuencia tambien muy modestos. Es menester, pues, ser muy sobrios en asociaciones para que puedan lograr alguna consistencia. Sin embargo, el gran vuelo que se ha manifestado hace poco para los socorros ofrecidos á los desgraciados habitantes de Salesis, y para la asistencia destinada á los griegos parece hacer esperar que tiende á desarrollarse entre nosotros un espíritu público mas favorable á este género de instituciones. Es preciso no olvidar tampoco que la legislacion inglesa protege por todos los medios las asociaciones dirigidas á objetos de utilidad pública y les concede las facultades mas extensas, mientras que la nuestra es al contrario poco benévola con ellas, y falsas y estrechas miras conducen con demasiada frecuencia á la autoridad hasta á contrariarlas en sus tentativas, cuando encontraría tantas ventajas en rodearse de sus auxilios. Es digno de observacion que el gran número de asociaciones de esta clase han sido organizadas en Francia por el Gobierno mismo, puestas mas ó menos bajo la dependencia directa de la administracion, como la sociedad de la caridad maternal, la de las prisiones, la de los caballeros de San Luis, etc.

Por otra parte, si se observa de cerca la marcha de estas asociaciones en los dos países, y el pormenor de sus operaciones, se reconocerá que tienen relativamente en Francia mayor número de cooperadores activos, asíduos, dedicados á consagrar su tiempo y su trabajo

al bien de la institucion. Están exentas ademas de una especie de lujo y de aparato sobradamente prodigados en Inglaterra: tienen mas sencillez, mas unidad y mas economía (1).

Si se compara en último resultado la situacion de los indigentes en Londres y en Paris, costará trabajo creer que estén peor asistidos en la segunda de estas dos ciudades: es seguro á lo menos que su número se ha multiplicado en la primera hasta un punto incalculable por la indiscreccion de los socorros mismos. La Inglaterra está probando el inconveniente de las asociaciones caritativas cuando llegan á multiplicarse demasiado cuando están poco ligadas en-

(1) Véase respecto á las asociaciones de Londres *el cuadro de las sociedades é instituciones religiosas, caritativas y de bien público de la ciudad de Londres* por G. Dege-rando, Paris 1834; y respecto á las de Paris, *el Diario de la sociedad de la moral cristiana*, tomo 6.º año de 1825.

Las diferencias que hemos visto entre Inglaterra y Francia serian mucho mas notables si saliésemos del recinto de las dos capitales. El espíritu de asociacion ha hecho menos progresos y encontrado mas obstáculos en los departamentos que en Paris. Algunas grandes ciudades, sin embargo, parecen animadas y vivificadas: la de Lyon puede ser honrosamente citada bajo este punto de vista, como que hay pocas en que las instituciones de caridad hayan obtenido constantemente mas desarrollo, ni en que la hospitalidad se haya egercido mejor. Hé aqui una nota de los objetos que abrazan las asociaciones caritativas y de bien público que existen en la segunda poblacion de Francia.

1.º Tres *Providencias de jóvenes* en que se dá, durante cinco años, educacion religiosa y gratuita á los niños que no tienen recursos.

2.º Muchas *Providencias* de niñas con el mismo destino.

3.º La *Sociedad de jóvenes económicas*, á la que pertenecen casi todas las señoritas de la ciudad.

4.º La obra de la *maternidad* para socorrer á las mugeres de parto.

5.º La *soledad*, retiro voluntario para jóvenes arrepentidas.

tre sí, y cuando en la práctica diaria su dirección carece de actividad, de vigilancia ó de la severidad que necesita.

No basta á una asociacion caritativa estar ricamente dotada : puede hasta ser un mal : es menester que tenga un objeto preciso, determinado : es menester que sus medios estén en armonía con él : es menester que tenga al frente hombres sabios, prudentes, graves, perseverantes, propios para inspirar confianza : que tenga agentes activos, infatigables, perfectamente acordes entre sí : que reine un grande espíritu de orden, que se defienda del espíritu de cuerpo, de sus pretensiones, de sus falsas rivalidades, de sus ideas exclusivas : que hasta se prevenga contra la exaltacion y contra las resoluciones precipitadas que pueda tomar:

6.º *La sociedad de Señoras de la doctrina cristiana*, para procurar instruccion religiosa á las mugeres y niñas descuidadas en este concepto.

7.º *La sociedad de limpia botas*.

8.º *La de albañiles*, que reúne á los individuos de estos dos oficios para el cumplimiento de los deberes religiosos.

9.º *La asociacion de San José* sobre el mismo plan que la de Paris.

10. *Las de misiones extrangeras*, id.

11. *Las Carlotas*, institucion muy interesante y que solo hemos visto en Lyon. La componen buenas mugeres de la clase del pueblo que se dedican á hacer cuestaciones en favor de los presos, llevarles la sopa, consolar á los enfermos, leerles libros morales é inspirarles disposiciones religiosas.

12. Una caja de ahorros.

13. Oficinas de distribucion sobre el plan de las de la capital.

14. Una sociedad que sostiene escuelas perfeccionadas segun el método de la enseñanza mutua

15. Una sociedad para un establecimiento de educacion de sordo-mudos de nacimiento, dirigida por un sordo-mudo.

que se preserve tambien de la inaccion y de la relajacion, que suceden casi siempre á un principio lleno de ardor: que se excluya cuidadosamente á cierta especie de hombres, siempre dispuestos á entrar en estas reuniones, ávidos de ocupar un puesto en ellas pero que van con un espíritu inquieto, con disposiciones revoltosas, con deseo de dominar, con las ambiciones de la vanidad, con un celo mas aparente que real, ó por lo menos mal dirigido: que se prevengan todos los elementos de discordia, que se conserve el espíritu de su creacion: que se alimente con el mayor cuidado el fuego santo: que sepa en fin no desalentarse por los obstáculos, por los errores, y resignarse, al hacer el bien, á no hacer mas que el que es posible. Al mismo tiempo que el *Visitador del pobre* lleve su tributo á las asociaciones de este género, á que tenga la dicha de pertenecer, encontrará en los establecimientos que sostienen socorros variados, á que podrá recurrir en el interés de las familias que protege. Allí se nutrirá sin cesar con esa emulacion, ese ardor, ese espíritu de vida que debe de animarle en sus funciones: allí contraerá relaciones útiles, y se ilustrará con preciosos y nobles egemplos.

CAPITULO XIX.

De la cooperacion de los jóvenes en los establecimientos de humanidad.

En todos los establecimientos fundados por la industria privada la edad madura ha tenido naturalmente el buen juicio de asociarse la juventud como el mas útil auxiliar: los padres han tenido la sabia prevision de preparar á sus hijos por medio de un aprendizaje gradual para el egercicio de las profesiones que deben seguir algun dia. Los servicios públicos tienen sus escuelas de aplicacion: la práctica introduce á los abogados en el foro: veo al notario y al procurador rodeados de sus pasantes, al mercader y al fabricante poniendo en movimiento á sus jóvenes comisionados; y para elegir un eemplo mas análogo á nuestro objeto, en los hospitales, los hombres mas experimentados en el arte de curar van acompañados de los alumnos que preparan y egecutan sus prescripciones. Por todas partes el celo y la actividad de la juventud están llamadas como auxiliares en la distribucion del trabajo: por todas partes esta bella época de la vida viene á ser una segunda educacion, una educacion práctica que produce un plantel de sugetos á propósito para los varios destinos de la sociedad. ¿Por qué, pues, nuestros establecimientos de humanidad

no se han de auxiliar con este género de socorros? ¿por qué la noble carrera de la beneficencia no ha de tener tambien sus neófitos?

¡Cuántos y cuán preciosos frutos no han recogido los establecimientos de humanidad de la asistencia de ese sexo, al que la Providencia parece que ha confiado la interesante misión de ser sobre la tierra el angel consolador del infortunio, al que se complació en dotar de una sensibilidad tan exquisita, de una bondad tan ingeniosa y tan delicada, cuya tierna piedad dulcifica los males que su mano socorre, y cuya virtud toma naturalmente de la fuente pura de la Religion los beneficios que derrama sobre la desgracia! ¡cuán bello seria completar la obra asociándole tambien esa edad dichosa, rica de tantos dones y de tantas esperanzas, que nos proporcionase otro género de auxilio! ¡Cuán útil no seria esta cooperacion! ¡Cuánto lo seria para los desgraciados! ¡Cuánto no lo seria para los jóvenes mismos que la prestasen!

Son pocos los hombres que gozan el privilegio de poder dedicarse exclusivamente á los nobles egercicios de la beneficencia: este privilegio solo pertenece á los que se han retirado de los negocios y han adquirido cierta independencia de la fortuna. Pero entonces en edad ya avanzada, su actividad se ha debilitado, sus fuerzas casi han llegado á extinguirse: si su sabiduria y larga experiencia son eminentemente propias para dar buenas direcciones, trazar reglas, juzgar y aconsejar, su celo gime

:

con demasiada frecuencia por no poder ocuparse en los detalles, obrar, ver, vigilar, ni ejecutar por sí mismos lo que han concebido. Los hombres de edad avanzada no pueden consagrar á estos honrosos trabajos mas que algunos momentos demasiado fugitivos que roban á su descanso: no pueden salir cuando quieren: están retenidos por los lazos de la familia, y por otros deberes imperiosos. ¡ Demos á unos y otros un séquito de ayudantes de campo en la carrera de la caridad! que estos jóvenes adeptos, mensajeros de la beneficencia, vayan por todas partes recibiendo las informaciones, explorando el campo ¡ay! tan vasto y tan variado de los infortunios humanos, llevando palabras consoladoras, distribuyendo socorros oportunos, comprobando el uso que se ha hecho de ellos, y formando en derredor de nuestros establecimientos de humanidad como una especie de aureola que derrama lejos su fecunda influencia! ¡Qué nuevas luces se reunirán! ¡qué nuevas fuerzas se pondrán en obra! ¡qué celeridad en la ejecución! Sin duda la juventud estaria expuesta por el candor mismo que es su mas bello patrimonio á ser fácilmente engañada por los artificios que la codicia sugiere frecuentemente á la indigencia: podría no guardar bastante, en la distribución de los beneficios, esa medida que recomienda una prudente economía hasta para el ejercicio de la caridad misma. Pero estos inconvenientes no son de temer puesto que los jóvenes no están

llamados á obrar sino bajo una direccion superior; y por otra parte se hallarán en los jóvenes ciertas condiciones que nos faltan con frecuencia en una edad avanzada, ese ardor que por nada se espanta ni se cansa, esa prontitud que hace aprovechar el momento favorable, esa vivacidad de espíritu que hace descubrir, imaginar con facilidad todo género de recursos. ¡ Cuántos ojos, cuántos brazos se van á poner á nuestra disposicion! es un alistamiento que vamos á hacer para marchar á la mas bella de las conquistas, para el triunfo de la santa causa de la humanidad! No tememos confesarlo: nos admiramos y nos afligimos muchas veces de una especie de languidez que llega á paralizar con el tiempo ciertas administraciones benéficas, y de los obstáculos que los hábitos de rutina oponen en algunos de estos establecimientos á las mejoras mas razonables. La cooperacion de jóvenes colaboradores daria nueva vida á estas instituciones, estendería el circulo de las ideas, y abriría el paso á muchas mejoras útiles. No expondrá al peligro de innovaciones imprudentes, porque no debe de influir sobre resoluciones definitivas; pero dará la voz de alerta á los que, con la mejor voluntad del mundo, creian que no se podia hacer nada mejor que lo que ellos han visto y hecho hasta entonces. De este modo el fuego santo se encontrará reanimado y renovado sin interrupcion: los viejos administradores mismos se sentirán en cierta manera reju-

venecidos. Vosotros, los que presidís á nuestros establecimientos, que os entristeceis cada dia por no poder hacer bastante, al mismo tiempo que vais á ser ayudados ¡qué gozo sentireis al emplear estos nuevos auxiliares! ¡Padre venturoso, teneis ya un hijo á vuestro lado llenando este piadoso ministerio! por sus lábios mismos sabeis la existencia de una desgracia, que podeis socorrer, ó el alivio que se ha logrado con el socorro que habiais concebido, y la ternura paternal confunde estas dulces emociones con la que la voz de la humanidad habia ya conmovido vuestro corazon. Un beneficio hecho se viene á convertir en una fiesta de familia. ¡Anciano venerable, quereis ver brillar sobre la frente de ese jóven el reflejo de los sentimientos que han llenado y animado vuestra vida, ver desplegarse en él como una flor del Edem la adolescencia de la caridad! La presencia de ese amable compañero de vuestros trabajos os consuela de los contratiempos que sufris en la dispensacion de vuestros dones, y de la ingratitud que mas de una vez recibis por recompensa. Cuan dulce os es apoyaros sobre él en esos caminos generosos en que le servis de guia: os sonreis aperci biendo en sus facciones el goce celestial que le hace sentir el ensayo de una buena accion. Habeis adquirido en él un hijo adoptivo, adopcion sublime, cuya acta se inscribe en los registros del Cielo, que hace de él vuestro discípulo, el heredero de vuestras virtudes, y que

un día le llamará á ser vuestro sucesor, enseñándole á imitar vuestros egemplos!

Sí, si el egercicio de la verdadera beneficencia es un arte tan difícil en la eleccion y en el uso de los medios, como inmenso en la esfera que abraza ¿cómo ha de ser el único que no exija un conveniente noviciado? No alcanza la experiencia de la vida entera para estudiar todos sus secretos; no alcanza; porque no se estudia en los libros, no se aprende mas que en la práctica, y en ella á pesar de eso los errores son fatales. Porque no solo llevan consigo la pérdida de una porcion de recursos, ya por sí casi siempre insuficientes, sino que pueden aumentar y multiplicar los males mismos que se tratan de remediar. ¿Y cómo el que principia podrá librarse de estos errores? ¿cómo se librará de los lazos que le tiende la inmoralidad disfrazada con el vestido sagrado de la desgracia, de las seducciones de su propio corazon, cuyo enternecimiento previene la reflexion y el exámen, cuya delicadeza rechaza las impresiones de la desconfianza? Si concedéis el noviciado que solicitamos, las lecciones de la experiencia se unirán con el calor del celo, sugetándose los ensayos á una prudente compensacion. De esta manera nuestro jóven filantropo obtendrá sin peligro esa larga educacion que debe hacerle recorrer la triste série de las miserias humanas, y los diversos conductos por donde se las pueden llevar remedios eficaces. Asi es como el arte de curar forma

á la cabeza de los enfermos sus mas hábiles profesores. Nosotros, pues, instituímos una especie de clínica para la beneficencia. A medida que las filas de esos hombres virtuosos que componen nuestras administraciones caritativas se vayan aclarando, numerosos candidatos se presentarán á reemplazarlos: la herencia de la virtud será para ellos el término de una noble ambicion: la eleccion que recaiga sobre uno de ellos llamándole á hacer todavía mas bien, será la recompensa de todo el que hasta alli haya hecho; no será mas que una promocion en la gerarquía de las mas bellas dignidades de la tierra. El amigo de la humanidad llegará á esta funcion eminente maduro y preparado por los empleos subalternos: no tendrá ya que aprender: no tendrá mas que aplicarse.

No se sabe cuanto hay todavía que hacer para socorrer los males de todo género que afligen á la humanidad, ó á lo menos si se advierte cuantos son todavía los que invocan socorros, se llega á desconfiar de la insuficiencia de los recursos. Es un error: con los recursos existentes se proveería á una porcion mas considerable de necesidades; pero hay un genio para la beneficencia como le hay para las demas artes: este genio exige cierta juventud de corazon, cierta vivacidad de imaginacion, y un entusiasmo cuyo calor no se haya resfriado todavía. Si no hemos tenido la ventaja de recibir la educacion severa y fecunda de la adversidad, podemos al menos suplirla en parte,

mezclándonos desde nuestros primeros años con esa clase de la sociedad, desheredada por la fortuna, y uniéndonos á ella por los lazos de una generosa simpatía. Así nuestros jóvenes neófitos comenzarán por ser los confidentes del dolor para estar un día en mejor disposición de aliviarle.

¡Y quién mejor en efecto podrá obtener la confianza entera de los corazones afligidos! Esa benevolencia amable y solícita, ese calor del alma, esa ingenuidad que son naturales á la juventud, mueven á la confianza y al abandono: hay en sus palabras un encanto que cautiva, y en sus miradas alguna cosa que hace brillar la esperanza: se desea confesarla lo que no se hubiera atrevido á decir á un hombre mas grave: se siente mejor la compasión que experimenta: su presencia reanima: el beneficio que lleva parece dispensado con mas gracia, el gozo que siente ella misma derramándole, es un nuevo consuelo para el que le recibe. El desgraciado vé en el jóven un protector seguro para muchos años que velará sobre su destino. Los hijos sobre todo cobrarán mas cariño al que por su edad está mas cerca de ellos: escucharán sus consejos: le manifestarán con una especie de orgullo los frutos de su trabajo, y dirán ¡hé aqui el que puede servirme de guia y de apoyo en todas las épocas de la vida! ¿Qué espectáculo mas tierno que el de un jóven apareciendo solícitamente en medio de una familia desconsolada? Todos se

empeñan en acercársele, todos reconocen en él un mensajero de paz y de amor. El que mas se enternece es el que consuela mejor.

En la primitiva Iglesia, cuando el cristianismo en su aurora ofrecia al mundo admirado el cuadro de una sociedad estrechamente unida por los lazos de la caridad, si los ancianos se reservaban las funciones eminentes del sacerdocio, los jóvenes levitas eran los encargados del depósito y de la distribucion de los dones á los hermanos necesitados. Este ministerio era el primer grado de la consagracion religiosa: creíase que era el medio mas digno de introducirlos al servicio de los altares, comprendiendo que si la verdadera piedad es el origen mas fecundo de la beneficencia, la beneficencia á su vez vuelve incesantemente el corazon á los sentimientos de la piedad; porque los dos grandes mandamientos son semejantes el uno al otro, y el amor de Dios se confunde en el amor de los hombres. ¡Ah! que esa edad, á la que se ha concedido tanta ternura conozca el sentimiento del amor en lo que tiene de mas sublime y mas puro, como una emanacion celestial que remontándose hasta el Criador, abraza todas sus criaturas, abraza principalmente la desgracia por la mas tierna compasion! El mismo Dios ¿no ha querido ser personificado de cierta manera en el sér desamparado? Imitar al Supremo bienhechor es pagarle una deuda. La Religion recibe las lágrimas de la piedad como la ofrenda mas digna. El corazon lleno de verdadero amor

tiene necesidad de expansion, de satisfacerse sacrificándose. ¿Qué otra cosa es amar sino complacerse en dar? ; Dar es en sí mismo tan poco! Dar no es ni siquiera la obra de la caridad: amar al que padece, hé aqui lo que la constituye: el don no es mas que el efecto ó la señal: todo su precio le recibe del sentimiento que le inspira. Ofrezcamos pues al desgraciado como á Dios mismo, las primicias de nuestras facultades, la primavera de nuestra vida.

Abrir á los jóvenes la carrera de una beneficencia activa, es ofrecerles la iniciacion mas segura en una piedad ilustrada y profunda: es ejercitarlos de antemano para las demas virtudes, es inspirarles el gusto de ellas. No hay una sola de las emociones que experimenten en este bello aprendizaje que no les deje impresiones duraderas, que no llegue á ser en ellos un germen de buenas acciones. Su alma se sostendrá en los hábitos de una sencillez acrisolada: se asegurará contra la influencia demasiado frecuente del tumulto de los negocios, del comercio del mundo, y que conduce á los frios cálculos del egoismo: se preservará naturalmente de los numerosos peligros que la disipacion, la frivolidad y los falsos placeres siembran por todas partes bajo los pasos de la adolescencia. Gustará mejor los placeres inocentes. La actividad que la devora encontrará digno alimento; y sacará nueva energía de la misma satisfaccion interior que deja el recuerdo del bien que se ha hecho. Se lanzará con doble

ardor á los trabajos que se le imponen. El talento recibirá en ella inspiraciones mas fecundas: el espíritu se ilumina siempre por las santas emociones de la virtud: se elevará á pensamientos grandes por los mas nobles sentimientos. Asi se nutrirá en ella el fuego de esa llama generosa, que produce los actos de valor y los modelos del genio: asi se conservará esa calma secreta, esa paz inalterable, únicas que hacen al juicio sano, y procuran la verdadera seguridad. ¡Oh! qué bellas son las lágrimas que corren por un rostro adornado con las flores de la juventud, mejor adornado todavía con la modestia, la timidez y la inocencia! ¡Qué complacencia mayor que la de ver un corazón jóven abrirse á la esperanza de mitigar las penas de otro, descubrir en la aurora de la vida lo que en la vida es mas dulce, el placer de hacer dichosos: gustar los gozos de este triunfo cristiano que se obtiene sacrificándose por sus hermanos, y consagrarse con trasporte á la única carrera que puede satisfacer una ambición sin límites y sin ser turbada por ninguna amargura! ¡Qué armonía mas justa y mas perfecta que la de la exaltación natural de la edad jóven y el entusiasmo para el bien! Esta exaltación, capaz de tantas cosas, se extravía en su vuelo: engaña su propio instinto sino se dirige á ser útil á nuestros hermanos. Todo lo que la naturaleza ha hermosado con colores risueños, con formas graciosas anuncia y promete un beneficio: ella misma se engalana con

juventud y con gracia, cuando trae á los hombres los dones que destina para su alimento: comprendamos la alianza expresada por este símbolo. ¡Jóvenes que sois el ornamento de la ciudad, sed tambien su honra, sed los precursores de la beneficencia entre los hombres! Disimúsenos si nos detenemos con una especie de delectacion sobre esta imagen, y sin cesar volvemos á ella, porque nos encanta y nos cautiva. El espectáculo de la aurora es menos arrebatador á mis ojos que el de la caridad celestial mostrándose á la tierra bajo las formas de la juventud.

La administracion pública ha abierto todo género de escuelas para la instruccion de la juventud: las ha establecido para las bellas letras, para los diversos ramos de las ciencias, para las artes liberales y para la industria. Pero hay todavía otra grande escuela no menos fecunda en luces positivas, no menos necesaria á esta edad: es aquella en que se aprende á conocer la desgracia, en la que por esto mismo se aprende á estudiar verdaderamente el destino humano. El jóven que yo introduzco en esta escuela de nuevo género, en esta escuela toda práctica y experimental descubrirá muchas cosas que no hubiera aprendido, ó á lo menos que no hubiera aprendido tan bien en ningun libro: verá con sus propios ojos qué profundas é innumerables miserias se ocultan bajo ese manto brillante que el mundo despliega á los ojos del espectador superficial:

se revelarán para él los designios de la Providencia que ha querido hacer de la vida del hombre sobre la tierra una peregrinacion trabajosa: verá hasta donde pueden llegar las angustias del dolor: qué socorros ofrecen la Religion y la virtud contra los arranques de la desesperacion; y cuál es en esta crisis terrible de la naturaleza la esterilidad y la impotencia de todos los consuelos que no proceden de aquel origen. Admirará en su mas bello teatro la resignacion y la paciencia egercitándose en el aislamiento, en el abandono y en la oscuridad: encontrará con frecuencia bajo los harapos de la miseria, virtudes mas verdaderas, mas espontáneas, mas difíciles que las que son celebradas por los elogios del mundo: sabrá secretos del corazon humano y verdades de la moral ignoradas de los filósofos especulativos: se convencerá por sí mismo del término á que conducen los desórdenes del vicio, de los peligros á que expone la ligereza y la imprudencia de los tristes efectos que pueden ser consecuencia de la ignorancia y de las preocupaciones. Honrará mas todavía al trabajo: conocerá todo el precio de la economía y del buen orden, únicos que conservan el fruto del trabajo. El enternecimiento que se apoderará de su corazon á vista de tantos y tan diversos dolores, la simpatía que le asociará á los que los sufren, le harán comprender toda la fuerza del lazo, de esa confraternidad sagrada que une á todas las criaturas humanas, y en este sentimiento solo,

poseerá la antorcha que ilumina toda una region de la moral.

Pero un jóven, se dirá, ¿no puede entregarse por sí mismo á los egercicios de la beneficencia privada? Indudablemente; mas asociándose este jóven á un establecimiento de humanidad, encontrará la ocasion que tal vez le hubiera faltado ó no se habria cuidado de aprovechar. Ademas, la mayor parte de los jóvenes no pueden llevar individualmente á los desgraciados, sino cantidades muy limitadas. Así tendrán medios de agregar á ellas una porcion de servicios activos, de ese género de servicios para los cuales son tan á propósito los jóvenes, y que forman el ramo mas importante y mas fecundo de una beneficencia ilustrada: no se necesita que sean ricos por sí mismos, ellos servirán de intermediarios entre los que dan y los que reciben. La beneficencia privada no puede abrazar en su esfera mas que ciertas especies de males: órgano y ministro de un sistema general, el jóven recorrerá en mayor escala el campo tan extenso y tan vario de los infortunios humanos. Mas todavía: entregado á sí mismo, no podria hacer mas que tentativas aisladas; iniciado en la aplicacion de un sistema general de administracion filantrópica, recorrerá todas las luces, que ha llegado á reunir allí una larga experiencia: no se limitará á obrar, sino que verá obrar á los que son ya consumados en este grande arte. ¡Cuántas nociones útiles adquirirá hasta de una

manera inesperada en el cargo que se le confie! Penetrará en los talleres, en las chozas: conocerá los pormenores de la industria manufacturera y agrícola, que sin esta circunstancia acaso ignoraría siempre: recogerá hechos preciosos sobre la economía doméstica; hasta tendrá ocasión de adquirir insensiblemente algunas ideas sobre la educación física de los niños, sobre higiene, sobre las enfermedades y accidentes más ordinarios, sus causas, y los medios más sencillos de remediarlas. En sus relaciones con las diversas clases de la sociedad, observará sus costumbres, adquirirá el conocimiento de los hombres, estudiará los caracteres, se ejercitará en el arte de persuadir, apreciará los medios de ejercer una influencia honrosa y útil á la vez para los que le dispensan su confianza. Si un día es llamado á la carrera pública encontrará en sus numerosos recuerdos una porción de elementos útiles de que podrá valerse, ya como administrador, ya discutiendo los grandes intereses de la legislación y de la fortuna social. Si yo tuviese que elegir administrador para una provincia desearía encontrar un sujeto que hubiese recibido una educación semejante. Una de las mayores ventajas que esta asociación ofrecería á los jóvenes sería la de ponerlos en relación inmediata y habitual con los hombres respetables que están al frente de los establecimientos de beneficencia. Este comercio elevará su alma, nutrirá su razón, extenderá sus ideas, les inspirará incesantemente

la necesidad de su estimacion propia, y les mostrará el término á que son dignos de dirigir su ambicion. ¡Qué ejemplos se desplegarán á su vista! ¡Qué instrucciones encontrarán! ¡Qué guías, qué apoyo en las necesidades! ¡Qué emulacion se encenderá en su corazon! ¡Qué recompensa en la aprobacion de estos hombres de bien! ¡Qué nueva gravedad en sus costumbres! ¡Qué sería direccion en su vida! Hombres venerables, que velais sobre el destino del pobre, vosotros, á quienes me atreveré á llamar los Pontífices de la beneficencia, ¡ah! ¡cuanto quisiéramos veros así rodeados, en las funciones de ese tierno culto, de una porcion de jóvenes levitas con las miradas fijas sobre vos apresurándose á servirlos! (1)

La regla fundamental que deberia separar las funciones propias de los administradores de la cooperacion confiada á sus acólitos, habria de consistir en que la direccion y la decision fueran siempre reservadas á los primeros, y que los segundos no fueren mas que instrumentos de egecucion.

Estos jóvenes auxiliares podrian colocarse en muchos órdenes ó grados, y recibir en cada uno diverso género de encargos.

El primero, el que parece deberia servir de introduccion á todos los demas, sería el de las numerosas investigaciones, de que tienen necesidad los establecimientos de humanidad

(1) Et circum corona fratrum, quasi plantatio cedri in monte Libano.

para formarse un cuerpo de informaciones preliminares. Nuestros jóvenes exploradores serian enviados, si puede decirse así, á practicar reconocimientos. Recogerian y comprobarian los hechos con la atencion de reunir todas sus circunstancias: sería bien que dos jóvenes á la vez fueren los encargados de obtener la noticia deseada. Así se servirian mutuamente de interventores, se excitarian el uno al otro, se sostendrian en una laudable emulacion, y se suplirian en caso de necesidad: esta sociedad sería ocasion de muchas amistades, y el encanto de estas amistades redoblaría mas su celo, ofreciéndoles en sus trabajos una dulce recompensa.

El segundo género de encargo debería tener por objeto la vigilancia sobre los pormenores que consiste en asegurarse de que lo que se ha prescrito ha sido fielmente cumplido: para llenarle sería preciso penetrarse bien del espíritu de las órdenes dadas, del fin á que se dirigen y de las condiciones que suponen. Ya se concibe que estos cuidados darian á nuestros jóvenes felices hábitos de regularidad y de precision: apreciarían por sí mismos los efectos y los resultados de las limosnas acordadas.

Los gefes superiores no dejarán por esto de hacer sus visitas de inquirir, y comprobar como se hace. Nada puede dispensar á un administrador de ver por sus propios ojos, pero no puede estar en todas partes: será, pues, auxiliado, y las exploraciones se harán mas extensas y mas frecuentes: el administrador en

sus visitas irá acompañado de algunos jóvenes alumnos, que aprenderán con su ejemplo el arte difícil de observar bien.

Hasta aquí nuestros novicios no han sido llamados mas que á ver, que es por donde se necesita principiari en todas las cosas: los hechos son los elementos de la ciencia: luego comenzarán á obrar, ó á lo menos participarán de la accion. Así es como el alumno de medicina comienza por un curso de clínica, al que solo es admitido como espectador, y mas tarde vá ya al hospital á auxiliar á su mismo maestro. Nuestros novicios obrarian á la vista del administrador, conforme á su impulso y á las instrucciones que hubiesen recibido: cooperarian á aquella parte de egecucion que exige mas actividad y mas prontitud, pero que es la menos discrecional: su trabajo se pareceria al de los aprendices en los talleres, se arreglarian á un modelo, acabarian lo que se les diese trazado.

He aquí ya en movimiento á nuestros alumnos filantropos en la esfera que abraza un establecimiento: reciben, llevan y vuelven la luz y el socorro: mas tarde serán llamados al centro y allí tendrán otros cargos sin turbar nunca la economía y la unidad del sistema administrativo. Unos tendrán á su cargo dar informes: otros podrán llevar los registros ó encargarse de una parte de la correspondencia con la ventaja de disminuir los gastos de Secretaría. Algunos examinarán memorias, y

:

formarán notas ó extractos. Los que tengan ocasion de viajar visitarán en los pueblos en que se detengan los establecimientos análogos, observarán los métodos y los procedimientos que siguen en ellos.

Cada uno de estos jóvenes cooperadores podrá ser dedicado á tal ó cual servicio segun la direccion que hayan seguido sus estudios ó la profesion que haya abrazado. Por egemplo, el negociante, el manufacturero se emplearán útilmente para las compras, para la confeccion de muebles, para la contabilidad: los jóvenes abogados irian á la visita de las prisiones; y los que continuan en el cultivo de las ciencias y las letras estarian bien en la vigilancia de las escuelas.

Si algunas personas acostumbradas á considerar como vanas teorías lo que no han visto egecutado, á tratar de sueños brillantes las miras de bien público, desalentadas por el espectáculo del mundo en que viven, suscitasen dudas sobre la posibilidad de realizar el plan que acaba de indicarse, una experiencia positiva está ahí para responderles. Hace algunos años se ha desarrollado una emulacion generosa entre la juventud francesa, y han nacido muchas asociaciones benéficas. Cuando se creó en Paris la Caja de ahorros vimos un gran número de comisionados de las casas de banca de la capital venir á ofrecerse voluntariamente con un laudable entusiasmo para llevar los libros y sacrificar con gozo el domingo, es decir,

su único día de descanso para esta pesada carga. En muchas de nuestras asociaciones de bien público contamos en el número de los suscritores á muchos jóvenes asiduos á las sesiones, y prontos á llenar todas las comisiones que se les encarguen. Jóvenes son los que han recibido en Paris el cargo de inspectores de escuelas gratuitas, y han desplegado tal celo, que estas escuelas han hecho bajo su vigilancia progresos rápidos é inesperados. Jóvenes son los que han sido llamados á las funciones de comisarios de caridad, y los pobres han encontrado en ellos amigos llenos de calor y de celo por sus intereses. Algunos jóvenes visitan los hospitales de Paris, se sientan á la cabecera de un enfermo, y le leen libros edificantes. Otros van á visitar el *Hotel Dieu* de Lyon y á prestar allí un género de socorros que exigen el sacrificio de algunas repugnancias. Una apreciable reunion de jóvenes, que nos complace-mos en citar de nuevo, se ocupa en Paris hace tres años en procurar aprendizaje á los huérfanos, y no pone menos cuidado en su educacion moral, que en su establecimiento industrial. No hay nada bueno que no pueda esperarse de la generosidad de esta edad y del entusiasmo que la es propio. Que se levante una voz, que la sea conocida y la diga «Ve-»nid vosotros, que sois objeto de tantas afec-»ciones, origen de tantas esperanzas, vosotros, »á quienes se ve disputar con tanto ardor las »palmas académicas, conmovirse al recibir los

»testimonios de satisfaccion de vuestros maes-
»tros y los estímulos de vuestras familias, vo-
»sotros, cuyo jóven corazon palpitaba hace
»poco cuando en el curso de vuestros estudios
»se os presentaba la imágen de las bellas ac-
»ciones, que en vuestros ensayos literarios os
»felicitabais de hallar ocasion en que expresar
»vuestros mas nobles sentimientos; vosotros,
»cuya alma nueva y pura todavia está ávida
»de emociones generosas, venid, nosotros os
»ofrecemos gozos celestiales, gozos inagotables,
»una gloria tanto mas verdadera, cuanto está
»libre de las seducciones de la vanidad! Vosotros
»que sois dichosos, á quienes todo sonrie en el
»mundo y en la naturaleza, venid á apren-
»der, á compadecer y consolar! Venid, sed
»nuestros hijos predilectos, los amigos de la
»desgracia, el apoyo de los que venerais, los
»precursores de la beneficencia! venid á reu-
»nir para el resto de vuestra vida tesoros que
»no ha de quitaros la fortuna! Abierto está
»para vosotros el santuario donde reside la ca-
»ridad para consolar las miserias humanas.
»¡ Venid á presentar la ofrenda de vuestros
»mas bellos dias! Venid, sed con nosotros, se-
»cundadnos, comenzad á recibir de antemano
»nuestra herencia, disponeos á hacerlo mejor
»que nosotros, y el cielo en premio de vues-
»tros esfuerzos os dé algun dia tambien hijos
»que se os parezcan.»

¿Qué digo? no es solo en el corazon de los
jóvenes donde ha resonado la voz del infortunio

implorando la piedad: no es solo de mano de los jóvenes de la que ha recibido un generoso apoyo: el genio de la caridad ha elevado también á las jóvenes inexpertas todavía y extrañas al mundo, á la dignidad de este bello ministerio que adopta y socorre á los desgraciados. ¿Pueden verse sin admiracion en Paris cerca de dos mil doncellas reunir sus cortos ahorros de treinta céntimos por mes, adoptar á niñas pobres, á las que ponen en la escuela, darlas también su ajuar, que cada una tiene derecho á presentar, y que visitan y reconocen por sí mismas? (1) ¿Se puede ver sin un profundo enternecimiento otra reunion numerosísima de Señoritas, formar también por suscripciones, á la vista, bajo la direccion y con el auxilio de sus padres, un fondo anual para procurar vestidos y abrigos á los ancianos pobres, ir, conducidas por sus madres, á visitar á esos desgraciados, dar cuenta en seguida de la situacion en que los han hallado, exponer sus necesidades, y encargarse de su causa? (2) ¡Tiernas primicias que prometen una larga carrera de buenas acciones! ¡dulce homenaje, rendido por corazones que se abren á todos los afectos, y que sin haber experimentado todavía

(1) La sociedad de Jóvenes económicas. El ejemplo ha sido dado por la ciudad de Lyon, donde una sociedad de este género comprende casi todas las Señoritas de la ciudad.

(2) La *sociedad de las jóvenes en favor de los ancianos*. Una señora venerable, modelo vivo de la caridad activa, ilustrada, indulgente, ha contribuido esencialmente á esta interesante creacion, de la que no conocemos ningun otro ejemplo.

la desgracia saben ya tan bien compadecerla, á los que próximos á dejar la vida, han sufrido ya todas sus pruebas! Podria decirse que es una corona de flores ofrecida en el altar de la beneficencia. Asi es como este sentimiento sagrado aproxima todas las edades y todas las condiciones, y tiende á formar una sola cadena de la humanidad entera.

Meditemos estos egemplos: ellos nos enseñan hasta donde podemos encontrar nuevos candidatos para las funciones de *Visitador del pobre* (1).

(1) En la bella é interesante institucion de *M. Morin* en *Fontenay aux Roses*, todos los educandos reúnen las pequeñas limosnas que sacan de lo que se les dá para sus pequeños gastos: una junta de caridad compuesta de los que han observado mejor conducta, invierte y distribuye en especie bajo la direccion del Señor Cura y de los gefes de la casa el importe de estos socorros, y es admitida al honor de acompañar al Señor Cura en sus visitas á los pobres indigentes, socorridos de esta manera. Estas funciones se otorgan como la mas preciosa recompensa.

Una institucion semejante existe en la bella escuela de enseñanza mútua, establecida en *Mirecourt* (Departamento des Vosges) por la autoridad municipal, y dirigida actualmente por *M. Perney*.

CAPITULO XX.

Estudios del Visitador del pobre.

Las funciones del *Visitador del pobre* forman á un mismo tiempo la introduccion y el complemento del gran arte que abraza el sistema general de medios propios para el alivio de la humanidad. Ellas le preceden ; porque ellas solas pueden reunir el conjunto de experiencias positivas necesario para fijar ante todo la situacion de los desgraciados, sus necesidades, su carácter y sus hábitos, primera condicion de todo buen sistema de remedios para los males que sufren : sacan en seguida las consecuencias, poniendo en práctica las aplicaciones en que debe resolverse este sistema. Así es como las operaciones de las artes industriales han suministrado abundante cosecha de datos experimentales á las ciencias físicas, y dado valor á los tesoros con que se han enriquecido.

Para ser un buen *Visitador del pobre* no se necesita haber hecho ningun estudio en los libros. Un sentido recto, espíritu de observacion, esa perspicacia que dá un ardiente deseo de ser útil, algun conocimiento del mundo y de los secretos del corazon humano ; he aquí las únicas condiciones que necesita para llenar bien lo que hay de esencial en sus funciones. Mas si al egercitarlas tiene ocasion ó lugar de

transportarse á un teatro mas vasto, de recorrer el cuadro de las instituciones fundadas para alivio de la humanidad afligida, de examinar las investigaciones á que han dado lugar ¡con qué vivo interés recorrerá esta bella carrera de estudios! ¡cuántas luces no encontrará en ella! Y si á su vez se encuentra llamado á tomar alguna parte en la administracion de los establecimientos públicos dirigidos al mismo objeto ¡de qué manera, reuniendo las observaciones que le eran propias y los conocimientos adquiridos en estos estudios mas generales, verá fecundarse los unos por los otros! ¡cuánto se extenderá para él el círculo de los designios útiles!

Hagamos justicia á los siglos que nos han precedido: no es posible contemplar sin una admiracion profunda, sin un vivo reconocimiento los numerosos y magníficos monumentos que se han visto levantar en todas las partes de Europa en honor de la beneficencia, las ricas dotaciones que les están afectas, debidas estas fundaciones muchas veces á la generosidad de una sola familia, de un solo individuo. Pero sepamos tambien hacer á nuestro siglo la justicia que se le debe: él es el que ha visto reducir á un arte, someter á principios muy pensados las miras que deben presidir á la creacion y á la direccion de los establecimientos de beneficencia. Este arte no tiene por único objeto introducir en ellos un espíritu de orden y economía: tiene mas esencialmente el de

hacer que los medios adoptados correspondan al fin propuesto, que no vayan contra él como con harta frecuencia sucede. Y no son de despreciar aun bajo el aspecto moral las mejoras que procuran, introduciendo un espíritu de orden y economía; porque contribuyen á hacer el bien con mas seguridad, y á hacerle en mayor escala con los mismos recursos.

El progreso general de los conocimientos humanos, y los rápidos adelantamientos obtenidos en estos últimos tiempos han sido ingeniosamente aprovechados para el arte de la filantropía: todos los ramos de las ciencias económicas particularmente le han pagado su tributo. Mas lo que interesa sobre todo á este arte es llegar á ser ilustrado por la suma de observaciones que le suministraría una buena organizacion de *Visitadores del pobre*. Estos son nuestros votos, esto es lo que falta todavia para que el arte de que hablamos alcance toda la perfeccion á que puede llegar: esto es en parte lo que nos ha hecho dar tanta importancia á la institucion del *Visitador del pobre*, lo que nos ha movido á desarrollar con extension los resultados que pueden producir sus funciones; porque si todas las ideas exactas reposan sobre nociones experimentales, la experiencia fundamental es la que hace conocer bien la materia sobre que se procede. Del mismo modo lo mas útil para el *Visitador del pobre* es ver comprobadas por las observaciones de otro, por el espectáculo de los grandes

establecimientos públicos las ideas que él se habia formado en su práctica privada.

La antigüedad tuvo sus viajes de exploraciones filosóficas, viajes célebres que llevaron á los sábios de Grecia al Oriente, y á Anacharsis á la Grecia. Los tiempos modernos han tenido sus viajes de exploraciones comerciales y científicas para descubrir nuevas tierras, estudiar las producciones de los diversos países, y observar la naturaleza sobre los varios teatros donde se descubren sus fenómenos. La arqueología, la pintura tienen sus viajeros encargados de reunir los elementos de una exacta descripción de nuestro globo, de remover las ruinas de los monumentos, y de reproducir las situaciones y las costumbres. Nuestro siglo ha tenido la gloria de ver nacer una nueva clase de exploradores, la de viajeros filántropos que recorren las diversas regiones para recoger en ellas ejemplos del bien. Howard les ha abierto el camino, y ellos se apresuran á seguir sus huellas. Cada dia vemos llegar á nuestro país á estos activos y modestos mensajeros de la beneficencia ávidos de conocer todo lo que se ha intentado para consolar ó aliviar los males que afligen á la humanidad, para reformar las costumbres, para extender la instrucción y las influencias saludables. Visitan atentamente los diversos asilos abiertos á la desgracia, se enteran de los menores detalles, conversan con los que dan y los que reciben la asistencia: buscan el trato de las personas animadas de los

mismos sentimientos que tienen ellos, aplauden cuanto encuentran útil: ninguna prevencion nacional, ningun espíritu de rivalidad turba ni altera la simpatia que este descubrimiento les hace sentir, manifiestan su gozo sincero: no parece sino que han hecho una conquista. Nosotros aprendemos de ellos lo que podriamos hacer mejor sin que sus observaciones tengan la apariencia de censura. Las muchas comparaciones que llevan hechas dan á sus investigaciones una penetracion y una extension que nos admiran. (1) Oh! no guarden para sí solos el fruto que han recogido! hagan el patrimonio de todos los amigos de la humanidad! La relacion de un viaje inspirado por la caridad es una obra que nos falta, cuando tenemos tantas inútiles.

En este movimiento universal, en esta agi-
tacion continua de tantas gentes que van y

(1) Tal fué entre otros nuestro respetable Duque Mathieu de Montmorency, arrebatado tan pronto á la Francia y á la humanidad, de la que era gloria y ornamento. Durante el destierro que sufrió en 1812 y 1813 exploró con cuidado todas las instituciones caritativas de los países que tuvo ocasion de recorrer: con este espíritu visitó nuestras principales ciudades. En este momento tengo á la vista la coleccion de notas en que consignó sus observaciones: es una especie de estadística de los establecimientos de humanidad relativa á muchas de nuestras principales ciudades de Provincia: no puedo contemplarlas sin emocion y sin enternecimiento. Es de sentir que estas notas se refieran á una época ya remota, y que no puedan hoy publicarse con fruto: no estaban tampoco destinadas mas que á sus estudios particulares. El noble y virtuoso Duque aprovechó tambien un viage que hizo á Inglaterra en 1815 y todos los que tuvo ocasion de hacer por Francia en distintas épocas. En todas partes buscaba lo que podia satisfacer el anhelo de su vida, el mas profundo sentimiento de su corazon.

vienen sin cesar de un país á otro, y que en todos nuestros caminos ofrecen un espectáculo tan animado ¿hay muchos que viajen con objeto de adquirir una instruccion semejante á la que indicamos? Los egemplos son raros sin duda. El viajero filantropo pasa desconocido entre los mismos que son por casualidad sus compañeros de viaje: acaso no le comprenderian. Pocos hombres, es cierto, tienen el tiempo y los medios que exige semejante empresa: sin embargo ¿exige mas que los viajes tan frecuentemente emprendidos con miras de placer ó de curiosidad? En los mismos viajes á que nos obligan nuestros deberes ó nuestros negocios ¿no podriamos dedicar algunos instantes á visitar los establecimientos que honran á la naturaleza humana, cuya vista consuela al corazon? Nosotros viajamos mucho, venimos á residir algunos meses en una gran capital, la recorremos en todos sentidos: sus palacios, sus museos, sus teatros, sus sociedades, sus hombres célebres, todo ha llamado sucesivamente nuestra atencion: todo lo hemos visto, todo.... menos una sola cosa: las creaciones de la virtud, los prodigios que ha hecho, ese grande y admirable espectáculo que presenta llenando sobre la tierra la mision que le confió la Providencia! ¿qué digo? ¿cuál no es nuestra indiferencia? ¿nos hemos tomado siquiera el trabajo de conocer las riquezas de este género que existen en los lugares mismos de nuestra residencia habitual? ¿cuántas personas habrá

en Paris, aun entre las gentes benéficas, que hayan visitado una sola vez nuestros hospitales y nuestros hospicios y hayan observado su régimen? ¡Cuántos establecimientos de caridad están tal vez situados á nuestra puerta y no tenemos siquiera idea de su existencia! Entre los mismos que toman un interés positivo en la suerte de los desgraciados ¿cuántos hay que estén bien instruidos, que estén bien enterados de los recursos que pueden encontrarse para serles útil en las instituciones existentes al rededor de nosotros? ¿Hay muchos en Paris que sepan que los pobres pueden ir á sacarse gratuitamente los dientes al hospital de la caridad en vez de dejarse maltratar por un charlatan en la plaza pública? ¿No encontramos á cada paso personas que ignoran la existencia de nuestros dispensarios y la facilidad que ofrecen para la asistencia de un enfermo durante todo un año por el simple abono de 30 francos?

Por lo demas para recoger de estas exploraciones los útiles frutos que prometen es menester estar preparado para ver bien, es menester dedicarse á observar bien. Tenemos términos de comparacion propios para ilustrarnos, escalas á que poder referir lo que observemos. Entre los términos de comparacion pocos hay tan esenciales como el del pobre que vive en su domicilio con el pobre admitido en un establecimiento público. En los paralelos que queramos formar entre los diversos establecimientos públicos, es necesario tomar en consideracion

La diversidad de circunstancias locales: es menester sobre todo no considerar á cada establecimiento en particular y de una manera aislada: es preciso antes de todo abrazar el conjunto y el sistema general de estas instituciones para ver como se auxilian, se suplen ó se coordinan las unas con las otras. Tal institucion habrá que saque sus principales ventajas ó vea nacer sus mayores inconvenientes de su concurso con las que coexisten en el mismo tiempo y lugar. Al visitar un establecimiento de beneficencia podrán chocarnos al primer golpe de vista ciertas señales generales, cierta fisonomía, si se permite esta expresion, que anuncia mas ó menos el espíritu de orden y la regularidad de la disciplina. Sin embargo no nos detengamos demasiado en estas apariencias: frecuentemente el esmero exterior cubre el secreto de muchas negligencias: no temamos entrar en los pormenores: examinemos el régimen alimenticio, la calidad y cantidad del pan, de la carne, del caldo, de la bebida: examinemos las camas, la situacion de las salas y de los dormitorios: veamos si el aire circula y se renueva en ellos con facilidad, si son ó no húmedos: visitemos la botica, el ropero, los almacenes de provisiones, los baños, la cocina, el lavadero: sepamos cual es el número de empleados, de asistentes y la distribucion de sus oficios: sepamos como se hace el servicio de sanidad, si se observan exactamente las prescripciones de los médicos: sepamos como

se verifican las admisiones, y si no están expuestas á ningun abuso: obtengamos, si es posible, la presentacion de los registros: veamos como se lleva la doble contabilidad de dinero y de especies; si el sistema de esta contabilidad es claro y sencillo, cuales son los medios de intervencion y vigilancia: comparemos las diversas especies de gastos entre sí, y el gasto total con el número de las personas socorridas. No nos limitemos á las investigaciones materiales: penetremos tambien cuanto nos sea posible en el régimen moral ¿qué espíritu reina en esta casa? ¿qué union y concierto entre las personas que la dirigen ó sirven en ella? ¿qué interés, qué atencion, qué delicadeza manifiestan en los cuidados que prestan á los desgraciados? ¿qué consuelos se les dan? ¿cuál es el grado de severidad ó de dulzura? ¿qué precauciones se han tomado en el interés de las buenas costumbres? ¿cuál es el orden y el carácter de los egercicios religiosos? ¿cómo se ha resuelto en fin el grande y dificil problema de conciliar lo que exigen el respeto y el afecto debidos á la desgracia con las precauciones indispensables para no llamar y estimular á la falsa indignancia? Estudiemos lo que contribuye á hacer á los hombres mejores, ¿no es esto aprender lo que sirve para hacerlos mas dichosos? Recojamos con un religioso respeto todos los egejmos de buenas acciones: mas de una vez oiremos interesantes anécdotas, cuyo recuerdo desearíamos conservar. No nos limi-

temos á informarnos solo de los gefes y encargados de los establecimientos: conversemos tambien con los pobres que habitan en estos asilos. Volvamos mas de una vez y á horas distintas. Salgamos tambien del recinto de estos establecimientos para seguir sus ramificaciones exteriores, para ver por egemplo á los niños en lactancia por los pueblos, á los aprendices en casa de sus maestros, etc. Hechas todas estas investigaciones, procuremos reasumirlas bajo una forma compendiosa y sencilla que nos permita abrazar el conjunto á un golpe de vista, y que se preste fácilmente á las nuevas comparaciones que podremos hacer en seguida.

Los datos que ha recogido uno mismo son como acabamos de ver mas instructivos que todos los libros. Sin embargo, como no hemos podido ver mucho, como no estamos tampoco seguros de haber visto bien, desearemos formar una pequeña biblioteca filantrópica. Digo pequeña biblioteca, porque en este género como en otros muchos vale mas limitarse á una buena eleccion, que acumular volúmenes. Por otra parte el número de los que existen no es muy considerable y acaso de todas las bibliografias la mas limitada es la de las obras relativas á los establecimientos de humanidad. No acusamos de esta esterilidad solo á los autores: los libros abundan siempre, cuando encuentran lectores: esta esterilidad acusa tambien la indiferencia y la frivolidad del público.

Dividiremos estas obras en dos clases: la

primera, comprenderá las que contienen descripciones, relaciones en las que están expuestas y descritas la marcha y la situación de los establecimientos, la segunda comprenderá las disertaciones y tratados sobre los principios y reglas del gran arte de la beneficencia pública ó privada. Los mejores escritos son, sin embargo, los que reúnen á la vez este doble carácter.

Nuestra biblioteca se encontraría formada si la colección publicada por el celoso Duquesnoy hubiera llegado á completarse. Tal como es nos ofrece todavía el conjunto mas rico, el cuadro mas variado que existe. Allí podremos estudiar todas las grandes creaciones que se han concebido y ejecutado en Europa de medio siglo á esta parte. Asistiremos á esa maravillosa reforma ejecutada en Munich por el Conde de Runford, que ha hecho desaparecer la plaga de la mendicidad con el auxilio de un sistema de prevision hábilmente concertado: que ha redimido á una población degradada, volviéndola al trabajo, á las buenas costumbres, á los hábitos de orden y de disciplina. Contemplaremos esos bellos establecimientos de Hamburgo donde el trabajo se emplea sábiamente como medio de educación para la infancia, como preservativo contra la indigencia, donde la asistencia de los enfermos á domicilio se procuraba con los cuidados mejor entendidos, donde la visita y la clasificación de los pobres servían de preliminar y de garantía al sistema

:

entero de socorros. Admiraremos esas instituciones de Holanda tan admirables ciertamente porque no tienen nada que no sea sencillo, nada que no pueda fácilmente imitarse, por que han buscado el remedio contra la indigencia, no en recursos extraordinarios, sino en la naturaleza misma de las cosas, tan eficaces sin embargo que los hospitales y los hospicios están allí reservados para los casos absolutamente indispensables, y la distribucion de socorros á domicilio con el auxilio de cuestaciones voluntarias lleva á todas las familias la especie y el grado de asistencia que reclaman sus necesidades. Pararemos nuestra vista sobre las medidas tomadas en Dinamarca por una administracion paternal para la distribucion de socorros públicos, y que de veinte y cinco años á esta parte, época en la que se publicó esta noticia, han recibido todavía notables mejoras. Conoceremos las instituciones de beneficencia fundadas en Berlin y en Postdam en favor de los artesanos. En Dublin volveremos á encontrar al mismo Conde de Runford llevando á cabo una reforma semejante á la que le debió la Baviera, reorganizando la casa de industria, excitando en ella la emulacion del trabajo por todos los medios y particularmente por la ingeniosa distribucion de clases y por el establecimiento de una *clase de mérito*. Veremos en Edimburgo el celo del Rector de la célebre Universidad y de muchos hombres de bien que forman para dar trabajo á los pobres una institucion que se presenta

como modelo en Londres mismo. Recorriendo las principales ciudades de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda reuniremos una porcion de curiosos pormenores. En Liverpool encontraremos el asilo ó escuela de instruccion para los ciegos: en Kendale un conjunto de medidas concertadas con una armonía dichosa para ayudar á los indigentes á sacar el mayor partido posible de sus propios recursos: en las aldeas mismas distribuciones que manifiestan una generosa solicitud, como por egeemplo, tiendas de comestibles y objetos de primera necesidad, ranchos comunes para los niños, comidas por parroquias para los indigentes, concesiones momentáneas de pequeñas porciones de terrenos incultos, construcciones de chozas, etc. Tampoco nos olvidaremos de observar en las ciudades esos depósitos formados por Señoras caritativas para la venta de las labores hechas por pobres vergonzantes.

Tendremos tambien en la coleccion de Duquesnoy muchas de las obras mas importantes sobre la teoría, y recogeremos sobre todo de los labios del excelente, del piadoso Howard, las observaciones que fueron el fruto de sus penosas y largas peregrinaciones, y que, aunque su obra parezca no referirse mas que á *las prisiones y los lazaretos*, contiene, sin embargo, tantos documentos útiles sobre las varias instituciones de beneficencia. Recibiremos de mano de M. Liancourt un extracto sustancial de la grande y excelente obra de Fred Morton

Eden, titulada: *Estado de los pobres, ó Historia de las clases trabajadoras de la sociedad en Inglaterra*, tan á propósito para hacernos conocer entre nuestros vecinos tanto los abusos que debemos evitar como los egemplos que podíamos seguir, y donde particularmente encontraremos un modelo utilísimo para formar el estado y situacion de los indigentes de una parroquia. Nos admirará la extension de miras que Jeremías Bentham ha podido abarcar en su *bosquejo de una obra en favor de los pobres*, bosquejo que como en cuanto ha salido de las meditaciones de este célebre publicista lo reasume todo en algunos principios sencillos: allí encontraremos cuadros tan completos como es posible de todos los géneros de enfermedades y de pobreza: discutiremos con el autor sus ideas sobre la grande administracion central de socorros, sobre la independencia que quiere concederla, y sobre la reunion de los pobres en vastos *establecimientos panópticos* colocados á ciertas distancias. Consultaremos las *Investigaciones sobre los pobres*, en las que el escocés Macfarland hace una crítica tan severa, á veces tan justa, de los hospitales y de los hospicios, hace tambien una apología tan extensa del régimen de socorros á domicilio sin preveer, sin embargo, ni indicar con el mismo cuidado los inconvenientes y abusos á que puede estar expuesto este régimen. Estudiaremos en la escuela del Conde de Runford todos los detalles del régi-

men alimenticio del pobre y los procedimientos mas económicos para atender á las diversas necesidades de la vida: tomaremos del mismo autor esos modelos de fórmulas tan claras, tan exactas y precisas para consignar el resultado de nuestras observaciones. Seguiremos en Sir Richard Burns el *Estado antiguo y moderno de la legislacion inglesa con respecto á los pobres*, y alli veremos los planes que se han concebido para mejorar esta legislacion. Echaremos una mirada sobre la disertacion de Good y el ensayo de Samuel Crumpo relativamente al trabajo que debe proporcionarse al pobre, etc. etc. Leeremos sobre todo, y volveremos á leer con un placer siempre nuevo esos informes de la Sociedad inglesa para mejorar la suerte de los pobres en los que el espíritu de beneficencia se muestra tan vivo y derrama tan abundantes luces.

Al lado de esta rica coleccion colocaremos todavía algunas obras esenciales; y remontándonos desde luego á las obras mas antiguas sobre el sistema general de socorros públicos, hay una anónima publicada en Amsterdam en 1765 bajo el título de *El hombre en sociedad*, de donde sacaremos nociones útiles sobre los hospitales, los pobres y la mendicidad. *El ensayo de los anales de la caridad ó de la beneficencia cristiana*, por Richard, en 1785, nos dará algunos egemplos interesantes. Podremos consultar las obras de M. di Chamoncel, algunos cuadernos de las *Efemérides del ciudadano*,

el ensayo sobre la mendicidad por Lambin de Saint Félix, etc.

Lamará poderosamente nuestra atención el bello y vasto trabajo sobre los socorros públicos presentado á la Asamblea constituyente por uno de nuestros mas ilustres y mejores conciudadanos, á quien se podría llamar hoy el Nestor de los filantropos franceses. En ninguna parte se presentarán los principios de la materia expuestos de una manera mas grande, mas sana y mas luminosa: en ninguna parte se han puesto en mas evidencia la importancia de los socorros á domicilio, la utilidad de las instituciones de prevision y la necesidad de ofrecer trabajo para prevenir y reprimir la mendicidad. Dos hombres que como M. de Liancourt han unido la práctica á la teoría, que como él han servido con celo á nuestras administraciones de socorros públicos, MM. Gerard de Mesley y Dupont de Nemours nos han dejado un precioso legado, el uno en sus *Reflexiones sobre los establecimientos de beneficencia*, el otro en su *Ensayo sobre los socorros que deben darse á los pobres enfermos en las grandes ciudades*: nos aprovecharemos de sus meditaciones y de sus ejemplos sintiéndonos inflamados por el celo que los animaba. Hallaremos útiles documentos sobre la administracion de socorros públicos en el cuadro histórico de los establecimientos para los pobres en Hamburgo por el Baron de Vogt, en el gran cuadro que lleva por título *Pietas Londinensis*, en los informes presentados en

1807 y 1808 á la Cámara de los Comunes de Inglaterra por la comision encargada de examinar las leyes sobre los pobres, de que debemos una traduccion á M. Lafond de Ladevat: en las dos obras sobre los pobres y su legislacion publicadas en Londres en 1822 y 1823 por Frederic Page y Georges Ensor, etc.

Dedicándonos especialmente á lo concerniente á hospitales y hospicios querremos poseer, ante todo, la *Memoria sobre los hospitales*, publicada por Tenon en 1788, obra fundamental para el estudio de este gran ramo de socorros públicos. Siguen despues las *Observaciones sobre los hospitales* por Cabanis, el informe de los comisarios de la Academia de ciencias sobre el exámen de un proyecto de Hotel Dieu, el informe general de Camus sobre los hospitales y hospicios de Paris, el informe de M. Pastoret sobre el mismo objeto, que comprende los diez años desde 1802 hasta 1813, las cuentas publicadas anualmente por la administracion de los hospicios civiles de Paris. Agregaremos á esto los estatutos y reglamentos de algunos hospicios y hospitales extrangeros, los de Roma, Florencia, Londres etc.

En fin, trataremos de reunir los informes anuales de la Sociedad filantrópica, de la Caja de ahorros, y el de nuestras asociaciones de bien público que hacen imprimir la cuenta de sus operaciones. El apreciable Dr. Friedlander ha publicado sobre la historia de los estableci-

mientos de humanidad que existen en Alemania (1), y sobre la bibliografía de las obras relativas á este objeto publicadas en el mismo país, un compendio estremadamente sucinto, pero que puede servir de modelo presentando en un corto número de páginas la nomenclatura de los hechos esenciales y de las principales indicaciones. Seria de desear un cuadro semejante para las demas naciones de Europa. Este á lo menos puede servirnos de guia en nuestras investigaciones sobre aquella parte de la Europa en donde existen tantas instituciones del mayor interés.

¿No señalaremos tambien un lugar distinguido en nuestra biblioteca á las vidas de San Vicente de Paul, de Howard, del abate Legris Duval, que las consagraron al servicio de la humanidad afligida? En presencia de estas venerables imágenes el *Visitador del pobre* sentirá una emocion dulce y profunda: admirará en ellos los grandes fundadores del arte que vá á ejercer: se sentirá animado de un celo nuevo: encontrará una noble recompensa en conocer que le es dado seguir, aunque sea de lejos, sus mismos pasos. En los momentos en que nos sintamos afectados por las injusticias de los hombres ó por los caprichos de la fortuna, en los dias de sufrimiento y de prueba, cuando

(1) Bibliographie methodique des ouvrages publiques en Allemagne sur les pauvres, précédé d'un coup d'œil sur le pauvres etc. Paris 1822. Esta noticia ha sido redactada á invitacion de M. Delessert.

nos aflija el espectáculo de los vicios y de los desórdenes que reinan sobre la tierra, cuando oigamos calumniar á la humanidad, nuestra alma, reanimada por estos altos egemplos se abrirá al consuelo y á la esperanza y conservará el sentimiento de la dignidad de nuestra naturaleza.

Formada ya nuestra biblioteca filantrópica resta que nos procuremos alguna obra periódica con el mismo objeto. Este será el medio de estar enterados del bien que se hace en las diversas naciones de Europa: querremos saber que nuevos establecimientos se han fundado, que ensayos se han hecho, que resultados se han dado, que mejoras se han introducido y que proyectos se han presentado. Asi podremos continuar en cierta manera nuestros viages de exploración, visitando con el pensamiento los diversos teatros en donde se egerce la beneficencia pública ó privada. Nos suscribiremos al *Filantropo de Bruselas*: podremos hacer venir de Goettingue la coleccion titulada: *materiales correspondientes al cuidado de los pobres, ó el almacen para la industria y el cuidado de los pobres*: de Wurtzbourg *los archivos generales para la salud y el cuidado de los pobres* (1). En Francia..... ¿será

(1) Otras muchas publicaciones periódicas en Alemania tratan mas ó menos de este objeto particularmente el *Almacen* para la industria de Hannover, la *Gaceta Nacional* de N. Becker etc. etc. Se nos asegura que el *Filantropista* ha dejado de publicarse en Londres: no conocemos ninguna otra obra periódica de este género en Inglaterra.

posible que en Francia no tengamos ninguno? ¿Será cierto que los que se han querido publicar no han podido sostenerse? (1) En Francia, donde se hace tanto bien, en ninguna parte se publica la relacion del que se hace, ni se manifiesta interés por conocerle.

¿Por qué no tenemos en la capital un centro en que vengan á reunirse todas las noticias sobre las bellas instituciones que existen en nuestras provincias, y en la capital misma, donde vengan á revelarse las unas y las otras á la atencion pública, que les presta y les manda sus luces, donde se desarrolla el grande, el interesante cuadro del imperio de la caridad en Francia? ¡Qué! en medio de tantas reuniones académicas que abarcan todos los ramos de las ciencias y de las artes ¿no se ha pensado todavía en fundar una para esta ciencia fecunda, para este arte saludable, que abraza los diversos medios de socorrer la humanidad? Esta no ofrecería ciertamente alimento á la vanidad y al amor propio, no excitaria rivalidades odiosas ni pretensiones frívolas, no se agotaría en discursos pomposos, ni en ociosas especulaciones; pero sacaría del olvido una porcion de hechos ignorados, compararia los unos con los otros, haciéndolos mas instructivos, y

(1) Se encuentran sin embargo algunas veces preciosos documentos sobre este objeto en el diario de la sociedad de la *Moral cristiana*. Tenemos tambien á la vista el primer número de una obra que comienza á publicarse en Marsella bajo el titulo de *El amigo del bien* que promete algunas noticias del mismo género.

difundiendo todas estas noticias, esparcidas por la superficie de Francia les daría un valor enteramente nuevo. Sería una sociedad análoga á su Consejo general de las prisiones en el que los hombres mas honrados se ocupan de uno de los mayores intereses de la sociedad bajo los auspicios de un Príncipe tan digno de presidir á todo lo que es bueno. Pero esto tendria todavia un objeto mas vario y mas extenso: sería una sociedad semejante á la que existe en Londres *para mejorar la suerte de los pobres* que hemos citado con frecuencia, y que tan justa admiracion excita. Aun sería mas útil en Francia donde las provincias son mas extrañas las unas á las otras, y son menos rápidos y multiplicados los medios de publicidad: recibiria ademas en Francia ventajas particulares de nuestra situacion geográfica: llegaría á ser el centro natural de comunicacion y correspondencia para todas las instituciones filantrópicas y caritativas de los diversos paises de Europa: la junta general de los amigos de la humanidad de todas las naciones. Allí estarían depositados, como en un archivo comun, los documentos relativos á la historia general de las instituciones de beneficencia: allí se redactarian los anales de esta historia tan instructiva para los hombres de bien y tan honrosa para la naturaleza humana: allí se reunirían en un centro las luces que hubieran producido las varias y numerosas experiencias hechas en diferentes comarcas: allí también de las nociones

sacadas de las ciencias físicas y de las artes económicas, se harían útiles y provechosas aplicaciones á los establecimientos de humanidad: allí finalmente los autores de las mejoras obtenidas y los que meditan otras nuevas tendrían ocasion de conocerse, de entrar en relaciones y de concertar sus proyectos. ¡Qué magnífico cuadro se ofrecería á nuestro respeto! ¡Cuántas bellas creaciones ignoradas hoy se harían fecundas provocando su imitación! ¡Cómo se extenderían y se rectificarian las ideas por medio de estas vastas comparaciones! ¡Cómo se inflamaria la emulacion de celo á la vista de tan nobles egemplos! ¡Oh! sí, semejante institucion conviene eminentemente á la Francia: la Francia es digna de poseerla: ella coronaria el sistema entero de nuestros establecimientos de caridad, uniéndolos entre sí por una dichosa armonia.

CAPITULO XXI.

De la armonía en el sistema general de socorros.

RESÚMEN Y CONCLUSION.

Hay una beneficencia pública que se egerce por la administracion general ó municipal, una beneficencia privada que se egerce aisladamente por cada individuo, y una beneficencia que participa á la vez de una y otra y podria llamarse *colectiva*, que se egerce por asociaciones independientes y voluntarias.

La beneficencia individual puede limitarse á una contribucion pecuniaria, y en este caso la llamariamos *ociosa*: puede tambien ser activa empleando sus propios dones ó los de otros.

Esta beneficencia se aplica á los pobres de tres maneras:

O reuniéndolos en establecimientos comunes, hospitales para los enfermos y convalecientes, hospicios para los ancianos é incurables, casas de trabajo para los sanos, escuelas de instruccion ó de industria para los niños, y depósitos de mendicidad.

O bien dejándolos diseminados por medio de socorros á domicilio ya sea en salud ó en enfermedad, por medio de las consultas gra-

tuitas, por los aprendizajes, por las colocaciones á pension en los pueblos.

O en fin reuniéndolos por ciertas relaciones, aunque dejando á cada uno en su domicilio, como por medio de las instituciones de prevision, las cajas de ahorros, las asociaciones de asistencia mútua.

El objeto comun que se proponen todos estos géneros de socorros consiste

1.º En prevenir cuanto sea posible la indigencia en su origen.

2.º En prevenir hasta donde se alcance la indigencia voluntaria y facticia.

3.º A conseguir del indigente que saque él mismo todo el partido posible de los recursos que le quedan.

4.º En procurarle en caso de miseria momentánea por enfermedad, accidente, falta de trabajo, ó exceso de familia, la especie de asistencia que necesita en justa proporcion de sus necesidades; pero cuidando de no prolongar esta asistencia, sino mientras dure la necesidad, de acelerar el momento de librarle de ella, y de prevenir en fin la repetición de los mismos apuros.

5.º En asegurar una asistencia durable á aquel cuya desgracia no tiene término ni remedio.

6.º En procurar esta asistencia con el menor gasto posible.

7.º En hacer que la especie y cantidad de socorros esten en relacion constante con la

situacion física y moral del indigente, con la naturaleza de sus necesidades, y en no dejarle expuesto á abusar de ella.

Desde luego se echa de ver que no puede alcanzarse este fin mientras no se establezca la armonía mas vasta, mas constante, mas general entre las tres especies de socorro y entre los tres órdenes de beneficencia.

Se vé tambien que las funciones del *Visi-tador del pobre* son el medio mas sencillo y mas seguro de lograr esta armonía.

Tantos mas serán los socorros reclamados cuantos sean mas imperfectos y mas raras las instituciones de prevision.

Los hospitales y los hospicios deberán ser tanto mas vastos, y las condiciones de admision tanto mas fáciles cuanto menos regularidad y extension tengan los socorros á domicilio: los depósitos de mendicidad carecerán de objeto si los indigentes que están sanos encuentran trabajo, y socorros los que no lo están. Los establecimientos públicos deben concertarse entre sí, distribuirse las diversas miserias humanas, y servir de complemento los unos á los otros.

Si la beneficencia pública, la beneficencia privada y la beneficencia colectiva no se entienden entre sí, bien pronto reinarán la confusion y el desórden. Aqui la intempestiva acumulacion de socorros y las inversiones duplicadas estimularán á la falsa miseria: alli la escasez y la falta ocasionará un injusto abandono: la una destruirá lo que haga la otra.

Al contrario, si las tres beneficencias saben concertarse, habrá economía, sencillez, sábia y justa distribucion, y se ilustrarán y auxiliarán reciprocamente. Hasta es de desear que reine algun concierto entre los trabajos de las diversas asociaciones caritativas, y algun acuerdo entre las caridades privadas.

La beneficencia *ociosa* dá á la ventura: puede hacer tanto mal como bien: hace el bien sin discernimiento y casi sin mérito. En el *Visitador del pobre* es en el que la beneficencia activa toma su verdadero carácter.

El *Visitador del pobre* puede egercer estas funciones solo por su propia cuenta, es decir, para dirigirse á sí mismo en la inversion de sus limosnas particulares: puede egercerlas por cuenta y en nombre de una asociacion caritativa, ó por cuenta de la administracion pública, como por egeemplo, en el oficio que llenan las hermanas de caridad, los administradores y comisarios encargados de los socorros á domicilio.

Egerciendo las funciones por su propia cuenta el *Visitador del pobre* dá á la práctica de la beneficencia activa el mas alto grado de perfeccion de que es susceptible: á la beneficencia privada su mas alto grado de utilidad; solo él tiene un guia, una regla, una medida en la distribucion de sus dones. El ministerio del *Visitador del pobre* es ademas el único medio de establecer el concierto posible entre los actos de la beneficencia privada egercida por indivi-

duos aislados, extraños los unos á los otros; porque él hace una distribución, una división natural de las familias bajo tutelas separadas. Adoptando así cada *Visitador* algunos desgraciados se evitarían limosnas duplicadas: el *Visitador* conocería demasiado bien la situación del que ha tomado á su cargo para ignorar la asistencia habitual que le diera algún otro bienhechor. Es también el único medio de prevenir la confusión inevitable, cuando las personas benéficas dan á la ventura y cada una por su parte: ciertos pobres, entonces, reciben de muchas manos y suelen ser los más intrigantes, y los menos dignos de compasión: otros quedan abandonados, ignorados, precisamente porque un resto de dignidad, un pudor respetable les impide presentarse.

Llenando su ministerio por cuenta de la administración pública ó de asociaciones caritativas, el *Visitador del pobre* será igualmente el lazo natural que una la beneficencia pública ó colectiva con la beneficencia privada. Las dos primeras recogerán abundantemente los socorros varios y las luces que este les proporcione; y él á su vez hará gozar á los desgraciados por quienes se interese de las diversas instituciones fundadas y sostenidas por aquellas.

La administración pública no debe encargarse jamás de lo que los simples particulares harían tan bien como ella. Esta regla sabia en todos los casos tiene especial aplicación á las obras de beneficencia. Porque, si, por un celo

laudable en su principio, pero mal dirigido, la administracion pública quisiera dispensar á los simples particulares de socorrer á los necesitados paralizaria el egercicio de una de las mas nobles virtudes. Y como por otra parte solo puede emplear los fondos que la dan los contribuyentes no haria mas que convertir para los particulares en un tributo obligatorio lo que hubiera sido un beneficio voluntario.

Nada mas funesto, nada mas injusto muchas veces, pero nada tampoco mas comun, que cierta disposicion recíproca de desconfianza entre la administracion y los particulares. No es posible calcular cuanto sería el poder para hacer bien que adquiriria la autoridad si tuviese la confianza general. Colocándose en el centro de las asociaciones caritativas, estimulándolas, estableceria un dichoso concierto entre estas asociaciones diversas: valiéndose del concurso de los simples particulares se ilustraria sobre sus intenciones: á ella es á quien pertenece señalar el fin, dar el egeplo, remover los grandes obstáculos y preveer para el porvenir; pero debe en seguida apelar á los sentimientos generosos, y rendir á las virtudes privadas el mas digno homenaje entregándose á ellas para acabar su obra.

Multiplicar indefinidamente los establecimientos públicos, aumentar sin término sus dotaciones, es ir contra el objeto, es alentar á la indigencia; pero asistir al pobre en el seno de su familia, colocar á los ancianos, á los

niños en pension, en aprendizaje, hasta donde sea posible: reservar los asilos públicos para los que no pueden tener otros: apropiarse estos asilos á su verdadero destino, y para ello conocer antes de todo con discernimiento la situacion individual de cada pobre: organizar por consecuencia y como condicion fundamental un buen régimen de informacion y de vigilancia, tal es el verdadero, el único medio de perfeccionar el sistema de los socorros públicos.

Hé aquí, pues, la primera consecuencia á que nos conducen las consideraciones que nos han ocupado, á saber: que todo buen sistema de administracion de socorros públicos depende esencialmente de la institucion de los *Visitadores del pobre*, del cuidado que la administracion pública ponga en elegirlos bien y en multiplicar su número. El bello ideal consistiria en que cada familia pobre pudiera colocarse bajo la proteccion de una familia acomodada, y encontrar en ella su *Visitador*, su tutor oficioso. Este bello ideal en el estado presente de las cosas es difícil de alcanzar: se obtendrá al menos un resultado tanto mas perfecto, cuanto mas nos acerquemos á él; y la experiencia probará tambien que nos acercariamos progresivamente por medio de la institucion de que hablamos.

Lo que decimos de la administracion pública se aplica tambien bajo cierto aspecto á las funciones de los ministros del altar. Dos minis-

terios bellos y santos les pertenecen : el de excitar y mantener en los corazones en nombre de la Religion, de que son órganos, el fuego celestial de la caridad, y el de llevar al sér afligido y desamparado los mas verdaderos consuelos, los consuelos del Evangelio, y el mas útil de todos los socorros, sábios consejos para la reforma de las costumbres.

Bajo este doble aspecto la intervencion de los ministros del altar ocupa el primer lugar en las instituciones establecidas para el alivio de los males que afligen á la humanidad. Cuando defiendan la causa de la desgracia ¡cuánta elocuencia darán á sus palabras las inspiraciones de esa Religion sublime que ha colocado el culto en el amor, que ha identificado el amor de Dios y el amor de los hombres, que cuenta la asistencia dada á nuestros hermanos como una ofrenda aceptada por Dios mismo! Cuando los vemos entrar bajo el humilde techo habitado por el infortunio ¡qué aurora de dulce esperanza parece brillar con su presencia! ¡cómo el pobre instruido por ellos de la dignidad de su condicion levanta su frente abatida! ¿Quién mejor que ellos sabrá enjugar las lágrimas, reanimar el valor, é inspirar resignacion? ¡Con qué respeto les recibimos en nuestras reuniones formadas con algun fin útil á la humanidad, cuando vienen á darnos en ellas el ejemplo de las intenciones mas puras, y las lecciones de su larga experiencia! La doble funcion que cumplen los hace naturalmente

depositarios á la vez de los beneficios destinados á los desgraciados por algunas de las personas, cuyo corazon han sabido enternecer, y de los secretos de los infelices que han consolado: este doble depósito no puede confiarse mejor. Ellos son los *Visitadores natos del pobre*. Ellos son los gefes de esa gran mision que viene á derramar consuelo en el campo de las miserias humanas. Mas lejos de excluir de esta bella mision á los seglares de ambos sexos solo han de aspirar á servirles de guias: deben ellos mismos desear su concurso; porque solo habrian enseñado una caridad imperfecta si no hubieran inspirado el deseo de unir á la limosna la actividad de los cuidados individuales, y porque cuanto mas estudian ellos mismos el arte de la caridad, mas conocen cuan necesario les es este concurso de los seglares para subvenir á tan gran número, á tanta variedad de necesidades. Los curas de Paris habian promovido en otro tiempo la formacion de las compañías de caridad compuestas de señoras y vecinos de todas clases, cuyo ejemplo habian seguido las parroquias de las principales ciudades de Francia. De este modo se establecerá una especie de armonía, una de las mas apetecibles sin duda, la que hará concurrir la asistencia moral y religiosa con los socorros materiales y las previsiones del orden civil.

No hay acaso sobre la tierra una existencia mas digna de envidia que la de una *hermana de la caridad*; porque no hay ninguna en que

se guste mas completamente la dulzura de sacrificarse por los otros con un olvido absoluto de sí mismo, y esta dulzura no está turbada por ninguna zozobra, por ninguna agitacion de la ambicion ó del temor. Ya vele junto al lecho de un enfermo en el hospital, ya llene en un hospicio las funciones de madre de familia para los que no pueden proveer á sus necesidades: ya presida y dirija la escuela en que se instruyan las jóvenes, ya distribuya en la casa de socorros alimentos, medicinas ó vestidos, ella no respira mas que para hacer bien: diligente y tranquila á la vez, inteligente, modesta, experimentada, cuidadosa, atenta, reservada, indulgente, descansa de sus fatigas en la meditacion y en las oraciones. Nada la distrae de sus interesantes deberes. ¡Ojalá tuviera tiempo tambien para visitar á los pobres! este ministerio la pertenece á toda ley. Que asista particularmente á los enfermos, que cuide de la egecucion de las prescripciones del médico, cada dia iremos á consultarla, á solicitar sus buenos oficios, y frecuentemente encontraremos que se nos ha adelantado. Pero estas excelentes *hermanas* no pueden alcanzar á todo: hay muchas cosas á las que consideraciones delicadas no les permiten llegar: conviene que sean auxiliadas, suplidas por algunas personas del mundo. Aun cuando pudieran verlo y hacerlo todo, hay una gran consideracion moral, que bastaria para llamar al rededor de ellas á las personas de mundo

interesadas en auxiliarlas, y es que se las llamaría al mismo tiempo á estudiar y seguir sus ejemplos, y á participar de su mérito. Asi es como se formará tambien una vasta cadena de que serán ellas los principales eslabones: asi es como se difundirá sucesivamente y sin interrupcion en la sociedad el espíritu celestial de caridad de que están animadas. El ejercicio de esta admirable virtud no puede ser nunca un monopolio, un privilegio, ni tomar la forma de una profesion. Es para todos un derecho y un deber, arreglándose para cada uno segun lo que le permita su situacion particular. Lejos estaremos sin duda de imitar tan altos modelos; pero hagamos cuanto esté en nuestra mano, y nuestra parte será todavía bastante bella.

Una persona de mundo, una madre de familias que llena las funciones de *señora de caridad* lejos de distraerse por esto y separarse de los deberes que la imponen los lazos que ha contraido, conoce mejor su precio, y se afana mas en cumplirlos. Los momentos que dedica á la visita del pobre son robados á las horas que pierden otras en cosas fútiles. La práctica habitual de una generosidad ilustrada dá á su trato un no se qué de benévolo, de sereno y de dulce, cuya influencia sienten los que tienen la dicha de acercarse sin que tal vez conozcan la causa. Ella es la que no hace ostencion de su celo, y hasta se ignora al derredor suyo todo el bien que hace. Algunas veces sin embargo, se hace acompañar de sus hijos y les

confia su secreto, en recompensa de la satisfaccion que la han proporcionado. La experiencia que ha adquirido en la direccion de su casa, las relaciones que mantiene en la sociedad, la facilitan mil medios naturales de ser útil á los desgraciados. Las mugeres tienen un arte admirable para penetrar en el corazon de los que padecen y un génio inagotable para encontrar medios de consolarlos.

Una ventaja inapreciable de la intervencion de los *Visitadores del pobre* es que esta crea para la indigencia un orden entero de socorros nuevos y tan variados como abundantes. Vemos con frecuencia desempeñadas las funciones de señoras de la caridad por personas á quienes las desgracias de tiempos pasados han privado de toda su fortuna, y frecuentemente son ellas de quienes los desgraciados reciben mas eficaz asistencia. No pueden ayudarles con su dinero; pero hacen mucho mas, se convierten para ellos en una especie de providencia sensible. Podriamos citar algunas que en la situacion mas estrecha encuentran todavia arbitrio de imponerse privaciones, y consiguen procurar al indigente por medios indirectos todo lo que reclaman sus necesidades. Hacen mas que el rico con su opulencia: crean recursos como por una especie de encanto ¿cuál es el tesoro de donde los sacan? Este tesoro es su tierna solicitud, su infatigable actividad. Todo lo adivinan, todo lo prevenen, ¡con qué celo toman los intereses de los pobres! pero en cambio

tambien ¡cuánto las quieren los pobres! ¡cuántas bendiciones las acompañan! ¡qué no nos fuera posible expresar aquí la profunda veneracion que nos inspiran, la ternura con que contemplamos su bella vida, y nuestro reconocimiento á tantos beneficios como han sabido imaginar! ¡Qué no nos fuera posible conducir sobre sus pasos á los que leen este escrito, ofrecer á su admiracion estos interesantes modelos! En ellos, en este solo espectáculo, aprenderian mucho mas que cuanto hemos podido decir en el curso de esta obra. Lo poco que nosotros sabemos, lo hemos aprendido en la escuela de estos ángeles de la virtud.

Y ¿por qué cada uno de nosotros no habrá de seguir estos ejemplos en cuanto de él dependa, segun la condicion en que se encuentre, y la esfera que le sea propia? Ellos nos enseñan el verdadero modo de egercer la caridad. Si nos hallamos en estado de hacer abundantes limosnas, visitemos los pobres: así las emplearemos mejor. Si no estamos en posición de dar mucho, supliremos los socorros pecuniarios con cuidados que tienen todavía mas precio. En vano pretestariamos nuestras ocupaciones, la falta de tiempo y las dificultades de egecucion. ¿Quién es el que no puede descubrir en su vecindad una ó dos familias indigentes y parecer una vez que otra en el asilo donde están refugiadas? He aquí, pues, la segunda consecuencia á que conducen las consideraciones que dejamos expuestas: la vi-

sita del pobre es tambien para cada particular la mejor manera de hacer el bien. No cumplimos sino muy imperfectamente los deberes de la caridad si nos limitamos á la simple limosna propiamente dicha. En vez de dar á la ventura, ciegamente á los pobres que se presentan y se anuncian como tales, tengamos nuestros pobres adoptivos, bien conocidos, á quienes dedicarnos, cuya vida sigamos, cuyos intereses todos conozcamos, y sobre los cuales concentremos todos nuestros socorros. Si se empleasen de esta manera las sumas derramadas en dádivas que se pierden, y aun llegan á ser funestas, habria bastante para proveer á todas las necesidades reales de la indigencia.

Tal es la asistencia que invocamos, que solicitamos con instancia en favor del infortunio: asistencia fácil y dulce, tanto como fecunda, que cuesta poco, y se acomoda á todas las condiciones, que recompensa á aquel de quien emana, asistencia sin embargo demasiado poco conocida ó demasiado descuidada. Reclamamos para el pobre verdaderos protectores, amigos.

Hemos conocido un anciano venerable que habia llevado al mas alto grado de perfeccion esta manera de egercer la beneficencia privada. Extraño á la Francia, pero habiendo venido á pasar en ella los últimos años de su vida, se habia hecho dar desde su llegada el nombre de cierto número de indigentes inscriptos en la Junta de caridad de su cuartel: habia hecho en seguida conocimiento, si puede decirse así, con cada

uno de estos desgraciados, habia investigado las causas de su miseria, examinado su situacion, observado su conducta, y habia formado en consecuencia un cuadro exacto y detallado de sus necesidades. Con arreglo á él daba ropas, vestidos, camas, alimentos, segun las circunstancias; pero siempre en especie. Aunque oprimido de enfermedades y en una edad avanzada iba regularmente él mismo á visitarlos, á enterarse del uso que se habia hecho de sus dones, y á remediar las nuevas necesidades. Daba al mismo tiempo consuelos, estímulos, consejos, algunas veces tambien reprehensiones. Llevaba un registro en que estaba consignada la historia de cada indigente, el cuadro de su posicion, la indicacion de todos los objetos que sucesivamente le habia ido dando, y todas las noticias propias para guiarse en las peticiones que se le hacian. No tardó en sucumbir á la edad y á las enfermedades; pero la vispera de su muerte aun hizo la distribucion de muchos efectos, que habia almacenado en su casa. Al morir legó á uno de sus amigos el registro de sus pobres, el encargo de continuar socorriéndolos y una cantidad destinada para ello.

Podriamos citar muchos egemplos semejantes. Si contribuimos á aumentar su número, hemos logrado completamente el fin que nos propusimos al escribir esta obra.

FIN.

que de este presupuesto, habiendo invertido
las cosas de su comercio, y teniendo en cuenta
con, respecto a su comercio, y habiendo formado
un presupuesto en su caso, y habiendo
de sus necesidades. Con respecto a sus
que, respecto a su comercio, y habiendo
circunstancias; pero siempre en su caso.
que respecto a sus necesidades, y en su caso
respecto a su comercio, y en su caso
los, a efectos del uso que se había hecho
de sus cosas, y a tener en cuenta las
necesidades. Todo el mismo tiempo
limitados, respecto a algunas cosas
principales. Todo un presupuesto en su caso
consignado en el presupuesto de cada
cuanto de su presupuesto, la indicación de los
los objetos que sucesivamente le había
dado, y todos los otros que para su
en las personas que se le dan. Ya también
segun el caso y a las circunstancias; pero
la forma de su presupuesto, y la distribución
de muchos otros, y que había sido
su caso. Al punto de su presupuesto
el respecto de sus cosas, el comercio de los
límites comerciales y sus necesidades
para el presupuesto de su comercio, y
Por último, para tener en cuenta las
las, el presupuesto de su comercio, y
hemos estado completamente en su caso
proponemos al estado de su comercio,
que para el presupuesto de su comercio,

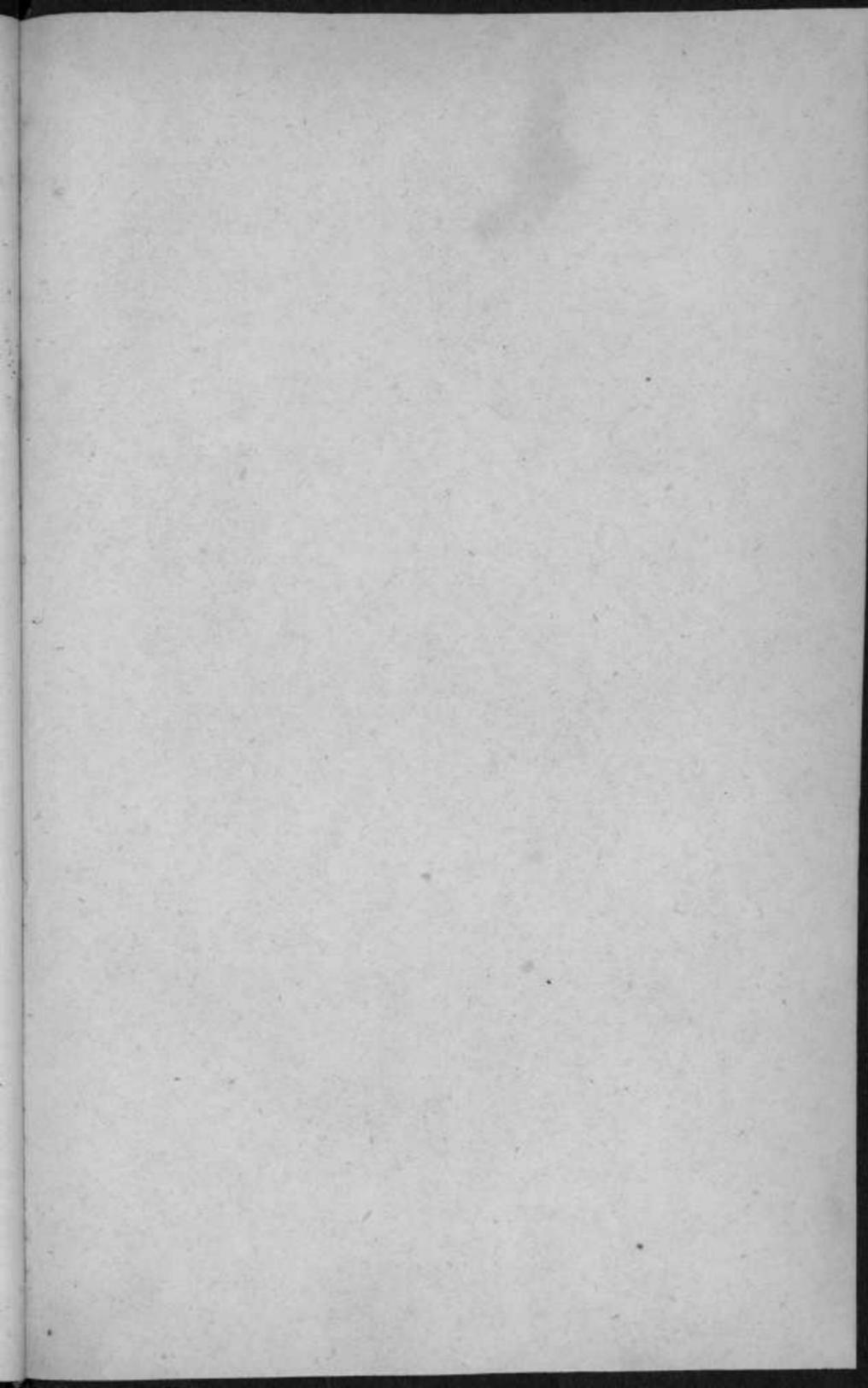
INDICE.



Fólios.

CAPITULO I. Objeto y carácter de la caridad.	1
CAP. II. Caracteres distintivos de la verdadera y de la falsa indigencia. .	12
CAP. III. De la clasificación de los pobres.	30
CAP. IV. De los que deben ejercer las funciones de Visitadores de pobres.	45
CAP. V. Del modo de hacer la limosna útil al que la dá.	57
CAP. VI. De las virtudes del pobre. .	70
CAP. VII. De la reforma moral de los pobres.	83
CAP. VIII. De los medios de obtener la confianza del pobre.	104
CAP. IX. De la educacion de los hijos de los pobres.	118
CAP. X. De la eleccion, medida y consecuencias en la distribucion de socorros.	138
CAP. XI. Del régimen económico del pobre.	157
CAP. XII. De las enfermedades del pobre y de su convalecencia.	188

CAP. XIII. De los establecimientos públicos que ofrecen asilo al pobre en los achaques, la vejez, el desamparo ó la enfermedad.	221
CAP. XIV. De los establecimientos para proporcionar trabajo.. . . .	247
CAP. XV. De las instituciones de prevision.	271
CAP. XVI. De los socorros á domicilio.	291
CAP. XVII. Del mendigo.	312
CAP. XVIII. Del espíritu de asociacion aplicado á las obras de caridad. . . .	325
CAP. XIX. De la cooperacion de los jóvenes en los establecimientos de humanidad.. . . .	354
CAP. XX. Estudios del Visitador del pobre.	377
CAP. XXI. De la armonía en el sistema general de socorros.	399



Cap. xlvii. De los establecimientos de caridad para el socorro de los pobres en las ciudades de este reino.	228
Cap. xlviii. De los establecimientos para el socorro de los pobres.	231
Cap. xlix. De las instituciones de pro- fesionales.	271
Cap. l. De los recursos de apelacion.	281
Cap. li. Del ministerio.	312
Cap. lii. Del estado de ociosidad de los pobres.	320
Cap. liii. De la execucion de las leyes en los Estados de las Indias.	353
Cap. liv. Estatutos del Virreyno de Nueva España.	373
Cap. lv. De la organizacion de la administracion general de los recursos.	380

111

15

L VISITADOR
DEL PUERTO

15.023